

El señor de la casa de Coombe

Frances Hodgson Burnett



Una niña en el cuarto diurno de los niños, un sitio lóbrego e inhóspito en una casa estrecha en una calle estrecha... pero en el elegante barrio de Mayfair. La madre se llama Amabel, pero todo el mundo la llama «Pluma». Cuando el padre muere, ¿qué será de esas dos vidas? ¿Cómo podrá sostener la viuda su rutilante tren de vida? ¿Cómo podrá la niña, «esa otra calamidad» olvidada en el piso de arriba, salir adelante? Un enigmático marqués, admirado y temido en todo Londres, con fama de perverso, acudirá en su rescate... y establecerá un complejo entramado de relaciones con madre e hija lleno de secretos y malentendidos.

Lectulandia

Frances Hodgson Burnett

El señor de la casa de Coombe

ePub r1.0

Karras 21-07-2018

Título original: *The Head of the House of Coombe*

Frances Hodgson Burnett, 1922

Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera & Inés Belaustegui Trías

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota al texto



El señor de la casa de Coombe se publicó por primera vez en 1922 (Frederic A. Stokes Co., Nueva York).

I



La historia de las circunstancias que se van a relatar a continuación empezó hace muchos años, o eso parece ahora. Empezó al menos muchos años antes de que este mundo de vaivenes revelara, en cada una de las pausas entre convulsión y convulsión, un indicio asombroso de orden nuevo entre sus caleidoscópicas partículas, y enseguida otro orden distinto, y otro y otro más, hasta que la fe en un designio permanente desapareció por completo y los habitantes de la tierra se quedaron a la espera, en un estado de caos mental, mirando en balde las estrellas y los colores cambiantes.

Podemos situar los primeros incidentes en una época en la que la gente todavía tenía motivos para creer en lo permanente, y muchas personas, dicho sea de paso —unas veces por ingenuidad, otras por cierta estupidez característica—, llegaron a confiar singularmente en la importancia de la estabilidad de sus posesiones, deseos, ambiciones y convicciones particulares.

En esa época la ciudad de Londres, igual que otras grandes capitales, se tenía por bastante definitiva, orgullosa como estaba de ser mucho más ágil y adaptable que hacía cincuenta años. Al menos, cuando hablaba de sí misma se refería a costumbres asentadas y a las condiciones y hechos establecidos relacionados con ellas: lo que daba pie a ocurrencias brillantes... o penosas.

Por ejemplo, según una de estas ocurrencias, bastante manida, en Londres se podía vivir bajo un paraguas siempre y cuando fuera en determinadas calles y en determinado lado de la calle; por este axiomático motivo, hubo una niña que, en los seis primeros años de su vida, se asomaba algunos días a la ventana de una habitación pequeña y lóbrega del piso más alto de una casa muy estrecha de una calle londinense, estrecha también pero muy de moda, a ver pasar los coches, los carruajes y a la gente a la opaca y triste luz de la tarde.

La habitación recibía el pomposo nombre de «cuarto diurno de los niños», y había otra tan lóbrega e inhóspita como la primera que se llamaba «cuarto nocturno de los niños». En esta casa tan estrecha vivía una señora muy guapa, la señora Gareth-Lawless, que pagaba a regañadientes un alquiler desorbitado... con la ayuda, al parecer, de los típicos buitres que suelen dotar de suministros a quienes lo merecen de verdad. El importe del alquiler podía considerarse desorbitado únicamente por la situación de la casa en sí, que era una cuña encajada entre dos mansiones relativamente señoriales. A un lado vivía un sudafricano desorbitadamente rico y al otro, una persona con título desorbitadamente exaltada, circunstancias que, combinadas, eran motivo suficiente para cobrar el mencionado alquiler desorbitado.

También se puede afirmar que para la señora Gareth-Lawless era imperativo vivir

en determinado lado de la calle; de lo contrario se disolvería en la nada, porque, al parecer, así la había creado la naturaleza desde el principio: tan nada como pueda ser una entidad corpórea. Tan leve y ligera se presentaba su bella y delgada apariencia física a la vista del mundo, y tan diáfana y casi impalpable la textura y forma de la mentalidad y el carácter perceptibles al ser humano, que, entre los amigos —y los enemigos— de los que podía presumir un ente tan sutil, la llamaban cariñosamente «Pluma». Su verdadero nombre, Amabel, no tenía ni la mitad de encanto, no era tan fantástico ni le sentaba tan bien. Adoraba que la llamaran Pluma y, como en el asombroso aunque divertido círculo en el que vivía estaba de moda poner a los conocidos nombres cariñosos e imaginativos de pájaros, animales, peces u objetos inanimados, con el de Pluma iba ella flotando por su curiosa existencia. Y resulta que era la madre de la niña que solía mirar por la ventana del lóbrego e inhóspito cuarto diurno de los niños, tan pequeña que solo tenía una vaga idea, confusa y caótica, de que el sentimiento que a veces la enfurecía, la intranquilizaba y le subía la temperatura del cuerpo era algo semejante a un verdadero odio por un hombre en concreto que en realidad no había hecho nada para merecerlo.

Todavía no le habían puesto el delicioso nombre de Pluma cuando se casó con Robert Gareth-Lawless, un joven muy bien parecido e irresponsable, más que intencionadamente malo. Se llamaba Amabel Darrel y era la chica más encantadora del encantador rincón de la isla de Jersey en el que su padre, médico rural, había engendrado una encantadora familia numerosa y la había educado con la pésima ineptitud de su pésimo buen entender. Era preciso colocar a las niñas bonitas lo más pronto posible para que no se devaluara su precio en el mercado. Consecuentemente un joven de buena cuna, aunque carezca de recursos evidentes, es una vela halagüeña en el horizonte, posiblemente de una nave que acaso pudiera, al menos, hacerse cargo de un peso que los hombros que lo llevan como parte de sus obligaciones cederá con mucho gusto. Está muy bien que el padre de seis hijas adorables las considere un capital si tiene dinero, posición o conocidos generosos, o si tiene energía y una cabeza ingeniosa e incansable. Pero, si está cansado y no es inteligente ni importante en ningún aspecto y ha criado a su progenie en una isla del canal de la Mancha con la única ayuda en la adversidad de una mujer insulsa, tonta y poco agraciada, más le vale dejar la situación completamente en manos de la casualidad y la suerte. A veces la suerte llega sin más, aunque en general no.

A Pluma —cuando todavía era Amabel— le pareció que Robert Gareth-Lawless era una suerte increíble. Fue a parar a ella aquel verano por pura casualidad, porque el yate de un amigo, en el que iba navegando sin rumbo fijo, «recaló» en busca de provisiones. Es muy probable que una muchacha aérea con un sutil vestido blanco y ojos de color azul violeta que te mira con ternura bajo el ala de un sombrero ondeante mientras responde a unas preguntas sobre la mejor forma de llegar a un sitio te

acompañe personalmente hasta dicho sitio. Eso se llama un comienzo de primera categoría.

Por la noche, después de haber conocido a Gareth-Lawless en un camino con las orillas cuajadas de campanillas azules, Amabel y su hermana Alice, acurrucadas en la cama, se pusieron a hablar casi en susurros, entrecortadamente, de las posibilidades que podrían derivarse —Dios mediante— de otro encuentro con el señor Gareth-Lawless. Estaban emocionadas y ansiosas, pero eran jóvenes: jóvenes en su entusiasmo, y Amabel estaba encantada con lo bien parecido que era.

—Es que ¡es tan guapísimo, Alice! —susurraba, abrazándola, pero no con cariño, sino con verdadero júbilo—. Y seguro que no tiene más de veintiséis o veintisiete años. Y estoy segurísima de que le gusté. Ya sabes esa forma de mirar que tienen los hombres... incluso en un sitio como este, en el que solo hay curas y cosas así. Y tiene los ojos castaños, como el agua oscura y brillante de los estanques. ¡Ay, Alice, si él quisiera...!

Alice no estaba quizá tan entusiasmada como su hermana. Amabel lo había visto primero y en la familia Darrel existía algo parecido a un frágil código implícito, que no siempre se respetaba, basado en el principio de «se atiende por orden de llegada». Cuando acababan de conocer a alguien se podía alegar: «¡No se toca! ¡Yo lo vi primero!», como quien dice. Aunque duraba poco.

—Casi nunca quieren, por muy guapa sea una —replicó Alice en tono de protesta—. Y a lo mejor no tiene un chelín.

—Alice —musitó Amabel con desesperación—, si él quisiera, ¡no me importaría un comino! ¡Tener un chelín! ¿Acaso lo tienes tú? ¿Acaso lo tiene alguien que caiga por estos pagos? Vive en Londres. Me sacará de aquí. Vivir en Londres, aunque sea en una callejuela cualquiera, sería el Paraíso. Y hay que conseguirlo... cuanto antes. ¡Hay que conseguirlo! ¡Ah, y —con otro abrazo que ahora fue como un estremecimiento— piensa en lo que tuvo que hacer Doris Harmer! Acuérdate del cuellote colorado de aquel viejo tan gordo, y de aquella forma de respirar por la nariz. Doris decía que al principio se ponía mala solo de verlo.

—Ya lo ha superado —susurró Alice—. Ahora está casi tan gorda como él. Y está cargada de perlas y de todo.

—Yo no tendría que superar nada —dijo Amabel—. Si este quisiera... Me enamoraría de él al instante.

—¿No sabes lo que dijo padre? —replicó Alice, hablando despacio y con desgana. En realidad no le apetecía añadir un detalle que al fin y al cabo aumentaría la emoción de unas posibilidades que, desde su punto de vista, eran bastante emocionantes de por sí. Pero no podía resistirse al apasionante impulso—. No, no lo sabes porque no estabas en la habitación.

—¿Sobre qué? ¿Dijo algo sobre él? Espero que no fuera horrible. ¿Cómo puede serlo?

—Dijo —prosiguió Alice, arrastrando las palabras con un matiz femenino de

despectiva indiferencia— que si era un Gareth-Lawless de la rama pobre de la familia no tenía muchas posibilidades de heredar el título. Lord Lawdor, que es su tío, solo tiene cuarenta y cinco años y cuatro hijos que gozan de una salud espléndida... Son cuatro gigantitos estupendos.

—¡Ah, no sabía lo del título! ¡Qué fabuloso! —exclamó Amabel, presa de entusiasmo. Un momento después de reflexionar virginal e inocentemente suspiró con dulce esperanza bajo la sábana—. Es tan fácil que los niños contraigan escarlatina o difteria... Y ya se sabe que los más fuertes tienen más posibilidades de morir que los demás. El vicario de Sheen perdió a cuatro en una semana. E incluso murió él. Según el médico, de no haber sido por el disgusto, no habría muerto de difteria.

A Alice, que tenía una cucharadita más de cerebro que su hermana, le entró tal ataque de risa que tuvo que meterse la sábana en la boca.

—¡Ay, Amabel! —dijo casi sin voz—. Pero ¡qué bruta eres! Eres tan tonta que habrías podido decir esa barbaridad delante de cualquiera. ¡Imagínate si te hubiera oído él!

—Seguro que le daría igual —dijo Amabel con sencillez—. No se puede evitar pensar cosas. Si sucediera, él sería el conde de Lawdor y...

Volvió a quedarse pensando dulcemente mientras Alice se reía un poquito más, hasta que dejó de reírse y se puso a pensar también. A lo mejor, al final... Había que ser práctica. Y pensó tanto que ni siquiera se rio otra vez cuando Amabel rompió el silencio susurrando con devoción suave y trémula:

—Alice, ¿crees que pedir cosas a Dios sirve verdaderamente de algo?

—Yo le he pedido muchas y nunca me las ha concedido —contestó Alice—, pero ya sabes lo que dijo el vicario en el sermón del domingo: «Pedid y se os dará».

—A lo mejor no has sabido pedir las bien —dijo Amabel con verdadera devoción—. ¿Lo... lo intentamos? ¿Salimos de la cama y nos arrodillamos?

—Sal tú de la cama y arrodíllate —respondió Alice con gran comprensión—. Tú no harías este esfuerzo por mí.

Amabel se sentó en el borde de la cama. Con el camisón blanco y, a la pálida luz de la luna, casi parecía un ángel. Con la blanca y clara trenza por encima del hombro miró a su hermana con cara de reproche.

—¿Por qué no te lo tomas con un poco de interés? —dijo en tono quejumbroso—. Sabes que tendrías más posibilidades, tú y las demás, si yo me fuera de aquí.

—Esperaré a que te vayas —contestó Alice, impasible.

Pero a Amabel le parecía que en este caso en particular no había tiempo. Los yates que «recalaban» podían «partir» enseguida. Se arrodilló, unió sus delicadas y jóvenes manos y apoyó la frente en ellas. Rogó a la Sabiduría Divina que guiara al señor Robert Gareth-Lawless por el camino deseado. También hizo varias promesas, porque no hay nada tan fácil como hacer promesas. Terminó con una súplica ferviente: que, si se le concedía el deseo, «sucediera» algo que le permitiera llegar a

ser condesa de Lawdor. No podía haber formulado su ruego con mayor delicadeza y precaución.

Se puso de pie muy animada, con una ligera sensación de beatitud. Alice ya se había quedado dormida y, al meterse en la cama a su lado, suspiró tiernamente. Cerró los ojos casi en el momento en que apoyaba su adorable cabecita en la almohada. Se durmió enseguida y, a la luz de la luna que iluminaba débilmente la habitación, con la larga y suave trenza por encima del hombro, parecía un ángel más que nunca.

Tal vez gracias al conmovedor ruego al Trono de la Gracia, o tal vez no, el caso es que Robert Gareth-Lawless quiso. Al cabo de tres meses se celebró una boda en la antiquísima iglesia del pueblo y las damas de honor, que eran como flores, acompañaron a la flor principal al altar y, unas horas más tarde, a la estación de la que partirían el señor y la señora Gareth-Lawless con destino a Londres. Quizá la noche siguiente Alice y Olive se arrodillaran también junto a sus respectivas camas blancas porque, ese mismo día tan propicio, dos amigos del novio —uno de ellos, el dueño del yate— decidieron volver al lugar en el que se encontraban las ninfas más bonitas que un hombre pudiera contemplar. ¡Qué cabecitas coronadas tan delicadas y claras, que naricillas tan deliciosamente respingonas y qué cuellos tan blancos y esbeltos, qué murmullo de charla alegre y de tonterías! Cuando un hombre tiene suficientes posibles, ¿por qué va a renunciar a lo más bonito que encuentre? Y, así, también se llevaron a Alice y a Olive y los pobres señores Darrel suspiraron de alivio, porque en la casa que tan llena estaba antes y en la que ahora sobraban dormitorios habían aumentado las posibilidades y los motivos para albergar esperanzas.

Sin duda se puede tildar a la Deidad de haber sido un poco desatenta, porque a la familia de lord Lawdor no llegó a «sucederle» nada. Muy al contrario, los cuatro gigantitos que eran sus hijos crecían que daba gusto y, pocos meses después de la boda de Gareth-Lawless, lady Lawdor —un tanto efusiva, por así decir— obsequió a su marido con dos niños gemelos tan robustos que durante muchos años los llamaron «los gemelos Hércules».

Cuando Amabel ya era Pluma, y a pesar del ingenioso y minuciosamente pormenorizado método de Robert para vivir del aire, tenía muchos motivos para saber que «la vida en una calle cualquiera de Londres» no era un lecho de rosas. Como la calle cualquiera tenía que ser «una calle determinada» y sus accesorios tenían que aparentar al menos que correspondían al grado justo de informalidad y comodidad que estaba de moda, todo eran deudas y procurar zafarse de los acreedores, y fingir cosas y mentir con convicción y alegría ostensible. Lo cierto es que a veces se encontraban tan acorralados que no podían atender a los compromisos más importantes y tenían que exprimir el ingenio para inventar excusas plausibles. La estrecha casa entre dos grandes fue un reflejo fugaz de la luna de miel, pero, después de pasar un año celebrando pequeñas cenas elegantes en ella y saliendo de ella para asistir a grandes cenas elegantes en una berlina elegante aunque pequeña, terminaron inmersos en una situación comparable a la proeza de guardar el equilibrio en el filo

de una espada.

Y entonces nació Robin: una intrusa y una calamidad, por descontado. Nadie había pensado en ningún momento que eso pudiera ocurrir. Pluma estuvo llorando una semana cuando anunció el posible advenimiento. Sin embargo, después consiguió olvidar lo que la esperaba y asistió a fiestas y bailó hasta el último momento triunfando mucho, porque estaba preciosa y su diáfana mentalidad no ejercía la menor presión sobre sus admiradores y admiradoras.

Que una pluma fuera madre de Robin^[1] dio lugar a muchas bromas ligeras cuando la niñera bajó a presentarla en forma de paquetito envuelto en encajes al alegre y concurrido saloncito de la estrecha casa de la calle del barrio de Mayfair.

El primero en hacer una pregunta sobre ella fue el señor de la casa de Coombe.

—¿Qué va a hacer con ella? —preguntó con indiferencia.

Ni la mirada de la recién nacida, a la que hasta entonces solían llamar «el nonato», habría podido parecer más pura e inocente que la de la adorable Pluma. Sus ojos de color violeta carecían completamente de pensamientos o intenciones, claros como el agua del manantial más límpido y transparente.

También la risa era clara: encantadoramente clara.

—¿Hacer? —repitió—. ¿Qué se hace con los recién nacidos? Supongo que la niñera lo sabrá. Yo no. No la tocaría por nada del mundo. Me da miedo.

Se acercó un poquito, como flotando y se agachó a mirarla.

—La llamaré Robin —dijo—. En realidad se llama Roberta porque no podía llamarse Robert. Todos se volverán a mirarla cuando oigan que la llaman Robin y es una niña. Además tiene los ojos como un pajarito. Me gustaría que los abriera para que se los vieras.

Casualmente los abrió en ese mismo instante, despacito. Eran de color castaño oscuro, como si solo tuviera un iris reluciente que miraba sin inmutarse el objeto que tenía delante. Dicho objeto era el señor de la casa de Coombe.

—Me está mirando. Me mira con antipatía —dijo, mirándola también, sin inmutarse, pero con cierto interés frío.

II



«Señor de la casa de Coombe» no era un título que figurase en Burke ni en Debrett.^[2] Era una sutil ironía del propio señor y, como a sus conocidos les parecía bien, así lo llamaban a menudo en las ocasiones informales y con la misma intención. En los libros de linaje figuraba como marqués, con varios títulos relacionados más, aunque de menor relumbre.

—Cuando la sociedad inglesa era respetable, hasta el aburrimiento incluso —según su opinión—, era una responsabilidad grave e imponente ser por nacimiento señor de la casa de Coombe. En las temibles conversaciones en que los padres o un superior regañaban a uno en privado, lo esgrimían como argumento incontestable contra actos inmorales como contraer deudas o no asistir a la iglesia. El señor de la casa tenía la obligación de ser una persona modélica. En el campo, había que comparecer en el banco de la iglesia y declararse «mísero pecador» en voz alta, había que invitar al rector a cenar con regularidad y «las señoras» de la familia tenían que invitar al té y regalar enaguas y ropa de recién nacido a los campesinos. En aquellos buenos tiempos, a las mujeres y a los hombres se los llamaba «damas» y «caballeros». Había que representar cosas, como partidos del Parlamento, sociedades benéficas o la hospitalidad británica, celebrando grandes y largas cenas en las que uno brindaba y pronunciaba discursos. La alegre juventud bailaba el chotis, la polka y el vals, que lord Byron tildó de indecente.^[3] El recuerdo de su vigoroso poema arranca una sonrisa... cuando se está cenando en un *cabaret*.

La gente lo consideraba muy divertido cuando analizaba su actitud mental ante el mundo en general.

—Nací un poco tarde y un poco pronto —contaba en su tono ligero, bastante frío e indiferente—. Nací y me eduqué al final de una era y tengo que adaptarme a vivir en otra. Mamé, por así decirlo, las veneradas reliquias de los Jorges, la reina Carlota y la reina Victoria, que estaba en la flor de la vida. Yo también estaba en la flor de la vida cuando se reprobaba a las «señoras» que llevaban el escote demasiado generoso en los salones. Con esa educación cobran un curioso interés las modas que consideran el corsé una fruslería prescindible, y hasta las propias primas y tías de uno pueden ser ninfas griegas que bailan con los pies descalzos enseñando unas piernas preciosas. Confío en que este comentario no parezca ni remotamente desfavorable. Me limito a observar por puro interés la rapidez con la que cambian las cosas. Como señor de la casa de Coombe, no estoy muy seguro de si soy modélico en algo... o de si sirvo a alguien de modelo. Y por eso a veces me considero en ese aspecto con una ligereza un tanto irreverente.

La indiferencia con que había hecho la pregunta sobre la niña de la leve e

irresponsable Pluma no contrariaba en absoluto su visión del singular incidente que era la vida, tal como la ejemplificaban el mundo, el demonio y la carne: ninguna de estas cosas parecía impresionarlo, inquietarlo ni crearle prejuicios. Era un hombre de mucha y variada experiencia que había disfrutado casi ilimitadamente del placer, de la indulgencia pecaminosa y no pecaminosa, de la perversión mitigada y no mitigada y de conocimientos extraños; y posiblemente había excluido siempre los límites vulgares. Siendo este el caso, solo una caridad sobrehumana se habría abstenido de pensar que en su juventud hubiera podido desaprovechar la menor oportunidad. Para una mentalidad victoriana y disidente^[4] habría bastado con la riqueza y una bella protegida para considerar a un hombre joven —o maduro— un ejemplo moral detestable; pero estas dos condiciones, combinadas con la apostura y una inteligencia bastante brillante, eran tan inevitablemente inherentes a la iniquidad elegante que los efectos podían darse por garantizados.

El señor de la casa de Coombe —antes de serlo— contemplaba con su indiferencia característica, que había aprendido a adoptar incluso desde mucho antes, los diversos mundos en los que vivía, y las diversas tierras lo aceptaban alegremente como personaje más o menos abominable por pecador, pero interesante y deseable. ¿Por qué había de tenerse la menor consideración por lo que la gente pensara de uno? ¿Por qué había de tenerse la menor consideración por lo que pensara uno de sí mismo, y, por tanto, por qué había de pensar uno nada de nada? Con esta sencilla teoría había sido desde siempre un joven brillantemente pagano y feliz. Al pasar algunos años dejó de ser tan feliz, pero siguió siendo bastante pagano y fiel a su teoría, aunque esta había perdido el rico y despreocupado entusiasmo del principio y se había teñido de una amargura secreta. No se había casado y se contaban innumerables razones para justificarlo, falsas en su mayoría y ninguna totalmente cierta. Cuando dejó de ser joven se debatieron mucho sus delitos, sobre todo al morir su padre y ocupar él su lugar como cabeza de familia. Era suficientemente mayor, rico e importante para que el matrimonio fuera casi imprescindible. Pero siguió soltero. Por si fuera poco, parecía considerar la soltería un asunto de su exclusiva competencia.

—¿Es usted tan perverso como dicen? —le preguntó en una ocasión una de las jóvenes que en esa temporada empezaban a probar la perversidad con precaución porque era la nueva moda.

—No lo sé, la verdad. Es difícil saberlo —respondió—. Se lo diría si supiera exactamente qué es la perversidad. Cuando lo sepa se lo diré. Le agradezco el interés.

Sabía que, treinta años antes, una jovencita que hubiera oído hablar de su perversidad habría ardido en la hoguera antes que preguntarle esas cosas con tal falta de modestia, aunque tal vez se hubiera ofrecido con delicadeza a dispensarle los «primeros auxilios» para que se reformara planteando dulcemente la cuestión de ir a la iglesia.

La atrevida muchacha lo miraba con una atención que la respuesta acrecentó

visiblemente.

—Nunca entiendo lo que dice —replicó ella, casi con tristeza.

—Yo tampoco —contestó él amablemente—, y estoy seguro de que no vale la pena intentarlo. Lo cierto es que ninguno de los dos sabemos lo que queremos decir. Quizá sea tan perverso como sé serlo, y es posible que tenga limitaciones dolorosas... o quizá no.

Después de la muerte de su padre pasaba mucho más tiempo en Londres y mucho menos recorriendo la faz del globo terráqueo, pero a los cuarenta años conocía bien países lejanos y cercanos, así como a las gentes de cada uno. Habría podido ir con los ojos cerrados a cualquier lugar famoso de casi todas las grandes ciudades. Había visto muchas cosas y había aprendido mucho. Le habían interesado sobre todo las ambiciones y los cambios de las naciones, de los estadistas y de los gobernadores y sus gobernados o los que los gobernaban. Lo conocían en las cortes y en las capitales y sus relaciones eran tales que siempre le facilitaban ocasiones de actuar como observador. Exteriormente no despertaba recelo entre los conversadores y oía muchas cosas sugerentes, que incluso lo iluminaban, en boca de quienes no sospechaban que tenía una gran memoria y era astuto sacando conclusiones. Sin embargo, lo cierto es que tenía una memoria notable: no un saco lleno de retales desordenados de todos los colores, sino un espacio grande y ordenado en el que todo estaba catalogado, archivado y protegido de miradas indiscretas. También era dado, por pura costumbre, a la función mental de seguir un argumento hasta las últimas conclusiones. Veía y conocía perfectamente a los que se cernían sobre el gran tablero de ajedrez que es Europa sopesando las cosas con el ceño fruncido y moviendo la mano con cautela. Este juego le interesaba muchísimo. Por su posición en el mundo tenía la suerte de conocer a personas que llevaban corona y recibían, como incidente natural de su vida, el homenaje que expresa descubrirse la cabeza y doblar la rodilla. A los cuarenta años pensaba en la época en que por primera vez le llamaron la atención la incongruencia, la anormalidad y la inestabilidad de los cimientos sobre los que se sostenían estos personajes. Por el carácter osado y casi sacrílego de la novedad, darse cuenta de esto fue como si un rayo le atravesara el cerebro. En aquel momento solo se lo contó a una persona.

—No emito juicios morales ni éticos —le dijo—. Me limito a ver. La cosa se desintegrará, tal como está todo. En cuanto a qué ocupará su lugar, estoy tan perdido que me da la impresión de que será bastante horrible. Lleva uno tantos siglos con las mismas referencias, con la misma pompa y con el mismo pintoresquismo que ya no es capaz de ver la tierra sin ellos. Ha habido reyes incluso en las islas del Caribe.

Habría sido un estadista o un diplomático de gran visión, pero había estado muy entretenido con la vida y era muy indisciplinado para someterse a un trabajo, fuera de la índole que fuese. Consideraba que no valía para nada pero le daba igual. Tenía por naturaleza un cerebro en cierto modo ordenado que observaba y funcionaba por sí solo, añadiendo así sabor e interés a la existencia. Y nada más.

No se puede decir que a medida que pasaban los años le complaciera saber que casi cada vez que alguien hablaba de él con un desconocido tuviera que decir que era el hombre mejor vestido de Londres. Le parecía detestable, aunque sabía que era una verdad como un templo. Había perfeccionado el arte del vestir en su juventud gracias a una afición secreta a lo pertinente y a lo armónico. Las texturas y los colores le procuraban un placer rayano en lo anormal; la expresión de este placer tenía sus limitaciones, como ser masculino que era, y por eso lo concentraba en la perfección. Sin embargo, ni siquiera a los veinticinco lo habían tildado de *dandy*, y a los cuarenta y cinco nadie había insinuado que fuera un petimetre, a pesar de que tanto los hombres como las mujeres comentaban a menudo entre sí el corte y el color de las prendas que llevaba, y los sastres le suplicaban que los honrara con unas migajas de favor, con la ambiciosa esperanza de contarlos entre su clientela. En cuanto aparecía con tal color o cual corte inmediatamente se ponía de moda; se desgastaba y se exageraba hasta que su creador lo abandonaba de repente, y entonces caía en la degeneración de las imitaciones y las sastrerías baratas. La exageración y la armonía del original desaparecían para siempre.

También Pluma tenía una gracia maravillosa para elegir la ropa, una gracia que a veces casi adquiría proporciones de creación total. La pasión que sentía por embellecerse se expresaba en combinaciones ingeniosas y, de vez en cuando, asombrosos y singulares hallazgos de conjunto. Su estilizada belleza y su sedoso pelo rubio ceniza lucían con donaire inclinaciones y curvas extrañas de sombreros grandes y pequeños y colores atrevidos que las demás mujeres no podían permitirse, pero que indefectiblemente se esforzaban en imitar por desastroso que fuera el resultado. Bajo un ala que caía con suavidad o se ondulaba de forma curiosa y nada favorecedora para la mayoría de los rostros, el suyo asomaba encantadoramente como en un retrato de una niña con el sombrero de su abuela. Todo la envolvía o se le pegaba en pliegues arrebatadores que, por caprichosos que fueran, jamás resultaban grotescos.

—A mí todo me sienta bien —decía con sencillez—, pero muchas veces, para que me sienta mejor, recojo un poco un vestido con alfileres en dos o tres sitios o le doy un golpecito a un sombrero para que quede inclinado. No paran de preguntarme cómo lo hago, pero no sé qué contestar. La semana pasada compré un sombrero en Cerise y le di dos suaves puñetazos: uno en la coronilla y otro en el ala, y quedó maravilloso. La doncella de una persona importantísima preguntó a la mía dónde lo había comprado, pero le prohibí que se lo dijera, naturalmente.

Creaba moda y la imitaban como al señor de la casa de Coombe, pero eso la embelesaba y toda la fuerza que pudiera tener la materia gris que albergaban sus pequeñas células cerebrales se concentraba en el deseo de idear nuevas fantasías y maravillas para el mundo que la rodeaba.

Bob Gareth-Lawless no llevaba un año casado cuando empezó a roerle por dentro una duda remota: era posible que, con el tiempo, su mujer se convirtiera en un plomo... sobre todo si perdía belleza. Hablaba sin cesar de nada y tenía la cabeza a

pájaros, con tanta extravagancia y tanta tontería con la ropa, la ropa, la ropa: como si fuera el aire vital. Una mañana, después de estar mirándola dos horas mientras ella se miraba en el espejo y le daba instrucciones a la doncella para que le hiciera diferentes peinados —delicadas ondas y rizos con mechones sueltos, cintas y lazos suaves, trenzas y tirabuzones—, soltó una breve carcajada forzada: fue su manera de expresarse, aunque ella no sabía que se estaba expresando y, aunque lo hubiera sabido, no lo habría entendido.

—Si tienes alma, cosa de la que no estoy seguro —dijo—, la tienes dividida entre la sastrería, la peluquería y la sombrerería, y llena de montañas de sombreros, vestidos y peines de diamante. Es un desastre horrible, Pluma.

—Espero que también haya zapatería y joyería —contestó ella, riéndose alegremente—. Y un taller de encajes. Lo necesito todo.

—Es una tienda de trapos —dijo él—. ¡No hay más que gasas!

—Si alguna vez pienso en las almas, me imagino que son unas cositas tontas que flotan por ahí vaporosamente como globitos —respondió ella alegremente.

—No está mal la idea —dijo él, con una carcajada bastante fuerte—. A lo mejor estás hecha de gasa azul y rosa salpicada de esas cosas que llamas lentejuelas.

A ella le hizo gracia la cosa.

—Si tuviera algo así —contestó, satisfecha y creativa—, me quedaría monísimo colgado en el hombro, o alrededor del sombrero, o en el pelo por la noche, sujeto con cadenita fina y brillante que se cerrara con un broche de diamante... y con unas preciosas cintitas azules y rosas.

Con el toque de la genialidad lo había relegado inmediatamente a su lugar correspondiente en su universo particular. Y Robert se rio con más fuerza que antes.

—No me hagas reír —le dijo ella, levantando una mano—. Me están haciendo un peinado que quede bien con el vestido fino marrón claro de inspiración cuáquera y la capotita pequeña... Y también quiero probar la expresión de la cara. Tengo que parecer dulce y recatada. Cuando se lleva un vestido y un sombrero así, una no se puede reír, solo sonreír.

Unos meses antes, le habría costado creer que dijera todas esas cosas sin una pizca de sentido del humor, pero ahora se daba cuenta de que, en efecto, así era. Él tenía cierto sentido del humor, pero ella no, ni por asomo, y ese era uno de los motivos por los que sospechaba vagamente que podía llegar a ser un plomo.

Fue en la fiesta del jardín, en la que se puso el fino vestido marrón claro de inspiración cuáquera y la capotita pequeña, donde el señor de la casa de Coombe la vio por primera vez. Se celebraba en casa de un pintor de moda que vivía en Hampstead y tenía un jardín con algunos ejemplares estupendos de árboles añosos. La intención principal de Pluma era dar exactamente esa nota de color delicado y apagado. Todas las demás mujeres iban de azul, rosa, amarillo, blanco o estampado de flores y ella destacaba exquisitamente con su elegante y tenue traje de diferente color. Las demás cabezas lucían sombreros grandes, curvos o blandos; el suyo parecía

la toca de una monjita o un retrato imaginario de una bisabuela deliciosamente joven. Llamaba más la atención que cualquier otra mujer en el césped esmeralda o bajo los grandes árboles.

Cuando Coombe la vio por primera vez estaba con un grupo de gente y dejó de hablar. Alguien que tenía cerca diría después que se había quedado completamente pálido un segundo... casi como si se hubiera asustado.

—¿Quién es la que está bajo el haya... con la que habla Harlow? —preguntó.

En ese momento, Pluma escuchaba con una actitud tranquila y los párpados entornados, adaptándose armoniosamente a las exigencias de la angelical capotita.

—Es la señora de Robert Gareth-Lawless... La llamamos Pluma —le respondieron—. ¿Cuándo se ha visto algo tan artístico como ese asombroso vestidito ahumado? No se vería tanto si fuera del color del fuego.

—Es que nadie se fijaría —dijo Coombe—. Se corre el peligro de quedarse mirando fijamente. Y ¡el sombrerito con visera, o capota, atado debajo de la oreja sonrosada con una cinta de raso sujeta con un capullo claro! ¡Que alguien me salve de mirarla y me la presente! Si hablo con ella ya no será mirarla. Por favor.

A medida que lo acompañaban por el césped y se acercaba al haya volvió a palidecer. Todavía estaba muy pálido cuando Pluma levantó la mirada hacia él. La naturaleza le había dado, cuando levantaba la mirada, unos ojos que parecían los de un ángel. Hay ojos que tienen esta particularidad. Pero no había hablado con ella ni quince minutos cuando supo que en realidad no tenía motivos para volver a perder el color cada vez que la viera. Al principio pensó que los tendría. Con la agudeza que caracterizaba su sentido de lo apropiado en cada momento, en esos quince minutos — casi antes de que él recobrará el color—, Pluma empezó a contarle lo que había dicho su marido de su alma, que era como un globo de gasa azul y rosa salpicado de lentejuelas, y que a ella le había inspirado la idea de llevarla puesta colgada del hombro o del pelo con una cadenita fina y brillante, y con cintas delicadas. Le encantaba que él se riera, aunque le parecía una risa un poco ronca y áspera. Sabía que era un hombre importante y siempre tenía la sensación de caer bien cuando la gente se reía.

—¡Exquisito! —dijo él—. A partir de ahora siempre la veré así, pero ¿no será necesario cambiar los colores de vez en cuando?

—¡Ah, sí! Para combinar con las cosas —contestó ella con seriedad—. No podría ser azul y rosa con esto —mirando al vestidito marrón ahumado— ni llevar lentejuelas.

—¡Ah, no! ¡Lentejuelas no! —dijo él casi con gravedad, cuando cesó la risa áspera.

—Una no se imagina el color exacto en un momento, hay que pensarlo —dijo Pluma, reflexionando—. Tal vez algo azulado, difuso, oscuro... como el borde de una nube de lluvia... Casi ni se puede decir que sea un color.

Se le ensombrecieron los ojos tenuemente un instante, como si viera un sueño. Él

la miró con insistencia. Una mujer que era como un ángel podía tener esa expresión cuando se preguntaba cuánto podía su alma pura atreverse a pedir. El señor de la casa de Coombe se rio otra vez y Pluma también.

Muchas ideas de orden práctico se atropellaban en su cabeza. Lo mejor que les podía pasar era que él la admirase. Bob tenía muchos conflictos con los acreedores. Continuamente les mandaban facturas y les escribían cartas desagradables. En la sastrería y en la sombrerería le habían hecho insinuaciones sumamente groseras que casi no podían ni considerarse insinuaciones. Prácticamente no se atrevía a hablar con el joven y elegante lacayo, que había aceptado el puesto en la estrecha casa solo porque le habían dicho que podía ser un trampolín para mejores oportunidades, eso lo sabía ella. Lo que no sabía era que se lo habían dicho exactamente con las siguientes palabras: «Los dos son bien parecidos y él es sobrino de lord Lawdor. Son un tanto impulsivos y reciben a gente elegante en su casa porque ella es muy guapa. Durarán dos o tres años tal vez y abrirás la puerta a personas que no olvidarán a un joven de buena planta que atiende a sus deberes mejor que la mayoría».

Pluma comprendía que cuantos más hombres como el señor de la casa de Coombe entraran y salieran de su casa más posibilidades tendrían sus dueños de recibir buenas invitaciones y crédito continuo. Aparte de eso, pensó cándidamente, si era rico seguro que prestaría dinero a Bob. Sabía que ya lo habían hecho algunos hombres que la admiraban. No le molestaba. El dinero era necesario.

Así empezó una amistad que daría mucho que hablar a la hora del té, en las cenas y en los tocadores de las señoras, e incluso en los rincones del alegre saloncito de Pluma. Se hablaba del grado de interés que Coombe tenía por ella. Siempre despertaba la curiosidad cuando se interesaba por una mujer, sobre todo, en privado, la de la propia interesada. Los observadores ocasionales o superficiales decían que estaba bastante encaprichado con ella, si tal cosa fuera posible en un hombre de su temperamento; los de pensamiento más profundo decían que no era posible en un hombre de su temperamento y que, si Pluma sentía alguna atracción por él, sería por algo especial que solo él podía explicar... y que no explicaría.

Conste, a pesar de todo, que se las arreglaba para verla a menudo. Incluso podría afirmarse que la seguía a todas partes y que más de uno de los de pensamiento más profundo lo había visto alguna vez apartarse un poco y quedarse mirándola — observándola— con una expresión de pensamiento igualmente profundo y con la profunda intención de no revelar lo que pensaba por ningún concepto. La forma en que la trataba no arrojaba sombras de pensamiento profundo. Hablaba con ella de lo que más le gustaba que le dijeran de sí misma: el éxito que tenía y la ropa, que era lo que más éxito tenía. Asistía a las pequeñas pero increíblemente amenas cenas de los Gareth-Lawless y, aunque se sabía que no le gustaba bailar, a veces bailaba con ella en las fiestas.

Pluma, en su candidez, no tenía la menor duda sobre él. Estaba segura de que se había enamorado de ella. Creía que esta emoción universal se cifraba en la ropa, la

proximidad y la belleza, y con todo eso, si se era inteligente, se conseguía todo lo que una quería. El afecto desbordante que sentía por Bob y él por ella le había dado la vida en Londres con todas las diversiones que conllevaba. Cuando hablaba con su marido de esta conquista tan deseable lo hacía con una franqueza ligera y cordial al mismo tiempo.

—Pues claro que su sastre te dará crédito porque sois muy amigos —decía—. La semana pasada, cuando lo convencí para que me acompañara a casa de madame Helene, ella me trató muy amablemente. Me ayudó a elegir seis vestidos y creo que me habría dejado elegir otros seis más.

—¿Cree que se los va a pagar él? —preguntó Bob.

—Da igual lo que crea —dijo, y se rio de una forma encantadora.

—¿Da igual?

—Completamente. Me va a mandar los vestidos. ¿Qué te ocurre, Rob? Estás rojo y enfadado.

—Hace tres días que me duele la cabeza —contestó— y estoy rojo y enfadado, sí. Casi todo lo que dices me da igual, Pluma.

—No seas tonto —replicó—, a mí también me da igual casi todo lo que dices... y lo que haces, por cierto.

Robert Gareth-Lawless, que estaba sentado en el vestidor de su mujer, soltó un leve gruñido y se frotó la frente, roja y sofocada.

—Hay que tener... cuidado... —dijo, y dudó un poco antes de añadir, enfurruñado—: con lo que se dice.

—Pareces Alice —respondió ella sin inmutarse—. Se enfadaba conmigo por las cosas que decía. Pero creo que la gente me quiere, entre otras cosas, porque le hace gracia lo que digo. Lord Coombe se ríe. Es estupendo conocerlo —añadió con sentido práctico—. Es una persona de las que cuentan... no sé cómo decirlo. ¿No te acuerdas de que, antes de conocerlo, cuando pasó tanto tiempo en el extranjero, siempre salía a relucir en las conversaciones como si la gente no pudiera evitar acordarse de él y de cómo era? Yo ya sabía mucho de él: lo inteligente que era, su forma de ser y de tener a las mujeres a raya sin caer en la grosería. Y lo que dice de que las monarquías y la aristocracia van a pasarse de moda. Y la ropa. Me encanta cómo viste. Y estoy segura de que a él le encanta cómo visto yo.

Lo cierto es que en lo primero en que se había fijado cuando lo vio cruzando el césped hacia el banco del haya fue en cómo vestía. Vestía su estilizada figura inimitablemente y aparecía a la vista como el colmo de la perfección, inmune a toda clase de comentarios. No se ponía la ropa: era la expresión de su sutileza mental. Sin embargo, Pluma sabía que ella sí: la llevaba consigo, por muy bellamente que la llevara.

—Me gusta —continuó—. No sé nada de partidos políticos ni de lo que sucede en Europa, por eso no entiendo esas cosas que dice y que, según la gente, son tan agudas, pero me gusta. En realidad, no es tan viejo como me pareció el día en que lo

conocí. Aquel día estaba como demacrado, sobre todo los ojos y la boca. Me dio la impresión de que le aliviaba ver un alma de gasa azul y rosa con lentejuelas y cintitas colgando.

La pequeña Robin ya tenía un año y daba los primeros pasos en el lóbrego cuarto diurno de los niños, donde transcurría su existencia salvo cuando la niñera —que se había enamorado inmediatamente del joven y elegante lacayo— la bajaba a la cocina y al sótano, a la sala de la servidumbre, con su olor a tierra y sus abundantes cucarachas. La elegante agencia que alquilaba la casa había puesto el nombre de «sala de la servidumbre» a este sótano, tan incómodo y lóbrego como los dos cuartos infantiles del piso más alto.

La tarde del día siguiente Robert Gareth-Lawless entró con paso vacilante en la salita de su mujer y se desplomó en el sofá mirándola y resollando.

—¡Pluma! —dijo casi ahogado—. No sé lo que me pasa. Creo que estoy... ¡malísimo! No veo bien. No puedo pensar.

Se cayó de lado sobre los cojines, tan indefenso que Pluma corrió a su lado.

—¡No, Rob, no! —gritó, verdaderamente angustiada—. Lord Coombe nos lleva hoy a la ópera y después a cenar. Voy a ponerme... —Dejó de hablar y empezó a sacudirlo; intentó levantarle la cabeza—. ¡Por favor, intenta sentarte! —le suplicaba patéticamente—. Inténtalo, por favor. ¡No te rindas hasta después!

Pero no consiguió que se sentara ni que le hiciera caso. Seguía tumbado, con la boca abierta, respirando entre estertores y completamente insensible.

Dio la coincidencia de que en ese mismo momento, mientras ella se retorció las manos al lado del sofá, anunciaron al señor de la casa de Coombe.

Se acercó a ella y miró a Gareth-Lawless.

—¿Ha mandado llamar al médico? —le preguntó.

—¡Se ha puesto así ahora mismo! —exclamó—. No lo puedo soportar. Usted dijo que el príncipe asistiría a la cena después de la ópera y...

—¿Piensa ir? —le preguntó con calma.

—Tengo que mandar por una niñera, eso sí... —empezó a decir.

Él se atrevió a interrumpirla.

—Es mejor que no vaya... si me permite que se lo diga.

—¿Que no vaya? ¿Que me quede aquí y no vaya? —gimió.

—Que se quede aquí y no vaya —le respondió. Y se lo dijo tan rotundamente que Pluma se sentó y rompió a llorar.

Menos de dos semanas después Robert murió y ella se quedó viuda, preciosa, pelada y con una niña.

III



Dos o tres décadas antes, el sentimiento predominante habría sido que «la pobre señora Gareth-Lawless» había quedado en situación patética. Sus conocidos habrían hablado con compasión de su desvalimiento y de su completa falta de recursos. Tan bonita, tan chiquita, tan joven y madre de una niña encantadora... ¡sin rentas de ninguna clase! ¡Qué lástima! ¿Qué iba a hacer? El elegido habría ido a visitarla y a hablar con ella en su salita, en penumbra, para animarla a que confiase en el Creador y aconsejarle que la mejor lectura serían «las Escrituras». Algunas almas —pocas y extrañas incluso entonces— habrían sabido lo que querían decir y se lo habrían dicho con toda sinceridad de un modo que solo podían expresar mediante fórmulas manidas; los demás habrían recurrido a las mismas fórmulas por el mero hecho de que son fáciles y siempre quedan bien.

Pero el círculo más cercano a Pluma, envuelto en multitud de compromisos — enfebrecido de entusiasmo por procurarse placeres y ambiciones, por sus anhelos, por sus terrores grandes y pequeños— y en un torbellino de días, no tenía tiempo para ocuparse de aspectos patéticos. En la casita cuyas escaleras estaban tan pegadas a la pared que daban la sensación de estar atestadas de gente aunque uno hubiera ido solo, cesaron de pronto las fiestecitas alegres, tan entretenidas como modernas y ruidosas. Allí se habían dicho, hecho y lucido las cosas más atrevidas de las que se hablaba en Londres. Se estrenaban novedosas aventuras sociales —bailes y canciones que al principio asombraban— pero que en general se iban adoptando poco a poco. Siempre habían predominado la risa, la charla sobre naderías y el toma y daca de bromas y muletillas de moda. Y Pluma revoloteaba por todas partes y decía deliciosas tonterías con las que los demás se tronchaban de risa. Un sitio así no podía hacerse patético de la noche a la mañana. Parecía casi escandaloso que Robert Gareth-Lawless hubiera aguantado la fiesta con la crudeza de la muerte, muriéndose en la cama de un dormitorio pequeño para que lo metieran en un ataúd, lo bajaran por las escaleras arañando la pared y lo transportara un carruaje fúnebre. Nadie soportaba pensar en eso.

Pluma, menos que nadie. Parecía mentira que le hubieran hecho semejante jugada. Se encerró en su pequeño y atestado dormitorio con sus encajes y colgaduras de color quisquilla y lloró amargamente. Al principio lloraba como una niña a la que han obligado a irse en plena fiesta. Después siguió llorando porque estaba asustada. Había recibido muchas tarjetas de condolencia la primera semana después del entierro, que se amontonaban en una bandeja, cerca de la puerta de la calle, pero en realidad era muy poca la gente que había entrado a verla y, aunque sabía que tenían la excusa del luto por su reciente pérdida, la casa se le caía encima. Nunca había estado silenciosa y vacía. Siempre pasaban cosas, pero ahora no se oía ni un solo ruido:

nadie subía y bajaba por las escaleras; habían recogido todas las pertenencias de Rob y su habitación estaba ordenada y vacía, y el saloncito parecía una tumba adornada, sin ocupantes. ¿Cuánto tardaría en volver a llenarse de gente? ¿Cuánto tenía que esperar para poder invitar a alguien sin que estuviera mal visto? Fue al hacerse esa pregunta cuando se asustó de verdad. No tenía el cerebro acostumbrado a razonar y no desarrollaba los pensamientos. No había empezado a preguntarse lo que tenía que hacer ni con qué hacerlo. Rob había ganado a las cartas últimamente y había pedido un préstamo a un amigo reciente, por lo que Pluma no vio enseguida el abismo que se abría a sus pies. Pero cuando empezó a pensar en fiestas futuras se detuvo en seco y, sin querer, se llevó la mano a la garganta. No tenía dinero, las facturas se amontonaban por todas partes, quizá ahora que Robert había muerto no le dieran más crédito en las tiendas. Se acordó de que justo el día antes de que Rob cayera enfermo había entrado en casa maldiciendo porque en la puerta se había encontrado con el cobrador del alquiler, que se debía desde hacía mucho tiempo y había que pagar. ¡No tenía dinero para pagarlo, ni para el salario del servicio, ni para saldar las deudas de la casa ni para el alquiler mensual de la berlina! ¿La echarían a la calle? ¿Se irían los criados? ¿Incluso la dejarían sin coche? Y ¿la ropa? Ahora solo podía vestirse de luto y, cuando terminara el luto, todo lo que tenía estaría pasado de moda. La mañana en que se le ocurrieron todos estos detalles de la situación tuvo tanto miedo que empezó a correr por la habitación como un gatito asustado que no encuentra la forma de salir de la trampa en que ha caído.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror! —exclamaba entre sollozos—. ¿Qué hago yo ahora? ¡No puedo hacer nada! ¡No se puede hacer nada! ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Al final se tiró en la cama y lloró hasta el agotamiento. Carecía de recursos mentales que le dijeran que se podía hacer cualquier cosa menos llorar. Nunca había llorado mucho porque, incluso en la época de estrecheces, siempre había conseguido más o menos todo lo que quería, aunque, lógicamente, más menos que más. Además, llorar enrojece los ojos y la nariz. En esta ocasión no se acordó de los ojos y la nariz y lloró hasta desfigurarse tanto que cuando se levantó y se miró en el espejo casi no se reconoció.

Tiró de la campanilla para que viniera la doncella y se sentó a esperar. Tonson le traería un caldo de carne.

«Es la hora de comer —pensó—. Estoy débil de tanto llorar. Ella me hará un baño de ojos con agua de rosas».

Tonson no solía hacer esperar a la señora pero ese día no estaba atenta. Pluma tiró por segunda vez de la campanilla, por tercera, con impaciencia, y se sentó a esperar otra vez hasta que el silencio sepulcral de la casa empezó a pesarle como no lo había hecho en esos últimos días tan horribles. Era lo que más le encogía el ánimo: esa quietud espantosa. Los criados, cuyo sitio era el sótano, estaban demasiado encerrados en su oscura sala para que se les oyera desde arriba, ni aunque lo hicieran

a propósito. En las últimas semanas Pluma había llegado a desear que no estuvieran tan bien educados y que hicieran un poquito de ruido... o cualquier cosa, con tal de romper el silencio.

La habitación en la que esperaba —y la horrible y pequeña habitación aneja de Rob, que le parecía horrible por lo que había visto un momento tendido y rígido en la cama, antes de que se la llevaran en pleno ataque de histeria— eran recintos pavorosos de silencio absoluto. Toda la casa estaba en silencio... ni siquiera se oía ruido en la calle. No lo soportaba. ¿Cómo se atrevía Tonson? Se levantó bruscamente y se puso a tirar de la campanilla una y otra vez hasta que la casa le devolvió el eco de la llamada por todas partes.

Y siguió esperando. Le pareció que pasaban cinco minutos hasta que oyó subir las escaleras lentamente al joven y apuesto lacayo. No esperó a que llamara a la puerta, abrió ella misma.

—¿Cómo se atreve Tonson? —empezó a quejarse—. ¡La he llamado cinco veces! ¿Cómo se atreve?

El joven y elegante lacayo se había educado en una buena escuela y sabía ser atento e impersonal.

—No lo sé, señora —le dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quiere decir ella? ¿Dónde está? —Pluma se quedaba casi sin respiración ante el estilo imperturbable del lacayo.

—No lo sé, señora —respondió, igual que antes. Y con la misma actitud imparcial añadió—: Ninguno lo sabemos. Se ha ido de la casa.

Pluma agarró el pomo de la puerta porque se estaba mareando.

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido! —dijo, jadeando débilmente.

—Hizo el equipaje ayer y se lo ha llevado en un coche de alquiler hace una hora, señora.

Pluma se soltó del pomo de la puerta y, hundida y desvalida, retrocedió hasta la silla de la que se había levantado para abrir.

—¿Quién... quién va a vestirme? —dijo, casi gimiendo.

—No lo sé, señora —contestó el joven lacayo, en una actitud excelente que no denotaba opinión de ninguna clase. Sin embargo, añadió—: Señora, la cocinera desea hablar con usted.

—Dile que venga —contestó Pluma—. Y quiero... quiero un caldo de carne.

—Sí, señora —con todo respeto. Y cerró la puerta en silencio al salir.

No tardó en volver a abrirse. La cocinera llamó y Pluma le dijo que entrara. Las cocineras suelen ser fornidas, pero esta no lo era. Era alta y delgada y tenía los hombros cuadrados, y también la cara, un tanto enrojecida de tanto estar siempre encima de los fogones. Había estudiado en una escuela de cocina. Apareció con un montón de libretas de contabilidad y nada más.

—He pedido caldo de carne, cocinera —protestó Pluma.

—No hay caldo de carne, señora —dijo la mujer—. Tampoco hay carne, ni

ningún otro caldo en la casa, ni extracto Liebig, señora.

—¿Por... por qué? —tartamudeó Pluma, y tartamudeó porque, a pesar de su falta de percepción, vio algo que nunca había visto en la cara de la mujer. Algo terminante.

Le enseñó el montón de libretas.

—Aquí tiene las libretas, señora —fue lo único que le dijo—. A lo mejor, como no le gusta que le molesten con estas cosas, no sabe lo atrasados que están. Hace meses que no se paga nada. Encontrar lo necesario para cada día ha sido una lucha diaria. Para una cocinera, no es nada agradable tener que rogar y rogar. He tenido que hacerlo porque tengo que salvar mi reputación y no podía mandar basura al comedor cuando había invitados.

Sin dejar de mirar a la cocinera, Pluma notó que se estaba poniendo pálida. La mujer se acercó y dejó las libretas en la mesita, a su lado.

—Esta es la del carnicero —dijo—. Hace tres días que no manda nada. Hemos comido restos. No mandará nada más, es lo que ha dicho, y lo cumplirá. Esta es la del panadero. Hace una semana que no viene. Hice yo misma unos bollos porque quedaba un poco de harina. Ahora se ha terminado... y el panadero también. Esta es la de la frutería y Mercom & Fees mandó una carta al señor Gareth-Lawless cuando trajeron el pedido del mes pasado, diciendo que sería el último hasta que se le pagara. Esta es la del vino, y esta la del carbón; la de la leña, la de la lavandería... y la de la leche. Y esta, la de los salarios, señora, que no pueden esperar más.

Pluma empezó a mover las manos con mucha agitación.

—¡Ah, vete, vete! ¡Vete! —gritó—. Si el señor Lawless estuviera aquí...

—No está, señora —la interrumpió la cocinera, sin violencia, pero de una manera mucho más terrorífica: una manera que anunciaba sin ninguna duda el final de todo—. En una casa, mientras haya un caballero, siempre hay esperanza de que todo se arregle de un modo u otro. Al menos hay alguien a quien poder decirle las cosas aunque tengas que renunciar a tu puesto. Pero si no hay caballero, ni nada ni nadie... Las personas respetables que tienen que trabajar para vivir necesitan protegerse.

La mujer no pretendía ser insolente. Había expuesto con toda sencillez, sin ironía ni conciencia de lo diáfana que era Pluma, que la muerte de su patrón los había dejado sin nada ni nadie a quien recurrir. En cuanto a lo demás, no solo la habían enseñado a cocinar, también a cuidar profesionalmente de sus intereses, y no le había alcanzado la ética de la época de su abuela, cuando tomaban verdadero afecto a sus amos.

—¡Ah, vete! ¡Vete! —dijo Pluma, casi gritando.

—Me voy, señora. Y también Edward, Emma y Louisa. No vale la pena avisar con un mes de antelación. No cobraríamos la mensualidad ni los tenderos nos darían de comer. No podemos quedarnos a morir de hambre. En esta época del año hay que buscar colocación. No nos lo puede reprochar, señora. Es mejor para usted que nos vayamos de la casa esta noche... que es cuando se llevarán nuestros equipajes.

A Pluma le entró pánico. Por primera vez tenía que enfrentarse a las cosas más

normales de la vida, que para ella eran como un sólido muro de piedra: no se podían saltar, ni pasar por debajo, ni aburrirse con ellas, ni evitarlas dando un rodeo. Estaba tan derrotada y perpleja que ni siquiera podía inventar sobre la marcha una mentira inteligente que la ayudara; el pasmo le hacía olvidar que existían las mentiras.

—¿Quieres decir que vais a marcharos todos de casa? —gritó—. ¿Que no habrá nadie para servirme? ¿Que no queda nada de comida ni de bebida? ¿Que tengo que quedarme aquí sola... y morir de hambre?

—Si nos quedáramos, moriríamos de hambre —respondió la cocinera sencillamente—, pero algo hay en la despensa y en los armarios. Y puede contratar a una mujer por horas. No se morirá de hambre, señora. Tiene usted familia en Jersey. Hemos esperado porque creíamos que vendrían el señor y la señora Darrel.

—Mi padre está enfermo. Creo que se está muriendo. Mi madre no puede dejarlo solo ni un momento. Es posible que haya muerto ya —gimió Pluma.

—Tiene amigos en Londres, señora...

Pluma batió palmas, literalmente.

—¡Amigos! ¿Acaso puedo ir a casa de la gente, llamar a la puerta y decir que no tengo criados ni nada de comer? ¿Te parece que puedo hacer eso? ¿Tú qué crees? —Lo dijo como si estuviera volviéndose loca.

La mujer había dicho lo que tenía que decir como portavoz de sus compañeros. No había sido una tarea agradecida, pero sabía que estaba en su derecho y se trataba de cosas sencillas. Pero no le apetecía la idea de ver a su enloquecida señora con un ataque de histeria.

—Conténgase, señora —le dijo—. Es mejor que se acueste un poco y procure calmarse. —Vaciló un momento al ver a la bonita señora destrozada, que se había puesto de pie y temblaba—. No me corresponde... decirle lo que tiene que hacer, naturalmente —dijo en voz baja—, pero... ¿ha pensado en llamar lord Coombe, señora?

La fina película de su pensamiento desgarrado se quedó atrapada un momento en algo que revestía una forma de realidad. La cocinera vio que el temblor estaba a punto de desaparecer.

—Coombe —repitió Pluma débilmente, como para sí misma, y no para la cocinera—. Coombe.

—Lord Coombe era muy amigo del señor Lawless y parecía que le gustaba... venir a la casa —a modo de argumento por demás—. Si se acuesta, le traeré un té, señora... porque caldo de carne no puede ser.

Pluma se arrastró hasta la cama y se derrumbó en ella cuan larga era, como una tortita fina y pequeña, entre pliegues de fina y vaporosa tela negra.

—No puedo traerle crema de leche —dijo la cocinera, al tiempo que salía de la habitación—. Desde ayer, Louisa solo ha podido dar leche condensada a la señorita Robin.

—¡Ay, ay! —se quejó Pluma, no porque le horrorizara el té sin crema de leche,

que ya era bastante horrible en sí mismo, sino porque era la primera vez, desde que el mundo se le había venido abajo, que se acordaba de esa otra calamidad: Robin.

IV



Si uno dedicara sus energías mentales a especular sobre lo que sucede detrás de las impasibles fachadas de cualquier calle de cualquier gran ciudad, la imaginación podría dispararse.

Ladrillos, cemento, ventanas, puertas, escalones que llevan al umbral es lo que se ve desde fuera. Puede que detrás de las paredes no esté pasando nada de particular o puede que encierren tragedias, crímenes, sufrimientos espantosos. La conclusión es banal, de puro obvia, pero tan sugerente como banal, tan sugerente en realidad que sería preferible que los hipersensibles y los excesivamente imaginativos, por su propio bien, no pensarán en ello. En general, las condiciones, en cada caso, no cambiarían aunque uno llamara a la puerta e insistiera en entrar espada en mano en forma de policía de guardia. La fachada de la estrecha casa en la que vivía Pluma se veía bien todavía, desde la última vez que la habían remozado. La habían pintado de color crema, con las ventanas blancas y jardineras verdes, y la habían cubierto de vinca variegada, con geranios de color de rosa, lobelias azul oscuro y helechos en la tierra con la que el florista encargado de los arreglos había hecho el relleno. Los transeúntes la miraban a menudo y les parecía una casita bonita, que llamaba la atención por su divertida pequeñez. Parecía una casa de muñecas nueva.

Nadie que la mirara al pasar al final de aquel día en particular tendría motivos para sospechar que sucediera algo fuera de lo común tras la fachada de color crema. Los dorados de las puertas relucían, las jardineras estaban regadas y no se oían gritos en las habitaciones. La casa estaba silenciosa por dentro y por fuera. Por dentro estaba incluso más silenciosa que de costumbre. Los criados habían hecho los preparativos para irse paulatinamente y sin interrupciones. Hacía semanas, incluso desde antes de que Robert Gareth-Lawless cayera enfermo, que lo hablaban a conciencia todas las noches, en voz baja. El joven y elegante lacayo Edward, que se las ingeniaba para encontrar información práctica, había ejercido la función de detective privado. Se había tomado su tiempo para averiguar todo lo averiguable. A la vista de lo averiguado, había llegado a la conclusión de que su caso no era de los que aconsejan esperar cambios en el rumbo de la familia. No había perspectivas... ni una. La situación iría a peor y, al final, no solo perderían los salarios atrasados, además se irían todos a la calle por la puerta de una casa desacreditada cuyos propietarios también se quedarían en la calle en cuanto se vendieran sus pertenencias sin previo aviso, siquiera. Era preferible irse antes de que todo se viniera abajo y empezaran las escenas desagradables. Habría escenas desagradables, porque no se podía negar que se había jugado sucio con los dueños de las tiendas. La señora Gareth-Lawless solo era una de las muchas hijas guapas de un padre que era un pobre médico rural en

Jersey. El hombre había sufrido un ataque cardiaco y, cuando muriera, su viuda se quedaría con una mano delante y otra detrás. Eso era lo que había que saber de la señora Lawless. En cuanto a lord Lawdor, Edward había averiguado, por los que lo sabían, que nunca había tenido a su sobrino en buen concepto, que había dicho que cometía una insensatez casándose y que se negaba a tener la menor relación. Tenía seis hijos, más una hija recién nacida, y todo el mundo sabía que las grandes posesiones ya no eran lo que habían sido. La cocinera, Edward, Emma y Louisa solo podían hacer una cosa: largarse sin decir nada ni discutir.

—Seguro que encontrará quien la cuide —concluyó Edward—. Alguna persona compasiva la acogerá. Pero nosotros no somos viudas ni huérfanos. Nadie va a compadecerse de nosotros, a nadie le importará un comino la situación en la que nos dejan. Cuanto más tiempo nos quedemos, más sueldos nos deberán. —No era un joven particularmente depravado o cínico, pero se rio un poco al final del discurso—. Está el marqués —añadió—. Viene por aquí desde hace tanto que incluso ha dado pie a habladurías. Ha llegado su momento.

Después de tantas emociones y tanta agitación, Pluma tomó el té sin crema de leche y se durmió. Según la tendencia inevitable de su ser, antes de cerrar los ojos dejó de creer que los criados fueran a irse de la casa. Era una cosa tan ridícula que no podía suceder. Su cabeza carecía de la lógica que pudiera llevarla a comprender el hecho indudable de que unos criados a los que no se puede pagar ni alimentar no tienen ningún motivo para quedarse en un sitio. El suave estímulo del té también le hizo pensar con optimismo que si «se portaban mal» no les daría referencias. No se le ocurrió que las referencias de una casa de naipes que se había venido abajo ignominiosamente y que, por tanto, darían a entender un turbio fracaso, no les servirían de nada. Y se quedó dormida.

Cuando se despertó las farolas de la calle estaban encendidas y la luz de una de ellas entraba directamente en su dormitorio. Alumbraba la mesita junto a la que se había sentado y lo primero que vio fue el montón de libretas de contabilidad. Lo siguiente fue que la luz también se reflejaba intensamente en el pomo de la puerta que daba a la habitación de Robert.

Apartó la mirada rápidamente con un estremecimiento nervioso. La proximidad de la habitación de Robert le daba horror. Si hubiera podido ir a dormir a cualquier otra parte de la casa se habría trasladado en cuanto él cayó enfermo, pero era demasiado pequeña para tener «partes». Los pequeños salones se apretujaban encima del comedor; las «habitaciones de los señores», encima de las salitas; y arriba del todo, las habitaciones infantiles y los desvanes donde dormían, unos encima de otros, Robin y los criados. Así que tuvo que quedarse y soportarlo todo. En la atestada habitación de Robert siempre había muchas botas elegantes y olía a puros y a ropa de hombre. Él había ido a muchos sitios, había silbado, reído, maldecido y gruñido.

Ninguno de los dos tenía mal genio y nunca habían discutido. Cuando se vestían, dejaban la puerta abierta y hablaban e inventaban trampas ingeniosas para solucionar los apuros de dinero, y cotilleaban y se reían de la gente. Y ahora la puerta estaba cerrada y la habitación le daba horror. Cada vez que pensaba en ella veía el cuerpo de Rob rígido y duro en la cama, la línea recta y apretada de la boca y la nariz afilada, blanca, pétrea, más estrecha que nunca. Por algún motivo, el recuerdo de la forma afilada, antinatural, de la pétrea y blanca nariz se le hacía particularmente insoportable. ¡No podía soportarlo! En cuanto vio la luz en el pomo de la puerta le vino la nariz a la memoria y se levantó y empezó a moverse para ver si la olvidaba.

Fue entonces cuando se acercó a la ventana a mirar la calle, atraída seguramente por algún ruido leve, aunque no estaba completamente segura de haber oído algo.

De todos modos, algo tuvo que oír. Había dos carruajes de alquiler de cuatro ruedas a la puerta, y el cochero, con ayuda de Edward, colocaba baúles de viaje en la parte superior. Era el equipaje de los criados; la cocinera ya se había sentado en el primer carruaje, que estaba lleno de bultos envueltos en papel y objetos varios. Mientras la señora miraba, se subió Emma; llevaba una sobria sombrerera en la mano. Era la sobria camarera de la casa. El primer carruaje se fue en cuanto cerraron la portezuela y el cochero ocupó en su sitio. Louisa, la niñera, que no parecía lo que era sin su cofia y su delantal, con un traje sastre azul marino y un sombrero adornado con un ala, montó en el siguiente, seguida por Edward, lo que insinuaba con claridad una vida privada y una posible relación con un banco. El segundo carruaje se fue detrás del primero y Pluma, sin respiración, se quedó mirándolos hasta que doblaron la esquina de la calle.

Cuando dejó de verlos volvió a la habitación. Estaba pálida y tenía los ojos tan abiertos y la cara tan demacrada y deformada de terror puro que toda la belleza había desaparecido.

—Se han ido... ¡todos! —dijo sin aire. Se paró un momento, jadeando. Después añadió, con un poco más de aire—: No queda nadie en la casa. Está... ¡vacía!

Esto era lo que sucedía aquella tarde tras la fachada de la casa estrecha de color crema con ventanas blancas y jardineras verdes mientras pasaban coches y carruajes que se dirigían a cenas, fiestas y teatros; y más tarde, cuando el policía hacía la ronda sin prisa, a su paso.

Dentro, a la tenue luz del vestíbulo, se distinguía en el rincón del fondo, en un colgador situado encima de una silla decorativa, un sombrero masculino muy lustroso de última moda; en el colgador de al lado, un elegante abrigo de noche. Eran de Robert Gareth-Lawless, que había muerto y ya no necesitaba esas cosas. La misma luz tenue iluminaba las estrechas y empinadas escaleras y el pasamanos blanco, que subían hacia estrechos recovecos lóbregos envueltos en sombra, mientras las diminutas salitas, iluminadas solamente con la luz de la calle, parecían esperar una explicación a la penumbra y a las sillas desocupadas, todo ello combinado con un silencio sobrenatural.

Habría sido un silencio sepulcral si no lo hubiera roto de vez en cuando algo semejante a un grito tenue seguido de un gemido, que se colaba por el techo desde la habitación de arriba.

Al principio, Pluma iba de un lado a otro de la habitación como un gato asustado, como lo había hecho por la tarde. Después cayó de bruces en la alfombra y, en pleno ataque de histeria, empezó a tirarse del pelo hasta que se lo soltó. No se la podía juzgar: ella era uno de los incidentes inexplicables de la existencia. El momento de que el sentido moral contabilice las responsabilidades de un ser nacido aparentemente sin cerebro, alma ni valor ha pasado a la historia. Quienes aspiran a la moral que se expresa en el sentido de lo justo —simplemente lo justo— dudan a menudo. En cuanto al valor, a Pluma nunca se le había exigido hasta el momento. Carecía totalmente de valor y ahora solo sentía pánico y resentimiento. No tenía tiempo para lamentarse por la pérdida de Robert, estaba demasiado ocupada preocupándose por lo que había perdido ella. Robert estaba muerto, y ella, viva... en una casa vacía, sin dinero ni criados. De repente y con pesar se dio cuenta de que no conocía a una sola persona de la que no fuera una locura esperar algo.

Nadie, por muy rico que fuera, tenía suficiente dinero para mantenerse. Cuanto más ricos eran, más dinero necesitaban. Fue entonces, al pensar en esto, cuando empezó a tirarse del pelo. Las mujeres guapas y elegantes y los hombres simpáticos más o menos bien parecidos que antes charlaban, se reían y cortejaban en sus saloncitos estaban en ese mismo instante charlando, riéndose y cortejando en otras casas... O en el teatro, aplaudiendo a cualquier actor de moda. En ese mismo instante: mientras ella estaba en la oscuridad, tirada en la alfombra, y todas las habitaciones de la casa contenían el horror tras sus puertas cerradas, sobre todo la de Robert, tan insoportablemente cerca de la suya, donde todavía parecía que yaciera la figura inmóvil, rígida y pétrea. Al recordar esta imagen, un grito histérico, breve y tenue, acompañado de un gemido, se oyó a través del techo y rompió el silencio sobrenatural de los saloncitos. Pluma casi tuvo la sensación de que el pomo de la puerta fuera a moverse para dar paso a algo rígido y frío.

Así pasaban las horas detrás de los muros exteriores de color crema con ventanas blancas y alegres jardineras. Y el silencio en la calle era cada vez mayor, tanto que al final, cuando el policía pasó por allí en su ronda, sus pisadas, firmes y regulares, se oyeron con fuerza, casi con eco. En el pensamiento de Pluma no entraba ni remotamente la posibilidad de hacerse alguna pregunta en relación con nada. Ni siquiera se atrevió a pensar en ir abajo cuando empezó a darse cuenta de que estaba débil por falta de alimento. ¿Qué sabía ella de las habitaciones de abajo? Nunca había ido a esas dependencias ni había prestado la menor atención cuando Louisa se quejaba de lo pequeñas, oscuras e incómodas que eran la cocina y la sala de la servidumbre, y de las cucarachas que corrían por allí. Había aceptado alegremente la sencilla filosofía de que los criados de Londres estaban acostumbrados a esas cosas y de que en realidad daba igual, si hacían su trabajo. Pero salir de la habitación en

medio del horrible silencio, bajar a la cocina, abrir la llave de paso del gas al bajar y encontrarse con las escaleras del sótano y las cucarachas que corrían a esconderse sería mucho más imposible que morir de hambre. Se sentó en el suelo con el pelo suelto sobre los hombros y el fino vestido negro arrugado.

—Daría lo que fuera por un café —se quejó débilmente—. Y ¡de nada sirve tirar de la campanilla!

Su madre tendría que estar con ella, tanto si su padre estaba enfermo como si no. No se había muerto. Robert había muerto y su madre tendría que estar con ella, y así, si pasaba algo, no se encontraría sola y habría alguien que la ayudara. Probablemente fue el tierno recuerdo de la madre lo que le hizo recordar el día de su boda y un regalo que le habían hecho. Era una bonita petaca de viaje, de plata, y se acordó de que debía de estar en el neceser y de que debía de quedar un poco de coñac. Se levantó y fue a buscar el neceser. El coñac animaba y daba sueño y, si podía dormir hasta la mañana siguiente, la casa no le daría tanto miedo a la luz del día... y tal vez pasara algo. La petaca estaba casi llena. Ni a ella ni a Robert les gustaba mucho el coñac. Se sirvió un poco en un vaso, añadió agua y se lo bebió.

Como no estaba acostumbrada a los estimulantes, enseguida entró en calor y al poco tiempo se olvidó del hambre y se dio cuenta de que no tenía tanto miedo como creía. ¡Qué alivio, no estar aterrorizada! Era como si se le hubiera quitado un dolor. Incluso cogió un par de libretas de contabilidad y echó un vistazo a las sumas. Si no se podía pagar las facturas, no se podía, y ya nadie iba a la cárcel por deudas. Por otra parte, a ella no la encarcelarían, a Rob sí, y Rob estaba muerto. Tenía que pasar algo... algo.

Mientras se arreglaba el pelo para acostarse se acordó de lo que había dicho la cocinera sobre lord Coombe. Había llorado tanto que no estaba tan guapa como de costumbre, pero después de lavarse los ojos con agua de rosas estaban simplemente un poco enrojecidos y apagados. Y su fino pelo rubio ceniza quedaba precioso cayendo sobre los hombros en dos bonitas y gruesas trenzas. Parecía una colegiala de quince años. El delicado camisón de encaje era una de las prendas que mejor sentaban. ¡Qué lástima no poder lucirlo en las fiestas! No tenía nada de indecente. A Millicent Hardwicke le habían hecho una foto en camisón y nadie había sospechado qué era lo que llevaba puesto. Sí, mandarían una notita a Coombe. Sabía que madame Helene le había dejado comprar el ajuar de luto porque... La ropa que creaba era única: fina, vaporosa, negra, suelta o ceñida. El día en que le mandó el pedido a Helene estaba muy contenta. Mañana, después de dormir toda la noche, cuando fuera de día otra vez, podría pensar en lo que podía decir a lord Coombe en la carta. Tendría que hacerlo con un poco de cuidado, porque no le gustaban las cosas aburridas. La muerte, la viudedad, un poquito, al principio. Una vez le había oído decir que no le gustaba que lo tomaran por una institución benéfica. No había que espantarlo. Quizá si seguía viniendo a casa y parecía un amigo muy íntimo los dueños de las tiendas se tranquilizarían.

Se animó bastante y, cuando estaba preparada para irse a la cama, tomó otro poquito de coñac. Ya no tenía los párpados enrojecidos, pero sí un delicioso tono sonrosado en las mejillas. Al meterse entre las sábanas frescas y reclinar la cabeza en la almohada tuvo una sensación de comodidad creciente: comodidad. ¡Qué maravilloso era irse a dormir!

De pronto, un estridente chillido, largo y lastimero, la sobresaltó y la sacó del amodorramiento divino que empezaba a apoderarse de ella.

Venía del cuarto nocturno de los niños y al principio le pareció casi peor que todo lo que había sucedido a lo largo del día. Le trajo todos los malos recuerdos otra vez de una forma abominable. Naturalmente, había vuelto a olvidarse de Robin y ¡era Robin! Y Louisa se había ido con Edward. Tal vez había acostado a la niña discretamente antes de irse. Pero ahora se había despertado y gritaba. Pluma había oído decir que tenía mal genio, pero que Louisa, por las buenas o por las malas, había conseguido que la pequeña no molestara nunca.

Los chillidos la asustaron y tuvo que sentarse en la cama. La estridencia conmovía el silencio total de la casa y despertó en Pluma los terrores anteriores; el corazón le latía muy deprisa.

—¡No... no puedo! —protestó; le castañeteaban los dientes—. ¡No puedo! ¡No puedo!

Nunca se había ocupado de la niña desde el día en que nació, no sabía hacer nada, no había querido aprender. Para ir a buscarla ahora tendría que salir a oscuras; la lámpara de gas que tendría que encender estaba al lado de la puerta exterior del dormitorio de Robert: ¡la habitación! Si no se moría de pánico mientras intentaba encenderla tendría que subir casi a oscuras las estrechas escaleras que llevaban a los cuartos de los niños, acompañada todo el tiempo por los horribles alaridos de la niña, que, por contraste, harían más terroríficas las sombras y el silencio mortal de los pisos de abajo, como si pudieran despertar algún horror desconocido.

—¡No podría aunque quisiera! —repitió, estremecida—. ¡No me atrevo! ¡No me atrevo! ¡No lo haría ni por un millón de libras!

Y se refugió otra vez en la cama, temblando, y se tapó la cabeza con las mantas y los oídos con las almohadas para no oír nada.

Los alaridos eran ahora más enérgicos y ferozmente estridentes, la silenciosa casa los oía bien y les sacaba el máximo partido, pero, para Pluma, sonaban tan amortiguados y lejanos que, casi sin resuello, empezó a lamentarse debajo de la blanda barrera.

—No sabría qué hacer aunque fuera. Si no va nadie, al final se quedará dormida. No es más que... mal genio. ¡Ay... ay, qué lamento tan horrible! ¡Parece un... parece un alma en pena!

Pero no se movió de la cama. Se tapó más con las mantas, apretando la almohada a los oídos.

Sí, a veces parecía un alma en pena. Nadie sabrá jamás el pánico que se apodera de una niñita que llora sola en la oscuridad, y tal vez haya que dar gracias a los dioses, cualesquiera que sean, si la niñita lo olvida. ¡Qué espantosa aflicción al quedarse de pronto desprotegida, cuando la vida existe únicamente gracias a la protección! ¡Qué pánico desdichado en medio de la implacable oscuridad, sonido inarticulado que ningún grito, por brutal y estridente que sea, puede explicar ni expresar!

Robin solo conocía a Louisa, el calor, la comida, el sueño y el despertar. Y, si conocía algo más, todavía no lo sabía. Tenía una edad en la que solía dormir toda la noche. Podía no haber molestado a su madre hasta el día siguiente: Louisa, previsoramente, le había administrado un somnífero infantil. Pero no le había sentado bien y se había despertado. Estaba molesta y completamente a oscuras. Por lo general, Louisa habría acudido al primer gemido, adormilada y de bastante mal humor, pero sabiendo lo que tenía que hacer. Esta noche extraña, el acostumbrado gemido de alarma no surtió efecto.

Nadie acudió a su lado. La molestia no cesaba: las sombras seguían siendo negras. Los gemidos se convirtieron en chillidos... pero no pasó nada; los chillidos se hicieron alaridos prolongados. Ni Louisa, ni luz, ni leche. Las sombras se acercaron más y eran ya una cosa que había que rechazar golpeando fieramente con las manitas. ¡Ni un destello de luz, ni un recrujir de faldas, ni un ruido! Entonces llegaron los lamentos de alma en pena, sola, sola en un mundo de espacio negro en el que no había ni siquiera otra alma en pena. Y después, el pánico que nunca se ha contado ni nunca se contará, porque, si la presa del pánico no muere de convulsiones misteriosas, crece y borra de la memoria el pasado amorfo... Aunque tal vez las pesadillas inexplicables de las que se despierta uno temblando, cubierto de sudor frío, reflejen vagamente lo olvidado hace mucho tiempo.

Es posible que la silenciosa casa que repetía el quejido de la pequeña Robin supiera curiosamente lo que la niña supo en la oscuridad. Pero los chillidos se agotaron y por fin llegaron los gemidos: pequeños gemidos horribles que le convulsionaban el pecho y le sacudían todo el cuerpo. Los gemidos de un ser tan pequeño son algo incalificable, algo increíble. Los de Robin fueron mermando poco a poco, salpicados de hipo y respiraciones entrecortadas, y cuando llegó un sueño nada infantil, como inducido por drogas, todavía siguieron los pequeños gemidos amargos, sin esperanza, derrotados.

Pero Pluma seguía protegiéndose, tapándose la cabeza con la blanda almohada.

V



La mañana era más luminosa que las que se suelen disfrutar en Londres y el sol se abrió paso hasta el dormitorio de Pluma alumbrando el brillo de color coral rosado y la comodidad. Siempre le había gustado su dormitorio y siempre se despertaba en él con una sensación de lujo que posiblemente se parezca a la que experimenta un gato cuando se despierta y se despereza en un cojín y le espera un platillo de leche cremosa.

Sin embargo, esa mañana no se despertó con sensación de brillo y lujo. Había dormido, eso sí, pero se le había resbalado la almohada de la cabeza un par de veces durante la noche y le había molestado el eco lejano del gemido de algún animalito, aunque automáticamente y sin ser apenas consciente de lo que hacía, se la había vuelto a colocar. Fue casi anecdótico, porque la naturaleza manda que los niños pequeños se duerman de agotamiento cuando ya no pueden más. Seguramente Robin durmió tanto como su madre.

Mirando todas las cosas de color de rosa que la rodeaban, y con ayuda de cierta conciencia física, alcanzó por fin una especie de voluntad exánime.

—Ahora está dormida —murmuró—. Espero que tarde mucho en despertarse. Estoy débil. Tendré que ir a buscar algo de comer... aunque solo sean galletas. —Se quedó tumbada e intentó recordar lo que había dicho la cocinera de que no moriría de hambre—. Dijo que había algo en la despensa y en los armarios. A lo mejor hay leche condensada. ¿Cómo se mezcla? Si llora, a lo mejor voy y le doy un poco. Ahora, a la luz del día, no será tan horroroso.

Cuando se levantó de la cama y se puso de pie temblaba un poco. No había tenido doncella de pequeña, así que podía vestirse sola, aunque no le gustaba nada. De todos modos, en cuanto se puso de pie empezó a interesarse, porque el vestido que llevaba el día anterior estaba arrugado, y se puso uno limpio que no había estrenado todavía. Era fino y suave también, y, sorprendentemente, el color negro le sentaba muy bien. Se lo pondría cuando viniera lord Coombe, pero antes tenía que escribirle. Qué tontería, no haberle escrito antes, porque, aunque sabía que se había ido de la ciudad después del entierro, le habrían hecho llegar el correo.

«En el comedor habrá mucha luz a esta hora —se dijo, para darse ánimos—. Y un día Tonson dijo que los únicos sitios en los que entraba el sol en el sótano eran la despensa y la cocina, una hora más o menos, a primera hora de la mañana. Tengo que bajar cuanto antes».

Se vistió y se arregló hasta que el reflejo que le devolvía el espejo le pareció ligeramente estimulante; abrió la puerta del dormitorio y salió a explorar las desiertas dependencias de abajo con cierta aprensión, por lo que pudiera suceder. Bajó las

estrechas escaleras y echó una mirada temerosa a las salitas vacías, que parecían mirarla a ella al pasar. En el comedor daba el sol; abrió el aparador y encontró vino en los decantadores y unas galletas, e incluso nueces, uvas pasas y naranjas. Lo puso todo en la mesa, se sentó a comer algo y, poco a poco, el temblor empezó a remitir ligeramente.

Si hubiera podido quedarse un rato más comiendo y pensando, habría llegado un momento en que habría decidido lo que tenía que decir a lord Coombe en la nota. No se le daba muy bien escribir y tenía que pensarlo bien. Pero, cuando empezaba a notar el agradable calor del sol que entraba por la ventana y le daba en los hombros, casi se levantó de la silla completamente sobresaltada al oír otra vez el débil gemido de gatito que venía de las habitaciones de arriba.

—Justo ahora, en este mismísimo momento en que empezaba a tranquilizarme y a pensar, ¡se pone a llorar otra vez! —exclamó—. ¿Puede haber algo peor?

Grandes lágrimas cristalinas le rodaron por las mejillas y cayeron encima de la pulida mesa.

—Supongo que se morirá de hambre si no le doy algo de comer... y ¡entonces me echarían la culpa! A la gente le parecería fatal. Yo tampoco tengo nada que comer.

Al menos debía conseguir que dejara de llorar para poder escribir a Coombe. No tenía más remedio que bajar a la despensa a buscar leche condensada. A la niña todavía no le habían salido los dientes, pero a lo mejor podía mordisquear con las encías una galleta o unas uvas pasas. Si consiguiera darle a beber un poquito de oporto, a lo mejor se dormía otra vez. El sol estaba haciendo su breve visita matutina en la cocina y la despensa cuando llegó, pero unas cuantas cucarachas salieron huyendo delante de ella y soltó un grito histérico. Con todo, encontró leche condensada y agua caliente en el hervidor, porque el fuego no se había apagado por completo. Las mezcló como le pareció y llenó un biberón que no tenía que estar allí; lo había llevado Louisa, pero había tenido una escena de ternura con Edward y no lo había devuelto a su sitio.

Cuando puso el biberón, unas galletas y unos restos de jamón cocido en una bandeja, porque no podía llevarlo todo en las manos, casi se echa a llorar de rabia y humillación.

—Parezco una criada... subiendo esto por las escaleras —lloriqueó—. Como... como Edward... o... o Louisa.

Y se acongojó más en el comedor, cuando añadió a la bandeja el oporto, las uvas pasas y las galletas a modo de viandas que tal vez sirvieran para la pequeña y la indujeran al sueño. No estaba segura, naturalmente... pero sabía que chupaban cosas y les gustaba lo dulce.

Un niño pequeño que no recibe atención y se duerme solo entre llantos y se despierta para volver a dormirse solo entre llantos carece, para el observador resentido, de la frescura y la belleza de la infancia. Cuando Pluma entró en el cuarto nocturno de los niños con la bandeja y se encontró frente a la cuna revuelta en la que

estaba su retoño, la niña le pareció horrible. Tenía la cara desfigurada y los ojos, casi cerrados. Temblando de pies a cabeza, le puso el biberón en la boca y vio que lo agarraba con un hambre feroz. Ya podía agarrar objetos y lo agarró, y empezó a chupar con furia, con hambre... aunque al principio tuvo que parar una o dos veces para soltar un resto de llanto que se le había quedado dentro.

Pluma solo la había visto como una cosita blanda, suave y perfumada, en brazos de Louisa o en el cochecito. Era una niña singularmente despierta de ojos brillantes a la que la gente miraba al pasar.

—¿Quién va a bañarla? —se lamentó Pluma—. ¿Quién va a cambiarla? ¡Tiene que hacerlo alguien! ¿Lo haría una criada por horas? La cocinera dijo que podía contratar a una mujer por horas.

Y entonces se acordó de que había agencias que proporcionaban criados. Y ¿dónde estaban las agencias? Pero hasta una mujer por horas exigiría salario y comida.

Entonces llamaron al timbre de la puerta.

¿Qué hacía ahora? ¿Qué hacía? ¿Bajar, abrir la puerta personalmente y que se enterase todo el mundo? ¿Dejar que siguieran llamando hasta que se cansaran y se fueran? La situación era insoportable, aunque el llanto había cesado y Robin sujetaba el biberón contra el pecho y tragaba ansiosamente. Que se vayan... ¡que se vayan! Y entonces se le ocurrió la locura de que podía ser algo... ese algo que tenía que suceder cuando todo estaba en el peor momento. Y si era eso pero parecía que no había nadie en casa... No bajó las escaleras, voló por ellas. El corazón le latía con fuerza hasta que llegó a la puerta sin aliento y, al abrir, se quedó allí jadeando.

No conocía a las personas que esperaban en el umbral. Eran atractivas y muy jóvenes: un hombre y una mujer perfectamente vestidos. El hombre sacó un papel del billetero y se lo dio con una simpática inclinación de cabeza, como disculpándose.

—No quisiera molestarla a esta hora de la mañana —dijo—. Hemos esperado hasta las once, pero tenemos que coger un tren dentro de media hora. Aquí tiene el permiso de visita de Carson & Bayle —añadió, porque Pluma miraba el papel fijamente.

Carson & Bayle era la inmobiliaria que les había alquilado la casa. El cobrador al que había maldecido Robert al encontrárselo en el umbral dos días antes de ponerse enfermo era precisamente de Carson & Bayle. ¿Iban a alquilar su casa a estas personas sin previo aviso siquiera y la echarían a la calle?

Los dos jóvenes, que miraban sin pestañear a la bella señora exquisitamente enlutada, se cohibieron terriblemente. Era evidente que se trataba de la viuda a la que se había referido Carson. Pero ¿por qué abría ella la puerta? Y ¿por qué parecía que no entendía? El joven empezó a indignarse con Carson & Bayle.

—¡Perdone usted! ¡Lo lamento muchísimo! Creo que no teníamos que haber venido —se disculpó—. Las agencias deberían informarse mejor. Nos dijeron que dejaba usted la casa y temíamos que se nos adelantara alguien.

Pluma, con el permiso en la mano, los miraba sin entender nada.

—No... no hay... criados que se la puedan enseñar —dijo—. Si esperan... unos días... tal vez...

La mujer era tan adorable y la vaporosa creación negra de madame Helene tan selecta que la amable pareja de desconocidos desistió al instante.

—¡Oh, sí, sí, naturalmente! ¡Naturalmente! Le ruego que nos disculpe. Carson & Bayle no tenían que haber... Lo lamentamos muchísimo. Buenos días —dijeron, turbados, con toda educación y comprensión, y huyeron literalmente.

Pluma cerró la puerta y se quedó temblando.

—¡Van a echarme de la casa! ¡Tendré que vivir en la calle! ¿Dónde voy a guardar la ropa, si tengo que vivir en la calle?

Hasta ella misma se dio cuenta de que estaba pensando tonterías. Como es lógico, si a uno se lo quitan todo para venderlo, no habría ropa que guardar ni harían falta armarios, cajones y cómodas. De repente se dio cuenta con espanto de que casi todo lo que había en la casa estaba sin pagar. Subió como pudo hasta la primera salita, en la que había un ridículo y precioso escritorio con muchas incrustaciones.

Se desplomó en la silla del escritorio con una sensación de completa inutilidad y sacó una hoja de papel. Los pensamientos no se conectaban en su cabeza y no tenía la menor idea de lo que debía decirle a Coombe en la carta. La verdad es que parecía que no pudiera pensar, siquiera. Solo podía recordar lo que había pasado y vio que no era capaz de escribir nada más. Como si no hubiera nada más en el mundo.

«Querido señor Coombe —escribió trémulamente en el papel—: La casa está muy vacía. Los criados se han ido. No tengo dinero. No hay comida. Van a echarme a la calle... y la niña llora porque tiene hambre».

Dejó de escribir porque sabía que no era eso lo que tenía que decir. Y, al dejar de escribir y releer las palabras, empezó a gemir, un poco como Robin en la oscuridad cuando no quiso oírla ni ir a verla. Parecía la carta de un mendigo... ¡un mendigo! Contándole que no tenía dinero ni para comer, y que la iban a echar a la calle por no pagar el alquiler. Y ¡que la niña lloraba porque se moría de hambre!

—Es una carta de mendigo... ¡un simple mendigo! —exclamó en voz alta, en la habitación vacía—. Y ¡es ver... verdad! —Dejó caer la cabeza sobre el escritorio. Ni Robin se había lamentado con tanta desesperación.

Sin embargo, tampoco pudo quedarse así mucho tiempo, porque en ese instante llegó a sus oídos el timbre de la puerta, que resonó en toda la casa y la sobresaltó, y dos duros golpes de la elegante aldaba de latón. Se levantó y bajó otra vez las escaleras únicamente porque no sabía qué otra cosa hacer, ahora que había perdido la cabeza por completo.

Al abrir la puerta, lord Coombe —la apoteosis de la apariencia exquisita de forma y de orden perfecto, así como de la expresión perfecta— esperaba en el umbral.

VI



Si tenía intención de decir algo, cambió de opinión nada más verla. Se limitó a entrar y cerró la puerta. Las curiosas experiencias que la vida le había procurado habían redondeado su aptitud innata para la observación y la disposición a actuar con acierto e inmediatamente.

Si ella hubiera sido de otra forma, él habría sabido evitarle y evitarse una escena sorteando hábilmente las dificultades de la situación, enfocándola de tal manera que la visita transcurriera en un plano de normalidad. Que, por una inexplicable falta de lacayo, abra de pronto la puerta y responda al visitante una mujer muy bella claramente al borde de la histeria, con cuyos asuntos no se tiene nada en absoluto que ver y cuya bonita casa ha sido la perfección de la elegancia de las costumbres, requiere sin duda actuar inmediatamente.

Pero Pluma no le dejó ni respirar. Lo cierto es que no estaba simplemente al borde de la histeria, sino más allá. Y entonces llegó él. ¡Ah, ahí lo tenía! Cayó al suelo de rodillas y abrazó literalmente sus inmaculados pantalones.

—¡Ay, lord Coombe! ¡Lord Coombe! ¡Lord Coombe!

Lo dijo tres veces porque para ella representaba una sola idea.

Él no se apartó, pero se deshizo del abrazo limpiamente.

—No se arrodille, señora Lawless —le dijo—. ¿Vamos al salón?

—Estaba... estaba escribiéndole. Me muero de hambre... pero, al escribirlo, parecía una tontería. Y ¡es verdad!

Las palabras entrecortadas le parecieron tan insensatas como las que había escrito.

—¿Quiere que subamos a la salita y me cuenta exactamente lo que quiere decir? —le preguntó, y la obligó a soltarlo de una vez y a ponerse de pie.

Con el paso del tiempo lord Coombe se había distanciado de tantas debilidades y su secuela de emociones que se consideraba bastante inasequible y a salvo. No era joven y sabía lo suficiente de lo desagradables que eran las consecuencias para tener la destreza de evitar situaciones aparentemente inofensivas que podían resultar molestas. Sin embargo, mientras seguía a la señora Gareth-Lawless y la veía tropezar en las escaleras como un niño castigado, se dio cuenta de que inusitadamente corría peligro de compadecerla como no deseaba compadecerse de la gente. Además de la compasión, le parecía repugnante que un ser tan adorable, tan superficial y tan frágil cayera entre los grandes engranajes de la vida.

Sabía que había ido a verla para hablar de una cosa determinada, pero en realidad ignoraba en qué circunstancias se encontraba. Sin duda, muchos conocidos sabían que su marido había vivido al límite de sus recursos y estaba acostumbrado a las

deudas y a los morosos, pero, cuando, en esa calle concreta de Mayfair, un ser adorable te recibía abrazándote las rodillas y hablando de «morir de hambre», uno se preguntaba en qué terreno se estaba metiendo. Pluma no sabía, ni ningún otro ser humano conocido, que existía una razón especial para haber llegado a permitir que lo frecuentara tanto, para contarse entre los asiduos de la estrecha casa y para parecer que la contemplara a menudo, a veces con una expresión de vivo interés, otras, como irritado, y otras al fin sin expresión alguna. Pero esa razón existía, y por eso y solo por eso había aparecido en el umbral de la casa, y también había sido el motivo de que no se apartara con mayor determinación cuando se encontró ridículamente abrazado por las rodillas como si estuviera haciendo el papel de padre inflexible en un melodrama.

Al llegar al saloncito de siempre, el pelo rubio ceniza y el vaporoso vestido negro aumentaron todos los atractivos de la mujercita de una forma tan extraordinaria que Coombe tuvo que reconocer francamente para sí que poseía unas cualidades que habrían hecho cambiar a muchos hombres en muchos aspectos.

En cuanto a Pluma, cuando lo vio sobre el fondo de la íntima salita, el efecto de su voz, la manera de sentarse, un indicio lejano y apagado del tono de su ropa y una pincelada casi oculta de cierto toque de color que apenas podría considerarse un color, le recordaron tan vivamente una época que ahora parecía haber terminado para siempre que rompió a llorar otra vez.

Él reaccionó en un tono discreto desprovisto de melodrama.

—No haga eso, señora Lawless —le dijo— o me echaré a llorar yo también. No soy de piedra.

—¡Ah, llámeme Pluma, no señora Lawless! —le rogó—. A veces me llamaba Pluma.

—Se lo llamaré ahora —respondió— si deja de llorar. Es un nombre adorable.

—Tengo la sensación de que no volveré a oírlo nunca más —dijo, estremecida, intentando contener las lágrimas—. ¡Todo ha terminado!

—¿Qué ha terminado?

—¡Esto! —dijo, mirando con desesperación las dos pequeñas salitas atestadas y chismes y muebles inútiles—. Las fiestas y la diversión y... ¡el mundo entero! Lo único que he comido hoy son galletas y uvas pasas y... ¡el casero me va a echar!

Resultaba casi demasiado absurdo creer que lo que acababa de decir era la cruda verdad. Y ¡sin embargo...! Lord Coombe la miró por segunda vez y repitió lo que había dicho al entrar.

—Cuénteme exactamente qué quiere decir.

Se sentó y escuchó en silencio el relato completo de Pluma. Y mientras lo escuchaba se dio cuenta de que en la vida pasaban cosas así: estar en una casa estrecha con la fachada de color crema, entre la mansión de la gran señora y el millonario en todo su esplendor, circunstancia que tenía la peculiaridad de añadir una nota de horror a la situación.

No era necesario dar más color ni desesperación al relato. Si Pluma hubiera hecho el menor esfuerzo en este sentido solo habría logrado atenuar la crudeza de los hechos. Eran simplemente inevitables, lo cual es suficiente en sí mismo. Pluma, pálida y presa de un pánico indecoroso, le expuso la situación con una claridad que, sin ninguna contribución por su parte, tenía verdadero valor dramático. Y eso, a pesar de ir saltando de unas cosas a otras y contando fragmentos inconexos de momentos diversos. Solo habría podido seguir su relato un cerebro con criterio suficiente para incluir y excluir información atinada y rápidamente. Coombe la observaba con atención. La razón de fondo de su angustia no era el desconsuelo de una viuda joven y desamparada. La razón de fondo era ella misma; la razón de fondo y la de forma también. La fuerza del hermoso cadáver tendido en la cama de la habitación, que la horrorizaba, el rostro rígido y sin color, antes tan bello, ahora tan insoportable de recordar, tenían un patetismo que emanaba únicamente del hecho de que Robert la hubiera decepcionado asombrosa e ilógicamente al morir dejándola sin nada más que deudas. Esta realidad agravaba verdadera y definitivamente la conmovedora situación de miseria, mientras le contaba, uno tras otro, todos los detalles. Habían dejado facturas sin pagar desde el momento en que se instalaron en la casa estrecha, habían engañado a los comerciantes, habían hecho promesas y hábiles jugadas sucias y habían mentido y representado escenas falsas ingeniosamente inventadas sin el menor remordimiento de conciencia; muy al contrario, se habían reído con cada una de ellas. Coombe lo veía todo, aunque también veía que Pluma no se daba cuenta de lo mucho que estaba contando. Comprendía la presión y la rabia que se iban acumulando con las jugadas que les salían mal, así como la firme determinación de los acreedores de zanjar el asunto de la única forma posible. A esta situación habían llegado antes de que Robert cayera enfermo; Pluma sabía que había habido entrevistas violentas y había visto cartas amenazadoras, pero no había creído que pudieran tener el peso que tenían. Puesto que las cosas se habían llevado de ese modo tanto tiempo, le parecía que sin duda podían seguir igual un tiempo más. Habían recibido algunas amenazas graves por el alquiler de la casa y el impago de los muebles. Robert se apoyaba en la idea de que tal vez pudiera «¡sacarle algo a Lawdor, a quien no le agradaría ser familiar de un tipo al que echaban a la calle!».

—Tenía que haber hecho algo —dijo Pluma—. Robert habría podido ser lord Lawdor si su tío hubiera muerto antes de tener esa recua de hijos repugnantes.

No se daba cuenta de que Coombe tenía que contenerse a menudo para no decirle algo... Pero de vez en cuando se concedía licencias. En esta ocasión se la concedió e hizo un sencillo comentario.

—Pero goza de una salud envidiable y tiene hijos. Seis muchachos robustos y una chica robusta. Por lo visto, el cariño por la familia está pasado de moda.

Mientras ella seguía contándole su historia, él creía estar realmente en el dormitorio de color quisquilla, observando la escena cuando el lacayo, desde la puerta, dijo que «no sabía» adónde se había ido Tonson. Por un momento creyó

percibir un olor que sin duda provenía de las colgaduras y del armario ropero. Vio a la cocinera poniendo las libretas de cuentas en la mesilla, la oyó y también la comprendió. Y a Pluma en la ventana, mirando sin respiración los dos vehículos cargados con el equipaje de los criados, y a los criados vestidos respetablemente con ropa de calle, yéndose en silencio, sin ningún remordimiento molesto. Vio estas cosas y también las comprendió, pues sabía exactamente por qué en estos tiempos el remordimiento no cumplía ninguna función en los acuerdos con la servidumbre. ¿Por qué habría de cumplirla?

Cuando Pluma llegó al momento en que era preciso hablar de Robin, recordó oportunamente las antiguas advertencias de Alice y de pronto sintió que se podían pasar por alto algunos detalles.

—Al principio lloró un poco —dijo—, pero después se durmió. Me alegré de que se durmiera porque me daba miedo ir a verla a oscuras.

—¿La niña estaba a oscuras?

—Eso creo. Es posible que Louisa la enseñara a dormir con la luz apagada. No había ninguna luz esta mañana, cuando le llevé la leche condensada. Le di solo le... leche conden... densada porque no había nada más.

Llorando y atragantándose le contó el viaje a las dependencias de abajo y las cucarachas que había visto corriendo a esconderse.

—¡Necesito una niñera! ¡La necesito! —Estuvo a punto de sorber por la nariz—. ¡Necesito a alguien que le cambie la ropa y la bañe!

—¿No puede hacerlo usted? —dijo Coombe.

—¿Yo? —se le cayó el pañuelo de la mano—. ¿Cómo... cómo voy a hacerlo yo?

—No sé —contestó él, y recogió el pañuelo con actitud distante.

Verdaderamente Robin la superaba.

Le pareció que corría peligro de que volviera a abrazarlo. La cogió por el brazo; estaba desquiciada y sus ojos de color violeta lo reflejaban.

—¿Es que no ve cómo estoy? ¿No ve que no hay nada ni nadie...? ¿No lo ve?

—Sí, lo veo —contestó él—. Tiene razón. No hay nada y no hay nadie. He ido a ver a Lawdor personalmente.

—¿Ha hablado con él?

—Ayer. Por eso he venido hoy a verla. No quiere recibirla ni que le escriba. Dice que no es tonto, que no caerá en estas cosas. Es posible que los lazos familiares ya no sean lo que eran antes, pero recuerde que se enfadó mucho con su marido hace unos años. Y además, Inglaterra tampoco es lo que era... y el hombre tiene una familia que mantener. Le asignará a usted cien al año... nada más.

—¿Cien al año! —murmuró Pluma. Unas mangas negras y transparentes caían flotando como pañuelos de sus delicados hombros; levantó una, enseñándosela, como si sostuviera una mariposa nocturna en la mano—. Esto cuesta cuarenta libras —dijo, en voz baja y débil—. ¡Una buena niñera costaría cuarenta! Una cocinera, un lacayo, una doncella... y el cochero... y la berlina... ¡No sé cuánto costarían! ¡Ay... ay!

Se desplomó en el sofá y escondió la cara en un cojín: delgada, formas exquisitas, hundida en la desesperación.

El efecto general era que se ponía en sus manos. Él lo vio y lo sopesó. Pluma no proponía nada, no se guardaba nada. Estaba allí, sin más.

—Es una situación increíble —dijo él, en un tono monótono y grave, casi como si pensara en voz alta—, pero lamentablemente real. Lo cierto es que es sencillo: en una calle de Mayfair una mujer y una niña pequeña podrían... —dudó un momento y, del cojín, llegó el final de la frase.

—¡Morir de hambre!

Coombe hizo un leve movimiento y siguió hablando.

—Como no se han pagado las deudas pendientes, las tiendas no mandarían alimentos. Los criados no están dispuestos a quedarse en una casa en la que no se les da de comer ni se les paga el salario. El casero no permitirá que ocupen su casa si no pagan el alquiler. Parece inhumano, pero es muy humano.

El cojín en el que Pluma escondía la cara olía todavía un poco a humo de los puros de Robert, y eso le recordó cosas que le había oído decir desapasionadamente de lord Coombe y otros hombres. Robert no era puritano ni dado a condenar al prójimo. Se vio arrastrándose otra vez por el suelo de su habitación, en medio de la oscuridad y el silencio que no se había atrevido a cruzar para ir a ver a Robin.

¡Otra noche igual no! ¡No! ¡No!

—Tiene que ir a Jersey, con su madre y su padre —dijo Coombe—. Cien al año le servirán de algo allí, en su casa.

Entonces Pluma irguió la espalda en el sofá y en su adorable carita apareció algo que Coombe no había visto nunca. Era auténtica determinación.

—Sé —dijo ella— que el... el hambre... obliga a algunas chicas pobres a... a echarse a la calle. Yo... haría cualquier cosa antes que volver a Jersey.

—¡Cualquier cosa! —repitió él, con una expresión... o, mejor dicho, sin querer expresar algo tan novedoso como lo que había visto en ella.

—¡Cualquier cosa! —exclamó ella, y entonces hizo lo que él creyó que iba a hacer unos minutos antes: se arrodilló a sus pies y lo abrazó por las rodillas. Se agarró a él, empezó a gemir y se le deshizo el peinado; el pelo le cayó sobre la cara y los hombros encantadoramente desordenado—. ¡Ay, lord Coombe! ¡Ay, lord Coombe! ¡Ay, lord Coombe! —exclamó, como lo había hecho antes en el vestíbulo.

Él se puso de pie y procuró deshacerse de ella como antes. Esta vez no lo consiguió porque ella no lo soltaba. Esta clase de escenas le desagradaban en grado sumo.

—Señora Lawless... Pluma, le ruego que se levante —dijo.

Pero a Pluma ya le daba igual lo que sucediera, si podía retenerlo. Era un caballero: lo tenía todo en el mundo. ¿Qué más daba?

—No tengo a nadie más, solo a usted... Y parecía que yo le gustaba. Haría cualquier cosa... que me pidiera cualquiera que quisiera ocuparse de mí. Usted

siempre me ha gustado mucho... y yo le hacía gracia, ¿verdad? Le gustaba venir a mi casa.

Su delicada y afligida belleza tenía algo de patético, y Coombe, conmovido en el fondo de su ser, pues sabía que era cierto que haría cualquier cosa por cualquier hombre que se ocupara de ella, reaccionó como no lo habría hecho nunca. Además, le vino a la cabeza una visión agudamente irónica de José y la mujer de Putifar, y verse a sí mismo de José estimuló cierta complejidad en su pensamiento. Aunque la cosa era moderna a su manera, también era ligeramente ridícula.

Entonces se despertó Robin y empezó a chillar otra vez. Su voz, más fuerte ahora gracias al largo sueño y a la incomodidad creciente, resonó en toda la casa. Coombe no habría sabido explicar hasta mucho tiempo después la contribución de esa voz a ese momento. Pero contribuyó singular e imperiosamente.

—¿Lo oye? —dijo Pluma, jadeando—. Ha vuelto a empezar y no hay nadie que vaya a atenderla.

—Levántese, señora Lawless —dijo él—. ¿Debo entender que desea que me haga cargo yo de la situación?

La ayudó a ponerse de pie.

—¿Lo dice... de verdad? —tartamudeó—. ¿Lo hará usted... lo hará...?

Con la cara levantada hacia él, sus ojos parecían los de un ángel, rebosantes de gotas de cristal que resbalaban —como las lágrimas de un niño— por las mejillas. Juntó las manos en un exquisito gesto de súplica. Coombe se quedó muy quieto un momento, pensando en otra cosa, y se le olvidó dónde estaba. Y por eso, la tontita perdió la poca discreción que tenía.

—Si fuera usted... un hombre casadero —dijo, insensatamente, casi en susurros.

Coombe volvió en sí.

—No lo soy —dijo, con una rotundidad que cortaba tan limpiamente como un bisturí.

Algo muy sucinto que no eran las palabras la llenó de terror.

—¡Ya... lo sé! —gimió—. ¡Solo he dicho si lo fuera!

—Si lo fuera, en esta ocasión, daría igual. —Vio que estaba metiéndose tontamente en terreno resbaladizo, y también vio lo que podía pasar después si consentía en dejar el menor resquicio—. No puede haber malentendidos.

A pesar del susto, Pluma lo vio un momento con más claridad que en toda su vida y le asaltó un temor horroroso, por si había metido la pata fatalmente.

—No habrá ningún malentendido —dijo entrecortadamente—. Lo sé desde siempre. No habrá ningún malentendido.

—¿Sabe lo que me está pidiendo? —inquirió.

—Sí, sí... no soy una niña. He estado casada. No volveré a casa. No puedo pasar hambre ni vivir en una casa horrible. ¡Alguien tiene que salvarme!

—¿Sabe lo que dirán? —bajó un poco el tono de voz, siempre monótono.

—A mí no me lo dirán —y como a ciegas—: A nadie le preocupa... en realidad.

Coombe dejó la seriedad a un lado. Sonrió con la ligera indiferencia que mejor conocían sus amistades.

—No... la verdad es que no —replicó—. Sin embargo, prefería saber si a usted sí le preocupaba o no. Me halaga confesándome que no.

Sabía que si le ofrecía un brazo se le echaría al pecho y lloraría, pero en ese momento no tenía ganas de ofrecérselo. Solo le tocó el brazo a ella levemente.

—Sentémonos a hablar —propuso.

Todavía no se había sentado cuando llegó un cabriolé y se detuvo en la puerta. Al oírlo, ella se acercó a la ventana y vio que se apeaba un hombre robusto y formal acompañado por un ayudante. A continuación, un timbrazo fuerte y autoritario y golpe de aldaba igual de autoritario. Y otra vez lo mismo. Pluma, que había acudido enseguida a la ventana y había visto al hombre robusto, agarró a Coombe por la manga.

—Es el agente al que le alquilamos la casa. Siempre le decíamos que estábamos fuera. Es Carson o Bayle, no sé cuál de los dos.

Coombe se dirigió a las escaleras.

—¡No abra la puerta! —gritó ella.

—Sin duda ha venido preparado para abrirla él —respondió, y empezó a bajar las estrechas escaleras sin prisa.

El hombre, en efecto, venía preparado. Cuando Coombe llegó al vestíbulo, metieron una llave en la cerradura y, al girarla, la puerta se abrió y entró Carson —o Bayle—, furioso y decidido, seguido por el joven ayudante.

Siempre se decía que la presencia del señor de la casa de Coombe resultaba sutilmente impresionante. Varios siglos de educación esmerada habían dado como resultado la impresión de que, implícitamente, representaba algo. Cuando un hombre nunca ha tenido necesidad de justificarse o excusarse, su actitud siempre es muy segura. La actitud de Coombe era la de esperar explicaciones de los otros hombres.

Con toda certidumbre, Carson —o Bayle— había creído que se encontraría con una criada atemorizada dispuesta a soltarle una mentira flagrante. Pero se encontró con un hombre alto y delgado que —aunque hubiera vestido de un modo completamente distinto— no dejaba lugar a dudas. Era tan evidente que esperaba una disculpa que Carson —o Bayle— empezó a tartamudear incluso antes de poder eliminar de su voz un atisbo de tono intimidatorio. Coombe se habría irritado muchísimo si hubiera sabido que una vez, en Sandown^[5], a ese hombre le habían llamado la atención sobre su persona y un abrigo que llevaba y que, a causa del abrigo, lo había reconocido vagamente.

—Lo... lo lamento —dijo.

—Eso espero —dijo Coombe.

—Esta mañana vinieron unos clientes a ver la casa. Traían el permiso necesario de nuestra agencia. Los echaron, señor... y no quieren volver. Solo se ha pagado el alquiler de los seis primeros meses. No hay ninguna persona que pueda fingir siquiera

que se va a pagar lo que se debe. Teníamos que hacer algo.

—En efecto —dijo Coombe—. Pongamos que pasa usted al comedor.

Llevó a los hombres a la habitación y señaló las sillas, pero ni el agente ni su ayudante tenían ganas de sentarse.

Coombe también se quedó de pie y les dijo:

—Lo comprendo —dijo—. Están en su derecho. La señora Gareth-Lawless, como es natural, no se encuentra en disposición de despachar con ustedes. De momento, y como amigo de su difunto marido, me ocuparé yo de sus asuntos. Soy lord Coombe. La señora no desea renunciar a la casa. No manden ningún posible inquilino más. Pasen por Coombe House dentro de una hora y les entregaré un cheque.

Tras unas breves e incómodas disculpas, la puerta de la calle se abrió y se cerró, el cabriolé se fue y Coombe volvió a la salita. Robin seguía chillando.

—Quiere más leche condensada —dijo él—. No tenga miedo, vaya a darle de comer. Conozco a una mujer mayor que entiende de niños. Fue niñera hace unos años. Se la mandaré inmediatamente. Tenga la amabilidad de entregarme las libretas de contabilidad. Mi ama de llaves le mandará unos criados. Vendrán de las tiendas a recoger sus pedidos.

Pluma lo miraba fijamente.

—¿De... de verdad? —tartamudeó—. ¿To... todo va a...?

—Sí, todo —contestó él—. No tema. Suba e intente calmarla. Ahora tengo que irme. Nunca había oído a una niña pequeña berrear con tanta furia.

Muy aturdida, Pluma dio media vuelta y se dirigió al segundo tramo de escaleras. Había sufrido una crisis tremenda y estaba verdaderamente aturdida. Él la aturdía. Jamás había entendido a ese hombre ni un instante, y ahora tampoco... Pero en realidad nunca entendía a nadie y la situación no era nueva para ella. Si no se hubiera visto acorralada contra la pared habría sido tan respetable como sabía serlo.

Coombe llamó a un cabriolé y se fue a casa pensando en muchas cosas y con un aire más indiferente incluso que de costumbre. Al subir al vehículo recordó la expresión del hombre bajo y robusto y se puso a dar vueltas mentalmente a la impresión que sabía con exactitud que se habría llevado ese hombre de negocios y hasta qué punto habría podido disimular su reacción si le hubiera contado con todo detalle que, hasta el momento, y en ese caso en particular, él no era culpable de nada.

VII



A partir de entonces, los habitantes de la estrecha calle de moda y los que pasaban por ella vieron que, por fuera, la casa estrecha seguía como la habían visto siempre. Los que habían predicho que el día menos pensado aparecerían carteles en sitios muy visibles anunciando «Subasta. Elegantes muebles modernos» se llevaron una leve decepción y una sorpresa al comprobar que no aparecía ningún cartel, ni siquiera en sitios poco visibles. Tampoco aparcaron en la puerta —en las semanas siguientes— grandes camiones de mudanzas para recoger los restos y pegar los carteles de «Se alquila» en las ventanas de la fachada.

Muy al contrario: acudió el florista y rellenoó las jardineras con admirables flores frescas; se veían criados nuevos y más correctos entrando y saliendo del portal; un lacayo joven tan elegante como el anterior abría la puerta y ayudaba a la señora Gareth-Lawless a montar en su berlina perfecta. Los tenderos llegaban puntualmente todos los días y eran serviciales y respetuosos. Era evidente que la casa no se había desintegrado a raíz de la muerte del señor Gareth-Lawless.

Cuando se supo con seguridad que la casa no se había venido abajo, los habituales volvieron a frecuentarla poco a poco, como si en realidad no hubieran dejado de ir en ningún momento. Habían tenido buenos motivos para ausentarse, en consideración al duelo de la casa y a la desconsolada viuda, pues habría sido una falta de delicadeza molestarla. Pluma se había dado cuenta de que las personas que formaban su círculo íntimo no sabían adaptarse enseguida a los cambios de circunstancias. Si bailas en la cuerda floja y de repente te la quitan, ¿dónde te quedas? No puedes seguir bailando hasta que la pongan otra vez.

Sin embargo, con la cuerda nuevamente asegurada en su sitio, el baile no tardó en empezar. El luto de Pluma, que iba aclarándose maravillosamente de mes en mes, era la alegría de quienes la miraban. Madame Helene la trataba como a una estrella resplandeciente que va apareciendo a medida que se dispersan las nubes. Sus amigos la observaban con secreto regocijo a medida que se quitaba los finos velos oscuros.

—Los modelos que lleva no tienen precio —se decía amablemente en su propio salón—. ¿De dónde los saca? Imagínate a Lawdor pagando las facturas.

—Se los hace Helene —dijo un joven bien parecido, alto y delgado, de rostro alargado y ojos oscuros que llevaba quevedos—. Pero yo no podría.

En los salones en los que la diversión imparable es, por así decir, un medio de existencia, las cuestiones de gusto no se tratan a la ligera. En cualquiera de ellos se dice lo que a uno le venga en gana sin la menor preocupación, siempre y cuando sea suficientemente gracioso para que alguien, si no toda la concurrencia, se ría. Pluma había hecho reír a todos de esta forma. Las personas a las que más admiraba hacían

constantemente pequeños comentarios e insinuaciones descaradas y, en su caso, los años poco prometedores que había pasado en la isla de Jersey habían propiciado un deseo febril de estar a la altura. En general, sus esfuerzos se habían visto recompensados porque la naturaleza la había hecho así: una niña bonita y tonta que no sabe cuándo callarse. Grandes carcajadas acogían a menudo sus salidas, y la primera vez que dudó un momento de su habilidad fue en una ocasión en la que captó una mirada de Coombe, que la estaba mirando con una expresión que, por un instante, le habría parecido de horror si no hubiera estado segura de que no podía ser y, por tanto, tenía que ser otra cosa: una de esas cosas suyas que nadie entendía nunca.

Cuando los suaves velos envolventes de vaporosa oscuridad desaparecieron y vio que la cuerda floja era un apoyo seguro y permanente en el que podía confiar, Pluma se dio cuenta, en sus pequeñas y atestadas fiestas y en las más grandes de otras personas, de la probabilidad de que algunos, incluso los que más la apreciaban, hicieran entre ellos comentarios ingeniosos sobre lo mucho que había mejorado su suerte. Había mejorado muchísimo. Se pagaban las facturas, los de las tiendas eran amables, los criados guardaban respeto: no tenía que inventar excusas ni mentiras. Robert y ella siempre habían evitado a la gente aburrida y crítica, por lo que no habían intimado con ninguna persona escrupulosa que hubiera podido renunciar a seguir tratándola en unas condiciones que considerase reprobables; así pues, no echó de menos a nadie en su círculo de amigos. Los que se habían acostumbrado a divertirse en su casa estaba tan dispuestos como antes a seguir haciéndolo.

Sin embargo, lo cierto era —curiosamente, tal vez, por la poca impresión que en general le hacían las cosas— que había un recuerdo que no se borraba del todo. Incluso cuando intentaba relegarlo a lo más hondo de la memoria, como si lo hubiera olvidado, salía de nuevo a flote. Era el recuerdo de la casa vacía, cuando ese vacío se le clavó en el centro de su ser al retirarse de la ventana del dormitorio después de ver partir los carruajes de los criados. Y también el recuerdo de las horas siguientes: la noche en la que no había nadie en ninguna habitación, en la que nadie subía ni bajaba por las escaleras, cuando todo se quedó oscuro y vacío, menos el cuarto nocturno de los niños, donde Robin lloraba, y su habitación, donde se escondía ella entre las mantas, tapándose la cabeza con la almohada. Pero, aunque la imagen no se dejaba borrar, la sensación de alivio por haberse librado de los engranajes del destino se intensificaba muchísimo.

—A veces —reveló a Coombe indiscretamente—, cuando paseo en la berlina por el parque y hace buen tiempo y todo el mundo sale y los vestidos parecen macizos de flores, me permito recordarlo en comparación con ahora solo para disfrutar más de todo.

La mujer mayor que había sido niñera en su juventud, la que había mandado Coombe para sustituir temporalmente a Louisa, no se quedó mucho tiempo al cargo de Robin. No era suficientemente joven y despierta para una casa situada en

determinado lado de una calle determinada, y Pluma encontró a una más joven que estaba perfecta empujando el cochecito de la niña en la plaza.

La plaza —de la que arrancaba la calle determinada— y los jardines del centro de la plaza —a los que solo accedían los privilegiados que tenían llave—, la cocina, la sala de la servidumbre y los dos cuartos de los niños del piso más alto fueron el mundo de Robin unos cuantos años. Cuando tuvo edad para andar por la calle, la llevaban de la mano por el mismo camino que había recorrido a diario en el cochecito. Su primer recuerdo era en el jardín de la plaza, en la grava, mirando a unos gorriones que se peleaban, mientras Andrews, la niñera, charlaba en voz baja en un banco con otra niñera. Hablaban de una forma que Robin siempre relacionaba con los criados y que le parecía el modo natural de expresarse de esa especie, tan natural como que los gatos maullaran y los perros ladrasen. Con la edad, llegó a comprender que, en general, decían cosas que no querían que oyera ella.

Le gustaba mirar a los gorriones en los jardines porque le gustaba mirarlos siempre. Eran los únicos amigos que había conocido en su vida, aunque no tenía todavía edad suficiente para considerarlos amigos ni para saber lo que eran los amigos. Andrews le había enseñado, con métodos propios, a no llorar, ni protestar ni hacer ruido cuando la dejaba sola en el feo cuarto de los niños. La idea que tenía Andrews de sus deberes no contemplaba aburrirse como una ostra en una habitación del piso más alto, cuando abajo la esperaba mayor distracción en compañía de la cocinera, una mujer con mucha experiencia; la doncella, una chica joven que había vivido en alegres casas de campo, y el lacayo, un joven brioso y con sentido del humor. Al final, Robin pasaba muchas horas del día completamente sola. Tal vez habría lamentado más intensamente su aislamiento si hubiera conocido otras condiciones de vida que las de una niña por la que nadie se tomaba el menor interés y que sabía que «ser buena» no significaba otra cosa que tomarse tanta desatención con pasividad y no pedir nunca nada a nadie. Igual que un pájaro nacido en cautividad vive en su jaula y tal vez cree que eso es el mundo, Robin vivía en los cuartos de los niños —y los conocía hasta el último recoveco— con una sensación total, aunque inconsciente, de desagrado y fatiga. La acostaban y la despertaban, le daban de comer y la vestían, y una vez al día —dos, quizá, si a Andrews le apetecía— la llevaban abajo, a la calle. Y nada más. Y por eso le gustaban tanto los gorriones.

Vale la pena mirar a los gorriones si vives en un cuarto en el que nunca pasa nada y en el que, si te asomas a la ventana, estás tan arriba que no es fácil ver a la gente del mundo de abajo, y que además casi siempre parece que está lloviendo. Robin veía a los pajaritos saltar por los tejados de pizarra de las casas de enfrente. Movían las alas, cogían briznas de paja con el pico y se las llevaban. Pensaba que cada cual tendría su casa entre las chimeneas: en sitios que ella no alcanzaba a ver. Le parecía que sería bonito poder ir por los tejados dando saltitos, si no se tenía miedo de caer. Le gustaban los píos y gorjeos de los pájaros porque parecía que hablaran y se rieran... como las voces y las risas que a veces la despertaban, y entonces se quedaba en la

cama escuchando cuando la señora del piso de abajo celebraba una fiesta. A menudo se preguntaba qué estarían haciendo, porque parecía que les gustaba mucho lo que hacían.

A veces, cuando llovía dos o tres días seguidos, sentía algo que le daba ganas de ponerse a llorar por dentro... pero sin que se oyera. En una ocasión le salió una marquita negra y azul en el brazo, que le duró una semana, en el sitio en el que Andrews le había dado un pellizco porque había llorado tan alto que la habían oído. Le pareció que Andrews la pellizcaba y le retorció el trocito de brazo cinco minutos seguidos, mientras le tapaba la boca con la mano.

—Y no lo olvides —le dijo, cuando terminó, y Robin casi se ahoga del esfuerzo de contener el llanto y la voz.

De lo que Andrews estaba segura era de que nadie subiría las escaleras hasta el cuarto de los niños para ver qué pasaba si no se oían gritos inhumanos por toda la casa. Por eso era tan fácil organizar la vida de la niña que tenía a su cargo de la manera más conveniente... para sí misma.

—Basta con tenerla bien alimentada y evitar que levante la voz inútilmente cuando quiere algo que no se le va a dar —decía Andrews a sus compañeros en las dependencias del sótano—. La del salón no va a meterse en nada que tenga que ver con la niña. ¡Ni mucho menos! Sé lo que tengo que hacer y sé cómo hay que tratar a las de su clase. De vez en cuando voy a verla y, muy educadamente, le pido permiso para comprar cosas en Best's, en Liberty's o en cualquier otra tienda de las buenas. Siempre se queda mirándome al principio, como si no entendiera lo que le digo, y de pronto salta: «¡Ah, sí! Supongo que hay que comprárselo». Y yo voy y se lo compro. La llevo tan bien vestida como cualquier cría de Mayfair. Y está preciosa desde que cumplió un año, así que parece una joya cuando la llevo a pasear a la calle, para que la gente vea que está bien cuidada y que no la tenemos escondida. Nadie puede quejarse de cómo la llevo y a nadie le importa. Es lo único que se me exige. Cobro un buen salario y me lo pagan puntualmente. La gente... que diga lo que quiera, pero a mí no se me caen los anillos por trabajar en una casa como esta. Y, en estos tiempos, ¿quién se preocupa de estas cosas? La gente moderna tiene más manga ancha que antes. Según dicen, cuando la reina Victoria era joven, los criados no eran nadie si no vivían en una familia que cumpliera los mandamientos.

—¡Como si alguien tuviera en cuenta los mandamientos en estos tiempos! —dijo Jennings, el lacayo, que era muy agudo—. Podría decirte uno al que se ha faltado tanto que ya no queda ni sombra de él. Si machacara esta fuente hasta reducirla a polvo, tendría que barrerla y tirarla a la basura. Pues eso es lo que ha pasado con uno o dos mandamientos en particular.

—Bueno —terció la señora Blayne, la cocinera—, ella no se mete y él paga las facturas puntualmente. Con eso me basta, no necesito los mandamientos. Para ser sincera, mi madre me decía que en la época de la reina Victoria las señoras se interesaban por el fiambre y preguntaban qué se había hecho con la salsa. La

civilización ha avanzado mucho, con mandamientos o sin ellos.

—Él es muy puntilloso con lo de pagar las facturas —dijo Jennings, con aires de hombre de mundo—. Un día lo oí discutir con ella porque no había pagado unas facturas; se había gastado el dinero en no sé qué fruslerías, y se puso muy serio, de esa manera tan rara que se pone él. Y la verdad es que tenía razón. Yo habría hecho lo mismo —levantándose la tira de la camisa y estirando el cuello como si comprendiera perfectamente los sentimientos de un marqués que se enfada con razón—. Lo que le dio a entender fue que si no pagaba las facturas con el dinero destinado a ellas, la próxima vez lo echaría en falta. —A Jennings le gustaba mucho la expresión «echar en falta» y, por tanto, la repitió con énfasis—. ¡Lo echaría en falta!

—Eso la asustaría —fue la sucinta observación de Andrews.

—¡Ya lo creo! —dijo Jennings—. Le habría dado un ataque de histeria si él no lo hubiera impedido. Sabe mucho. Coombe sabe mucho.

Andrews soltó una carcajada breve y seca.

—¿Sabes cómo la llama la niña? —dijo—. La llama «la señora del piso de abajo». No sé qué fantasía le inspira, pero siempre procura verla cuando salimos. Me he dado cuenta de que estira el cuellecito si pasamos por una habitación en la que podría estar. Creo que es por los vestidos tan bonitos que lleva y por la manera de reírse. A los niños les atraen los colores vivos y el ruido alegre.

—¡Creo que no sabe que es su madre! —dijo la señora Blayne, mientras abría la puerta del horno para sacar unos bollitos.

—Creo que si se lo dijera no entendería lo que quiere decir la palabra. El nombre lo ha sacado de mí —Andrews todavía se reía al contarlo—. Le decía que la señora del piso de abajo la oiría si hacía ruido; también le decía que, si se portaba muy bien, la dejaría verla un momento. Me di cuenta de que le infundía mucho respeto, a pesar de lo mucho que le gustaba, así que me pareció una buena excusa para que me obedeciera. Por increíble que os parezca, tardé bastante en comprender que no tenía la menor idea de lo que era una madre, y cuando me di cuenta, me pareció inútil explicárselo. No lo habría entendido.

—Y ¿cómo explicaríais lo que es una madre? —preguntó Jennings—. Yo diría que es la persona que tiene derecho a darte cachetes si no la obedeces.

—Yo diría que es la mujer capaz de tenerte trabajando como una mula en la cocina quince horas al día —dijo la señora Blayne—. Mi madre era cocinera en una casa grande y me enseñó el oficio.

—Yo no tuve madre —dijo Andrews, tiesa.

La verdad es que había tenido que criar a sus ocho hermanos mientras su madre roncaba empapada en cerveza, cuando no se peleaba con ella.

Jane, la doncella de la casa, había tenido una infancia más alegre en el campo y tal vez era más tierna.

—Yo diría que la madre es la persona que es algo tuyo, que te quiere, aunque procure enderezarte —dijo.

—Su madre no la quiere ni procura enderezarla —dijo Jennings—, así que eso no vale.

—Tampoco le da cachetes ni la enseña a cocinar —añadió la señora Blayne—, así que lo suyo tampoco vale, señor Jennings, ni lo mío, por cierto. La señorita Andrews tendrá que inventarse una explicación cuando le parezca oportuno.

—Que la saque de un melodrama de Drury Lane^[6] —dijo Jennings con mucho sentido del humor—. Llegará el día, señorita Andrews, en que tendrás que armarte de valor y decirle: «Ha llegado la hora de contarte toda la verdad, niñita mía».

Así se hablaba de la señora Gareth-Lawless y de su afecto maternal en las dependencias del sótano. Lo interesante era que, para Robin, la señora del piso de abajo era simplemente un ser radiante y hermoso que flotaba por ciertas habitaciones riéndose o charlando como un pájaro, y siempre con vestidos bonitos, siempre diferentes cada vez que la veía. A veces la veía un momento por una puerta entreabierta o, si apretaba la cara contra el cristal de la ventana en el momento oportuno, en la calle, subiéndose a su pequeño carruaje y, después de que Jennings cerrase la portezuela, atusándose las faldas con gracia mientras se acomodaba entre los mullidos cojines azul oscuro.

En cierto modo, resulta portentoso darse cuenta de que un ser humano recién nacido solo pueda aprender lo que se le enseña. La enseñanza puede ser consciente o inconsciente, inteligente o idiota, exquisita o brutal. Las imágenes que le presentan quienes lo rodean, a medida que su percepción se despierta con el paso de los días, son las que se le graban en el espíritu, en el cerebro, en su ser físico, que es el único medio de expresar, en el curso de la vida física, todo lo que ha aprendido. Lo que automáticamente se convierte en ley al despuntar la conciencia del recién nacido será para siempre, a su entender, la ley de la vida, la ley del universo. Esto a veces parece, al prudente responsable, una cosa impresionante que insinúa, aunque sea vagamente, que tal vez estaría bien quitarse los zapatos, por así decir, y entrar descalzo, a pasos delicados y respetuosos, como hacen reverentemente los considerados para acercarse a un altar desconocido.

Aceptado esto como verdad científica y espiritual, no existe misterio en el hecho de que Robin, a los seis años —cuando miraba los gorriones en los jardines de la plaza—, no conociera el nombre del sentimiento que le había nacido debido al placer de ver ocasionalmente a la señora del piso de abajo. Era algo que le hacía tener ganas de verla o ver cualquier cosa que le perteneciera; le hacía aguzar el oído para captar su voz; le despertaba el deseo de oír hablar de ella a Andrews o a los otros criados y, sin embargo, era demasiado tímida para hacer preguntas. Había encontrado un sitio en las escaleras que subían a las habitaciones infantiles desde el que, acercándose mucho a la balaustrada, a veces podía verla entrar o salir de su habitación de color de rosa. Se sentaba en el peldaño y, con el corazón acelerado, atisbaba entre los balaústres. Algunas veces, después de que la acostaran y Andrews fuera a divertirse a las dependencias del sótano, el ruido de la habitación de abajo despertaba a Robin del

primer sueño; se levantaba con mucho cuidado y se acuclillaba en su peldaño con una alegría febril, para ver salir a la señora con cositas brillantes en el pelo y en los brazos y el cuello, tan desnudos, tan blancos, tan adorables, envuelta en hojalata y telas vaporosas, como una aparición de luz y color. Era una cosita tan radiante que a menudo la niña contenía la respiración con un gemidito de éxtasis y le temblaban los labios como si fuera a llorar. Pero no sabía que lo que anhelaba era una cosa llamada amor: una cosa muy sencilla, natural y común que no había tenido ocasión de conocer personalmente. Como ignoraba lo que era una madre, ignoraba también lo que era el afecto, y a Andrews le habría parecido que hablar de eso con ella habría sido un sentimentalismo superfluo.

Las rarísimas ocasiones en que la señora del piso de abajo se presentaba en el umbral del cuarto diurno de los niños, Robin —siempre recién vestida con uno de sus trajes más bonitos— se quedaba mirándola, asombrada, con unos ojos inmensos, y respondía en susurros las preguntitas banales que le hacía. La señora aparecía en rarísimas ocasiones con su plumaje de pájaro exótico, y se quedaba tan breves momentos en el umbral que nunca le daba tiempo a hacer nada más que dejar de respirar y mirarla como a una aparición repentina. Robin no entendía por qué subía, cuando subía. Era evidente que su sitio no estaba en los lóbregos cuartitos de los niños, que iban volviéndose más feos con el paso del tiempo, cada vez más mugrientos por el hollín y la persistente niebla londinense.

Cuando subía, Pluma siempre se recogía el vestido. No habría subido por nada del mundo, pero le habían preguntado un par de veces si la niña era guapa y habría sido absurdo confesar que nunca la veía.

—Me parece que es bastante mona —decía en la habitación de abajo—. Es redondita y tiene buen color... casi demasiado bueno, y también tiene los ojos redondos. Solo puede ser tonta o tímida... y tan malo es lo uno como lo otro. Es una niña que se queda mirándote.

Si, cuando Andrews llevaba a Robin a los jardines, hubiera jugado con otros niños, seguro que habría aprendido algo de la existencia y de la actitud normal de las madres por el mero hecho de hablar con otros pequeños, pero por algún motivo nunca entablaba amistad con los pupilos de otras niñeras. Durante algún tiempo estuvo convencida de que se debía a que Andrews había impuesto una ley misteriosa. Tampoco Andrews parecía relacionarse con nadie. A veces se sentaba en un banco y hablaba un poquito con otra niñera, pero casi nunca lo hacía dos veces con la misma persona. En general, tenía por costumbre sentarse sola a hacer ganchillo o a coser dándose aires de importancia, y enseguida llamaba a Robin para que volviera a su lado, si la veía acercarse poco a poco a algún otro niño.

—Tengo por costumbre ser reservada y discreta —decía en la cocina—, y poner cara de que, si se trata de hacer ascos a alguien, soy yo quien los hace. Hay quien se lleva corriendo a los niños si dejo a Robin acercarse a alguno. No todo el mundo, claro está, pero no quiero arriesgarme y así me ahorro sofocones.

Pero una mañana, cuando Robin estaba mirando a los gorriones, Andrews se llevó una sorpresa al ver aparecer en los jardines a una niñera, antigua conocida suya, con dos niñas. Una tenía nueve años y la otra, once, y ambas eran bastante independientes, sin contar con que consideraban muy pequeña a Robin y, por lo tanto, no le prestaron la menor atención. Se pusieron a jugar a la comba y su niñera pudo dedicarse tranquilamente a charlar con Andrews.

Y la conversación era tan deliciosa que nadie se acordaba de Robin, hasta el extremo de que nadie le impidió seguir a los gorriones hasta detrás de unos arbustos, donde Andrews no podía verla, aunque solo estaba a unos pocos metros de distancia. Esa mañana, los gorriones estaban guerreros y de repente empezaron a pelear picoteándose con furia, golpeándose con las alas y piando de una forma aguda como si protestaran. Robin no entendía muy bien qué era lo que hacían y se quedó embelesada mirándolos.

Mientras los miraba, oyó unos pasos en la gravilla del sendero, que se detuvieron cerca de ella; tuvo que mirar para ver quién se había parado a su lado, y se encontró con un par de ojos bonitos, de un azul profundo, un azul como el de un lago de montaña. Eran grandes, brillantes, cordiales; nunca la habían mirado unos ojos así. Le pareció un niño muy mayor, y lo cierto es que era alto y fuerte para su edad, pero solo tenía ocho años y era un niño normal. A Robin se le aceleró el corazón como cuando miraba a la señora del piso de abajo, pero de una manera un poco distinta. Era una cosa que le hacía estirar y curvar los labios formando una sonrisa y enseñando los dientes.

Se quedaron mirándose y, por algún motivo muy muy raro —creado tal vez con la creación del hombre y escondido todavía entre los secretos más profundos del universo—, sintieron atracción el uno por el otro: querían estar el uno con el otro. Fueron acercándose de la forma más primitiva, naturalmente, tan primitiva e instintiva como dos animales jóvenes que se tocan con el hocico y se olisquean. Él abrió y curvó su boca roja enseñando unos dientes hermosos, blancos y sanos, como había hecho ella con los suyos, más pequeños. Después se puso a saltar y a correr en círculo haciendo cabriolas como un *pony* de las Shetland, luciendo sus habilidades y, al mismo tiempo, dando muestras de cordialidad. Movía la rizada cabellera adelante y atrás y se reía para que se riera ella, y ella, además de reírse, batía palmas. Era lo más precioso que había visto en su vida, y estaba claro que quería complacerla. Ningún otro niño había hecho nunca nada semejante, porque Andrews no le había permitido acercarse a nadie. El niño, por su parte, solamente hacía lo que cualquier otro animalito de su edad: expresar su masculinidad infantil exhibiéndose ante una hembra pequeña. Pero esta hembra pequeña nunca había visto nada igual.

Una escena bellamente elemental. Como no sucede muy a menudo, eran dos espíritus y dos cuerpos que se atraían por el magnetismo de ser. Después de un par de minutos de exhibición, volvió al lado de la niña jadeando, resplandeciente.

—Así salta mi *pony* en Escocia. Se llama Chieftain. Es un *pony* de las Shetland y

es solo así de alto —dijo, señalando un metro desde el suelo—. Me llamo Donal. ¿Cómo te llamas tú?

—Robin —contestó ella.

La voz y los labios le temblaban de emoción. Era muy guapo. Tenía el pelo rizado y brillante y la frente ancha, y blanca en la parte que le tapaba la gorra, una gorra adornada con una pluma de águila. Las rodillas y las piernas se veían fuertes y blancas entre las tablas de la falda escocesa y los calcetines enrollados hasta el tobillo. Los broches que sujetaban la pluma y la manta escocesa que llevaba al hombro tenían unas piedras muy bonitas engarzadas en plata. Robin no sabía que iba perfectamente vestido de cabecilla de las Tierras Altas: el cabecilla de su clan tendría que ser.

Se pusieron a jugar juntos y los hados desconocidos, que cumplen su cometido a su antojo, quisieron en esta ocasión que la amiga de Andrews se embarcara en una historia tan emocionante que su interlocutora la escuchaba embelesada, sin darse cuenta de lo que la rodeaba. Es cierto que en una ocasión se levantó como soñando y se acercó a los arbustos, pero los hados también habían previsto algo para ese momento. Vio a Robin sola, jugando muy entretenida con unas hojas que había cogido y había colocado en un banco por algún motivo misterioso. Parecía una buena ocupación para una hora, al menos, y Andrews volvió a seguir oyendo la versión pormenorizada e íntima que su amiga le estaba haciendo de un escándalo en una importante casa de campo, de la que se hablaba mucho en la prensa porque había terminado en el juzgado con un divorcio.

En ese preciso momento, Donal había ido a coger unas hojas grandes de lilo, arbusto muy abundante en esos jardines. Las hojas con las que estaba jugando Robin eran las que había cogido él antes para enseñarle una cosa maravillosa. Si ponías una hoja bien alisada en el banco y tenías la suerte de llevar un alfiler en alguna parte, podías hacer unos dibujos preciosos en la verde hoja: puntos, redondeles, cenefas y triángulos pequeñitos sumamente decorativos. Ni Donal ni Robin tenían un alfiler, pero Donal llevaba, en el calcetín enrollado hasta el tobillo, un puñal pequeñito cuya punta, al parecer, servía para cualquier propósito interesante. En realidad fue él quien decoró las hojas, mientras Robin lo miraba fascinada, apoyada en el banco. Nunca en toda su breve existencia había sido feliz. No había conocido ni esperado nada más que las cosas a las que estaba acostumbrada: que le dieran de comer, que la vistieran, que la asearan y la sacaran de paseo, pero sin cariño ni diversión de ninguna especie. Ni siquiera sabía que esta proximidad de otro ser humano, las miradas de compañerismo, que eran como destellos de luz, los ataques de risa y placer del uno y la otra, eran la felicidad. Lo que sentía, el brillo y el gozo de todo ello, no tenía nombre para ella, pero quería seguir así, que nunca se acabara, que ni Andrews ni nadie pudiera ponerle fin.

El niño no era tan inconsciente. Había sido feliz toda su vida. Lo que sentía era que la niña le había gustado desde el momento en que la vio. Era guapa, aunque le

parecía inmensamente más pequeña que él y, cuando levantó la cabeza para mirarlo con sus ojos redondos e inquisitivos, enseguida quiso hablar con ella y hacerse amigos. No había jugado mucho con chicos ni le hería el orgullo jugar con niñas que quisieran jugar con él. Y esta quería, lo vio enseguida.

Los medios de los que se sirven los niños para contarse toda su vida y lo que les rodea —cuando parece que solo están jugando— son algo así como un misterio oculto. No es que se dediquen a hablar largo y tendido. Quizá las imágenes que crean las frases más breves y sencillas produzcan en la *tabula rasa* de la cabecita infantil unas impresiones inmediatas y completas. Aunque el jardín particular era un lugar seguro, Andrews no pudo haberse olvidado de su pupila mucho tiempo y, sin embargo, antes de que Donal, al oír la voz de su niñera, que lo llamaba desde su rincón, dejara a Robin para irse a casa con ella, los niños se conocían ya íntimamente. Robin sabía que la casa de Donal estaba en Escocia, donde hay montañas y páramos poblados por ciervos. Vivía allí con «madre» y lo habían traído a Londres de visita. La persona a la que llamaba «madre» era una mujer que lo cuidaba, y hablaba de ella muy a menudo. A Robin le parecía que no era como Andrews, aunque no sabía por qué. Donal, por su parte, sabía que había unos cuartos de los niños y unos gorriones que iban dando saltitos por las pizarras de las casas de enfrente. Robin no le contó cómo eran los cuartos de los niños, pero Donal sabía que eran feos y que en ellos no había juguetes ni nada que hacer. Además, por no se sabe qué mística de la vida, se dio cuenta de que Andrews no le permitiría jugar con ella si los veía juntos y que, por lo tanto, tenían que aprovechar el tiempo lo mejor posible. Imbuidos de la alegría de haberse conocido, pusieron en marcha una ingeniosa intriga infantil, que consistía en intentar encontrarse detrás de los arbustos al día siguiente, si los llevaban al jardín. Donal estaba seguro de que lo llevarían, porque su niñera siempre hacía lo que le pedía él. Pero Donal era ya tan mayor que en realidad la niñera ya no era su niñera, pero lo había sido cuando él era pequeño y a «madre» le gustaba que los acompañara en los viajes. También tenía un tutor, pero se había quedado en casa. Donal volvería al día siguiente y buscaría a Robin y, cuando la viera, ella tenía que irse del lado de Andrews y volverían a jugar juntos.

—Traeré un cuento ilustrado —le dijo pomposamente—. ¿Sabes leer?

—No —dijo Robin, embelesada—. ¿Qué es un cuento ilustrado?

—¿No tienes ninguno? —replicó él.

—No —dijo Robin. Miró al suelo, pensando un momento en los dos cuartos de los niños. Después levantó la mirada hacia los brillantes ojos azules de Donal y dijo simplemente—: No tengo nada.

De pronto Donald se acordó de cosas que le había contado su madre sobre las personas pobres. Tal vez la niña fuera pobre. ¿Podía ser pobre, con un vestido, un sombrero y un abrigo tan bonitos? Preguntárselo no era de buena educación. Pero esa idea acrecentó su amor. Notaba una corriente cálida por todo el cuerpo. Lo cierto, si hubiera tenido edad suficiente para darse cuenta, era que la niña aceptaba las cosas tal

como eran, sin la menor conciencia de tener motivos de queja, con una sencillez que conmovía enormemente la masculinidad del niño. Oyó de nuevo la voz de su vieja niñera, que lo llamaba desde su rincón.

—Tengo que irme con Nanny —dijo, con una curiosa sensación de haber corrido mucho—. Mañana vuelvo y traigo dos cuentos ilustrados.

Era un cachorrito humano encantador y cariñoso, y las expresiones de afecto eran en él un impulso natural al que estaba acostumbrado. La envolvió en sus fuertes bracitos de ocho años y le dio un beso en la boca mientras la abrazaba con toda su energía. La besó dos veces.

Era la primera vez que la besaban. Andrews no daba besos. No había nadie más. Era la primera vez y la naturaleza también la había hecho un ser humano, cariñoso y encantador. ¡Qué guapo era, qué mayor, qué fuertes eran sus brazos y qué suave y cálida su boca! Se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, inquisitivamente, riéndose un poquito. No tenía nada que decir porque no sabía lo que había pasado.

—¿No te gusta que te besen? —dijo Donal, inseguro, porque la niña parecía muy asombrada y no le había devuelto los besos.

—Que me besen —repitió ella, conteniendo un poco la respiración—. S... sí —ahora sabía lo que era. Eso era besar. Se acercó inmediatamente al niño y levantó la cara con la misma dulzura y alegría que una flor hacia el sol—. Bésame otra vez —dijo con entusiasmo.

La besó otra vez con la misma ingenuidad y la misma efusividad que antes, pero esta vez ella le devolvió el beso. Cuando se fue corriendo, Robin se quedó mirándolo con una sonrisa temblorosa en los labios, animada, jubilosa: maravillada y asombrada.

VIII



Robin volvió con Andrews y se llevó las hojas decoradas. No quería dejarlas allí. Sería difícil explicar con qué recursos había contado para extraer la fuerza mental y física, intensa pero silenciosa, que la caracterizaba. No había recibido ninguna clase de estímulo intelectual ni emocional, pero su pensamiento y sus emociones no eran inertes, de las que no necesitan estímulos. Lo que sentía por los gorriones era mucho más de lo que podía expresar; la adoración que profesaba en secreto a la señora del piso de abajo era algo muy intenso. La rendición inmediata al deseo del primer par de ojos humanos —aunque fueran de un niño— que le habían pedido una respuesta fue de simple y puro éxtasis. Había entregado su pequeña alma sin dudarle un momento y sin saber que la entregaba. Se le había escapado volando como un pajarillo que huye de la oscuridad buscando el sol. Donal, de ocho años, era el sol.

Observando a Andrews, Jennings, Jane y la señora Blayne había aprendido que algunas cosas era mejor guardárselas para uno mismo, pero eso no significaba que tuviera una tendencia innata a la falsedad. Simplemente, había que ser cuidadoso con esas cosas. Naturalmente, la comunicación con Donal a escondidas, que había dado lugar al plan de seguir viéndose, reforzó el sentido consciente de la discreción. Guardó las hojas decoradas en un bolsillito del abrigo para que Andrews no las viera. Tenía la maquiavélica intención de sacarlas cuando la llevara al cuarto de los niños. Andrews siempre tenía mucha prisa por irse abajo a comer y la dejaría sola; entonces buscaría un sitio donde esconderlas.

La amiga de Andrews se sobresaltó al ver llegar a Robin. La niña tenía los labios y las mejillas del color de los pétalos de la rosa Jacqueminot. Los ojos le brillaban de auténtico embeleso.

—¡Fíjate! ¡Cuándo se ha visto semejante preciosidad! —exclamó la mujer—. Asusta y todo cuando la ves. ¡Fíjate!

Sin embargo Robin no sabía a qué se refería y la verdad es que casi ni la oyó. Estaba pensando en Donal. Siguió pensando en él mientras la llevaban a casa y no dejó de pensar en él en todo el día y parte de la noche. Cuando Andrews se fue, buscó un sitio donde esconder las hojas decoradas y, antes de guardarlas, hizo lo que Donal le había hecho a ella: las besó. Las besó varias veces porque eran las hojas de Donal y él había hecho las estrellas y las líneas que las adornaban. Era casi como besarlo a él, pero no tan bonito.

Cuando Andrews la dejó acostada en la cama y se fue, tardó mucho rato en dormirse. No quería dormirse porque todo le parecía cálido y maravilloso y podía pasarse la noche pensando. Pensaba en la cara de Donal, en sus alegres ojos, en su frente blanca con los rizos retirados hacia atrás, debajo de la gorra escocesa. La

manta escocesa volaba cuando él corría y saltaba. Cuando la abrazó, los botones de la chaqueta le hicieron un poquito de daño porque se le clavaban en el cuerpo. ¿Cómo sería «madre»? ¿La besaría? ¿Qué piedras tan bonitas tenía en los broches y en las hebillas! ¿Qué gusto daba oír sus carcajadas y cuánto le gustaba reír! ¡Donal! ¡Donal! ¡Donal! Le gustaba jugar con ella, a pesar de que era niña y pequeña, además. Mañana jugaría con ella. Tenía las mejillas de color de rosa, el pelo brillante, y también los ojos. Brillaba todo él. Intentó ver lo que había dentro del azul de sus ojos otra vez, como le parecía que había hecho cuando se miraban de cerca. Cuando empezó a ver el color se quedó dormida.

Las fuerzas que la primera mañana habían guiado a Robin al refugio de detrás de los arbustos y habían traído una compañera muy entretenida a Andrews le prodigaron incluso más beneficio y mayor protección al día siguiente. Andrews estaba aquejada de un constipado tan alarmante que se quedó en la cama. Como no tenía ninguna intención de correr el menor riesgo, enseguida mandó a buscar a una hermana suya, menor que ella, que estaba en esos momentos sin trabajo; la hermana no tardó en presentarse en la casa para sustituirla. Era una joven agraciada, aficionada a las novelas y que no creía tener responsabilidades especiales.

—Ha aprendido a no dar problemas, Anne. Se entretiene sola y no molesta nada si la llevas a la calle —dijo Andrews de Robin.

Anne se llevó *El secreto de lady Audley* a los jardines y, después de buscar un banco cómodo, a la sombra, que le pareció muy apetecible, se dispuso a pasar una mañana tranquila.

—Ahora, vete a jugar mientras yo leo —le dijo a Robin.

Al entrar en los jardines, pasaron, poco después de la puerta, por un banco ocupado por una mujer muy respetable que estaba cosiendo el dobladillo de un delicado retal de batista y, evidentemente, cuidaba de dos cuentos ilustrados que había a su lado. Unos metros más allá jugaba un niño muy guapo en falda escocesa. Robin sintió algo parecido a una corriente cálida por todo el cuerpo; su alegría era tan grande y exquisita que se preguntó si Anne notaría que le temblaba la mano. Anne no lo notó, porque estaba mirando a una señora que se subía a un carruaje en la acera de enfrente.

No había palabras humanas para expresar la maravilla de esa mañana de principios de verano en los jardines de una plaza londinense espléndida, aunque sombría. No era algo terrestre o, al menos, no de una tierra envejecida. Tal vez Adán y Eva, de niños, conocieran algo parecido en el jardín del Edén. Era limpia y sencilla como agua de manantial, y cálida como el sol.

En cuanto Anne le dio permiso para «ir a jugar», Robin se fue detrás de los lilos y las abronias. Donal llegaría enseguida, no solo porque, como era tan mayor, Nanny le dejaba hacer lo que quisiera, sino porque era capaz de hacerlo todo, cualquier cosa del mundo. ¡Donal! ¡Donal! Tenía un corazoncito de una niña pequeña, pero le latía como si tuviera diecisiete años: latía de puro éxtasis. Donal brillaba y se reía sin

parar.

Donal no tuvo dificultades para volver a los jardines. Había contado a su madre y a Nanny con mucho regocijo que se había hecho amigo de una niña que no tenía cuentos ilustrados. Pero no fue a buscarla directamente. Se puso los cuentos bajo el brazo y, con una alegre sonrisa que enseñaba todos los dientes, se dispuso a empezar a jugar como es debido: con una sorpresa. Se acercó sin que ella lo viera y la «acechó» entre los árboles y los arbustos hasta que la localizó, y de pronto sacó la cabeza a su lado, entre las ramas de un arbusto alto, y soltó una carcajada de las que tanto le gustaban a ella. Y la niña, al darse la vuelta, se encontró con el limpio color azul que había intentado imaginarse por la noche cuando se quedó dormida.

—¡Donal! ¡Donal! —exclamó, como un pajarillo que solo canta una nota.

Los lilos y las abronias estaban en plena floración y había un gran espino que olía dulcísimo. No veían la suciedad ni el hollín de las flores, solamente olían la dulce fragancia, sentados al pie, y la aspiraban constantemente. La caricia del sol era deliciosa y, no lejos de allí, sonaba maravillosamente una pianola. Estaban sentados uno al lado del otro, tan cerca que el cuento ilustrado se apoyaba en los dos pares de rodillas y el calor de cada tierno cuerpo penetraba en la blanda carne del otro. A veces, Donal le pasaba un brazo por los hombros, cuando ella se inclinaba sobre la página. El cariño y las caricias no lo asombraban; los aceptaba como una cosa más de la alegría normal de vivir. Para Robin eran la gran maravilla. Las ilustraciones eran gozo y asombro en una sola cosa. Donal se las sabía todas y le contaba los cuentos. A ella le parecía que tanto esplendor solo podía emanar de él. No se le podía ocurrir que no se los hubiera inventado e ilustrado él. Le enseñó a Robinson Crusoe y a Robin Hood. El olor de espino y lilas los embriagaba y les hacía muchísima gracia que Robin Hood se llamara igual que ella y él fuera hombre y ella una niña. No podían parar de reírse y Donal se revolcaba por la hierba, en parte por la alegría invencible que sentía y en parte por hacer reír a Robin más y más.

Llevaba en el bolsillo unas canicas de colorines preciosas y le enseñó a jugar con ellas; le regaló las dos más bonitas. Sabía tirarlas rodando por la hierba de una manera emocionante. Sabía saltar a la pata coja todo el tiempo que quisiera. Sabía leer libros en voz alta.

—¿Te gusto? —le preguntó en determinado momento, después de exhibir alguna de sus habilidades y antes de empezar con otra.

Robin estaba arrodillada en la hierba, mirándolo con las manos juntas, como si rezara.

—¡Ah, sí, sí! —exclamó ella—. ¡Sí, sí!

—A mí me gustas tú —replicó él—. He contado a mi madre todo lo que me contaste ayer.

Se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—¿Tienes madre? —le preguntó.

—No —e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Vives con tu tía?

—No, no vivo con nadie.

Donal puso cara de no entender.

—¿No hay ninguna señora en tu casa? —se lo preguntó de otra forma.

Robin se animó un poco, aliviada por tener algo que contarle.

—Sí, la señora del piso de abajo —dijo—. Es guapa... muy guapa.

—¿Es...? —no terminó la frase e hizo un gesto negativo con la cabeza—. No puede ser tu madre —se corrigió—. Lo sabrías.

—Lleva ropa muy bonita. A veces se pone cosas muy vaporosas que brillan, y coronitas en la cabeza... o flores. Se ríe —le contó Robin con entusiasmo—. Viene a verla mucha gente. Se ríen todos. A veces cantan. Yo los oigo desde la cama.

—¿No sube nunca al cuarto de los niños? —preguntó Donal pensativamente.

—Sí. Sube y se queda en la puerta y dice: «¿La niña está bien, Andrews?». Pero no se ríe cuando sube. Me... me mira.

Y no dijo nada más, aunque de pronto sintió un intenso deseo de tener más cosas que contarle. Era evidente que lo que le había dicho no resultaba muy convincente. Parecía que esperase más... pero no tenía nada más que ofrecer. Le entró una sensación de vacío y entendió que, sin ningún motivo, tenía un pequeño nudo en la garganta.

—¿Solo se queda en la puerta? —preguntó él, como si sometiera la cuestión a una prueba crucial—. ¿Nunca se sienta en un sillón grande y te sienta a ti en el regazo?

—No, no —con voz apagada—. No se sienta. Dice que las sillas están sucias.

—¿No te quiere nada? —insistió Donal—. ¿No te da besos?

Robin sabía una cosa desde hacía mucho tiempo, o eso le parecía; Dios sabría por medio de qué misterios la había aprendido, pero la sabía. Solo ella, entre todos los seres humanos, podía estar inevitablemente al corriente de lo que iba aprendiendo y de lo que no. ¿A quién se lo podía haber contado? Pero Donal... Donal quería saberlo todo sobre ella. Volvió a notar el pequeño nudo en la garganta.

—No le... ¡no le gusto! —La voz apagada era el susurro de quien se humilla hasta el polvo confesando—. No le... ¡no le gusto!

Y el nudo de la garganta se convirtió en otra cosa que la obligó a taparse los ojos con el brazo, unos ojos infantiles, redondos y afligidos que, al mirar los de Donal, se habían abierto mucho de pronto para derramar unas lágrimas de perplejidad.

Donal la abrazó inmediatamente y le clavó los botones en el tierno pecho. La abrazó con fuerza; la besó; se atragantó. Tenía mucho calor.

—Le gustas, seguro que le gustas. ¡Yo la obligaré! —exclamó con pasión—. No es tu madre. Si lo fuera ¡te querría! ¡Te querría!

—¿Las madres te... te quieren? —preguntó la vocecita con un pequeño gemido—. ¿Cómo es... cómo es «quererte»? —No lo preguntaba por simple curiosidad. Solo quería averiguarlo.

La soltó, se sentó sobre los talones y se quedó mirándola.

—¿No lo sabes?

Con blanda docilidad negó sin palabras.

—N... no —dijo al fin.

Por lo general, los niños tan mayores como él no jugaban con niñas tan pequeñas. Pero algo le había atraído a ella desde el primer momento. No era como las otras niñas. Lo notaba constantemente, y ese era uno de los motivos de la atracción. Como es natural, ignoraba que la sensación masculina de ser considerado un dios ejercía cierto poder sobre las emociones. Robin no fingía ni hacía el tonto. Es que no lo sabía, era cierto... porque era diferente.

—Es cuando algo te gusta mucho. Es más que eso —le dijo—. Mi madre me quiere y ¡yo te quiero a ti! —resueltamente—. Sí, te quiero. Por eso te besé cuando te pusiste a llorar.

Se animó tanto, estaba tan desbordada de agradecimiento que, arrodillada en la hierba, lo adoró.

—Te quiero —le respondió—. Te quiero... ¡Te quiero!

Lo miraba con tanta adoración real que se acercó a ella y, con masculina inmediatez, la besó otra vez... con toda naturalidad.

Como él tenía ocho años y ella seis, las lágrimas desaparecieron enseguida y se echaron los dos a reír alegremente, sentados en la hierba, y lo hablaron todo otra vez.

Le contó todas las cosas bonitas que sabía sobre las madres. Por lo visto, el mundo estaba lleno de madres... lleno. Se era de una madre desde recién nacido. Él no había conocido a muchas personalmente porque siempre había vivido en Braemarnie, que estaba en el campo, en Escocia. No había casas cerca de la suya. Había que recorrer muchos kilómetros para encontrar otra casa o un castillo. Tampoco conocía a muchos niños, a excepción de los pocos que vivían en la casa del pastor y que eran del ministro. Los niños tenían padre, además de madre. Los padres no querían ni cuidaban tanto a los niños como las madres... porque eran hombres. Pero también los querían. El suyo había muerto cuando él era pequeño. Su madre lo quería tanto como él a ella. Era muy guapa, pero —por lo visto— no como la señora del piso de abajo. No se reía mucho, pero cuando jugaban juntos sí se reía. Ahora ya era muy mayor para sentarse en su regazo, pero se colaba a su lado en el sillón grande cuando estaba leyendo o le contaba cuentos. Siempre la obedecía. Ella sabía todas las cosas del mundo y por eso la obedecía siempre. Tendría que hacerle caso incluso cuando se hiciera mayor.

Robin lo escuchaba todo embelesada, conteniendo la respiración. Era el cuento del amor y la vida y era la primera vez que se lo contaban. Era una relevación tan grande como el beso. Había pasado toda su vida en el lóbrego cuarto de los niños y la única persona que se le acercaba era una mujer huesuda que la había enseñado a no llorar mediante un método práctico que consistía en aterrorizarla a pellizcos hasta que se callaba... y sabiendo que no corría ningún peligro por hacerlo. No había sido necesario pellizcarla a menudo. Había visto gente en la calle, pero solo la había visto

pasar. No la había observado como a los gorriones. Cuando la llevaban unos minutos a las dependencias del sótano, sabía que era una intrusa y que la señora Blayne, Andrews y Jennings cuchicheaban y la miraban de vez en cuando por el rabillo del ojo porque estaban hablando de ella y no querían que los oyera.

—No tengo madre ni padre —le dijo con sencillez—. No me besa nadie.

—¡Nadie! —dijo Donal con curiosidad—. ¿Nunca te ha besado nadie, más que yo?

—Nunca —respondió ella.

Donal se echó a reír... porque los niños siempre se ríen cuando no saben qué hacer.

—¿Por eso parecías tan asustada ayer, cuando nos despedimos?

—No lo... no lo sabía —dijo Robin, riéndose un poco también, pero no mucho—. No estaba asustada, me gustabas.

—Te daré todos los besos que quieras —se ofreció noblemente—. Estoy acostumbrado a dar besos... por mi madre. Te voy a dar uno ahora mismo.

Y así lo hizo, sin sentir vergüenza, como un gesto masculino de gratificación.

Anne, con el libro en la mano, se asomó una vez detrás de los arbustos para ver qué hacía la niña y, al verla mirando ilustraciones con un compañero muy bien vestido, volvió a *El secreto de lady Audley* con total tranquilidad.

Las lilas y el espino seguían exhalando cálidas fragancias paradisiacas bajo el sol, la pianola seguía sonando, unas veces más cerca, otras, más lejos, pero, evidentemente, encontraba agradable el vecindario. A veces los niños se reían el uno con el otro; a veces, con los dibujos que Donal le enseñaba o los cuentos que le contaba, o de su increíble ingenio. Cayeron las barreras del mundo de Robin. Empezó a entender que existía otro mayor en el que había cosas maravillosas y placenteras que no conocía. Donal se las revelaba con cada palabra que decía, incluso cuando se daba cuenta de que le estaba enseñando algo nuevo. Cuando Eva fue creada de una costilla de Adán, seguro que sintió un interés cautivador y un respeto inmenso al recibir la información que él tenía que darle sobre todo lo que los rodeaba. El recinto ajardinado que era el centro de la plaza londinense salpicada de hollín era como el jardín del Edén.

Y fue el jardín del Edén dos semanas. El resfriado de Andrews se agravó, hubo que llamar al médico y su hermana Anne siguió desempeñando su cometido. Hacía un tiempo excepcional y, como era una joven presumida, le gustaba poner a Robin sus bonitos vestidos y salir con ella a la calle, porque era una preciosidad y llamaba la atención y, de paso, la miraban también a ella. Pasar las mañanas leyendo a la sombra de un árbol le daba mucha satisfacción. Los niños jugaban juntos todas las mañanas y Robin tardaba en dormirse todas las noches, reviviendo las deliciosas horas pasadas. Cada día aprendía maravillas nuevas que la estimulaban mental y espiritualmente.

Empezó a tener pensamientos nuevos y a hacerse preguntas. Escocia, Braemarnie, la madre de Donal, incluso la vicaría y los niños que vivían allí, se combinaban para formar un mundo encantado. Había montañas en las que habitaban ciervos, había páramos donde crecían el brezo morado y espigajos y tojos de flores amarillas; los pájaros hacían nidos debajo de los arbustos y el *pony* de Donal sabía dónde pisar exactamente incluso en los sitios más agrestes. En la vicaría vivían dos niñas y dos niños que tenían padre y madre. Estas cosas eran suficientes para formar un cielo nuevo y una tierra nueva. El centro del universo era Donal, con su fuerza, su risa y sus ojos, tan vivos y brillantes que era como si los tuviera delante todo el tiempo. No sabía nada de lo que, de alguna forma, era su innegable atractivo. Eran ojos inquisitivos... y ojos que daban. Lo cierto es que el niño era un ser espléndido. Su cuerpo y su belleza eran vida perfecta y un vivir perfecto y jubiloso. Sus ojos siempre lo preguntaban todo a otros ojos. «Cuéntame más cosas —decían—. ¡Cuéntame más cosas! ¡Quiéreme! ¡Contéstame! ¡Démonos el mundo entero el uno al otro!». Siempre había gozado de buena salud, siempre había sido feliz, siempre lo habían amado y alabado. No conocía otras cosas.

La primera semana que pasaron jugando juntos, la madre de Donal, que deseaba entenderlo sobre todas las cosas, observó que el niño se quedaba como absorto cuando no estaba hablando o entretenido con algo. Tomó por costumbre asomarse a la ventana, a menudo con la barbilla apoyada en la mano, mirando como si estuviera pensando en tantas cosas que no veía nada. Antes no lo hacía, era una costumbre nueva.

—¿En qué piensas, Donal? —le preguntó una tarde.

Fue como si el niño se despertara al oírla. Dio media vuelta con su incitante sonrisa.

—Pienso en lo raro que es —dijo—. Es raro que me guste tanto una niña tan pequeña. Tiene muchísimos años menos que yo. Pero me gusta mucho. Me encanta contarle cosas.

Se acercó al escritorio de su madre y se apoyó. Lo que vio su madre fue las enormes ganas que tenía su hijo de hablar de esa niña. Incluso le pareció excesivamente ferviente.

—Vive en una casa rarísima, me parece —le contó—. Tiene niñera y vestidos muy bonitos, y ella también es muy guapa, pero no puedo creer que no haya juguetes ni libros en su cuarto.

—¿Dónde está su madre?

—Seguro que ha muerto. En la casa solo vive una señora, la señora del piso de abajo. Es muy guapa y siempre se está riendo. Pero no es su madre, porque no la quiere y nunca le da besos. Eso es lo que me parece más raro. Nunca la había besado nadie hasta que la besé yo.

Su madre era aficionada al análisis psicológico y observaba el rostro del niño inquisitivamente, con una ligera preocupación.

—¿Tú la besaste? —le preguntó.

—Sí. La besé cuando nos despedimos el primer día. Creía que no le gustaba, pero sí. Lo que pasaba es que nadie le había dado un beso nunca. Le gusta mucho.

Se apoyó más en el escritorio y siguió hablando sin parar, con una sonrisa cada vez más grande y los ojos rebosantes de felicidad. La madre se alarmó un poquito: le asombraba esa forma de hablar, como un joven enamorado que no sabe sujetar la lengua, aunque, en su caso, todavía faltaban muchos años para que empezara a convertirse en un hombre y no se molestaba en ocultar sus sentimientos, como sin duda habría hecho cualquier joven.

—Tiene una carita tan bonita, y una boquita y unas mejillas... —tocó una rosa Jacqueminot que había en un jarrón—. Son de este mismo color. Hoy se nos acercó a saltitos un petirrojo^[7] que estaba con los gorriones. Y no paramos de reírnos porque ella tiene los ojos como los del petirrojo y además se llama Robin. Madre, me gustaría que fuéramos juntos a los jardines y la conocieras. A ella le gusta todo lo que hago.

—Tengo que ir, querido mío —le respondió.

—A Nanny le parece una monada —le dijo—. Dice que me he enamorado de ella. ¿Me he enamorado, madre?

—Eres muy pequeño para esas cosas —dijo ella—. Y, cuando seas mayor, tampoco debes enamorarte de personas a las que no conoces de nada.

Fue una pequeña muestra inconsciente de precaución escocesa que al instante le pareció absurda y bastante fuera de lugar. ¡Pero...!

Se dio cuenta porque Donal se irguió y se cuadró como un hombrecito. Antes no se había ruborizado ni siquiera un poquito, pero ahora su blanca tez se tiñó levemente.

—Pero es que la quiero —dijo—. La quiero. No puedo evitarlo.

Y, aunque resultaba evidente que no era más que un niño pequeño, su madre se asustó un momento.

IX



La tarde del día en que ocurrieron estas cosas, Coombe se encontraba en el salón de Pluma con una taza de té en la mano y con cara de estar pensando en algo.

—Hoy he visto a la señora Muir por primera vez desde hacía muchos años —dijo, después de un silencio—. Está en Londres con su hijo.

—¿Sigue tan guapa como siempre?

—Pues sí. Su belleza es de las que no desaparecen, una belleza que radica en la actitud y el porte, una gracia y una armonía espléndidas.

—¿Cómo es el niño?

Coombe lo pensó antes de responder.

—Es... asombroso. Qué pocas veces se ve algo que se aproxime tanto a la perfección física, que es como un bofetón cuando se la encuentra uno de pronto frente a frente.

—¿Tan guapo es?

—Los griegos hacían estatuas de cuerpos como el suyo. Solían llamarlos dioses... aunque no siempre. La intención creativa era claramente que todos los seres humanos tenían que ser bellos, y ese niño es la expresión de esa belleza.

Pluma fingía que bordaba una flor de color de rosa en un retal de gasa y sonrió vagamente.

—No entiendo lo que quiere decir —reconoció sin rubor—, pero, si alguna vez existió una intención de esa clase, no se ha cumplido. —Su sonrisa se transformó en una risita al clavar la aguja en la labor—. Estoy pensando en Henry —dejó caer, además.

—Yo también, casualmente —respondió Coombe tras un segundo de pausa.

Henry era el siguiente en la línea de sucesión de la casa de Coombe y, para gran disgusto del actual señor, su presunto heredero; se le consideraba universalmente una persona repulsiva, tanto física como moralmente. Había llegado al mundo con un armazón débil e inseguro y desde su más tierna infancia había llevado una vida que habría acabado con un Hércules. Así de fácil puede ser que un familiar resulte un incidente desafortunado sobre el que no se tiene ningún control. Y este era el caso de Henry. Tenía un carácter y un aspecto físico que ni siquiera la posibilidad de que recibiera una gran herencia bastaba para inducir a las personas respetables a aceptarlo bajo ningún concepto. Pero, si Coombe no tenía descendientes directos, Henry sería el señor de la casa.

—¿Qué tal está de la tos? —preguntó Pluma.

—Fatal. Está en los huesos, un desastre; no entiendo que no se caiga muerto.

Pluma dio dos o tres puntadas.

—¿Lo sabe la señora Muir? —preguntó.

—Si la señora Muir sabe algo de su mísera existencia, ya es mucho —respondió—. No es aficionada a preguntar. Naturalmente, es inevitable que sepa que, cuando Henry muera, la línea de sucesión pasa a su hijo.

—Sí, claro; eso seguro que lo sabe —dijo Pluma.

Ahora fue Coombe quien sonrió... muy levemente.

—Tiene usted una falsa impresión de ella —le dijo.

—Usted la admira mucho —replicó Pluma, picada.

La figura de esa gran mujer escocesa, con su «porte» y su «gracia y armonía espléndidas», era motivo suficiente para picarse.

—No me admira —dijo Coombe—. No está orgullosa de tener cierto parentesco conmigo. En realidad, en el fondo de su ser, no desea que su hijo herede el título.

—¡No lo desea! —exclamó Pluma en un leve tono de burla únicamente porque no se atrevió a burlarse más.

—En algunos aspectos es una escocesa de principios de la época victoriana, y en otros, extremadamente avanzada —prosiguió él—. Tiene ideas firmes sobre la educación de su hijo. El objetivo de que alcance tanta perfección física y mental como pueda procurarle resulta bastante griego. Tiene creencias. Fue ella la que dijo lo que no ha entendido usted... sobre la intención creativa.

—Supongo que es religiosa —dijo Pluma—. Los escoceses lo son, en general, aunque su religión no suele ser así. Intención creativa: un nombre nuevo para Dios, supongo. Yo tendría que conocer muy bien a Dios. Mi padre no era clérigo, pero era muy pobre y eso le hizo casi tan religioso como un clérigo. Todas recibimos el bautismo y fuimos a catequesis y nos confirmaron y todo eso. Así que Dios es algo bastante antiguo.

—Muy antiguo, curiosamente; desde las heladas montañas de Groenlandia hasta las orillas coralinas de la India —dijo Coombe—. Es una búsqueda antigua, la de la Idea... ya cobre forma en metal, madera o piedra.

—En fin —dijo Pluma, separando un poco el retalito de gasa para ver mejor la flor de color de rosa—. Como casi hija de clérigo que soy, tengo que decir que si Dios se olvidó de algo fue de llenar el mundo de personas bellas y cosas hermosas para que fuéramos felices. Lo creó para... para que nos ganáramos el Cielo sufriendo y todo eso. Eso se llama... ¿cómo se dice? Empieza por pe.

—Ponernos a prueba —dijo Coombe, mirándola con un interés especulativo.

Esa ligereza para sacar a relucir sus migajas de ortodoxia manida y facilona —como si las rescatara de una bolsa olvidada de naderías inútiles— era tan de esperar que casi lo fascinó un momento.

—Sí. Eso es: ponernos a prueba —contestó—. Sabía que empezaba con pe. Significa «camino de espinas», «mares de sangre» y, si se es religioso, se recorren «con los pies ensangrentados» o se nada en ellos como en los himnos. Y se hace sin parar de dar gracias y glorificar al Señor. Yo no soy religiosa, desde luego, y no

puedo decir que me parezca agradable, pero... ¡lo sé! ¡Todo el mundo bellísimo y perfecto, ya lo creo! Eso no es religión... es ser irreligioso. ¡Por Dios, solo hace falta pensar en los tullidos, en los leprosos, en los jorobados!

—Y ¿la idea es que Dios los hizo... para divertirse? —le preguntó en voz baja.

—Y, si no, ¿quién? —contestó Pluma animosamente.

—No sé —dijo él—. La señora Muir dijo algunas cosas que me hicieron pensar que tal vez fuera interesante considerar la idea.

—¿Hablaron de Dios mientras tomaban el té? —preguntó Pluma—. Típico de una mujer religiosa escocesa.

—No, no hablaba conmigo. Tal vez en eso cometiera un error. Podía haberme reformado. Nunca me dirige la palabra más de lo estrictamente necesario para no pecar de mala educación. Y no estábamos tomando el té. Entré por casualidad en Bethunes; un hombre oriental acababa de dar una conferencia. La señora Muir estaba hablando con él y la oí. El hombre parecía un erudito y un gran pensador y, mientras hablaban, se formó un corrillo de gente y algunos hacían preguntas.

—¡Qué gracioso! —dijo Pluma.

—No tenía nada de gracioso. Fue asombrosamente tranquilo y serio... y lógico. La lógica fue la nota novedosa. Nunca se me había ocurrido pensar así de la razón.

—La razón no tiene nada que ver. Lo que hay que tener es fe. Solo hay que creer lo que te dicen y no pensar. Pensar es perverso... menos pensar en lo que has oído predicar. —Pluma soltó su ortodoxia con un leve y delicado engreimiento... pero serio en cuanto dio el asunto por zanjado—. Pero tuvo que ser gracioso: un turco o un hindú con turbante y algo parecido a una túnica y la señora Muir con sus trajes escoceses... hablando de Dios.

—Está muy equivocada —dijo Coombe sin sombra de sonrisa en la cara—. El oriental era tan hermoso físicamente como Donal Muir. Y en cuanto a la señora Muir... No había ninguna otra mujer en la sala que se le pudiera comparar. Tal vez pensar embellezca.

Pluma no solía adoptar actitudes coquetas ni seductoras con Coombe, pero ladeó la cabeza con gracia y bajó la mirada hacia la flor enseñando sus bonitas pestañas.

—Yo no pienso —dijo—, y no soy nada fea.

—No —dijo él fríamente—, no lo es. A veces parece un ángel joven.

—Si la señora Muir es así —dijo ella, después de una breve pausa—, me gustaría saber lo que opina de mí.

—No, no le gustaría saberlo... ni a mí... si es que ella piensa en usted o en mí alguna vez —respondió—. Pero recuerde que ha dicho muchas veces que esas cosas le daban igual.

—Es que me dan igual. ¿Por qué habría de ser de otra forma? Eso no puede hacerme daño. —Hizo un pucherito cautivador—. Pero, si ella cree que la belleza es el resultado de la religiosidad, me gustaría que conociera a Robin... y la comparase con su hijo. La vi en el parque la semana pasada y es una auténtica preciosidad.

—¿La semana pasada? —dijo Coombe.

—Con Andrews tiene bastante, no necesita a nadie más. Yo la aburriría mortalmente, si fuera al cuarto de los niños y me quedara mirándola. Esas cosas ya no se hacen en estos tiempos. Pero ¡me gustaría que la señora Muir viera a los dos niños juntos!

—Me temo que no sería nada fácil —dijo él.

—¿Por qué?

Coombe respondió deliberadamente, pero sin perder las formas.

—Tiene una pésima opinión de mí, ya se lo he dicho. No le enorgullece que seamos de la misma familia.

—¿Insinúa que no le gusto yo?

—Disculpe. Insinúo exactamente lo que he dicho cuando le dije que tiene ideas firmes sobre la educación y el entorno de su hijo. Tal vez sean ridículas, pero eso no tiene por qué molestar a nadie.

Pluma levantó la mano y se echó a reír.

—Si Robin coincide con él dentro de diez años... ¡En esto se van a quedar sus firmes ideas sobre la educación y el entorno de su hijo! —Y dio un chasquido con los dedos.

La señora Muir tenía sólidos motivos para detestar el inevitable parentesco de su hijo con el hombre al que podría suceder. Se había criado en la casa de un pastor escocés que este dominaba como autoridad omnipotente y casi divina. Era una niña con mucha imaginación y no había tenido una infancia feliz, pero había sido obediente. De joven cambió su suerte al casarse con un joven soñador, un pensador adelantado, un estudioso entusiasta de la cultura griega y un amante de la belleza. Después de que ella superase el terror que le producía condenarse fueron muy felices. Eran jóvenes, vivían holgadamente y leían y pensaban juntos con entusiasmo. Estudiaron nuevos credos y cultos, a veces decían tonterías y a veces descubrían caminos de sabiduría no hollados. Eran lo suficientemente jóvenes para tratar a veces las cosas con solemnidad, y lo suficientemente inteligentes para reírse de su solemnidad cuando se daban cuenta. Helen Muir dejó atrás la respetuosa penumbra de la vida en la casa del pastor a pesar del respeto que sentía por algunas cosas que allí se custodiaban.

—Vivo en un edificio nuevo —decía a su marido—, pero está construido sobre unos cimientos que son como una sólida cámara subterránea. No entro en esa cámara subterránea ni la uso para nada. No quiero hacerlo. Pero a veces resuenan en ella unos ecos que son casi ruidos. A veces descubro que me he quedado escuchándolos a mi pesar.

Siempre se había tomado a su hijito muy en serio y, cuando la prematura muerte de su marido dejó a su cargo al niño y un digno aunque no abundante patrimonio, comprendió que tenía en las manos el poder de dirigir una vida como quisiera, dentro de lo humanamente posible. La pureza de la sangre y las sanas tendencias de unos

antepasados nobles, que se expresaban en el cuerpo espléndido del muchacho y en su singular belleza, habían puesto en marcha desde el primer momento a dos personas imaginativas. Uno de los principales intereses de Muir era el estudio del desarrollo de la raza. Fue él quien plantó en la cabeza de ella la audaz y atrevida idea de que la intención de la causa creativa era la perfección humana. Se quedaban mirando al niño mientras dormía y contemplaban su belleza: las manos, los pies, el torso, el color, la textura, el porte que tenía.

—Esto es lo que perseguía el plan para todo ser humano. ¡No puede haber descuido ni deficiencia en la creación! Somos nosotros los descuidados e incompletos de obra y pensamiento. Míralo. Pero no se desarrollará tal como es si la vida lo engulle.

Eso fue lo que dijo su padre. La madre miraba al diosecillo en la cuna con la mayor seriedad.

—Es como si una potencia nos hubiera puesto en las manos un cofre de joyas y nos hubiera dicho: «De vosotros depende que no se pierda ninguna» —murmuró ella.

Después se miraron y sonrieron.

—¿Nos estamos poniendo tan serios por un niño de pecho? —dijo la señora Muir.

—Quizá —él siempre tenía la sonrisa más pronta que ella—. Sin embargo, me da la impresión de que es motivo suficiente para ponernos serios... no demasiado, solo lo justo y necesario. Tú eres una preciosidad. ¡Mi querida Helen! ¿Por qué habría él de ser distinto? Nunca olvidaremos lo que acabamos de decir.

En los momentos más tristes de su joven viudedad se acordaba a menudo de estas palabras y le parecían una luz que podía llevar en la mano para recorrer los caminos del «después» que se abrían ante ella. Vivía con Donal en Braemarnie y se entregó al niño sin descuidar sus deberes de señora de una casa y de un patrimonio, amén de ser una vecina buena y generosa con las personas y las cosas. No perdía de vista ninguna de las joyas del cofre, fueran grandes o pequeñas. El niño se integró en su religión hasta el extremo de que a veces ella pensaba que era tal vez demasiado estricta por influencia de los ecos de la cámara subterránea, pero procuraba no excederse.

Era guapo y esplendoroso, irradiaba salud y vitalidad. Era un ser alegre y cordial y estaba tan lleno de vitalidad como un *pony* trotón de los páramos. Era inteligente, pero no en exceso, y era amigo del mundo. Braemarnie era pintoresco, antiguo y hermoso. Sería un hogar de desahogo y lujos suficientes que podía convertirse en un placer sin ser una carga. Allí podría vivir perfectamente y gozar de libertad. Coombe Court y el torreón, Coombe Keep, eran enormes y almenados y exigían mucho de su dueño. Aunque el señor de la casa hubiera sido un hombre agradable del que sentirse orgullosa, un marqués joven y apuesto, al entrar en posesión de ella, soltaría los perros de la guerra^[8], por así decir, y se le echarían encima. Incluso el poco atractivo Henry había sufrido el acoso de las tentaciones desde muy joven. Enseguida sucumbió a la primera y eso solo le trajo muchas más. No era justo que arrastraran a un ser tan diferente, un ser espléndido y audaz, lejos de sus montañas, páramos y

hermoso brezo y lo obligaran a respirar el pestilente olor de cosas de cuya toxicidad nada sabía. Ella no era una mujer infantil e ignorante. A su estilo reservado y distinguido había aprendido muchas cosas con su marido en sus estancias en Londres y en otras ciudades del extranjero.

Por este motivo tenía las ideas que tenía sobre la educación y el entorno de su hijo. No había preguntado nada sobre Coombe, pero no había sido necesario. Había visto a Pluma un par veces por casualidad. Había llegado a saber cosas de Henry a su pesar. A veces este se arreglaba y se presentaba brevemente en Coombe Court o en el torreón. Sus visitas eran breves necesariamente, porque al cabo de veinticuatro horas empezaban a rayar en lo inaceptable. En la última visita a Coombe House en la ciudad, además de presentarse sin invitación, Henry se había emborrachado tanto que, por muy poco, consiguieron evitar que diera un paso en falso al intentar besar a una princesa real muy joven. Definitivamente, eran muchas las lacras que se le podían achacar.

Helen Muir no estaba orgullosa de su parentesco con Coombe y, con invariable cortesía y riqueza de recursos, evitaba toda ocasión que pudiera acercarla, a ella o a su hijo, a alguna clase de intimidad con él. Donal no sabía nada de todo esto. Tiempo habría de explicárselo cuando fuera mayor, pero, entretanto, no debía haber contacto si podía evitarse.

Había sonreído para sí cuando el «eco» le dio la clave de tomar precauciones pasadas de moda en el asunto de la llama de placer que había encendido en su hijo la reciente amiguita desconocida. Pero la llama era real y, aunque había sonreído, se quedó muy quieta en la ventana aquella noche pensando en ello con pesadumbre. Había una época maravillosa en la que se podía dar a un hijo cuanto deseara, se decía: deseos sentimentales, infantiles alegrías físicas, pequeños arrebatos de placer. Era una época divina. ¡Qué seguros vivían entonces! Donal se acercaba al final de esa época. Ignoraba que se le pudiera negar algún motivo de felicidad. Eran el uno de la otra y viceversa. Sería horrible tener que privarlo de algún deseo... ¡a una edad tan temprana y resplandeciente!

Contemplaba la noche primaveral, que se veía desde la ventana con todas las estrellas en el cielo brillando sobre el parque. Súbitamente se levantó y tocó la campanilla de Nanny.

—Nanny —dijo, cuando llegó la anciana niñera—, cuéntame algo de la niña con la que juega Donal en los jardines de la plaza.

—Es una preciosidad de niña y va muy bien vestida, señora —dijo la mujer cautamente—, pero no hablo con niñeras desconocidas y la suya no me gusta mucho. Es una joven holgazana que se pasa el tiempo leyendo y, si el señorito Donal fuera un joven ladronzuelo con sarampión, la niña jugaría con él de todos modos, por lo que he visto. La niñera se sienta a leer a la sombra de un árbol y esa preciosidad de niña puede hacer lo que le venga en gana. De todos modos, yo no los pierdo de vista y sé que no hacen nada malo. El señorito Donal le lee en voz alta los cuentos ilustrados y

se exhibe a sus anchas ante ella, y ella se ríe y lo admira como si fuera un rey. A cualquier crío le gusta que lo admire una cría. Es bonito verlos juntos. Se han prendado el uno del otro. Son dos personitas que se han enamorado a primera vista.

—Donal conoce a muy pocas niñas. Las de la vicaría, tan feúchas, las pobres, son muy sosas para él —dijo su madre, hablando lentamente.

—Esta no es feúcha ni sosa —replicó Nanny—. ¡A fe mía que es como chispas pequeñitas danzando de aquí para allá, con ese color que tiene y sus grandes tirabuzones sedosos, sueltos! Donal se queda mirándola como un joven a una belleza. Señora, ojalá supiéramos algo de sus padres.

—Tengo que conocerla —dijo la señora Muir—. Mañana iré con vosotros a los jardines.

Y así, al día siguiente, Donal, brincando muy ufano, emprendió el camino de su lugar de encuentro, acompañado por una señora alta a la que la gente miraba al pasar. Era rubia, como él, con la cabeza pequeña y delicadamente envuelta en bellas ondas de pelo. También tenía los ojos muy claros y serenos. El niño no ocultaba el orgullo y la alegría que le daba ir con ella y brincaba literalmente, aunque de vez en cuando dejaba de brincar y andaba con normalidad.

Robin lo esperaba detrás de los lilos y la niñera ya estaba inmersa en el misterio de lady Audley.

—¡Ahí está! —exclamó Donal, y echó a correr—. Mi madre ha venido conmigo. Quiere conocerte también —y se la llevó de la mano—. Mamá, te presento a Robin. ¡Robin!

Jadeaba de emoción sin soltar a la niña, como si fuera un trofeo que pudiera escaparse antes de haberlo lucido; miró a su madre como un propietario jubiloso.

Robin no tenía la menor intención de escaparse. Era natural adorar todo lo que tuviera algo que ver con Donal. Y esa persona alta, rubia y maravillosa era una madre. Por algo hablaba Donal tanto de ella. Lo único que podía hacer era mirarla como su amiguito. Estaban los dos cogidos de la mano como adoradores ante una deidad.

La hermana de Andrews, por presumir, había vestido a la niña como una flor de primavera. Era tan exquisita y deslumbrante que la señora Muir se asustó un poco, o algo parecido. ¡Ah! No le extrañaba... siendo así la niña. Se agachó y la besó delicadamente en la mejilla.

—Donal quería que conociera a su amiguita —dijo—. Me gusta conocer a todos sus compañeros de juegos. ¿Damos un paseo juntos por el jardín y me enseñáis dónde jugáis y me contáis lo que hacéis?

Le cogió la manita y empezaron a andar despacio. Al principio, Robin estaba tan impresionada que no podía hablar, pero como Donal no lo estaba y seguía brincando, y la «señora madre» decía cosas bonitas sobre las flores, la hierba y los pájaros e incluso sobre el *pony* de Braemarnie, empezó a dar saltitos también de vez en cuando, e incluso se reía a carcajadas de repente como el gorjeo breve de un pajarillo. La

mano de la señora alta no era como la de Andrews ni como la de su hermana. No le daba tirones ni le apretaba la suya y tenía un tacto delicioso. Una sensación de felicidad, cuyo nombre todavía ignoraba, la llenaba por dentro. Dieron una sola vuelta al jardín y la señora se sentó en un banco a verlos jugar. Era maravilloso. No leía ni hacía nada. Solo los miraba como si fuera lo único que deseaba en el mundo. Donal la llamaba constantemente y la hacía sonreír; iba corriendo a su lado una y otra vez, le preguntaba algo y le contaba lo que estaban «inventando» para jugar. Cuando recogieron hojas para perforar en ellas estrellas y círculos, lo hicieron en el banco en el que estaba sentada la señora Muir, y ella les enseñó a hacer adornos nuevos. Robin se paró de pronto en pleno juego varias veces; se quedaba quieta un momento con una expresión de perplejidad. Era porque no parecía ella misma. ¡Dos personas —un niño mayor y una señora— le dejaban jugar y hablar con ellos como si les gustara y tuvieran tiempo!

La verdad es que la señora Muir se fijaba más en lo que hacía Robin que en su hijo. Le inspiraba una lástima inmensa. ¡Esa niñita tan resplandeciente y vital! ¡Cómo no! ¡Cómo no! Y, con la edad, se haría más vital e irresistible. Y Donal era de la misma especie, con su fuerza, su belleza, su temperamento audaz en la exigencia de felicidad. ¿Cómo podía averiguar —con dignidad y delicadeza— por qué parecía que esa niña no fuera de nadie? Donal era un muchachito preciso. Había motivos para los curiosos detalles que le había contado de la niña. Ni madre, ni juguetes, ni libros y... ¡nadie la había besado nunca! Y ¡vestida y acicalada espléndidamente! ¿Quién sería la señora del piso de abajo?

Pasaba una victoria por delante de los jardines, y pasaba despacio porque las dos personas que iban dentro querían ver los brotes primaverales de los jacintos y los tulipanes. De repente, una de las dos —una figura de dulce color que llevaba un traje como los mismos jacintos— se dirigió al cochero.

—¡Deténgase! —le dijo—. Quiero apearme aquí.

Cuando la victoria se acercó a la cancela, la mujer hizo un gesto leve.

—¿Qué te parece, Estornina? —dijo, riéndose—. Ahí, en el jardín, está la mujer de la que hablábamos ahora mismo. La conozco perfectamente, aunque solo la he visto en un retrato en la Academia hace muchos años. Sí, es ella, la señora Muir, ¿sabes? —Batió palmas y su risa se convirtió en un cosquilleo de gusto—. Y mi Robin está jugando en la hierba a su lado... ¡con un niño! ¡Qué gracia! ¡Seguro que es el niño! Y yo quería verlos a los dos juntos. Coombe dijo que no sería posible. Y, sobre todo, quiero hablar con ella. ¡Vamos!

Se apearon y, por ese motivo, Helen Muir dejó de mirar a Robin, cuya mano tenía entre las suyas, y vio a las dos mujeres, que se acercaban con una clara intención, al menos una de ellas. Era la que llevaba un traje ligero que daba la impresión de ser de pétalos de jacinto.

Como la señora Muir la miraba, Robin hizo lo mismo. Se sobresaltó un poco y se apoyó en el regazo de la señora Muir con los ojos cada vez más abiertos y redondos,

deslumbrada por una repentina luz de adoración.

—¡Es la... —dijo como en éxtasis, o, mejor, balbució— la señora del piso de abajo!

Pluma se acercó al banco como flotando y se detuvo con una sonrisa en los labios.

—¿Dónde está tu niñera, Robin? —preguntó.

Puesto que ver a la señora siempre la fascinaba, Robin se quedó como apagada.

—Está leyendo a la sombra de un árbol —contestó con voz trémula.

—Está a solo unos metros —dijo la señora Muir—. Sabe que Robin está jugando con mi hijo y que yo los vigilo. ¿Robin es hija suya? —con dulzura.

—Sí. Es usted muy amable por dejarla jugar con su hijo. No consienta que se ponga pesada. Soy la señora Gareth-Lawless.

Hubo un silencio... un silencio delicado y breve.

—He sabido enseguida que usted es la señora Muir —dijo Pluma, imperturbable, con una sonrisa radiante—. Vi su retrato en Grosvenor.

—Sí —dijo la señora Muir con toda cortesía.

Se puso de pie y era maravillosamente alta: tenía un porte perfecto y miraba a Pluma a los ojos con serenidad.

Donal, atraído por los colores de pétalos de jacinto, se acercó. Sin darse cuenta, Robin le tiró ligeramente de la manta escocesa y murmuró algo.

—¿Este es Donal? —preguntó Pluma.

—¿Es usted la señora del piso de abajo, por favor? —la interpeló Donal con mucha educación, porque quería saberlo.

La bonita sonrisa de Pluma terminó en la más bonita de las carcajadas. Su doncella le había contado la anécdota del nombre que le había puesto Andrews.

—Sí. Por lo visto, así es como me llama. Es un nombre bonito para una madre, ¿verdad?

Donal retrocedió inmediatamente.

—¿Es usted su madre? —preguntó con impaciencia.

—Claro que sí.

Donal se sonrojó de emoción.

—Ella no lo sabe —le dijo.

Se dirigió a Robin.

—¡Es tu madre! ¡Creías que no tenías madre! ¡Ella es tu madre!

—Pero también soy la señora del piso de abajo.

A Pluma le hacía todo mucha gracia. Le faltaba sutileza para saber por qué sentía algo parecido a un placer perverso al ver a la escocesa tan quieta, y por eso se dejó llevar un poco hacia la vulgaridad.

—Tenía muchas ganas de conocer a su hijo —dijo.

—Sí —dijo la señora Muir, tan cortés como siempre.

—Por Coombe, ya sabe. Somos muy buenos amigos. ¡Qué curioso que los dos

pequeños también se hayan hecho amigos! No lo sabía. Me alegro mucho de haberla visto a usted desde el coche y de haber visto su retrato. Buenos días. Adiós, niños.

Se quedaron viéndola alejarse airosamente. Recogió a su amiga Estornina, que, como le parecía que aquello no era cosa suya ni la necesitaban, se había parado a mirar los narcisos. Los niños siguieron mirando hasta que la victoria desapareció moviendo en el aire los volantes de gasa del parasol.

La señora Muir se sentó otra vez y Donal y Robin se apoyaron en ella. Vieron que ya no se reía, pero no sabían que en sus ojos había algo semejante al dolor.

—¡Es su madre! —exclamó Donal—. ¡Es muy guapa también! Pero es... ¡su madre! —su voz y su cara reflejaban la misma perplejidad.

Robin tocó a la señora Muir delicadamente con la manita.

—¿De... de verdad? —balbució.

Helen Muir la abrazó y la besó.

—Sí, cielo, de verdad —le dijo—. Es tu madre.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer por el bien de Donal. Era lo único sensato y seguro que podía hacer. Pero... a su edad... la niña era un encanto y no pudo evitar abrazarla un momento. Tenía un cuerpecito delicioso, cálido y blando, y los grandes tirabuzones sedosos, sueltos, eran una fragancia contra su pecho...

X



Donal no paraba de hablar y brincar mientras volvían a casa. Pluma le había emocionado y hechizado. ¿Por qué no le había dicho a Robin que era su madre? ¿Por qué no le enseñaba dibujos en el cuarto de los niños ni la aupaba? ¡Era pequeña todavía y se la podía aupar! ¿Habría madres que nunca se lo decían a sus hijos e hijos que no llegaban a saberlo nunca? Eso era lo que quería que le explicaran. Cogió la mano enguantada de su madre con fuerza y un poco de autoridad.

—Me alegro mucho de saber que eres mi madre —dijo—. Lo he sabido siempre.

No estaba seguro de que pudieran explicárselo con toda claridad, no con la claridad que se explicaban las cosas normalmente. Pero en realidad no estaba alarmado. Se había acordado de un libro y se lo enseñaría a Robin al día siguiente, en eso estaba pensando. También tenía un juego en una cajita que podía llevarse cómodamente bajo el brazo. Su madre estaba «pensando» y estaba acostumbrado a verla pensar. A veces le pasaba y en esas ocasiones, espontáneamente, sin que nadie se lo pidiera, se quedaba tan callado como era humanamente posible.

Cuando se durmió, su madre llamó a Nanny.

—Está usted cansada, señora —dijo la mujer al verla—. Me temo que le duele cabeza.

—He tenido mucho en qué pensar toda la tarde —respondió la señora—. Tenías razón con lo que dijiste de la niñera. La niñita podía haberse puesto a jugar con cualquier niño que la suerte quisiera mandarle... niños muy distintos de Donal.

—Sí, señora.

Y, como Nanny la quería mucho y sabía cómo eran su cara y su voz, la observó de cerca.

—Esto te va a... sobresaltar, como a mí. Esta mañana, por una curiosa coincidencia, la madre de la niña pasó por los jardines, nos vio y vino a hablar conmigo. Nanny... es la señora Gareth-Lawless.

Nanny se sobresaltó, en efecto, y se ruborizó y habló secamente.

—¿Y fue a hablar con usted, señora?

—Las cosas cambian, cambian a diario —dijo la señora Muir—. La sociedad es mucho más flexible. A su estilo, tiene presencia... y es muy bonita, y es evidente que está muy bien atendida. La gente informal que busca explicaciones para todo dice que su marido era pariente de lord Lawdor.

—Un escocés astuto que le hace un hijo a su mujer todos los años. Sí, sin duda —dijo Nanny, estremecida.

La señora Muir juntó las manos con fuerza encima de la mesa que tenía delante.

—Eso no es de mi incumbencia —dijo en tono sereno—. Ella vive su vida, es

cosa suya, no mía. Las palabras son como el viento. —Calló un momento y empezó de nuevo—. Tenemos que volver a Escocia en el primer tren.

—Y ¿qué hará él? —las palabras se le escaparon de la boca. Incluso aspiró con fuerza—. Es un muchachito fuerte... ¡muy fuerte!

—¡Será más fuerte cuando crezca, Nanny! —con desesperación—. Por eso tengo que actuar ahora. No hay término medio. No quiero ser severa. ¡Ay! ¿Lo soy? ¿Soy severa? —exclamó en voz baja, como si rogara.

—No, señora, no es severa. El niño es carne de su carne —Nanny nunca había visto a la señora como la vio al momento siguiente, un momento curioso, casi exagerado.

La señora Muir separó las manos.

—¡Es mi alma y mi corazón! —dijo—. ¡Es el hijo de mis entrañas! Y le va a doler mucho y no puedo explicárselo porque es muy pequeño y no puede entenderlo. Es un niño pequeño que tiene que ir donde lo lleven. Y no puede hacer nada. ¡No... no hay derecho!

Nanny solía ponerse más escocesa cuanto más se conmovía. Pero consiguió no perder la compostura.

—Y no puede hacer nada —dijo—, y, lo que es peor, usted tampoco. —Después de un silencio, dijo—: Me voy a hacer las maletas.

Y salió de la habitación.

Donal siempre dormía como un tronco y esa noche su sueño era profundo y entusiasta. Había pasado otro día jubiloso en todos los aspectos, a su madre le gustaba Robin y le había dado un beso. El mundo era perfecto. Mientras se dormía y no —que no fue mucho rato— pensó con calma en muchas cosas estupendas. En Robin, que, por algún motivo, estaba en Braemarnie y crecía muy deprisa, lo suficiente para jugar a cualquier cosa, y aprendía a montar en Chieftain, incluso a galopar. Su madre compraría otro *pony* y montarían juntos, cada uno en su *pony*. Robin se reiría y su pelo flotaría en el aire cuando galoparan a toda velocidad. Ya vería ella lo rápido que galopaba él... y le vería dar saltos con Chieftain. Irían de merienda al campo, verían ciervos y cervatillos que levantarían delicadamente las patas al notar su presencia. Ella lo miraría siempre con esos ojos tan bonitos y esa sonrisita que aparecía y desaparecía en un segundo. ¡Qué distinta era de las niñas de la casa del pastor! Le gustaba... ¡Cuánto le gustaba!

Lo despertaron la luz de su habitación y un ruido de movimiento. Se incorporó rápidamente y vio a su madre junto a la cama, y a Nanny guardando cosas en una bolsa de viaje. Su madre parecía más alta que el día anterior —casi delgada—, y tenía cara de preocupación y... de tristeza.

—Te hemos dejado dormir lo máximo posible, Donal —le dijo—. Ahora tienes que levantarte enseguida y desayunar. Ha ocurrido una cosa. Tenemos que volver a Escocia en el primer tren del día. No hay tiempo que perder.

Al principio solo dijo:

—¿Volver?

—Sí, querido mío. Levántate.

—¿A Braemarnie?

—¡Sí, mi niño!

Le entró frío y calor.

—¡Tan lejos! ¡Tan lejos! —dijo, sin precisar.

—Sí. Arriba, querido mío.

Como había dicho su madre, no era más que un niño pequeño y estaba acostumbrado a hacer lo que le decían. También era un buen escocés jovencito, enérgico y con mucho amor propio. La educación que había recibido no daba lugar a insubordinaciones y, por lo tanto, se levantó y empezó a vestirse. Pero su madre vio que le temblaban las manos.

—No veré a Robin —dijo con una voz muy rara—. No me encontrará cuando vaya detrás de los lilos. No sabrá por qué no voy.

Tragó saliva con esfuerzo y se quedó completamente inmóvil unos minutos, aunque se vistió sin tardanza. A su madre le parecía una situación horrible. Incluso en esos momentos se portaba como todo un hombrecito. No sabía si podría soportarlo. Le habló en un tono verdaderamente humilde.

—Si supiéramos dónde vive podrías... podrías mandarle una carta y contárselo. Pero no sabemos dónde vive.

Donal respondió en voz muy baja.

—Sí, eso es. Es muy pequeña... y no lo entenderá. Realmente... es muy pequeña —añadió, con una nota desgarradamente protectora en la voz—. A lo mejor... se echa a llorar.

Helen lo miraba con angustia mientras el niño se ataba los cordones de los zapatos. Hizo un esfuerzo sobrehumano por encontrar palabras, pero, al pronunciarlas, supo que no era lo que tenía que decir.

—Se llevará una desilusión, pero, como es tan pequeña, no le dolerá tanto como si fuera mayor. Lo superará, mi niño. A las niñas tan pequeñas se les olvidan pronto las cosas.

¡Ah, qué vulgar, qué crudo y que estúpido sonaba! ¡Qué vulgar, qué crudo y qué estúpido decírselo a ese trocito valeroso de lo que parecía el sufrimiento inevitable del mundo!

Los limpios ojos azules en los que Robin se había mirado se alzaron hacia la madre. Había algo casi fiero en ellos, casi, aversión... e impotencia.

—No, no se le olvidará —dijo, y le rechinaron los dientes de una forma que su madre lo oyó.

No parecía el mismo cuando terminó de vestirse y se sentó a desayunar. No comió muchas gachas, pero su madre vio que, con gran determinación, comía unas pocas. Varias veces tuvo la impresión de que no conocía a su hijo. Y, al mismo tiempo, con su pelo claro, las mejillas claras, las claras y fuertes rodillas que se movían debajo de la falda escocesa, parecía más que nunca el niño pequeño de siempre. Lo diferente era el fuego que ardía en su mirada.

Obedeció en todo y la siguió hasta el final. El tren salió de la gran estación, Donal iba sentado en un rincón, con la cara vuelta hacia la ventanilla, dando la espalda a su madre. Miraba fijamente el campo al pasar y ella solo le veía una parte de la mejilla y un lado del cuello. No podía dejar de mirarlo, hasta que advirtió un intenso resplandor rojo bajo la piel, como si hubiera subido la marea. Poco después desapareció, pero no tardó en volver de nuevo. Sucedió lo mismo varias veces, y se mordía el labio. En determinado momento, vio que se le movían los hombros y después tosía obstinadamente dos o tres veces. Helen sabía que Donal moriría antes que permitirse una sola lágrima, pero habría preferido que, por una vez, cediera, mientras los campos y los setos desfilaban a toda velocidad y a él se lo llevaban «¡Tan lejos! ¡Tan lejos!».

Mientras pensaba estas cosas y se recriminaba a sí misma casi con fiereza, mirando a su hijo, el corazón le dio un vuelco. Donal se volvió súbitamente hacia ella; tenía fuego en la mirada y la cara y el cuello congestionados. Era cólera lo que veía: la cólera, el furor de un niño que no puede hacer nada. Habló a gritos, como si completara una frase que no había terminado de decir cuando estaba sentado en el suelo atándose los cordones de los zapatos:

—¡No tiene a nadie más que a mí a quien recordar! —dijo—. ¡Nadie le había dado un beso nunca, solo yo! ¡No sabía lo que era un beso!

Para gran asombro de su madre, apretó los tiernos puños salvajemente y los agitó en el aire.

—¡Esto me va a matar! —dijo, enfurecido.

Helen no podía más y tendió los brazos con intención de estrechar a su hijo.

—¡No! ¡No! ¡Donal! —exclamó—. ¡Querido mío! ¡No! ¡No!

Pero, con la misma inmediatez con que había estallado esa cosa rara e impropia de un niño, Donal reaccionó y sintió vergüenza infantil de la fantástica emoción que lo había arrastrado. ¡Nunca había hablado a nadie de esa forma! ¡Era casi tan malo como echarse a llorar! Recuperó su color natural y se deshizo torpemente del abrazo materno. No dijo nada más y se quedó sentado en su rincón, dando la espalda al mundo.

A Robin le pareció una solución poco convincente que la señora del piso de abajo, que se divertía tanto riéndose y que conocía a tantas personas que parecían reírse a todas horas, hubiera bromeado diciendo que era su madre. La señora se había reído

cuando lo dijo como suele reírse la gente de los niños. Tal vez lo hubiera hecho por diversión, pues parecía que solo los mayores tenían derecho a divertirse. Donal tampoco parecía convencido del todo y, aunque su madre había dicho que la señora del piso de abajo era su madre... enseguida se puso a hablar de otra cosa. La señora Muir había empezado a contarles un cuento enseguida. Robin no podía saber que quería distraerlos porque, para hablar de esa cuestión, habría sido necesario explicarles cosas que ella ignoraba. Habría sido imposible aclarárselo a unos niños. Ella no podía hacer nada en esa situación y, por lo tanto, la única escapatoria consistía en hacerles pensar en otras cosas. Y lo hizo tan bien que, cuando Robin se fue a casa poco después, solo recordaba la luminosa y pasajera escena como recordaba otras, igual de breves y luminosas, en las que miraba embelesada a la leve y adorable figura que no cruzaba el umbral del cuarto de los niños y hacía preguntas a Andrews con despreocupación, sin entrar ni arriesgarse a estropear sus bonitos atavíos en un mugriento piso alto londinense. Lo cierto es que la niña estaba tan imbuida de la realidad de su felicidad con Donal y su madre que el enigma de la suya propia solo la desconcertaba levemente.

Igual que Donal, durmió perfectamente toda la noche. Tal vez su descanso fuera más perfecto gracias a los hermosos sueños en los que jugaba en los jardines e iba corriendo con Donal al regazo de la «señora madre» a hacerle preguntas y a explicarle lo que hacían. La niña levantaba la cabeza para mirar los ojos claros de la «señora madre» igual que antes, tan a menudo, para mirar el cielo. Veía en ellos algo que no había visto nunca y que quería seguir mirando siempre. Después tuvo un sueño extraño sobre la señora del piso de abajo. Se acercaba bailando a ellos, vestida de jacintos y con muchos narcisos en los brazos. Bailaba ante la madre de Donal: bailaba y se reía como si los tres le hicieran mucha gracia. Les tiraba unos narcisos y después se iba bailando. Los narcisos cayeron al suelo y ellos los miraban, pero ninguno los recogía. Después, en el sueño, la señora Muir la aupaba de repente y la besaba, y Robin se ponía contenta y sentía una calidez en todo el cuerpo... por dentro y por fuera.

Se despertó sonriendo al lóbrego techo del lóbrego cuarto. Solo había una sombra muy pequeña en el mundo: que Andrews llegara enseguida. La niñera ya no estaba enferma, se había recuperado lo suficiente para levantarse de la cama y coser un poco delante del diminuto fuego de la pequeñísima chimenea de la sala de la servidumbre. El médico todavía no le había dado permiso para salir; por eso era Anne quien se encargaba de la pequeña. Sabiendo lo que sabía de las costumbres de Anne, podía confiar en que se sentara a leer sin que en ningún momento le picara una curiosidad inoportuna.

Desde la cama vio que el cielo estaba azul. Eso significaba que la llevarían a la calle. Se quedó tumbada, más callada que un ratón, pensando en lo bien que se lo iba a pasar, hasta que llegó Anne para vestirla y darle el desayuno.

—Esta mañana te pondremos el vestidito de color de rosa —le dijo, al empezar a

vestirla—. Me gusta que el sombrero haga conjunto con los zapatos.

Anne no era como Andrews, que hablaba muy poco. Después de atarle los cordones de los zapatos blancos hizo un comentario en tono familiar.

—Tienes unas piernas bonitas y aristocráticas —le dijo amablemente—. Me gusta que mis niñas tengan las piernas bonitas.

A Robin le animó el elogio, pero deseaba que Anne terminara pronto de ponerse sus cosas. A veces tardaba mucho. Sin embargo, la discreción indicaba que lo único que podía hacer era seguir tan callada como los ratones, más, si fuera posible, para no inmiscuirse en nada con nadie. Inmiscuirse significaba llamar la atención y eso podía causar retrasos. Así que se quedó mirando a los gorriones inofensivamente hasta que Anne la llamó.

Cuando se encontró en la calle, sus pasos eran tan leves sobre la acera que parecía un pétalo de rosa empujado por suaves soplos errantes de aire primaveral. El ala del sombrero se movía con gracia y se veía tanta felicidad en sus ojos, labios y mejillas que la gente se volvía a mirarla al pasar.

—Tendrías que llamarte Rosa. —A Anne se le escapó una risita involuntaria al bajar la vista hacia la niña porque alguien la había mirado.

No tenía intención de hablar, pero las palabras se dijeron solas.

Como era principios de junio, incluso el cielo y el aire de Londres estaban maravillosos. La brisa traía fragancias deliciosas de vez en cuando. El verde de los árboles de los jardines era claro y fresco y en los macizos sinuosos, redondos o en forma de estrella se abrían flores constantemente: como si todo floreciera y exhalara perfume a su paso. No era de extrañar que uno sintiera el ánimo ligero y devolviera sonrisas a las niñeras e institutrices que levantaban la cabeza al verlas pasar. Robin atraía las miradas porque era como una flor de verano que aparece de pronto en un jardín primaveral.

Nanny no estaba en el banco de cerca de la puerta y no se veía a Donal divirtiéndose por su cuenta. Pero estaba en alguna parte aunque no lo viera o, si por casualidad se había retrasado, llegaría enseguida aunque su madre no pudiera acompañarlo... Pero Robin no creía que no pudiera. Para los niños, la felicidad y la desesperación son estados que duran eternamente, no los conciben de otra forma.

Anne se sentó y abrió el libro. Estaba en un momento emocionante de la novela y tenía ganas de disfrutar de la mañana de lectura.

Robin se puso a dar saltos unos minutos. Donal la había enseñado a saltar y le parecía que había aprendido muy bien. Enredada en los rizos suaves y dorados, aunque criminales, de lady Audley, Anne no se dio cuenta de que la niña llegaba saltando hasta detrás de los arbustos de lilos y abronias.

En cuanto llegó a su rincón de tierra encantada, se quedó quieta mirando a un lado y a otro. No se veía ningún niño con falda escocesa, pero no tardaría en acercarse a ella moviendo la mantita y la pluma de águila tan elegante de su gorra de las Tierras Altas. Llegaría enseguida. A lo mejor venía corriendo... y la «señora

madre» lo seguiría más despacio y sonreiría. Robin esperaba y miraba... miraba y esperaba.

Estaba acostumbrada a esperar, pero era la primera vez que esperaba a que llegara una persona. Al principio la novedad de la expectación era profundamente emocionante. ¿Cuánto duró «al principio»? No lo sabía. Esperaba y esperaba... y esperaba, y miraba a todo el que entraba por la cancela. No vio a nadie que se pareciera ni remotamente a Donal, a su madre o a Nanny. Había niñeras, institutrices y niños, y un par de señoras matando el tiempo. En los jardines nunca había mucha gente: solo las personas que tenían llave. Robin no tenía noción del tiempo, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que otras mañanas habían empezado a jugar mucho antes.

La niña de color de rosa estuvo tanto tiempo sin moverse que empezó a parecer rígida, y una niñera que la veía desde su asiento se lo dijo a otra.

—¿Qué estará esperando esa niña?

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que de pronto se encontró mirándose a los pies por algún motivo? Ese motivo que le había hecho bajar la mirada era que llevaba tanto rato quieta que los pies, tensos, empezaron a dolerle un poco y el dolor le llamó la atención. Cambió un poco de postura y miró una vez más a la cancela. No tardaría en llegar. Seguro que correría mucho y se reiría. ¡Donal! ¡Donal! Incluso se rio un poquito por lo bajo, temblando.

—¿Qué estará esperando esa niña? Me gustaría saberlo —dijo la niñera nuevamente, desde lejos.

Si hubiera tenido dieciocho años, le habría parecido que llevaba horas y horas esperando. Habría mirado un relojito mil veces; habría paseado por todo el jardín sin perder de vista la cancela —o cualquier otro punto de referencia— ni un minuto. Cada vez que el reloj de la iglesia, que se encontraba a unas pocas calles, daba la hora, se le habría puesto un nudo en la garganta.

Pero las niñas pequeñas no llevan reloj ni tienen palabras con las que crearse esperanzas, temores y motivos o argumentos para combatir la angustia creciente, ni paliativos ni excusas. Robin solo podía esperar en medio de algo oscuro que iba envolviéndola y cuyo nombre desconocía. Advirtió que la engullía poco a poco cuando notó los primeros calambres y pinchazos en los pies, el primer dolor en las piernas. Tenía los ojos como si le hubieran crecido y hubiera forzado mucho la vista. ¡Donal! ¡Donal! ¡Donal!

¿Quién sabe si volvió un eco del terror al que se enfrentó pataleando y chillando la noche en que se encontró sola en la oscuridad de su cuna y Pluma se tapó la cabeza con la almohada? ¿Quién sabe si volvió ahora y la cubrió lentamente, empapándola en un pánico que por último alcanzó una intensidad insoportable? En realidad no esperó toda la mañana, pero era pequeña y creía que sí y que de un momento a otro aparecería Anne y se le llevaría a casa. ¡Donal no había venido corriendo, no había venido riéndose, no había venido agitando su manta escocesa y su alta pluma! Tenía

los ojos tan cansados que llegó un momento en que dejó de ver con claridad. ¡Se le puso en la garganta algo parecido a un bulto grande! Le había pasado algo semejante el día en que había empezado a llorar de soledad y Andrews le dio un pellizco. Tuvo miedo; se agarró el cuerpo del vestidito de color de rosa y, presa del pánico, dio media vuelta y corrió hacia unos arbustos frondosos entre los que no había caminos y a los que ni siquiera Donal se había acercado nunca.

—Por fin la niña ha echado a correr —dijo la niñera desde lejos—. Me gustaría saber qué hacía ahí tan quieta tanto rato.

Los arbustos formaban parte del seto que cerraba los jardines. A los niños que jugaban en el césped y en los senderos les parecía que era un bosque. Por ese motivo se refugió Robin allí. No se acercaría nadie, nadie la vería allí debajo, donde más oscuro estaba. Destrozada, desolada y abandonada, se abrió camino enloquecidamente entre las sombras y se arrojó al suelo de bruces, como un fardo pequeño, convulso, de color de rosa, en la tierra húmeda. No habría podido explicar lo que hacía ni por qué desesperaba como tragada por una ola gigantesca. De repente supo que todo su mundo nuevo había desaparecido... para siempre jamás. Se había ido tal como había venido. De la misma forma que antes no dudaba de que la felicidad era permanente, sabía ahora que todo había terminado. Solo quienes saben de lo oculto se atreverían a insinuar que, de su compañero de juegos, plantado contra el mundo mientras el tren volaba hacia su destino, le llegaba un vendaval de pensamiento desesperado, inconexo. No había nada más. Él no volvería corriendo por el jardín. ¡Se había ido!

No oiría la voz de Andrews. Escondida en la sombra, debajo del seto, el ruido y el trajín de la calle del otro lado de la verja ahogaron sus gritos enloquecidos. Hizo entonces todo lo que nunca había hecho: dar puñetazos en la tierra y arrancarla a puñados, y clavar los pies cada vez más hondo. Gritó, gimió; el nudo de la garganta casi la asfixiaba; se retorció sin saber que se retorcía. Las lágrimas le mojaban el pelo, la cara, el vestido. No gritó el nombre de Donal porque Donal no estaba en ninguna parte... en ninguna parte. Si la hubiera visto Andrews, habría dicho que eso era «una pataleta». Pero no lo era. Le habían arrancado el mundo de las manos.

Mucho después, o eso le pareció, salió de debajo del seto, toda manchada, con el bonito sombrero en la mano. Ya no era bonito. Se había tumbado encima y estaba aplastado y arrugado. Fue andando poco a poco hasta el banco de Anne.

Al verla, Anne se levantó como movida por un resorte. La rosa daba lástima, una tormenta la había machacado contra la tierra. La niña tenía la cara hinchada y tiznada, el pelo era una maraña húmeda y se había ensuciado el vestido, el sombrero, las manos, las blancas mejillas; también los zapatos estaban perdidos de barro, y arrastraba los pies, con sus calcetines de color de rosa, con lentitud, como si le pesaran mucho.

—¡Dios mío! —exclamó la joven, casi chillando—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde te has metido? ¿Te has caído? ¡Ay, Dios mío! ¡Apiádate de mí!

Robin contuvo la respiración y no dijo una palabra.

—¡Te has caído en un macizo de flores recién regado! —dijo Anne, casi llorando—. Seguro que sí. No hay tanta suciedad en ninguna otra parte de los jardines.

Y, cuando llevó a la niña a casa, eso fue lo que le contó a Andrews. A Robin no pudo sacarle una palabra, pero necesitaba dar una explicación.

La verdad, que ignoraba por completo, era solamente la historia de la horrible consternación de una niña y su aflicción por una de las primeras traiciones de la vida. Todo pasaría con el tiempo, pasaría, como pasan todas las cosas, menos las eternas montañas, pero así fue como surgió y se inscribió ese día en la memoria de la niña.

XI



—La niña siempre ha estado bien, señora —Andrews, la viva imagen de la perfección y la exactitud, se encontraba en el dormitorio de su señora, mientras Pluma desayunaba en la cama, en una práctica y decorativa mesita—. Es una cosa de la que me enorgullezco. Pero creo que ahora no, señora.

—Bueno, supongo que es de lo más natural que empiece algún día —dijo Pluma—. Tarde o temprano, caen, desde luego. Recuerdo que, cuando éramos pequeñas, siempre teníamos algo. ¿Qué dice el médico? Espero que no sea el sarampión o el principio de algo peor.

—No, señora, no es eso. No es ninguna enfermedad infantil. Eso lo habría arreglado yo enseguida. Ahora existen buenos hogares para niños. Se ocupan de todo lo necesario con precisión y la familia no tiene que preocuparse de desinfectar nada ni de aislar a nadie. Sé lo que habría querido usted que hiciera en ese caso.

—Conoces bien tu oficio, Andrews —dijo Pluma amablemente.

—Gracias, señora —respondió Andrews—. Las infecciones son fáciles de tratar, si se llevan fuera de casa enseguida. Pero el médico dice que es preciso hablar con usted porque tal vez se necesiten algunos cambios.

—Podrías llevarla a Ramsgate o a algún sitio sano —dijo Pluma—. Pero ¿qué ha dicho el médico?

—Parecía perplejo, señora. Eso fue lo que me llamó la atención. Cuando le dije que no quería comer y que pasaba las noches en blanco, llorando, a juzgar por la cara que tenía por las mañanas, y estaba delgada y pálida, la examinó a fondo, puso una cara rara y dijo: «Esta niña no habrá tenido un gran susto o algo así, ¿verdad? Porque cualquiera diría que ha sufrido una conmoción... si fuera mayor».

Pluma se echó a reír.

—¿Cómo puede sufrir una conmoción una niña tan pequeña?

—Eso mismo pensé yo, señora —contestó Andrews—. Una niña que cumple un horario regular, que come, se baña y se va a dormir a sus horas, que sale a jugar sola en los jardines, bien vigilada, no tiene ocasión de recibir impresiones tan grandes. Se lo dije al médico y él se quedó inmóvil, mirándola con curiosidad, y al final dijo muy despacio: «A veces una caída mientras juegan puede trastornarlos bastante. ¿Recuerda si se cayó en algún momento por casualidad y lloró mucho?».

—Pero no, claro —dijo Pluma.

—No, señora. Nunca la pierdo de vista, soy muy estricta en eso y no le permito correr ni jugar a tontas y a locas. Tampoco le dejo ir con otros niños. Y no es una niña que tropiece o se caiga a menudo. Como le dije al médico, la única vez que se ha caído fue al resbalar en un lecho de flores que acababan de regar... a juzgar por el

estado en que quedó la ropa. Lloró porque no está acostumbrada a que le pasen esas cosas y creo que se asustó. Pero no tenía ni un rasguño, ni rastro de golpes. Y ni eso le habría pasado si hubiera estado yo con ella. Fue cuando caí enferma y mi hermana Anne me sustituyó. Al principio, Anne creía que estaba jugando con un amiguito suyo de hacía poco, pero vio que el niño no había ido ese día a los jardines...

—¡Un niño! —Andrews tuvo la agudeza de percibir un matiz nuevo, más interesado, en la voz de su señora—. ¿Qué niño?

—No habría jugado con ninguno si hubiera estado yo allí —dijo Andrews—. Regañé a Anne por habérselo permitido. Pero me dijo que el pequeño parecía de la aristocracia...

—¿Llevaba el traje de las Tierras Altas? —la interrumpió Pluma.

—Sí, señora. Anne se disculpó diciendo que creía que usted lo conocía o algo así. Dice que la vio a usted en los jardines hablando con la madre como si fueran amigas. Eso pasó un día antes de que Robin resbalara y se estropeará el vestidito de color rosa. Pero no fue porque estuviera jugando a lo bruto con el niño... porque ese día el niño no fue a los jardines, como ya he dicho, y no ha vuelto desde entonces.

Al decir esto, Andrews se asombró un momento al ver el cambio de expresión de su señora. ¿Era un extraño destello de ira y desprecio lo que había visto?

—Y no ha vuelto desde entonces, ¿eh? —dijo la señora Gareth-Lawless, riéndose a medias.

—Ni un solo día, señora —respondió Andrews—. Y a Anne le parece raro que la niña no lo busque, como si ya no le interesara. Solo da paseítos cortos sin ningún ánimo y no juega a nada.

—¿Cuánto jugaba con él?

—Bueno, era un niñito tan guapo y tenía una niñera escocesa tan mayor y respetable que a Anne le pareció que no había ningún motivo para prohibirle que jugara con él. Dice que se portaban muy bien y jugaban tranquilamente. —Le pareció que podía justificarse un poco más repitiendo—: Le pareció que no había ningún motivo para prohibirle que jugara con él.

—No lo había —dijo la señora Gareth-Lawless—. Sí, conozco al niño. Es pariente de lord Coombe.

—Por supuesto, señora —con fría urbanidad—. Anne dice que era un niño mayor y guapo.

Pluma cogió un racimo de uvas de invernadero de la bandeja del desayuno y, después de comerse una, empezó a reírse de repente.

—¡Por Dios, Andrews! —dijo—. ¡Esa es la conmoción! ¡El niño! ¡Qué ridiculez! Robin nunca había jugado con un niño y se enamoró de él. Esa cría sufre por él. —Dejó las uvas y se entregó alegremente a las carcajadas—. Se lo han llevado, ha desaparecido. A lo mejor, al darse cuenta de que no llegaba, se desmayó y se cayó entre las flores recién regadas, y así se estropeó el vestidito.

—Fue esa misma mañana —reconoció Andrews, sonriendo un poco también—.

Sí, qué curioso. Aunque de vez en cuando los niños se toman un afecto extraño. He visto lo mal que lo pasan a veces, cuando los separan.

—Tienes que decírselo al médico —Pluma seguía riéndose—. Así entenderá que no hay de qué preocuparse. Se le pasará en siete días.

—Hace ya cinco semanas que pasó, señora —le recordó Andrews, con un leve deje de gravedad.

—¡Cinco semanas! ¡Sí, claro, será eso! Me acuerdo del día en que hablé con la señora Muir. Si la cría tiene esas manías, más vale que procures que no se acerque a ningún niño. ¡Qué ridiculez! ¡Cuánto se va a reír lord Coombe! ¡Cuánto se van a reír todos cuando se lo cuente!

Calló un momento porque no estaba segura de que a Coombe fuera a hacerle gracia. A menudo tenía la impresión de que no se reía cuando a ella le parecía que tenía que reírse. Pero enfureció un instante al darse cuenta de que, en realidad, se habían llevado al niño sin más. Se acordaba de los ojos tan bonitos y limpios que la habían mirado directamente. En esos momentos la mujer estaría pensando que no quería tener nada que ver con ella... ni con su hija.

Pero la anécdota de Robin, enferma de una pasión infantil por un niño del que su madre la había apartado como si fuera a quemarse, era demasiado edificante para no contársela a quienes supieran apreciarla en toda su exquisitez.

Y así lo hizo una o dos noches después, en una cena a la que invitó exactamente a unos pocos y selectos amigos, dotados del más desarrollado sentido de lo exquisito. Uno era el joven alto y delgado, bien parecido, de cara alargada y ojos oscuros, que llevaba quevedos, el que había dicho que los modelos impagables de la señora Gareth-Lawless se los hacía Helene, pero que él no podía. Se llamaba Harrowby. Otra era Estornina, una tal señorita March que hacía unos años había llevado las riendas del carro de las chicas que habían abatido a sus respectivas familias «emancipándose», como se decía, que consistía en exigir las llaves de casa y montar pisos de soltero. Con el inmutable paso del tiempo se asentaron las familias y la emancipación moderna sobrepasó tanto la exigencia de llaves y los pisos de soltero que ya parecían prácticamente cosas chapadas a la antigua. Sin embargo, Clara March había avanzado con los tiempos. El tercer comensal era un admirado actor joven que tenía una voz grave y aterciopelada, y, combinada con unos ojos de almendra y una curva emocional y sentimental del pómulo y la barbilla, convertía los «parlamentos» más vulgares en frases anhelantes y entusiastas. Él no era entusiasta, ni mucho menos, simplemente disfrutaba tanto de sus placeres y comodidades que terminaría por engordar. De momento tenía un tipo perfecto —lo justo para los uniformes de personajes de la realeza de Ruritania^[9] y países semejantes—, y en los programas aparecía con el nombre de Gerald Vesey.

La casa de Pluma le gustaba y a ella le gustaba que le hablara con su voz grave y aterciopelada y que la mirase con sus ojos almendrados como si solo unos obstáculos insuperables le impidieran decirle cosas conmovedoras. Aunque ella sabía que no era

cierto, le gustaba igual. Además, él entendía sus modelos y le encantaban.

Cuando pasaron al salón a tomar café llegó Coombe. No sabía nada de la íntima cena y apareció en el preciso momento en que Pluma iba a empezar su historia.

—Llega a tiempo —lo saludó—. Iba a contar una cosa que les va a hacer reír mucho.

—¿Me va a hacer reír a mí? —preguntó.

—Sería lo suyo. Robin está enamorada. Tiene cinco años y la han abandonado, y Andrews vino a decirme que la niña no come ni duerme. El médico dice que sufre una conmoción.

Coombe no se rio con los demás, pero, al coger el café, parecía interesado.

A Harrowby también debía de interesarle, porque le brillaban muchos los ojos.

—Supongo que ya está en la cama —dijo—. Si no fuera tan tarde, te rogaría que la hicieras bajar; así podríamos echarle un vistazo. Me interesa desde el punto de vista psicológico.

—Yo soy psicológica —dijo Estornina—, pero ¿qué significa esto, Pluma? ¿Lo dices en serio?

—Andrews sí —respondió Pluma—. Si hubiera sido sarampión, se las habría arreglado, pero no se podía hacer cargo de una conmoción. Tampoco sabía lo del enamoramiento. Eso lo descubrí yo... por pura casualidad. ¿Te acuerdas del día en que nos apeamos de la victoria y fuimos a los jardines, Estornina?

—¿El día que hablaste con la señora Muir?

Coombe se volvió ligeramente hacia ellas.

Pluma asintió significativamente.

—Era su hijo —dijo, y se echó a reír asintiendo y mirando a Coombe.

—Era tan guapo como me había dicho. No me extraña que la pobre Robin esté tan postrada. Tendrían que encadenarlo y amordazarlo por ley, cuando sea mayor.

—Y a Robin también —dijo Estornina en su estilo brusco, un poco masculino.

—Pero Robin es pequeña y no es un buen partido —se rio Pluma. Miró a Coombe con malicia infantil—. En cuanto su madre supo que era la señorita Gareth-Lawless, prohibió a su hijo volver a jugar a los jardines. ¿Se lo ha llevado a Escocia?

—Han vuelto a Escocia —contestó Coombe— y, naturalmente, no han dejado al niño aquí.

—¿Tú tienes una hija de cinco años? —preguntó Vesey a Pluma con su voz grave—. ¿Tú?

—A mí también me parece absurdo —dijo Pluma—, nunca he acabado de creérmelo.

—No me lo creo —dijo Vesey—. Es imposible.

—Robin es un nombre estimulante —terció Harrowby—. ¿Es muy tarde para que nos la presentes? Si es tan bonita como insinúa Estornina, tendríamos que verla.

Pluma tiró de la campanilla de al lado de la chimenea. Se dejó llevar por un capricho repentino. La historia de amor no había salido tan bien como esperaba y, al

fin y al cabo, la niña era muy bonita y podía exhibirla. No sabía nada en particular sobre los horarios de su hija, pero, si estaba durmiendo, la podían despertar.

—Di a Andrews —ordenó al lacayo, cuando se presentó— que deseo que traiga aquí a Robin.

—Creo que suelen acostarse a las ocho —puntualizó Coombe—, pero, claro, no soy una autoridad en la materia.

Robin no estaba dormida, aunque llevaba mucho tiempo en la cama. Como tenía los ojos cerrados, Andrews creyó que podía hablar tranquilamente con su hermana Anne, que había ido a verla. La niña había oído toda la conversación. Prestó atención porque empezaron hablando del día en que había estropeado el vestidito de color de rosa y al final siguieron charlando de otras cosas con total franqueza.

—La madre se lo llevó de vuelta a Escocia al día siguiente, tan cierto como que la viste hablar con ella justo el día anterior —dijo Andrews—. Tiene muchas manías esa señora. Por lord Coombe. No quiere que su hijo hable con él, ni que lo conozca siquiera, si puede evitarlo. No lo consentiría... y, cuando se enteró de que...

—¿Lord Coombe es tan malo como dicen? —preguntó Anne, casi sin respirar—. Tiene que serlo, y mucho, para que haya que impedir que lo vea o lo oiga un niño de ocho años.

De manera que todo había sido por culpa de lord Coombe. Por su culpa la madre se había llevado a Donal. Lord Coombe. ¿Quién era lord Coombe? Como era malo, la madre de Donal no le dejaba jugar con ella... porque era malo. De pronto recordó que había oído ese nombre alguna vez. Lo había oído varias veces en la sala de la servidumbre y, aunque no había entendido lo que decían de él, había notado un tono cínico de censura. Decían «él» y «ella» como si él tuviera algo que ver con la casa. En una ocasión había reprochado algo a Jennings en un tono «estupendo» y este, enfurecido, había expresado con toda libertad la opinión que le merecían el carácter y la fama general del señor marqués. La impresión que sacó Robin de todo esto fue que se trataba de una persona a la que había que condenar con severidad. No llegó a entender que la sentencia era la simple consecuencia del enfado del joven e insolente lacayo, pero lo que recordaba ahora era esa impresión, que cobraba un nuevo significado. Él tenía la culpa, no Donal ni su madre, sino ese hombre tan malo que hacía enfadar a los criados y que tenía algo que ver con la casa.

—En cuanto a si es malo o no —oyó decir a Andrews—, algunos no se cansan de hablar mal de él. En estos tiempos ser malo es de buen tono, y él lo es lo suficiente para que su madre prefiera llevarse al niño lejos de aquí. Es por lo que representa él en esta casa. No está dispuesta a consentir que su hijo juegue con una niña como Robin.

En ese momento —cuando, en medio de una gran perplejidad, descubría que no era digna de jugar con niños que recibían el cuidado de su madre— Jennings, el joven lacayo, llegó a la puerta.

—¿La niña está despierta, señorita Andrews? —dijo, entusiasmado al ver la cara

de asombro que ponía la niñera.

—Pero ¿qué demonios...? —empezó a decir.

—Si lo está —continuó Jennings con un guiño gracioso—, hay que vestirla y llevarla al piso de abajo, al salón, para exhibirla. No sé si ha sido idea de Coombe o no. Está en casa.

Robin abrió los ojos de par en par. Se le olvidó que no tenía que abrirlos. ¡Iba a ir al piso de abajo! ¿Quién quería verla... quién?

Andrews tragó saliva.

—¡Otra ocurrencia fabulosa! —exclamó—. ¡No he visto cosa igual en mi vida! Lleva más de dos horas en la cama. Me gustaría saber...

No siguió, porque echó un vistazo a la cama y se encontró con dos ojos completamente abiertos. Se levantó y cruzó la habitación.

—¡Estás despierta! —dijo—. Me parece que no has dormido nada. Tienes que levantarte y vestirte. La señora del piso de abajo quiere que vayas al salón.

Dos meses antes, este anuncio le habría producido un delirio de júbilo. Pero ahora había perdido vitalidad porque su espíritu, adormecido hasta entonces, se había elevado a gran altura y había caído después cruelmente a la tierra. La luz de la señora del piso de abajo se había atenuado como la de una vela en pleno día.

Obedeció a Andrews con una imprecisa sensación de asombro: asombro, por lo raro que le resultaba levantarse para que la vistieran en medio de la noche, o eso le parecía.

—Esto solo podía pasar en una casa así —protestó Andrews, mientras la vestía—. Se creen con derecho a hacer cualquier cosa que se les pase por la cabeza. Supongo que lo saben muy bien, claro. Si eres tan rica y aristocrática que puedes hacer lo que te venga en gana, ¿por qué no hacerlo? Yo lo haría.

Los largos tirabuzones sueltos le llegaban casi a las caderas. Andrews le eligió un vestido muy sutil.

—Desde luego, está un poco delgada —dijo Anne—, pero así se le marca más la cara y los ojos parecen más grandes.

—Si su madre ha pescado a un marqués, no sé lo que pescará esta —dijo Andrews—. ¡Esta va a dar mucho de sí!

Andrews hizo entrar sola a la niña en el salón y ella se quedó, muy en su sitio, unos pasos por detrás, como una dama de compañía. El salón estaba inundado de luz y parecía lleno de color y de gente que se reía. Había cosas bonitas amontonadas por todas partes, y flores en todos los lados. La señora del piso de abajo, que iba enfundada en un vestido brillante, que parecía sujetarse sobre sus bonitos y desnudos hombros con una sola tira de lentejuelas, hablaba con un hombre delgado que se encontraba al lado de la chimenea con una taza de café dorada en la mano.

Cuando la niñita entró, con su rígida acompañante detrás, las risas se interrumpieron de pronto y todos contuvieron el aliento con asombro... Todos menos el hombre alto y delgado, que, sin hacer ruido, se volvió y dejó la taza en la repisa de

la chimenea, que estaba a su espalda.

—¿Esto es lo que escondías en la manga? —dijo Harrowby, colocándose los quevedos.

—¡Te lo dije! —replicó Estornina.

—Imposible, esto no se puede decir —se oyó la voz aterciopelada de Vesey.

—Hay que verlo para creerlo. Y sin embargo... —aparte, a Pluma— no me lo creo.

—¡Entra, mi única hija! —dijo Pluma—. Ven, Robin, ven con tu madre.

¡Era el momento! Robin se acercó a ella y se agarró a un trocito muy pequeño de su brillante vestido.

—¿Eres mi madre? —dijo. Y todos estallaron en carcajadas, Pluma también.

—Me llama «la señora del piso de abajo» —dijo—. Creo que de verdad no lo sabe. Es una niñita muy tonta.

—Asombrosa falta de amor filial —dijo lord Coombe.

Él no se reía, como los demás, y miraba a Robin. A ella le pareció feo y malo. Vesey y Harrowby, en cambio, eran muy guapos. Le disgustaba ese hombre y todavía no sabía quién era.

Coombe vio que la niña lo miraba por el rabillo del ojo antes de que su madre, cogiéndola por las puntas de los dedos, la llevara hacia él y le dijera su nombre.

—Ven, que te vea lord Coombe —dijo.

Así le fue revelado que era él —ese tan feo— el culpable de todo, y sintió odio, que se reflejó en sus ojos cuando lo miró a la cara, y Coombe lo vio, igual que había advertido la mirada de soslayo de antes, y se preguntó qué significaría.

—Da la mano a lord Coombe —le ordenó Pluma—. Si sabes inclinarte, hazle una inclinación —y miró hacia atrás—. ¿La has enseñado a hacer la inclinación, Andrews?

No la había enseñado y en su fuero interno se enfadó porque parecía una negligencia suya. Por fuera siguió rígidamente imperturbable.

—Me temo que no, señora. Se lo enseño ahora mismo, si lo desea.

Coombe seguía observando el aborrecimiento profundo de la carita de Robin. La niña se puso la mano a la espalda: ¡ella, que nunca había desobedecido desde el día en que nació! Había cruzado una línea en su desarrollo al entrever un mundo nuevo a través de los ojos de Donal.

—¿Qué haces, niñita tonta? —la regañó Pluma—. ¡Da la mano a lord Coombe!

Robin se negó en redondo.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —protestó.

Pluma se disgustó. Esa niña no estaba preparada para exhibirla.

—¡Niñita mal educada! Andrews, ven y oblígala... o llévatela arriba —dijo.

Coombe cogió la taza dorada de la repisa de la chimenea.

—Me mira con antipatía, como la primera vez que me vio —resumió después—. Los niños y los animales no aborrecen a cualquiera sin motivo. Es alguna iniquidad

remota de mi carácter que los demás no hemos detectado todavía. —Y dijo a Robin —: No quiero que nos demos la mano si usted no quiere. Prefiero tomarme el café en esta taza tan preciosa.

Pero Andrews hervía de furia. Como carecía de la menor conciencia cultivaba un orgullo diabólico por la perfección en el cumplimiento de sus deberes profesionales. Que la niña que tenía a su cuidado le estampara el ignominioso estigma de la ineptitud, portándose peor que los hijos de una verdulera, era más de lo que podía soportar la persona especial que era ella y, sin embargo, tenía que aparentar que lo soportaba.

Obedeciendo la orden de su señora, cruzó la sala y se agachó para susurrar unas palabras a Robin. Pretendía que la expresión de la cara no la delatara pero, cuando levantó la cabeza, se encontró con la mirada de Coombe y se dio cuenta de que seguramente no lo había conseguido. En un tono almibarado añadió unas instrucciones destinadas a la niña.

—No sea maleducada, señorita Robin, querida niña, y dé la mano al señor.

Todos los presentes del saloncito vieron una extraña llamarada en la cara de la niña. El propio Coombe se asombró increíblemente al pensar de pronto que esa expresión podía ser la de una mártir joven y obstinada ante la hoguera. Robin dijo con voz chillona:

—Andrews me va a dar un pellizco. ¡Andrews me va a dar un pellizco! Pero... ¡no! —y se quedó con la mano a la espalda.

—¡Ay, señorita Robin, qué mala es usted! —se lamentó Andrews patéticamente—. ¡Su pobre Andrews que tan bien la cuida!

—¡Qué criatura tan repelente! —exclamó Pluma de mal humor—. ¡Llévatela arriba, Andrews! No volverá a bajar aquí nunca más.

Harrowby, ajustándose los quevedos y un tanto emocionado por la estimulante novedad para sus intereses, dijo como para sí:

—Si no quiere irse, empezará a chillar. Esta niña parece una arpía en miniatura.

Pero no empezó a gritar cuando Andrews la llevó a la puerta. El hombre feo de la cara mala era el que tenía la culpa. Ese hombre la horrorizaba. Tocarle habría sido como tocar a una fiera del bosque. Era la verdad. Se fue con Andrews sumisamente.

—Y ¿a mí? ¿Me das la mano? —dijo Estornina bondadosamente, al pasar la niña a su lado—. Espero que no me rechace —dijo a Harrowby en un aparte.

Robin le tendió la mano con donaire.

—Dámela también a mí —dijo Harrowby, y la niña obedeció.

—Y ¿a mí? —la tentó Vesey con su mejor sonrisa.

Robin le dio la mano y, seguramente en respuesta a la tentación, un amago de sonrisa se dibujó brevemente en las comisuras de sus labios. Ese señor no parecía malo.

—Soy el marginado —dijo Coombe, mientras la puerta se cerraba después de salir la niña.

—Los niños maleducados son detestables —dijo Pluma—. Se merece unos azotes. A nosotras nos daban azotes si éramos maleducadas.

—Ha dicho que Andrews le iba a dar un pellizco. ¿Es un castigo normal?

—Tendría que serlo. Se lo merece —Pluma estaba de muy mal humor—, pero Andrews es muy blanda con ella. Es perfecta y lo hace todo como un reloj. Jamás hemos tenido el menor conflicto en el cuarto de los niños. Ya habéis visto lo bien cuidada que la tiene, aunque parece que se le ha alargado la cara un poco. —Soltó una carcajada desagradable y encogió sus blancos hombros desnudos—. A mí me estremece un poquito... que una niña de su edad adelgace de pena por un niño.

XII



Pero, aunque Robin no protestó cuando se la llevaron del salón, sabía que lo que le había prometido el suave murmullo de Andrews sucedería tan pronto como llegara al cuarto de los niños. Eran muy pequeña para sentir algo más que un terror del que no podía defenderse. No podía defenderse de Andrews, como tampoco del hombre que le había quitado a Donal. Los dos eran grandes y poderosos y ella no era nada. Pero, de las maravillas que había empezado a conocer, surgió un movimiento en su pequeño ser, antes casi inerte. Había conocido la felicidad, aunque brevemente, y el amor y la aflicción y, esta noche, una rebelión incipiente contra el enemigo. Lo que Andrews llevaba de la mano escaleras arriba era algo que nunca había conocido hasta ese momento. No se daba cuenta y, con cada peldaño que subía, aumentaba su cólera, la cólera de una vanidad personal furibunda, anormalmente poderosa en esta mujer en particular. Cuando llegaron al cuarto y cerraron la puerta, puso a Robin en el centro de la pequeña y lóbrega habitación y le soltó la mano.

—Bien, mi querida señorita —dijo—. Voy a premiarte por haberme hundido ante toda la concurrencia del salón.

Antes de subir a acostarla, la había llevado un momento al sótano. Había pasado por la cocina a buscar algo. Dejó sus cosas en la cómoda y se volvió hacia ella.

—Voy a darte una lección que no olvidarás —dijo.

Lo que sucedió a continuación la puso enferma del susto. Hasta entonces, la niña siempre había sido un títere blandito, toda gentileza y mansedumbre. En el fondo, Andrews había menospreciado su falta de iniciativa, aunque al mismo tiempo le había sacado el mayor provecho. La escena del salón había sido una cosa anormal.

Y ahora la miraba apretando los puños, con una expresión de rabia desafiante en la carita.

—¡Gritaré! ¡Gritaré! ¡Gritaré! —chilló.

Andrews se oyó tragar saliva, pero avanzó hacia ella resueltamente.

—Conque gritarás, ¿eh? —no podía dar crédito a sus propios sentimientos... por no hablar de lo que acababa de oír—. ¡Gritarás!

El momento siguiente fue más asombroso si cabe. Robin se puso de rodillas y se escabulló como un gato. Se escondió debajo de la cama, en el último rincón, contra la pared. Lo cierto es que se puso fuera del alcance de la niñera, y, tumbada boca arriba, empezó a patalear con furia, golpeando el suelo con los talones y soltando agudos alaridos. Al llorar debajo del seto de los jardines, algo se había soltado en su interior, y ahora era igual. En su sobrecargada cabecita reinaba el sentimiento de que, si iban a pellizcarla, al menos que fuera por algún motivo.

Andrews se arrodilló al lado de la cama. Tenía el brazo largo y delgado y se puso

a manotear por todas partes. Pero no llegaba al rincón del que salían las patadas y los chillidos. La impotencia y la odiosa conciencia de que una niña de seis años la pusiera en ridículo transformaron el mal humor en auténtica furia. Dos pisos más abajo, todavía se veían los últimos resplandores de la cena. Si por casualidad se oía aunque solo fuera el eco de los gritos de la niña, mayor sería el ridículo. Sabía que se reirían y que la señora diría cualquier bobada sobre su incapacidad para dominar a Robin. Estaba tan furiosa que no se daba cuenta de que no podría ensañarse demasiado con la niña, cuando la atrapara. Porque la atraparía y se las haría pagar todas juntas: «¡Te lo juro! ¡Las pagarás todas juntas!».

—¡Eh, diablillo! —dijo entre dientes—. Ya verás cuando te pille.

Y Robin, enloquecida, chilló y pataleó más aún.

La cama era muy baja y solo un niño podía refugiarse debajo. La correcta y rígida Andrews se tumbó boca abajo en el suelo y se metió un poco, como pudo, por el borde, lo justo para que su largo brazo y sus largos y fuertes dedos cumplieran su cometido. Estaba tan furiosa que habría preferido partirse la columna vertebral a renunciar a atrapar a la cría que tanto la había humillado. Los fuertes dedos agarraron unas enaguas y tiraron de ellas brutalmente; al momento agarraron también un pie que no paraba de moverse con una fuerza imposible de burlar. De un tirón, arrastró a Robin por la moqueta sin contemplaciones y la sacó de la oscuridad protectora a la luz de gas; la niña, desarreglada y despeinada, se acurrucó en el suelo del cuarto como un bulto informe. Andrews jadeaba pero no la soltó mientras se ponía de pie sin la menor dignidad profesional.

—¡Por fin! —dijo, sin resuello—. ¡Ya te tengo! ¡Ya te tengo!

A Robin le parecía una fiera salvaje, como el señor feo del piso de abajo, cuyo solo contacto sería terrorífico, aunque no le hiciera daño. Y la niña sabía lo que le iba a hacer. Notó que la levantaba del suelo tirando de ella y, tirando más, se la colocaba entre las rodillas, que eran huesudas y duras como el hierro. De allí no podía escapar. Andrews se había sentado firmemente en una silla.

Sujetándola entre las rodillas de hierro, le tapó la boca con una mano. Era una mano tan larga que le tapaba más que la boca: solo los ojos aterrorizados brillaban enloquecidos por encima de los dedos.

—¡Conque vas a gritar! —le dijo—. ¡Conque vas a dar patadas en el suelo! Eres un gato salvaje... ¡tú, que eras un gatito manso! Nunca habías hecho una cosa igual y ¡no la volverás a hacer! ¡Te lo grabaré a fuego, aunque tarde tres días!

Y entonces dejó caer la mano... Se le abrió la boca y se quedó mirando coléricamente, enferma, pálida, a la puerta abierta, la puerta que había cerrado al entrar. El piso de arriba siempre había sido un sitio seguro. El cuarto de los niños había sido su reino autocrático. A ningún ser humano se le habría ocurrido inmiscuirse. Así era. Había estado bien protegida.

Nadie había llamado a la puerta, pero, en el fragor de la pelea, no la oyó abrirse. En el umbral, tieso como una vara y sin ocultar el brillo de sus ojos aborrecibles, se

encontraba lord Coombe, nada menos que lord Coombe.

Andrews conocía muy bien el mundo en el que vivía y supo que todo había terminado. El hombre había subido a propósito. Sabía para qué había subido. Eran tan inteligente como malo, y en el salón la había mirado de una manera extraña. Ahora la había oído y la había visto sacar a Robin a rastras de debajo de la cama. Para eso había venido... Él sabría los perversos motivos que lo habían guiado. El estímulo de un antiguo aprendizaje en los barrios bajos le produjo el deseo de recurrir a un lenguaje que todavía tuvo el acierto de reprimir.

—Es usted una gran necia, jovencita —le dijo—. No tiene más medios de supervivencia que su formación de niñera. Una escena en comisaría le destrozaría la vida. Existe una sociedad que prohíbe torturar a los niños.

Robin, libre de las manos de hierro que la aprisionaban, se escondió detrás de una silla. Ahí estaba esa otra vez.

Andrews, reaccionando automáticamente a la ley y a la costumbre, se puso de pie ante esa persona de una clase que requería ponerse de pie. Sabía que no valía la pena intentar justificarse ni dar explicaciones. Conocía esa sociedad y sabía que la publicidad le traería ruina y hambre. Se había metido en un lío atroz: pillada con las manos en la masa... No había nada más que decir. Pero que ese tipo encopetado que tenía la peor reputación se hubiera dejado llevar por el capricho de observarla y seguirla arriba... «se le escapaba», como lo habría dicho ella.

—Iba a pellizcarla... a plazos, supongo —dijo—. Acaba de decir que lo haría en tres días. Cuando la niña dijo... en el salón, lo que le iba a hacer usted, se me ocurrió venir a echar un vistazo. ¿Cuánto le pagan?

—Treinta libras al año, milord.

—Mañana por la mañana preséntese a Benby, el que la contrató en nombre de la señora Gareth-Lawless. Estará en su despacho a las nueve y le pagará lo que se le debe, más un mes completo, por el aviso previo.

—La señora... —empezó a decir Andrews.

—He hablado con la señora Gareth-Lawless —mintió con serenidad. Pluma estaba bailando una nueva danza serpentina en el salón—. Ahora está ocupada. Haga sus maletas. Jennings pedirá un coche de alquiler.

Era completa y estúpidamente inútil decirle nada, y eso fue lo que la remató. Sería como hablarle a una pared o a una farola. Cualquier tontería que hubiera intentado no habría llegado a sus oídos siquiera. No tenía oídos para ella. No era suficientemente importante.

—¿La dejo aquí... tal como está? —preguntó, refiriéndose a Robin.

—Desvístala y póngala a dormir antes de ir a hacer su equipaje —el total aplomo y la modulación fría y perfecta de la voz, distintivos de su clase especial, hicieron su efecto en el espíritu servil pero encolerizado de Andrews. ¡Era tan exactamente lo que era! Algo que ella no alcanzaría jamás—. Me quedo aquí hasta que termine de acostarla. Después... váyase.

En la sala de la servidumbre no había vocabulario que definiera en toda su plenitud la expresión «gran señor», pero cuando la señora Blayne y compañía hablaban de él con el menor resentimiento y la mayor cordialidad, inconscientemente se esforzaban por expresar la cualidad que conllevaban esas dos palabras. Tenía sus peculiaridades. Jennings, la señora Blayne y los demás conocían un poco a los hombres que pagaban las facturas de una mujer bonita y le permitían vivir con lujo. A veces empezaban bien, pero, a medida que pasaba el tiempo, perdían las formas y se tomaban libertades como si fueran de la casa; querían demostrar que sabían que lo pagaban todo y que tenían derechos. Algunos incluso llegaban a ser como maridos — hacían desprecios, reñían y se ponían estrictos con las cuentas— incluso delante de los criados. Entraban y salían o —al cabo de un tiempo— se iban y tardaban semanas en volver. «Él» era distinto... Tanto que resultaba raro. Verdaderamente era raro que apareciera tan poco por la casa. No sabían dónde se veían, pero no sucedía a menudo en la casa estrecha. Cuando se presentaba, era como si viniera de visita. No se tomaba libertades. Todo tenía que pasar escrupulosamente por la señora Gareth-Lawless. El señor Benby, que se encargaba de todo, se comportaba aparentemente como un empleado al servicio de la señora Gareth-Lawless. Las personas indulgentes podían pensar que la señora vivía de una misteriosa renta particular. Algunos preferían creerlo así, pero otros, por algún motivo desconocido, sabían de dónde provenía exactamente esa renta. También había personas hipercríticas que no la conocían o no querían conocerla, pero contaba con un círculo de amigos divertidos y elegantes que, contra toda sospecha y creencia, no se privaban de tenerla en su lista de visitas. Coombe lo llevaba modélicamente, comentaban algunos con admiración. Hacía gala de un buen gusto extraordinario. Muchos secretos modernos de sobra conocidos, aceptables en ambientes selectos, no se llevaban con tanta meticulosidad. Andrews sabía que había mentido rotundamente al decir que había hablado con la señora Gareth-Lawless. Pero siempre se las arreglaba para ceder a la señora la máxima autoridad. Era tan asombroso y anormal que se hubiera presentado en el cuarto de los niños que solo podía deberse a un estado mental que no tenía en consideración las normas naturales. «Él —pensaba Andrews—, que en el salón jamás deja de hacer el papel de simple visita, ¡subiendo al tercer piso sin decir una palabra!». De una cosa estaba segura, y eso era lo primero. A pesar de todas las apariencias y la consideración, él era el señor de todo. Y más valía no contestarle nunca si no querías salir perdiendo. Dijeran lo que dijeran de su carácter, era un gran señor, un señor muy grande. Una sola palabra suya —serena y tranquila— y estabas acabada.

Temblaba de miedo por dentro, pero desvistió a Robin y la acostó; recogió la habitación y lo dejó arreglado hasta el día siguiente.

—Supongo que esto es el cuarto nocturno de los niños —había dicho Coombe, cuando Andrews empezó.

Se puso las gafas y miró la poco acogedora habitación. Lo miró todo de arriba abajo y ella se preguntó qué le parecería.

—Sí, milord. El cuarto diurno está detrás de esa puerta.

Abrió dicha puerta y entró en el otro cuarto, y Andrews lo vio recorrerlo lentamente y mirar de cerca algunos muebles con curiosidad, siempre con las gafas puestas. La niñera terminó de desvestir a Robin y, cuando él volvió al dormitorio, ya la había metido en la cama. Y la niña, agotada por la tempestad desconocida que acababa de pasar, se había quedado dormida sin querer. Estaba tan cansada que no se acordaba de que su enemigo estaba en el cuarto de al lado.

—La he observado con la niña varias veces cuando usted no se daba cuenta —dijo Coombe, antes de bajar al salón—. Es evidente que la ha cuidado bien, en lo que al cuerpo se refiere. Si no fuera usted venenosa, si se hubiera limitado a propinarle un bofetón cuando perdió los estribos, es posible que le hubiera dado otra oportunidad, pero conozco un poco al diablo y, si alguna vez tomó forma en la cara y la voz de una mujer, ha sido en la suya cuando la sacó a rastras de debajo de la cama. Si le llega a poner la mano encima la habría matado. Tenga cuidado con ese genio, jovencita. Benby la vigilará si encuentra empleo de niñera en otra casa, y sabré dónde se encuentra.

—¡Milord! —dijo Andrews sin aire—. ¡Usted no sería capaz de condenar a una mujer y quitarle su medio de vida y dejarla morir de hambre!

—Le quitaría su medio de vida y la dejaría morir de hambre sin sombra de remordimiento —respondió con su elegante y culta voz de caballero— si fuera capaz de hacer lo que ha hecho usted esta noche. Tiene unos cuarenta años, calculo, y, aunque está delgada, es fuerte; la niña acaba de cumplir seis años, tengo entendido —y después, mirándola con las gafas puestas, añadió, para gran asombro y temor de la mujer, en un tono tan suave que le dio un miedo tremendo—: ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

—¡Juro... juro que no volverá a suceder nunca más, milord! —rompió a decir con devoción.

—Eso espero. Le saldría muy caro —dijo él.

Y bajó las retorcidas escaleras sin hacer ruido apenas; Andrews, pálida y sin resuello, se fue a hacer las maletas. Robin —niñita cansada— dormía tranquila y profundamente.

XIII



No tenía la costumbre de ser el último en irse; al contrario, solía ser el primero. Pluma no sabía por qué razón, pero estaba segura de que había alguna. Sus razones la inquietaban a menudo y le resultaba difícil adaptarse a ellas. ¿Cómo calibrar a un ser masculino —aunque una fuera la persona más lógica y brillante— que no parecía ser exactamente un ser humano?

Habían movido los muebles del salón para la danza serpentina y ahora estaba todo desordenado, pero Pluma encontró una esquina cómoda en el sofá, entre cojines, después de que todo el mundo se fuera dejándola sola con Coombe. Le habría gustado que se sentara él también, pero prefería estar de pie, sin moverse apenas, como solía.

—Sé que va a decirme algo —rompió el silencio.

—Sí. Cuando salí del salón no me fui al club, como dije que tenía que hacer. Fui arriba, al tercer piso, al cuarto de los niños.

Pluma se enderezó.

—¿Ha ido al cuarto de los niños?

Si se había quedado por eso, ¿qué habría visto en las regiones del piso de arriba, por Dios? Y ¡qué ridículo e impropio de él meterse en los asuntos de la casa! ¿Sería por Andrews y Jennings? Andrews era muy mayor para eso. Estos pensamientos le pasaron por la cabeza en un instante.

—Pidió a Andrews que recurriera a su autoridad cuando la niña no quiso darme la mano. Es evidente que, por algún motivo, me ha tomado ojeriza. Eso me pareció interesante y observé la escena cuando la niñera le dijo algo al oído. La mujer se sentía herida en su vanidad. Me di cuenta de que le susurraba una amenaza. Un destello de furia le brilló en los ojos sin querer. Robin se puso pálida.

—Andrews tenía razón. A los niños hay que castigarlos cuando se portan mal.

Inmediatamente Pluma tuvo la impresión de haber dicho una tontería nada interesante. ¿Qué sabía él de esas cosas?

—La niña dijo: «¡Andrews me va a dar un pellizco!» y vi la mirada de la niñera y supe que era verdad... y que no era la primera vez. Me fijé en los dedos de la mujer, largos, finos y fuertes: unos dedos crueles. Por lo general no me tomo libertades, pero me tomé una. Me excusé y subí tres tramos de escaleras.

Pluma nunca se había sorprendido tanto. Parecía una niña perpleja.

—Pero... ¿a usted qué más le daba? —dijo, asombrada.

—No sé —contestó él, después de una pausa—. Caprichos míos... Unas imágenes mentales que me subieron la temperatura. El caso es que en ese momento me interesó. A veces somos así. La cara de felino de Andrews, sus dedos musculosos

y el cuerpecito exquisito, extraordinario, de la niña... Me estremecí de furia.

Pluma lo interrumpió:

—¿Los niños... Se encariña con los niños?

—No —contestó con verdadera brusquedad—. No he pensado en semejante cosa en toda mi vida... ¡No me encariño con las cosas!

—Eso era lo que... bueno, eso me parecía —titubeó Pluma, como reconociendo amablemente una cosa muy natural.

Coombe continuó:

—Iba por las escaleras cuando oí gritos y creí que había empezado a pellizcarla. Subí rápidamente, abrí la puerta y me encontré a la mujer tumbada en el suelo, al lado de la cama, sacando a la niña a rastras de debajo, porque se había escondido. La mujer tenía una expresión diabólica, y también la voz. Oí sus amenazas. Se puso de pie, levantó a la niña y la aprisionó entre las piernas. Le tapó la boca con la mano para ahogar sus gritos. Y entonces la hice parar. Al verme se llevó un susto que le habrá servido de lección —dijo, hablando despacio—. Me he tomado la gran libertad de ordenarle que haga las maletas y se vaya de la casa... aunque —con una leve inclinación de cabeza— lo he hecho en su nombre.

—¡Andrews! —exclamó Pluma, horrorizada—. ¿Se ha ido?

—¿Habría consentido que se quedara? —le preguntó.

—Pellizcar... pellizcar de verdad —dijo, al borde de las lágrimas—, con fuerza... no está bien. Pero el trabajo de Andrews ha sido impagable. Todo el mundo dice que Robin va mejor vestida y está mejor cuidada que todos los demás niños. Y nunca le permite hacer el menor ruido...

—¿Quién se atrevería, si esos diabólicos dedos huesudos te dieran pellizcos cada vez que levantarás la voz? Sí. Se ha ido. Le dije que acostara a la niña antes de hacer las maletas, pero no la dejé sola con Robin y, lo que es más, eché un vistazo a los cuartos de los niños.

¡Había entrado en los cuartos de los niños! Él... ¡el señor de la casa de Coombe, cuyas mordaces conclusiones, que con tanta precisión sabía sacar de las cosas, todos temían en secreto, si la verdad se supiera! «Todos» era el selecto grupo de gente que buscaba los placeres febrilmente. A su manera, casi sin darse cuenta, intentaban propiciar alguna reacción en él, pero siempre fracasaban. Pluma se imaginó la escena, cuando Coombe entró en los horribles cuartitos, casi rozando el techo con la cabeza, que siempre llevaba erguida, un tanto rígida. Había tomado nota de las mugrientas moquetas y muebles, de las paredes descoloridas, de la oscuridad y la lóbreguez generales.

—Es una pocilga infecta para cualquiera que tenga que vivir ahí... en el tercer piso —dijo con indiferencia, en cierto modo—. Si tiene seis años, ha vivido ahí seis años... No conoce otra cosa.

—Todos los pisos altos de Londres son así —dijo Pluma—, y ahí están siempre los cuartos de los niños, donde juegan, estudian y duermen.

Coombe la miró sonriendo levemente y se fijó en su delgadez de niña pequeña, enfundada en el vestido brillante, en el vaporoso foulard de color de zafiro, que cubría sus níveos hombros desnudos, en la delicada y suave barbilla levantada hacia él en un gesto delicioso.

—¿A usted le gustaría?

—Yo no soy una niña —protestó con gracia—. Los niños son... ¡diferentes!

—Usted parece una niña —dijo él de pronto, en un tono extraño, como si la apariencia de Pluma lo hubiera sorprendido un momento y se hubiera quedado absorto—. A veces les pasa a algunas mujeres. Pocas veces.

Pluma, halagada, se puso radiante de pronto.

—No suele dedicarme halagos —dijo—. Ese me ha gustado mucho. Robin... lo hace más bonito.

—No es un halago —respondió él, mirándola todavía como absorto—. Es la... trágica verdad.

Se pasó la mano suavemente por los ojos como si se quitara algo molesto, y después los dos siguieron hablando en la misma actitud que antes.

—Voy a adquirir los derechos sobre esta casa por tiempo indefinido. Están en venta —dijo sin darle importancia—. Los compro para la niña.

—¡Para Robin! —dijo Pluma, desarmada.

—Sí, para Robin.

—Será... será una renta, pase lo que pase. Está en el centro de Mayfair —dijo ella, porque no podía pensar en otra cosa, tan asombrada estaba, casi consternada.

No los compraría para ella. Era tan tonta que no se le podía confiar ni eso. Pero, si eran de Robin... también serían suyos. Las niñas no echaban a su madre a la calle. Entre los repliegues de su limitado ser se ocultaba una chispa de astucia que se encendía cuando era ella la que se jugaba personalmente algo.

—En la parte de atrás se pueden añadir... dos o tres habitaciones no muy grandes —prosiguió él—. He echado un vistazo por la ventana, a ver si es posible.

Era una persona incomprensible, pero siempre había algo principesco en sus inexplicables métodos. Nunca mostraba un interés personal ni era mezquino. ¡Iba a ampliar la estrecha casa! ¡Eso sí que era generosidad! Se quedó embelesada.

—Es muy considerado por su parte —murmuró Pluma, agradecida—. ¡Parece mucho pedir!

—No me lo ha pedido —respondió él.

—Pero me beneficiará. Es lo mejor que se le podía ocurrir. Estas habitaciones son pequeñísimas —mirando el salón con emoción—. Y mi dormitorio es horrible. Tengo que usar el de Rob de vestidor.

—Las habitaciones nuevas serán para Robin —dijo. El excelente método que había descubierto para desentenderse por completo de las emociones de otras personas evitaba las dificultades habituales de la decepción al decir verdades o avergonzar a quien lo merecía. Con ese método había derribado las defensas de

Andrews... y Pluma quedaba tan al margen de la situación que en realidad la libraba de lo violenta que pudiera resultar—. Tiene seis años —le explicó—, los siete, los nueve, los doce... están a la vuelta de la esquina. Después asoma la adolescencia y no se puede seguir escondiendo a nadie en los armarios del piso de arriba. Pero antes hará falta una institutriz y, a pesar de mi ignorancia abismal, comprendo que una mujer respetable no toleraría el cuarto de los niños, ni el diurno ni el nocturno. Su hija...

—¡Ah, no la llame así! —exclamó Pluma—. ¡Mi hija! ¡Suena como si tuviera dieciocho años!

Se quedó con una horrible sensación de susto. ¡Habían pasado seis años desde la muerte de Bob! ¡Una hija! Una estudiante de pelo largo y largas piernas que habría que quitar de en medio. Una niña mayor que tendría que llevar consigo a todas partes. ¡De ningún modo!

—Tres por seis son dieciocho —prosiguió Coombe—, como nos enseñan de pequeños las tablas de multiplicar.

—Nunca lo había visto tan interesado en nada —dijo Pluma, vacilante—. ¡Subir esas escaleras estrechas y horribles hasta el cuarto de los niños! ¡Echar a la niñera!

Dejó de hablar un segundo porque la perseguía una idea muy fea. Surgía de muchos resentimientos del pasado, fantásticos y secretos, no formados del todo, que se enredaban unos con otros. Soltó una risa un poco histérica.

—¿Se va a ocupar de su educación y de su formación para que sea un buen partido, por si alguna persona importante se enamora de ella?

Tenía una cabecita bastante repugnante, pensó Coombe, que últimamente era de temer porque despreciaba cosas banales, como el buen gusto y los sentimientos. En estos tiempos la gente consideraba las cosas crudamente. Se rio de sí mismo en su fuero interno por el involuntario «en estos tiempos». Estas expresiones las acuñaba el rigor de la senilidad. ¿Acaso no eran sus propios tiempos y el resultado de un pasado que se consideraba más decoroso a sí mismo? ¿Acaso no habían existido actitudes osadas y cuestionables en aquellos otros tiempos? ¿Cuánto hacía que había medrado el mismísimo príncipe regente? Sencillamente, estos tiempos acercaban mucho las cosas a los ojos. Pero este ser exquisito tenía una cabecita repugnante en estos tiempos o en aquellos.

Más tarde admitiría para sí que no estaba preparado para verla levantarse como movida por un resorte y plantarse delante de él casi apasionadamente, por absurdo y fantástico que pareciera.

—Cree que soy muy tonta y que no veo las cosas —le espetó—, pero a veces veo mucho. No lo soporto, pero veo, ¡veo! Voy a tener una hija mayor. La mirará todo el mundo y tal vez... alguien... importante quiera casarse con ella. Pero ¡ay! —Coombe se acordó del día en que se había postrado a sus pies y se había abrazado a sus rodillas, muy a su pesar. Ahora Pluma se encontraba en un estado de debilidad semejante—. ¡Ay! ¿Por qué no quiso casarse conmigo alguien así? ¡Mire! —separó sus brazos de

ninfa como un hada patética—. ¡Mire lo guapa que soy!

La miró un momento de esa forma tan singular que ella conocía porque, de tarde en tarde, todavía la miraba así. Le cogió la mano con suavidad y la llevó otra vez al sofá.

—Por favor, vuelva a sentarse —le pidió—. Será mejor.

Se sentó; no tenía ninguna imbecilidad más que decir. Él, por su parte, cambió de tema.

—Con su permiso, Benby se ocupará de las gestiones de la compra y de las reformas de la casa —le dijo—. Le enseñarán los planos. Los veremos juntos, si lo desea. Robin y la institutriz tendrán unas habitaciones dignas. Los dos cuartos de los niños se pueden adecuar para hacerlos habitables por seres humanos o para otros usos. La casa ganará mucho.

Eran casi las tres cuando Pluma subió a que la atendiera su adormilada doncella porque, después de que Coombe se fuera, se quedó un rato en el saloncito, vacío y desarreglado, mirando fijamente lo que tenía delante: una persiana decorada con una escena de pastoras bailando con pastores en un claro del bosque, de estilo Watteau, atestada de grupos de cupidos pequeños.

XIV



Cuando, en la joven y avergonzada conciencia de Robin, rebosó, vacilante, la confesión «No... le gusto», no habría podido encontrar palabras con las que razonar el descubrimiento, pero lo entendía perfectamente. El ser maravilloso que muy de vez en cuando se posaba en el umbral de su mundo la miraba como al descuido, con una sombra de desagrado e indiferencia.

La cruda verdad era que a Pluma no le gustaba su hija. Su advenimiento la había indignado. Un recién nacido estaba completa y ridículamente «fuera de lugar». Hasta donde le alcanzaba la cabeza, se imaginaba en el futuro volando de flor en flor entre éxitos y placeres «elegantes», con más dinero, quizá, e invitaciones más eminentes —«quizá» le pasara algo a toda la progenie Lawdor— y ocupando, por tanto, una posición en la que fuera ella quien podía ser generosa y condescendiente con los demás. En esa visión no había nada más «indigesto» que los niños. Cuando lo malo llegó a lo peor se consoló pensando que en realidad se las había arreglado muy bien con la situación. Naturalmente, en estos tiempos modernos, y en la ciudad, había sido mucho más fácil. Los dos cuartos de los niños, una joven inteligente que conocía su oficio, que incluso sabía lo que tenía que comprar para una niña y dónde encontrarlo sin molestar a nadie, eran cosas que simplificaban mucho la situación. Andrews lo había hecho maravillosamente. Nadie tenía nada que reprocharle por cuenta de una niña que era guapa, gozaba de buena salud, recibía los cuidados necesarios meticulosamente, iba muy bien vestida y salía al aire libre todos los días, en el cochecito o de la mano.

Pero llegó una mañana especial en la que vio a una niña que destacaba tanto que se sobresaltó al reconocer a Robin. Aquel día, Andrews la había llevado a Hyde Park y Pluma pasó en su carruaje por el Row^[10], de camino a una tienda de Knightsbridge. Lo primero que le llamó la atención fue el pelo, que le llegaba a las caderitas: una melena extraordinaria que era el orgullo de Andrews. Después vio las piernas, estilizadas y exquisitamente torneadas, y el rítmico balanceo del cuerpecito al andar. Se fijó al vuelo en el sombrero y en el vestido, muy bien cortado, cosido y respunteado. Cuando de pronto la niña se volvió a mirar a otras niñas que iban en un carro tirado por un *pony*, la tez damasquina y la forma y profundidad de los ojos la impresionaron ligeramente. Se dio cuenta de que lo que tan a la ligera había relegado a un rincón del tercer piso producía un efecto inconfundible cuando salía a la luz de un mundo alegre. La niñita era muy alta... para seis años. ¿De verdad tenía seis años? Parecía increíble. Diez más y tendría dieciséis.

La señora Heppel-Bevill tenía una hija de dieciséis años que era un auténtico desastre. Leía cosas y había empezado a hablar de «su derecho a ser mujer». Emily

Heppel-Bevill solo tenía treinta y siete años, le faltaban tres para los cuarenta. El desprecio que Pluma sentía por las mujeres de treinta años se había suavizado un poco. Había tenido que reconocer que, en estos tiempos, había mujeres de cuarenta años que no habían pasado del todo del deslucimiento a la oscuridad en la que reinaban el llanto y el crujir de dientes. Pero no se podía negar que esa niña de seis años y balanceo rítmico daba «que pensar», casi con histeria. Le faltaba imaginación —siempre le había faltado y nunca se lo habría consentido— para creer que ella también podía cambiar. ¿Una Pluma? ¡No! Pero tener al lado, dentro de unos años, a un ser de dieciséis, de dieciocho, con esos ojos, con unas pestañas kilométricas, con una melena inacabable... ¡Era abominable!

Ya era suficientemente horrible que Coombe, a su manera fría y e indiferente, hubiera subido las retorcidas y estrechas escaleras, hubiera despedido a Andrews e inspeccionado los cuartos, despreciándolos, por así decir, y se hubiera quedado cuando todos se habían ido, para enseñarle una faceta suya nueva y anómala. Anómala, sí, pero siempre había hecho lo mismo, más o menos, en cualquier situación. A pesar de todo —de todo— nunca se había enamorado de ella. Al principio le parecía que sí... Después intentó interesarle. Nunca la había desilusionado, lo había hecho todo a su manera de gran señor. Nadie se atrevía a hacer comentarios groseros delante de ella, pero, aunque le veía todos los encantos como solo él sabía, poco a poco se había dado cuenta de que jamás había tenido la menor oportunidad con él. Ni siquiera creía que, aunque aquel funesto día, hacía seis años, no hubiera sido tan tonta, no se hubiera asustado tanto y no hubiera perdido el control, tal vez la habría admirado un poco más cada día y al final le habría propuesto matrimonio. Había dicho que no podía haber malentendidos, y nunca le había permitido crear ninguno. Por eso estaba convencida de que ejercía cierta fascinación sobre ella. Le parecía que era por su buen parecido, tan diferente a todos, por su educación, por la forma de vestir tan maravillosa... pero en realidad era por las diversas formas en que se le hacía inaccesible.

«Una chica podría enamorarse de él —se dijo aquella noche. Se quedó mucho rato, después de irse lord Coombe—. Una chica de estos tiempos. La gente moderna no envejece como antes. A los cincuenta y cinco años no estará gordo ni calvo; tampoco se le habrán caído los dientes. Ahora la gente sabe que no tiene por qué ser así... y la nariz no le cambiará por nada. Será diez años más inteligente que ahora. ¡Comprar los derechos sobre la casa para una niña de esta edad! ¡Construir habitaciones para ella!».

En el frenético torbellino de la única vida que conocía había visto a menudo cosas tremendas, cambios de situación casi antinaturales. Se había superado la locura del miedo a los cambios de mentalidad y de opinión sobre lo que temporalmente se habían considerado emociones y vínculos permanentes. Los vínculos habían pasado de moda. Los matrimonios se destruían, los enamorados se entregaban a un baile de «desfile de dos en dos» y cambiaban de pareja. A veces estos cambios de pareja

daban lugar a muchas agudezas. De vez en cuando la gente se reía de sí misma igual que de los demás. Se sabía de algunos admiradores de matronas atractivas que habían recuperado la juventud en los bailes de presentación de sus encantadoras hijas adolescentes y habían terminado por aceptar las cadenas de flores de una nueva fidelidad. Naturalmente, en otros tiempos esos bruscos cambios habrían sido motivo de censura e indignación, pero la indulgencia y el sentido del humor no perdían tiempo en buscar palabras graves. Pluma sabía de unos cuantos reveses de esta clase que habían terminado en emparejamientos brillantes. Las encantadoras madres solían consolarse con total facilidad y, si de vez en cuando una de las dos partes hacía algún comentario ingenioso y mordaz sobre la otra, todo el mundo se reía y nadie perdía el tiempo criticando. Un hombre que hubiera tenido mucho que ofrecer y que en la juventud prefiriera concedérselo a sí mismo solía estar dispuesto a compartirlo en el matrimonio, cuando el paso del tiempo le revelaba la inquietante realidad de que no era el centro del universo ni nunca lo había sido, realidad que tan injustamente se ocultaba en la flor de la juventud.

Como es natural, lo que flotaba por lo que, a falta de término más preciso, podría considerarse la cabeza de Pluma no era más que una visión difusa de estas reflexiones. Las oscuras escaleritas, el tercer piso, despreciado y jamás aceptado, y Coombe anunciando con indiferencia sus planes para la casa habían desatado la malsana bruma —por así decir— que la envolvía. Y qué pertinaz era, que no se disipaba del todo, sino que seguía impregnando el aire que rodeaba otras cosas más halagüeñas. Se sumaba casi impalpablemente al sentimiento habitual —o la falta de sentimiento habitual— por Robin. No detestaba a la niñita, ni mucho menos; la simple verdad era que, de una forma inactiva, nunca le había gustado. En los repliegues de la bruma difusa flotaba en silencio otra verdad: que ahora le gustaba incluso menos.

Benby fue a verla para hablar de las reformas de la casa. Le dio a entender que sus opiniones en el asunto eran de gran valor y no podía prescindir de ellas. Llevó los planos de los arquitectos y se los explicó con detalle. Eran unos planos inteligentes que sacaban el máximo provecho del poco espacio disponible. Ni siquiera sonrió levemente cuando la señora Gareth-Lawless, inconscientemente, le dio a entender que la hábil reforma le parecía un singular desperdicio de un espacio que habría estado mucho mejor empleado en sus propias necesidades. Le deprimía mucho que usara un terreno que podía haber servido para ampliar su comedor, pero que iba a convertirse en sala de estar para Robin y su futura institutriz.

—Y eso, además de la sala de estudio, que podía haber servido para ampliar el salón... Sin contar con los dormitorios nuevos, que tanta falta me hacen —dijo.

—La nueva niñera, que es una persona muy respetable —le dijo Benby—, no habría aceptado la oferta si no hubiera sabido que se iban a hacer mejoras. Con las reformas, el tercer piso quedará en buenas condiciones para vivir.

La mayor virtud de Dowson, la nueva niñera, era una respetabilidad sublime, muy

superior a la inteligencia. Benby la había propuesto con misticismo: solo por sus capotas y chaquetas casi se podía decir que era un tesoro escondido. Llevaba capotas y chaquetas, no sombreros y abrigos.

—Las niñeras vestían como ella en la época serena de su majestad la reina. No me refiero a los turbulentos últimos años de su reinado, sino a los anteriores, cuando Inglaterra soñaba con palacios de cristal y ferias mundiales. Debe de haberla encontrado en una excavación —dijo Coombe de ella.

La mujer estaba tan orgullosa de su respetabilidad como Andrews de su inteligencia. Tanto es así que casi había sido un obstáculo insuperable para contratarla. La casa estrecha, con tanta gente moderna, charlatana y tan bien vestida entrando y saliendo, no era lugar para ella, como tampoco la señora Gareth-Lawless era la señora ideal. Pero su marido había sufrido un accidente y tenía que estar en el hospital, y su hija inválida tenía que vivir en la costa... Y de pronto, cuando peor estaban las cosas, aparecía Benby con la firme determinación de contratarla a cambio de un salario que no le pagarían en ninguna otra parte. Aparte de lo cual, había observado la vida.

—Las cosas han cambiado —reflexionó con sobriedad—. Hay que resignarse y no ser muy exigentes.

Aceptó el tercer piso, tal como decía Benby, porque lo iban a reformar y convertirían los cuartos de los niños en una sola estancia que, reparada y empapelada, podía ser habitable. Solía mirar con perplejidad a la preciosidad que le habían confiado, porque sabía mucho de niños, y esta tenía algo raro. Abrió cajones y armarios y vio que tenía una gran cantidad de ropa muy bonita, de todas clases, todo en perfectas condiciones. En esos agujeros lóbregos que llamaban cuartos de los niños descubrió la prueba de que se había gastado dinero como agua para que la niña, cuando tenían que exhibirla, pareciera una princesita. Pero no encontró juguetes ni muñecas, y solo un libro ilustrado de cuentos, en cuya primera página, por cierto, ponía «Donal», así que, evidentemente, era de otra persona.

Nunca llegó a saber lo que habría hecho si hubiera tenido tiempo de pensarlo un poco porque, pocos días después de llegar, un caballero alto y delgado, que subía las escaleras de la entrada en el momento en que salía con Robin, se paró a hablar con ella como si la conociera.

—Niñera, ¿sabe usted qué clase de juguetes les gustan a los niños? —le preguntó.

Con todo respeto, le dijo que tenía mucha experiencia en preferencias infantiles. No conocía al caballero, pero tenía algo que, mientras no supiera quién era, más valía tratarlo como si fuera muy importante.

—Por favor, vaya a una juguetería y elija lo que más pueda gustarle a la niña. Muñecas, juguetes... Usted sabrá qué es lo mejor. Mándeme la factura a Coombe House. Soy lord Coombe.

—Gracias, milord —respondió Dowson, esbozando una inclinación deferente—. Señorita Robin, dé la mano y diga «gracias» al señor por su amabilidad. Ha pedido a

Dowson que compre muñecas bonitas y libros ilustrados para regalárselos a usted.

Las pestañas de Robin tocaron las cejas al levantar la mirada ancha y fija hacia Coombe. ¡Era «ese» otra vez! Cerró el puño y se lo puso a la espalda.

Lord Coombe sonrió un poquito, no mucho.

—No le gusto —dijo—. No es necesario que me dé la mano. Prefiero que no lo haga, si no quiere. Buenos días, Dowson.

Según la sensata mentalidad de Dowson, esto era tratar con mucha ligereza una cuestión de importancia: la de la mala educación juvenil. Reprobó a la niña por su mal comportamiento con toda seriedad.

—Las niñas pequeñas deben portarse bien con los caballeros amables que son amigos de su mamá. Ser grosera y no dar las gracias es muy feo —le dijo.

Pero, mientras hablaba, se dio cuenta de que a la niña le entraban sus palabras por un oído y le salían por otro. Tal vez fuera una cuestión de mal humor, que desaparecería sin dejar rastro. De todos modos, había algo raro en esa niñita. Solía sentarse a mirar por la ventana sin hacer nada, como si no tuviera ganas de divertirse. Era muy joven para no querer hacer nada, y tampoco la comida le despertaba interés. Dowson pidió permiso para llamar al médico y, cuando este llegó, le recetó aire del mar.

—Claro, puedes llevártela unas semanas —dijo la señora Gareth-Lawless. Sonrió satíricamente y añadió—: Pero puedo decirte lo que le pasa. La muy brujilla se enamoró de un niño al que conoció en los jardines de la plaza y, cuando su madre se lo llevó de Londres, se puso toda mustia como una adolescente pelma. Es ridículo, pero eso es lo que le pasa.

—¡Ah! —dijo Dowson, con un matiz de censura en su tono, respetuoso y grave—. Los niños son caprichosos, señora. Se le pasará en cuanto le demos otra cosa en que pensar.

La buena mujer fue a una gran tienda de juguetes y compró una muñeca preciosa, una casa de muñecas y unos libros de cuentos. Cuando los llevaron al cuarto diurno de los niños, Robin se había quedado dormida después de un paseo bastante largo que, en opinión de Dowson, tenía que haberle sentado muy bien. Más tarde, cuando fue a la habitación, habían desempaquetado las cosas y las miró con una expresión de auténtico desprecio.

—¡Qué muñeca tan bonita! ¿No le parece? —dijo Dowson, para animarla—. Y ¿la casa de muñecas? ¿Había visto cosa igual? Lord Coombe ha sido muy bueno al hacerle estos regalos. ¡Mire, mire qué cuentos!

Robin se puso las manos a la espalda, no pensaba tocar esas cosas. Dowson, que era un ser maternal y con una gran dosis de sentido común, se puso a pensar. Empezó a barajar posibilidades, aunque todavía no se había familiarizado lo suficiente con la casa para poder dar algo por seguro.

—Ven aquí, querida niña —dijo, y se puso a la pequeña en el regazo—. Es porque no quieres a lord Coombe ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —dijo ella.

—Pero ¿por qué? —dijo Dowson—. Es un caballero muy amable.

Pero Robin no quería contárselo y jamás se lo contó. Hasta muchos más años después, nunca contó a nadie cómo había empezado ese aborrecimiento. Cuando la llevaron al mar dejó los juguetes en casa. Dowson intentó muchas veces convencerla de que jugara con ellos, pero se negaba a tocarlos, así que los guardaron. Consciente de que se trataba de un caso singular, y porque era una buena persona, la niñera le compró algunas cosas por su cuenta, cosas sencillas, pero a Robin le encantaron.

—¿Me las regalas tú? —le preguntó.

—Sí, señorita Robin.

La niña, vacilante, tardó un minuto en acercarse a ella.

—¡Voy a darte un beso! —dijo con solemnidad, y se lo dio: un beso tan ruidoso como los de Donal.

—¡Querida chiquilla! —exclamó Dowson, sorprendida—. ¡Ay, Dios!

Y se le humedecieron los ojos al estrechar entre los brazos el tierno cuerpecito.

—Es la chiquilla más rara que he cuidado —dijo a la señora Blayne en las dependencias del sótano—. Fue tan repentino y... ¡como si no lo hubiera hecho nunca! La verdad es que empezaba a pensar que no tenía sentimientos.

—No tiene motivos para tenerlos. La han cuidado a golpe de reloj y la visten como si fuera una muñeca, pero ¡no la han tratado como a un ser humano! —dijo la señora Blayne de pronto.

Se lo contaron todo: la historia de «arriba», con todo lujo de detalles, plagada de nombres y salpimentada de «yoes». Dowson había oído algunos rumores poco claros, pero ahora lo sabía con certeza y empezaba a ver por dónde tenía que ir. Hasta entonces no sabía nombres, y la confirmación del de lord Coombe le inspiró una idea.

—¿Cree que la niña podría tener celos de milord? —preguntó.

—Podría, si supiera algo de él... Pero no lo había visto nunca, hasta la noche en que la bajaron al salón. Ha vivido arriba como un perrito enjaulado.

—Bien —reflexionó Dowson en voz alta—, es casi una tontería decir que una niña aborrece a alguien, pero lo que había en los ojos de esa criaturita cuando lo miró era puro odio. Eso fue lo que me sorprendió.

XV



Antes de que llevaran a Robin a respirar el vigorizante aire de la costa de Norfolk para que recuperase el apetito y olvidara su pequeña tragedia, se dio cuenta de que en su casa estaban pasando cosas que antes no pasaban. Por el callejón de atrás entraban y salían obreros con escaleras de mano, herramientas y bolsas raras. Oía martillazos, que empezaban muy temprano por la mañana y duraban todo el día. Como Andrews la había enseñado a no molestar con preguntas, se limitaba a mirar furtivamente, de vez en cuando, por una ventana trasera. Pero a los pocos días Dowson se la llevó al mar.

Cuando volvió a Londres no tuvo que subir las empinadas y oscuras escaleras del tercer piso. Dowson la llevó a unas habitaciones que no había visto nunca. Era luminosas y aireadas, con paredes y muebles bonitos. El salón tenía incluso una ventana redonda con plantas y un canario que cantaba en una jaula.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó a Dowson en voz muy baja.

—Vamos a vivir aquí —le dijo.

Y allí vivieron.

Al principio, Pluma llevaba de vez en cuando a sus íntimos a ver las habitaciones nuevas.

—La niñita vive con todo esplendor, y yo ¡con un dormitorio que es como la carbonera y unos salones tal como los veis cada vez que entráis en casa! —soltó un día rencorosamente, perdiendo las formas.

Se lo dijo a Estornina y a Harrowby, que simplemente miraban las novedades con perplejidad, porque sin duda sería interesante conocer los motivos de la ampliación de la casa. Con esa salida de tono, lo único que pudieron hacer fue mirarla con una expresión imparcial que insinuaba una pregunta, y Pluma, de mal humor, se encogió de hombros.

—Sabéis que no he sido yo. ¿Cómo iba a ser yo? —dijo—. Es un capricho raro de Coombe. Típico de él, claro. A mí me parece malsano.

Después de esto, todos se enteraron del asunto y lo convirtieron de tema de debate edificante y estimulante. La situación resultaba fantástica, en cierto modo. ¡Coombe era la última persona en este mundo que se hubiera tomado el menor interés por la existencia de una niña! Se creía que no la había visto nunca —salvo en faldones— hasta que lo miró con mala cara y se llevó la mano a la espalda la noche en que la bajaron al salón. Hasta entonces, la habían tenido hábilmente escondida en un desván o algo así. Y ahora... ¡Había que ver las nuevas habitaciones maravillosas que se habían construido, amueblado y decorado para su uso exclusivo! ¡Y viviría como en un palacio en miniatura con sus propios criados! Se bromeó sobre Coombe en su

faceta de proveedor de accesorios infantiles y, según la opinión general, solo la erupción de un volcán podía haberlo sacado de su frío ensimismamiento, para que reconociera la existencia de una niña pequeña.

—En honor a la verdad, hay que decir que, en realidad, ninguno de nosotros sabe nada en particular de sus procesos mentales —pensó Harrowby en voz alta—. Puede hacer mil y una cosas que tal vez no entendamos, si tuviera la deferencia de contárnoslas... cosa que no hará jamás. Tiene una cabeza muy bien surtida, distante y cínica. Él mismo reconoce que es un egoísta inhumano. No tengo nada que decir, pero me obliga a estrujarme los aledaños del cerebro en busca de una explicación más o menos razonable.

—¿Por qué «los aledaños»? —preguntó Estornina.

Harrowby se encogió levísimamente de hombros.

—Bueno, no busco axiomas de cuaderno de caligrafía —dijo—. ¿Para Coombe? ¡No!

Se hizo un silencio propicio al pensamiento secreto.

—Pluma está que se sube por las paredes y es demasiado plumosa para ocultarlo —dijo Estornina.

—No podía ser de otro modo —Harrowby la miró curiosamente con sus ojos miopes—. ¿Te imaginas a Pluma en el futuro... cuando Robin sea diez años mayor?

—Sí —contestó Estornina.

Llegaron tiempos de cambios... tiempos de crecimiento. Tiempos locos de vida y diversión continua en todo Londres, sobre todo en la casa estrecha cuya fachada siempre parecía recién remozada, a pesar de las lluvias de verano y del hollín y la niebla de invierno. Las plantas de las jardineras de las ventanas siempre estaban en flor, porque, al menor indicio de pérdida de lozanía, las cambiaban mágicamente a primera hora de la mañana. Se decía que a la señora Gareth-Lawless también debían de remozarla misteriosamente todas las mañanas, porque, a medida que se acercaba a los treinta y los pasaba, cada día estaba más hermosa. ¡Así eran las mujeres en estos tiempos! Expresión, esta última, siempre muy socorrida... desde el Diluvio Universal, probablemente. Los antañones, tanto hombres como mujeres, la decían en el pasado para hacer comparaciones mordaces y desfavorables, con indignación, con arrebatos, casi glugluteando como pavos. Ahora era una muletilla apaciguadora. «En estos tiempos» uno sabía divertirse más y mejor, había más libertad para aprovechar las buenas oportunidades, se dependía menos de las antiguas fantasías que pasaban por creencias; todo giraba más deprisa, con más ligereza... bailando el pasodoble, en vez de a paso de marcha.

Robin relacionaba vagamente algunos cambios de su existencia con los de la moda de las mangas y faldas, que parecían producir efectos radicales en el mundo que entreveía. Unas veces las mangas se ajustaban mucho al brazo, pero se hinchaban

enormemente hasta el hombro, lo que requería mucho cuidado al ponerse el abrigo; después, caían, con gran abundancia de tela desde el hombro hasta la muñeca, donde se quedaron hasta que un repentino cambio en las faldas les quitó protagonismo y perdieron importancia en favor de estas. Más adelante, a veces se llevaban los tipos delgados, enfundados en tela; otras, los vestidos caían en pliegues hasta los pies o se «rellenaban» en algunas partes, o el relleno desaparecía por completo; las colas se alargaban o se acortaban, se hacían más anchas o más estrechas; de repente las telas de Cachemira, el grogrén de seda y los satenes con mucha caída dejaron de existir; se impuso la gasa y envolvió el mundo. Las capotas pasaron a la historia y los sombreros eran inmensos o diminutos, altos o planos, echados hacia atrás, hacia un lado, hacia delante, cubriendo la cara o descubriéndola con gallardía; las plumas, a su caer o enhiestas, alcanzaban alturas mayores o menores y cambiaban de posición cada temporada. Ninguna prenda duraba más de un mes, ni ninguna persona se vestía igual dos meses seguidos. Era necesario cambiarlo todo con la misma rapidez que cambiaban el estado de ánimo y los gustos, al compás de los automóviles, que pasaban volando de un lado a otro por el campo, por la ciudad, por sitios remotos, marcando un nuevo ritmo al mundo a una velocidad despiadada.

—No puedo lamentar que ya no haya coches de postas —dijo lord Coombe—. Ni siquiera había nacido cuando desaparecieron. Pero en mi época de juventud e inocencia, los trenes expresos parecían casi sobrenaturales. Se podían recorrer treinta kilómetros en coche de caballos para hacer una visita al campo, pero no volver el mismo día. El círculo de amistades tenía sus limitaciones y sus grados de intimidad. Ahora se pueden recorrer ochenta kilómetros en automóvil para ir a comer y volver a casa a cenar con invitados de los más lejanos rincones de la tierra. Se cruzan océanos en seis días y los viajeros entusiastas saltan de un continente a otro. Se pueden acordar compromisos por telegrama y los más emprendedores pueden aceptar una invitación a cenar en América con quince días de antelación. La comunicación por teléfono es casi instantánea y no hay quien se libre de interrupciones sociales cada quince minutos. No hay límites para las visitas y la correspondencia porque se puede llegar a cualquier habitante del globo terráqueo gracias al automóvil o mediante la electricidad. Cuando me vence la fatiga volvería con mucho gusto a los tiempos de la reina Ana.

Mientras estos cambios se sucedían, Robin vivía en su mundo, en sus habitaciones de detrás de la casa estrecha. Los primeros años que pasó con Dowson aprendió poco a poco que la vida era mejor que lo que había conocido en la lóbrega penumbra de los cuartos de los niños del tercer piso. Ya no la dejaban sola muchas horas seguidas ni la llevaban a las dependencias de los criados a oír, sin participar, los misterios de los que hablaban, relacionados con la señora del piso de abajo, con «él» y con ella misma, relación que había descubierto porque bajaban la voz, la miraban de reojo o Andrews imponía silencio de pronto. Comprendió que Dowson jamás la pellizcaría y además vivía en unas habitaciones bonitas y luminosas.

Poco a poco empezaron a aparecer libros ilustrados, que creía que eran regalos de Dowson. Lo creía porque se lo había dicho ella personalmente.

Nunca jugó con la muñeca y un día, por casualidad, lord Coombe se encontró con Dowson en la calle, sin la niña, e, igual que la otra vez, se detuvo a hablar con ella.

—¿La niñita está bien, está contenta, niñera? —le preguntó.

—Muy bien, milord, y mucho más contenta que antes.

—¿Le gustaron... —vaciló un poco— los juguetes que le regalé?

Dowson vaciló bastante más, pero, como era sensata y además sentía curiosidad por el asunto, le dijo la verdad.

—No ha querido jugar con ellos, milord. No he sido capaz de convencerla. No sé por qué fantasía infantil.

—Yo tampoco; solo sé que viene de un aborrecimiento que no deja lugar a dudas —dijo Coombe. Hizo una breve pausa—. ¿A usted le gustan los juguetes, Dowson? —preguntó con frialdad.

—Sí... y sé elegirlos, milord —contestó ella astutamente.

—En tal caso, hágame el favor de tirar la muñeca y lo demás y de comprar otros juguetes, los pago yo, y déselos a la señorita Robin como si se los regalara usted. Así los aceptará.

Siguió su camino y Dowson se quedó mirándolo con interés.

«Si fuera hija suya —pensó—, no me extrañaría. Pero no lo es, que yo sepa. Tal como es este hombre, por imposible que parezca, se trata de un capricho particular, igual que en el caso de Robin. Me gustaría saber qué fantasía es esa».

Era una fantasía, una fantasía muy antigua, de hacía treinta años, de la época oscura de la juventud, la pasión y la tragedia sin fin, cuya angustia, parecía entonces, nunca terminaría, pero que, sin embargo, se había debilitado y diluido con el paso del tiempo. Y, con todo, lo dejó como era y había sido. No se ponía sentimental, sonreía con tristeza en su fuero interno, aunque nunca por el recuerdo en sí, cuando volvía, y, con su difusa fuerza evocadora, lo impulsaba a hacer cosas raras que curiosamente rayaban en lo emocional y excéntrico. Pero hasta la niña, que lo aborrecía por algún fantástico motivo pueril, hasta la niña tenía algo que ver. Su espíritu retrocedió extrañamente a un lugar remoto mientras se alejaba y Piccadilly se convertía en una sombra soñada.

Dowson se fue a casa y se puso a guardar con cuidado en una caja la muñeca y los juguetes que la niña no quería. Robin, al ver lo que hacía, le preguntó:

—¿Vuelven a la tienda?

—No. Lord Coombe me ha dado permiso para regalárselos a una niña pequeña que es muy pobre y tiene que guardar cama porque le duele la espalda. Milord es tan considerado que no quiere que estas cosas te molesten. No está enfadado. Es tan bueno que no puede enfadarse.

Eso no era verdad, pensó Robin. ¡Había hecho una cosa que recordaba muy bien! Si fuera tan bueno no la habría hecho. Era malo.

Cuando Dowson llegó con una muñeca nueva y otros juguetes maravillosos, una manita le agarró la muñeca con fuerza mientras desenvolvía las cajas. Era Robin, que la miraba con expresión interrogante, entre suplicante y enfadada.

—¿Manda él estas cosas, Dowson?

—Son regalos que te hago yo —respondió Dowson tranquilamente.

Y Robin volvió a decirlo:

—Quiero darte un beso. Me gusta darte besos. Me gusta.

Los aficionados a especular con cuestiones psíquicas podrían pensar que, la noche en que la niña que a Andrews le parecía una dócil marioneta de papel estalló y se enfrentó a ella, se había producido algún cambio en su cerebro. Desde ese momento, la docilidad quedó relegada al pasado. Dowson no había encontrado a una niña, sino a un ser pequeño, vehemente y triste. No era desobediente ni irritable, pero la niñera percibía un temperamento fuerte en ella. Sabía que siempre estaba pensando en cosas de las que no decía prácticamente nada. Solo una curiosidad sensible y maternal, como la de Dowson, podía descubrir algo; las pocas preguntas que hacía la niña muy de tarde en tarde a veces arrojaban alguna luz. Eran preguntas sobre los hábitos y costumbres de las madres que, por ser inconscientes, revelaban un pasado extraño. La propia señora Gareth-Lawless arrojaba también alguna luz sin darse cuenta. La forma cortés de desentenderse de cualquier sombra de responsabilidad, los fastuosos e inacabables compromisos sociales, las idas y venidas, los rebaños de alegres amigos íntimos, casi ruidosos, que entraban y salían con ella revelaban muchas cosas a una persona respetable que había contemplado el mundo sobriamente.

—La señora del piso de abajo es mi madre, ¿verdad? —preguntó Robin una vez, con seriedad.

—Sí, querida mía —respondió Dowson.

Una pausa para pensar en la cuestión y otra pregunta de Robin:

—No todas las madres son iguales, ¿verdad, Dowson?

—No, querida mía —sabiamente.

Aunque todavía no había cumplido siete años, había cambiado tanto que los días de primavera en los jardines de la plaza parecían muy remotos. Sin embargo, ella volvía a ese jubiloso pasado tan lejano.

—La señora del piso de abajo no es... igual —dijo al fin—. La madre de Donal quería a Donal. Le dejaba sentarse con ella en el sillón a leer libros ilustrados. Le daba besos cuando se iba a dormir.

Lógicamente, Jennings, el joven lacayo, que tenía mucho sentido del humor, había oído hablar del lance amoroso de Robin mientras servía y, también lógicamente, lo había contado en el sótano. Por lo tanto, a Dowson le habían llegado rumores, pero, con mucha sensatez, no había preguntado nada a la niña.

—¿Quién era Donal? —le preguntó ahora, pero en voz baja.

Robin no sabía que tener una confidente la habría ayudado a soportar su primer sufrimiento. En realidad, tampoco ahora hablaba en confianza, pero, ante la actitud

amable y serena de Dowson, sabía que no era peligroso contárselo.

—Era un niño mayor —respondió, sin dejar de mirar a la niñera—. Se reía y corría y saltaba. Tenía los ojos...

Tuvo que dejar de hablar porque no podía explicar lo que quería decir de esos alegres ojos jóvenes, que eran los primeros ojos humanos que la habían mirado con cordialidad.

—Vive en Escocia —empezó de nuevo—. Su madre lo quería. Me daba besos. Se fue. Lo echó lord Coombe.

Dowson se sobresaltó sin querer.

—¿Lord Coombe?

Robin se acercó a ella y le clavó el puño en la rodilla casi hasta hacerle daño.

—¡Es malo, malo, malo! —parecía un diablillo.

Como Dowson no era tonta, enseguida comprendió que aquello era un volcán que la niña tenía muy bien guardado, y era mejor dejar que la erupción terminara en silencio. No era una persona inteligente, pero tenía mucha experiencia y sabía que a veces era preferible dejar a los niños a su aire. Robin no contestaría, si le hacía ahora alguna pregunta. Se pondría testaruda y se enfadaría, y no convenía enfadar a los niños. Naturalmente, la niñera sabía que ese niño era pariente de milord, que la madre era una mujer escocesa muy estricta y que tenía mala opinión de la casa estrecha. Tal vez lord Coombe tuviera algo que ver con eso o tal vez no. Pero al menos ahora Dowson sabía algo más. Y ¡qué mal lo había pasado la niñita! «Como si hubiera sido ya una mocita», pensó Dowson con inquietud.

Unos días después se inquietó más al encontrarse a Robin en un taburete con un libro ilustrado en el regazo; vio que era el que había encontrado la primera vez que registró el cuarto de los niños del tercer piso en busca de bienes infantiles. Llevaba el nombre de Donal y Robin no estaba mirando solo las ilustraciones, sino una cosa que tenía en la mano... una cosa doblada y guardada en un papel arrugado.

Buscó una disculpa para acercarse al rincón en el que estaba la niña y vio lo que había en el papel. Parecían fragmentos de hojas secas. Robin los miraba con perplejidad, con una carita que daba pena, tanta que Dowson se compadeció.

—¿Quiere guardarlos? —le preguntó.

—Sí —conteniendo la respiración—. Sí.

—Voy a hacerle una bolsita de seda para guardarlos —le dijo Dowson, también con una cara que daba pena.

¡Pobre chiquilla, con su libro ilustrado en el regazo y los trocitos de hojas, que parecían una infusión, en la página abierta!

—Lo trajo Donal para enseñármelo —dijo trémulamente—. Hacía adornos bonitos en las hojas... con su navajita. —Se acordaba de demasiadas cosas... demasiadas, todas de golpe. Se le pusieron los ojos muy redondos y grandes, cargados de una aflicción que no podía evitar—. ¡Las hacía Donal! ¡Donal!

Y de repente metió la cara entre las faldas de Dowson y estalló la tormenta. Era

tan pequeña y hablaba tan poco... y ¡esos eran sus muertos! Dowson solo podía cogerla en brazos, sentarla en su regazo y acunarla.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía para sí—. Y ¡no tiene ni siete años! ¡Qué hará a los diecisiete! ¡Es de las que no tienen remedio!».

Fue el comienzo de un afecto. A partir de entonces, cada vez que Dowson arropaba a Robin en la cama, le daba un beso. Le contaba cuentos y le enseñaba a coser, y las letras. Con gran discreción, encontró algunos compañeros de juegos para ella en los jardines. Pero a veces las cosas no salían bien; a veces Robin jugaba unos cuantos días con alguna niña guapa y amable, pero de pronto no la dejaban moverse del banco de su niñera. En una ocasión, cuando tenía diez años, una recién llegada, todo un personajillo, demasiado bien vestida, después de un par de días de juegos imaginativos y maravillosos, apareció en los jardines la mañana siguiente y le dio la espalda ostentosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Robin.

—¡Ah! Es que no podemos jugar más contigo —con aires de superioridad.

—¿Por qué? —preguntó Robin, poniéndose orgullosa también.

—No podemos, por lord Coombe.

En realidad, el personajillo no tenía la menor idea de la relación de lord Coombe con la situación, pero los nombres y las cosas misteriosas que murmuraban algunos criados daban a entender que en milord había una maldad desconocida.

Robin no dijo nada a Dowson, se puso a pasear por los jardines pensando y alimentando el fuego lento que seguía ardiendo en su joven corazón. Había pasado ya la fase infantil del cuerpo blando y redondo y entraba la de la estilización del cuerpo y las piernas y la transformación de las curvas de la cara en facciones más afiladas.

Dowson, que aceptaba la situación y todas sus consecuencias, había visto que era preferible tratar las necesidades de la niña con lord Coombe. Después habría que ver cómo exponérselas a la señora Gareth-Lawless pero, si se lo decía primero a ella, podía olvidarlo todo o pasarlo por alto intencionadamente.

Dowson aprendió a calcular cuándo y dónde podía encontrar a milord... como por casualidad y, por tanto, con todo respeto. A veces se preguntaba si no propiciaría él esos encuentros «casuales». Pero la actitud de él, un tanto rígida e inexpresiva, fría e indiferente, siempre era la misma. Nunca era amable con la niña, si se encontraban por la calle. A Dowson le parecía natural y altivo al mismo tiempo, como si Robin fuera algo desechable cuya sola presencia lo fastidiara. Sin embargo, la realidad inamovible es que era a él a quien había que dirigirse... con toda cautela.

Una tarde, Pluma lo arrastró, junto con otro par de personas, al salón de la ventana redonda con flores. Robin estaba sentada a una mesa baja, dibujando eses con un lapicero en un papel que le había dado Dowson. Lo cierto es que la niñera le había puesto esa tarea porque Jennings le había dicho que milord y otros invitados del té de la tarde irían al «palacio», como lo llamaba Pluma irónicamente. Jennings se llevaba muy bien con Dowson y solía contarle cosas que le convenía saber. La niñera

había dicho a la niña que se pusiera a dibujar eses en la mesa blanca, junto a la ventana redonda, precisamente porque era probable que lord Coombe acudiera con los demás invitados.

Al cabo de un rato se oyó barullo de voces en el pasillo. Pluma llevaba a algunos invitados nuevos que no habían visto las reformas todavía.

—Aquí vive mi hija. Tiene mucha más categoría que yo —dijo.

—Póngase de pie, señorita Robin, y salude —susurró Dowson.

Robin obedeció, hizo una leve inclinación y la señora Gareth-Lawless enarcó sus bonitas cejas.

—Mirad qué piernas —dijo—. Está creciendo como Pedro el de las habichuelas mágicas... Aunque supongo que las que crecieron fueron las habichuelas. No tardará en llegar con la cabeza al techo. Fijaos en las piernas, haced el favor.

Siempre hablaba como si la niña fuera un objeto inanimado y, en esa época y por ese procedimiento, había conseguido eliminar de la cabeza de Robin toda la adoración infantil que su belleza le había inspirado, y había sembrado en su lugar un sentimiento distinto. En ese momento afloró el sentimiento nuevo... y quemaba.

—¡Qué piernas tan bonitas! —dijo jocosamente un joven risueño—, pero tal vez no le apetezca que se las miremos. Esperemos a que aprenda la danza serpentina.

Y todo el mundo se echó a reír, mientras la niña seguía rígida —objeto de la broma ligera— sin saber que todo su cuerpo los maldecía a gritos.

Coombe se acercó a la mesa baja y dedicó una mirada indiferente a la hoja de papel.

—¿Qué hace? —preguntó a Dowson, con la misma indiferencia.

—Aprender a escribir las letras, señor —respondió Dowson—. Está en edad de aprender cosas. Le he enseñado las letras y sabe deletrear palabras fáciles. Aprende rápido... y ya tiene edad suficiente, señor.

—¡Aprende a leer y escribir! —exclamó Pluma—. Presunción lo llamo yo. Yo no sé leer ni escribir... y deletrear, menos todavía. ¿Tú sabes deletrear, Collie? —al joven, llamado Colin—. ¿Y tú, Genevieve? ¿Y tú, Artie?

—No me harás caer en semejante vulgaridad —dijo Collie—. ¿Quién deletrea en estos tiempos? Nadie, solo los empleados de Peter Robison.

—Lord Coombe sí... pero es una de sus características aburridas de ser superior —dijo Pluma.

—Tiene casi cuarenta años más que la mayoría de ustedes. He aquí el motivo —dijo Coombe—. No os lamentéis por vuestra juventud e inocencia.

Pasaron por todas las habitaciones mirándolo todo. Lo cierto era que despertaban la curiosidad porque las había construido el inexplicable Coombe, como se sabía ya a estas alturas, y eran, por tanto, objeto de bromas y ocurrencias a su espalda. Incluso subieron al piso de arriba a ver los dormitorios, momento que eligió Coombe para quedarse abajo con Dowson.

Siguió completamente inexpresivo un momento. Dowson no tenía la menor idea

de si tenía intención de hablar con ella o no. Pero habló con ella.

—Ha dicho —dijo sin mirarla apenas— que ya tiene edad para ponerle una institutriz.

—Sí, milord —casi sin respirar, por hablar rápidamente antes de oír el ruido de tacones en las escaleras otra vez—, una que sea buena persona, además de inteligente, si me permite la libertad. Si es que hay alguna buena...

—¿Alguna buena que esté dispuesta a aceptar el puesto?

Dowson no intentó llevarle la contraria ni disculparse. Sabía lo que tenía que hacer.

Coombe no dijo nada más, sino que salió pausadamente del salón.

Cuando salía, Robin se levantó e hizo la leve inclinación que le habían enseñado de pequeña. Ahora ya era mayor para negarse a darle la mano, pero él tampoco intentó que se la diera. Respondió a la inclinación con el más breve movimiento de cabeza.

No pasaron ni tres minutos cuando se oyeron tacones en las escaleras y el grupo de visitas también se fue.

XVI



La conversación que tuvieron Pluma y lord Coombe pocos días después tuvo un carácter particular.

—Mañana a las once vendrá una institutriz —dijo—, mademoiselle Valle. Tiene experiencia en educar niños. Se presentará para que le dé el visto bueno. Benby se ha encargado de todo lo demás.

Pluma se ruborizó hasta la raíz de su bonito y sedoso pelo rubio ceniza.

—¡Qué importancia puede tener, por favor! —exclamó.

—Para usted ninguna —dijo él—, pero resulta que, de momento, para mí sí.

—¡Casualidades! —exclamó, encendida; en realidad fue una rara llamita de sentimiento—. ¡Eso es! ¡En realidad le da igual! Es un capricho... Solo porque ha visto que va a ser guapa.

—Reconozco —confesó— que tiene mucho que ver con eso.

—Tiene todo que ver con eso —le reprochó—. Si tuviera nariz de patata y las piernas gordas no se preocuparía nada por ella.

—No he dicho que me preocupe por ella —sin emoción—. La situación me despierta interés. Han arrojado al mundo a un ser pequeño y extraordinario que no es de nadie. Tendrá que luchar por sus propios medios, porque tendrá que luchar, ¡por Dios! ¡Con esa mirada cristalina que tiene y esa boca curva de amapola! ¡No lo sabrá, pero levantará pasiones!

—Entonces, más vale que no aprenda nada de nada —dijo Pluma—. Sería divertido dejarla crecer sin aprender a leer ni escribir. Sé de muchos hombres que estarían encantados con la novedad. Las sabiondas son muy sosas.

—Es preciso darle alguna pequeña oportunidad —dijo Coombe—. Por ejemplo, una institutriz. Mademoiselle Valle llegará a las once.

—A mí no me parece que vaya a ser tan guapa —dijo Pluma, inquieta—. Es una niña muy mona pero puede convertirse en una chica gorda de ojos negros y saltones, como una camarera de taberna.

—Algunas veces, las mujeres guapas aborrecen a sus hijas cuando se hacen mayores —dijo Coombe, mirándola con interés.

—Yo no la aborrezco —con un sentimiento trágico y envenenado—. Pero ¡una chica grandota y desgarrada merodeando por ahí, comiéndoselo todo con los ojos y deseando que se la coman a ella mientras pasa esa edad tan estúpida...! Y a veces me habla usted como un marido a su mujer cuando está harto de ella.

—Le ruego que me disculpe —dijo Coombe—. Con usted, unas veces es como si viviera en el piso de encima de una tienda en Knightsbridge y otras, en una residencia coqueta de Regent's Park.

Pero sabía perfectamente que tenía esa misma sensación a menudo por la posición anómala que ocupaba en la casa.

Pluma sabía sin sombra de duda que la institutriz elegida por Coombe —aunque aparentemente no tuviera nada que ver en la elección— presidiría las habitaciones nuevas.

Aceptaba, por inevitable, cierto dominio casi silencioso y siempre irreprochable sobre su existencia, aunque la inquietara sin remedio. Sin Coombe, la arrojarían a las cloacas como una mariposa con las alas rotas. Conocía Londres. Nadie se haría cargo de ella, a no ser para romperla en pedacitos más pequeños y volver a tirarla. A pesar de todo, la libertad de la que gozaba gracias a él era maravillosa. Porque él despreciaba las interferencias.

Pero había una línea que no se podía cruzar... no se podía intentar cruzarla, siquiera. Ignoraba el motivo de esa preocupación de Coombe.

—Tiene usted que ser como la mujer de César —dijo él en tono grave, después de una conversación en la que le había hecho una advertencia despiadada.

—Pero no soy la mujer de nadie. ¿Qué hacía la mujer de César? —le preguntó.

—Nada.

Y le contó la historia y, después de que se la contara, entendió algunas cosas con total claridad.

Mademoiselle Valle era francesa, una mujer madura e inteligente. Se presentó ante la señora Gareth-Lawless para que le diera su aprobación y, en diez minutos, comprendió que allí, la única persona que tenía la facultad de revisar y resumir era ella misma. Esta mujer tan guapa no sabía lo que tenía que preguntarle ni prestaba la menor atención a las respuestas que le daba. Mademoiselle Valle pensaba con rapidez y extraía deducciones prácticas, y no tuvo la torpeza de creer que en su trabajo no tendría más supervisión que la de esa leve presencia. Era evidente que el excelente Benby hacía las cosas y que las hacía, era evidente también, cumpliendo órdenes claras. Lord Coombe —entre otras cosas, el hombre mejor vestido y tal vez el más incomprendido de Londres— tenía intereses en esto, pero ninguna persona práctica podía explicarse por qué. Su relación con la casa estrecha de determinado lado de determinada calle se entendía perfectamente. Los indulgentes no veían nada malo ni reprochable en ello. Mademoiselle Valle no prestaba oídos a los meros rumores. De lo único que podía hablar era de educación, de los modales y la moral de la niña. Ese era su único cometido y estaba preparada para cumplirlo.

Por lo tanto, se quedó sentada oyendo con respeto e inteligencia la charla de pajarito de la señora Gareth-Lawless. («¡Qué guapa es! ¡Tiene el tipo de una jovencita!»).

Por su parte, la señora Gareth-Lawless tenía la sensación de haber hecho todo lo que se le pedía.

—Me temo que es una niña bastante obtusa, mademoiselle —dijo al despedirse—. Usted conoce a los niños y entenderá lo que quiero decir. Tiene la manía de

quedarse mirando sin decir nada. Confieso que me gustaría que no fuera tan obtusa.

—No puedo creer que sea obtusa, señora —dijo mademoiselle con una agradable sonrisa de complicidad—. Es imposible, se lo aseguro. Ya lo veremos.

En pocos días vio muchas cosas. Al principio reconoció el efecto que podía causar una niña de piernas y pies estilizados y otros doce detalles más que prometían una auténtica belleza. Primero, la intensidad y la profundidad de la mirada. Le hacía pensar mucho a una antes de formarse una opinión. Después advirtió la perfección de las habitaciones nuevas, añadidas a la elegante e incómoda casita. ¿Dónde vivía la niña, antes de que construyeran la parte nueva? Eso solo podía ser obra de una buena cabeza y un verdadero genio de la arquitectura. Se había pensado en aprovechar la luz e incluso en todo el sol que Londres pudiera proporcionar. Se había pensado en la comodidad, en la utilidad y en el lujo. Color perfecto y textura que evocaba auténtico encanto. Tenía tan poco que ver con las habitaciones que solían dedicarse a los niños en Londres, incluso a los de clase más afortunada, que enseguida le llamó la atención. Esto no lo había hecho la señora Gareth-Lawless. Entonces ¿quién?

Se entendió bien inmediatamente con la buena señora Dowson. Conocía la excelencia de las mujeres como ella tal como la había descubierto entre los mejores campesinos. Digna de toda confianza, sencilla, bondadosa, pero con un sentido común perspicaz y muy desarrollado, y con capacidad de observación. Dowson no era charlatana ni le gustaba el cotilleo, pero como observadora silenciosa sabría muchas cosas y, con el tiempo, cuando se hicieran amigas y supieran que podían confiar por completo la una en la otra, hablarían tranquilamente y la niñera, sin darse cuenta, le revelaría cuanto sabía.

No tardó en darse cuenta de que la niña sentía un apego singular por su niñera. Manifestaba sus sentimientos de una forma poco común. La seguía a menudo con su intensa mirada, como asegurándose de su presencia y de que era real. El primer día que pasó en la casa vio a la niña dejar de jugar de repente con su muñeca y mirar a Dowson con entusiasmo unos momentos. Después se levantó del asiento y fue al lado de la cariñosa niñera.

—Tengo ganas de darte un beso, Dowie —le dijo.

—Claro, cariño —contestó Dowson y, dejando la costura, le dio un abrazo maternal y Robin se fue tan contenta a seguir jugando.

A la institutriz le pareció un bonito ejemplo de afecto infantil. Pero ese mismo día la escena se repitió varias veces y por la noche sacó el tema.

—La niña es muy cariñosa —dijo—. Madame, su madre, es tan guapa y tiene tantos compromisos y diversiones que no me imaginaba que tuviera tiempo para dar mimos y jugar en el cuarto de los niños.

Dowson ya se había dado cuenta de que con mademoiselle pisaba terreno seguro y no corría peligro de hablar más de la cuenta. Dejó la costura en silencio y la miró con seriedad.

—Su madre jamás le ha dado un beso, que yo sepa —dijo.

—¿Jamás le...? —exclamó mademoiselle—. ¿Jamás?

—Es tal como la ve, mademoiselle —dijo Dowson—. Eso lo sabe cualquier mujer sensible nada más oírle hablar de la niña. Yo lo fui descubriendo poco a poco, cuando llegué. Voy a contárselo con toda franqueza y zanjamos la cuestión. Hasta los seis años, la niña vivió en una especie de perrera en el piso más alto de la casa, sin sol ni aire fresco, en dos cuartuchos mugrientos y lóbregos que le atontaban los sentidos. No tenía ni un solo juguete ni un libro de cuentos; en cambio, la ropa... ¡como si viviera en el palacio de Buckingham! Y ¡como para seis niñas! Bien alimentada, bien bañada y de paseo todos los días para presumir de ella. Y una niñera mala, señorita... mala, que la obligaba a estar callada dándole pellizcos hasta hacerle moratones.

—*Mon Dieu! Mon Dieu!* ¡Pobre angelito! —exclamó mademoiselle, tapándose la cara.

Dowson se limpió dos lágrimas rápidamente. Había derramado muchas lágrimas maternas por la niña. Era un alivio poder contárselo a alguien que lo entendiera.

—¡Moratones! —repitió—. Y entretanto, en el salón, risas y bailes y toda clase de diversiones. —Tocó el brazo a mademoiselle con bastante fuerza—. ¡La pobre no sabía que tenía madre! No sabía lo que significaba la palabra. Eso lo descubrí por su inocencia. La llamaba «la señora del piso de abajo».

—*Mon Dieu!* —exclamó de nuevo la institutriz—. ¡Qué mujer!

—La primera vez que oyó hablar de madres fue por un niño al que conoció en los jardines de la plaza. Era el primer niño con el que la dejaban jugar. Era un buen chiquillo y tenía una buena madre. Lo he ido descubriendo paso a paso, cuando ella no se daba cuenta de lo que me estaba contando. El niño le explicó lo que eran las madres y le dio un beso... por primera vez en su vida. Ella no lo entendió, pero le alivió un poco el corazón. No lo ha olvidado jamás.

Mademoiselle se sobresaltó un poco. Era una mujer inteligente y percibía la tragedia y todas las sutilezas que la acompañaban.

—¿Por eso...? —empezó a preguntar.

—Sí —respondió Dowson rotundamente—. Para ella, los besos no son una cosa normal. Para ella son una cosa maravillosa. Me ha tomado cariño, bendita sea, y de vez en cuando, creo yo, de repente se acuerda de lo sola que vivía cuando no sabía lo que era el amor. Entonces se le inflama el corazón y quiere darme un beso. Siempre me lo dice así: «Dowie, quiero darte un beso», como si fuera algo raro y sagrado, por decirlo de alguna manera. No sabe lo poco que significan los besos para la mayoría de la gente. Por eso siempre dejo lo que esté haciendo y la abrazo.

—¡Qué buen corazón tiene usted! ¡Es muy bondadosa! —dijo mademoiselle, conmovida.

Y entonces le hizo una pregunta:

—¿Quién era el niño?

—Un pariente de... de milord.

—¿Milord? —con cautela.

—El marqués. Lord Coombe.

Siguieron unos minutos de silencio. Cada cual se quedó pensando en varias cosas y preguntándose hasta dónde podían seguir hablando.

Fue Dowson la que se decidió primero e, igual que la vez anterior, dejó la labor. Lo que iba a decir era lo que la francesa tenía que entender por encima de todo, si quería sacar el mayor partido posible a su influencia.

—En el puesto que ocupo, oigo muchas cosas —empezó—. Los criados hablan por los codos. La sala de la servidumbre es su teatro. Cuentan de todo, sea verdad o mentira, con tal de que sea «sustancioso». Pero yo solo hago caso de lo que veo y de lo que sé, y hablo poco de ello. Cuando se mete a una mujer en casa, hay que dejar que se vaya o que se quede, como convenga, pero, si es protestona o cotilla, hay que echarla. Mi misión es ocuparme de la señorita Robin, y he averiguado por mis propios medios que solo hay una persona que, de una forma rara y fría, tiene la fantasía de querer cuidarla un poco. Pero, si la niña necesita algo o hay que hacer algo por ella, es mejor encontrar la manera de hacérselo saber a esa persona, y ella lo solucionará. En las dependencias del sótano parece que no presto atención a las habladurías, pero así me he enterado de que fue él quien subió sigilosamente al cuarto de los niños, aunque nunca había ido antes, y, al abrir la puerta, se encontró a Andrews pellizcando a la niña. La mujer hizo las maletas y se fue esa misma noche. Él inspeccionó los cuartos y, a los pocos días, un arquitecto empezó a hacer los planos de estas habitaciones, que serían exclusivamente para la señorita Robin, aunque otras también las querían. Fue él quien me dijo que le comprara libros y juguetes... sin que la niña lo supiera, porque lo detesta. A él fue a quien le dije que necesitaba una institutriz. Y la eligió a usted.

Mademoiselle Valle había prestado mucha atención y en este momento dijo:

—Se refiere usted a «él» continuamente. ¿Se trata de...?

—Lord Coombe. No es que lo vea a menudo. Teniendo en cuenta... —Dowson hizo una pausa—. Es curioso lo poco que viene por aquí. Pasa largas temporadas en el extranjero. Frecuenta las más altas esferas y dicen que está bien considerado porque es satírico e inteligente. Corren muchos rumores sobre él y le da completamente igual lo que diga la gente. ¿Qué me importa a mí que tenga o no tenga escondrijos de todas clases en el continente y que lleve una gran vida social? Por mí, como si es obispo. Es la única persona en este mundo del Señor que recuerda que la niña es un ser humano. Solo él: lord Coombe. Ya está, mademoiselle, ya he hablado más de la cuenta.

A medida que Dowson hablaba, más se interesaba mademoiselle y más curiosidad reflejaba su inteligente mirada. Estrechó las manos a Dowson cálidamente y notó los dedos ásperos de tanto coser.

—No, más de la cuenta no. Está bien que sepa estas cosas de ese caballero. Como dice usted, se habla mucho de él. Hasta yo he oído hablar mucho... Pero de otros aspectos de su carácter. Es cierto que muchos grandes personajes lo tienen en gran

consideración, porque saben que lleva mucho tiempo observando el mundo. Tiene una forma de hablar ligera e irónica, pero dice verdades que a veces sobresaltan a quienes lo oyen.

—Según Jennings, dice cosas muy raras, para ser un lord. Jennings es un joven travieso y agudo y le gusta oír cosas y contarlas después. Cree que milord tiene la idea de que llegará un momento en que las personas más principales perderán su posición y se acabarán los tronos y los reyes. A mí no me gustaría vivir para verlo —dijo Dowson con seriedad—, aunque hay que reconocer que no se respeta a la realeza tanto como en mi juventud. ¡Por Dios! Cuando la reina Victoria estaba en la flor de la vida, rodeada de sus hijitos, sus altezas reales los principitos, con sus faldas escocesas, y las princesitas con sus miriñaques y sus sombreros con plumas de avestruz y cintas anchas de satén... ¡La gente se volvía loca cada vez que iba a un sitio a inaugurar algo!

—Lo mismo que cuando aparecían la emperatriz Eugenia y el príncipe imperial —dijo mademoiselle, un poco triste—. Ahora lo recordamos como un sueño del pasado: ¡los Campos Elíseos al sol de la tarde, la carroza imperial y la gallarda escolta trotando alegremente, la bella mujer y sus bellos vestidos, su encantadora sonrisa, el emperador, con su bigote encerado y su cara seria...! Significaba todo tanto y desapareció tan rápido... En un momento —hizo pequeño gesto— desapareció... ¡para siempre! ¡Un imperio y todo su esplendor! Hace dos siglos no habría podido desaparecer tan rápidamente. Pero ahora el mundo ha crecido, no necesita tantos juguetes. La república es el pueblo... y hay más pueblo que reyes.

—Cosas así son las que dice milord, según Jennings —dijo Dowson—. Jennings nunca está seguro de si lo dice en serio. Tiene un tono satírico... Y los demás siempre se ríen.

Mademoiselle había hablado pensativamente, casi como consigo misma, en vez de con Dowson. Y más pensativamente aún añadió:

—Como los que se reían de la Revolución francesa —murmuró.

—No sé mucho de eso, no he estudiado tanto... Fue hace mucho tiempo ¿no? —dijo Dowson.

—Sí, hace mucho tiempo —respondió mademoiselle.

Dowson replicó sin reminiscencias trágicas.

—Bueno, la verdad es que a mí me gusta tener una familia real respetable. Da sensación de solidez y comodidad... además de las coronaciones, las bodas, los desfiles y las fotos del *Illustrated London News*. Yo prefiero una bonita familia real bien educada.

XVII



«Una bonita familia real bien educada». En Europa había habido varias hacía algún tiempo. Algunas hacían gala de su amor al país, incluso presumían de ello. Unas pocas tenían fama de regirse por unos principios morales rayanos en los grandes axiomas de los cuadernos de caligrafía. Otras, en cambio, no. Una fuerza más importante se había desviado de la observación estricta de tan encomiables axiomas y hacía y deshacía a su gusto por todo lo alto según su regia voluntad. Pero ¿cómo no? Si una nación lo obedece a uno desde la cuna; si la mera aparición de uno en cualquier sitio se anuncia con gloriosas trompetas y las cabezas más encumbradas se inclinan y le hacen a uno las reverencias más magníficas al pasar; si, en el esplendor de una noche de estreno en la ópera, el público se pone en pie para saludar a uno cuando entra en el palco real o imperial al son de los compases aduladores y triunfantes del himno nacional, solamente un sentido del humor agudo y sutil, sin duda, puede poner freno a equivocaciones derivadas de una visión errónea de la propia importancia y el valor en el universo. Con todo, todavía quedaban algunas personas que ejercían su poder como es debido y no cabía acusarlas de la menor semejanza con las sangrientas, tiránicas y opresoras de siglos anteriores.

El señor de la casa de Coombe había sido representante real y lo habían recibido en los palacios y castillos de la mayoría de las monarquías europeas. Porque, en ese aspecto de su carácter del que mademoiselle Valle sabía más que Dowson, era íntimo de muchos personajes famosos de países que el mundo no perdía de vista. El hombre que nace entre aquellos cuya vida cotidiana deja en su transcurso al menos una huella de lo que hace historia y, por tanto, se registra en los anales, ha de tener por fuerza compañeros, conocidos, enemigos y amigos de todas clases y, si por casualidad es buen observador de las cosas que suceden, no le faltará material de reflexión ni repertorio de hechos importantes.

La parte de la existencia de lord Coombe que tenía algo que ver con la casa estrecha de determinado lado de la calle de Mayfair era muy pequeña. Una característica de su intraducible carácter era lo poco que se le veía por allí. Con el tiempo había restablecido su temprana costumbre de cruzar a menudo el canal de la Mancha. Sus conocidos se divertían hablando de sus «visitas de sábado a lunes» a ciudades cercanas o lejanas del continente. Es posible que estas conversaciones fueran el punto de partida de los rumores que había oído Dowson, y que imparcialmente había preferido no creer. Eran en su mayoría conjeturas guasonas y, cuando las personas de ingenio desatado se dedican a dar pábulo a las burlas, gran parte de ellas puede llegar a influir en su opinión.

Nadie conocía mejor estas conjeturas que el propio Coombe, y la facilidad —

incluso felicidad— acabada con que evitaba hasta el menor y más sutil intento de careo exasperaba, por inhumana, a todo el mundo.

En una de las plazas londinenses que no había perdido su aire regio, porque el esplendor de las tendencias modernas había decaído en el vecindario, se levantaba entre las sombrías e imponentes casas una en particular, cuyo umbral —años antes de que Gareth-Lawless apareciera en Londres— pisaba lord Coombe más a menudo que ningún otro. Unas veces su berlina esperaba horas a la puerta; otras, llegaba a pie, levantaba la maciza aldaba y daba unos golpes peculiares que reconocía inmediatamente cualquier lacayo que estuviera en el vestíbulo y que, al oírlo, sabía que su señora —la vieja duquesa viuda de Darte— lo recibiría aunque no quisiera recibir a nadie más.

El interior de la casa era de los que desde el principio habían sido colosales, recargados y sombríos, más recargado y sombrío ahora —inmutable en medio de la ciudad— con el paso del tiempo y la niebla londinense. La decoración y el mobiliario eran demasiado sólidos para perder valor por el desgaste, y su dueña no había cambiado de gusto ni se había dejado llevar por las veleidades de la moda. Las habitaciones eran enormes, de techos altos; los recibidores y escaleras, espaciosos; las chimeneas, inmensas, de acero brillante, y en invierno tenían siempre un lecho de rojas brasas que un lacayo especial cuidaba de que no se apagaran, un lacayo cuyo ser dependía, por así decir, de su fidelidad a esta tarea.

Muchas habitaciones estaban cerradas porque, al parecer, no se usaban; otras se usaban poco, pero estaban abiertas de par en par, con la chimenea encendida y flores frescas todos los días, porque a la duquesa le alegraba verlas al pasar, cuando subía o bajaba las escaleras. La casa era de su propiedad y, después de enviudar, cuando se quedó vacía porque sus hijos se habían casado admirablemente y ella era ya, además de viuda, una inválida reumática, fue suya por doble partida y en ella se obedecía hasta el menor de sus caprichos. Ciertamente, no era una mujer caprichosa, pero tenía unos gustos bien definidos que, por no corresponderse con los de la época en que vivía, se consideraban un tanto excéntricos.

—No quiero que mi casa parezca una tienda, toda iluminada con luz eléctrica. En mi dormitorio me alumbro con velas de cera, grandes, tantas como hagan falta, pero velas —decía—. No quiero que me llamen por teléfono. Mis criados pueden, si quieren. No es asunto mío privarlos de las inconveniencias modernas, si les parecen convenientes. No entra en mi senilidad insistir en que el mundo deje de girar sobre su eje. Se acostumbró a hacerlo sin mí y es de temer que siga así por mucho que me queje yo.

Lo cierto es que únicamente prefería conservar intacta, tal como era en los luminosos primeros años de su vida, la parte del mundo que la afectaba solo a ella. Había sido una belleza y una inteligencia en la corte de la reina Victoria. Tenía la nariz recta y delicada, los ojos grandes y tiernos, la «frente limpia», los hombros blancos y en suave descenso, sobre los que flotaban pañuelos o caían airosamente

chales de la India como los de los libros de belleza de la época. Tenía un porte noble, la tez perfecta y, cuando iba por las calles acompañando a su real señora, el pueblo siempre la elegía como «la mejor de todas». A pesar de su juventud, muchos estadistas de edad consideraban que valía la pena hablar con ella, no solo por ser una belleza joven, sino por la singular visión brillante y clara que tenía de un mundo que podía haber deslumbrado a un ser de tan tierna edad. Los más notables decían de ella, antes de cumplir veinte años, que iba a ser una de las mujeres más inteligentes de Europa, y que ya tenía la visión lógica de un hombre justo de cincuenta.

Se casó joven y enviudó en mitad de la vida. En los últimos años, el reumatismo la tenía confinada en su sillón prácticamente por completo. Sus hijos e hijas estaban ocupados con su propia familia y su propia casa. No permitía que se sacrificaran por ella solo porque su vida hubiera cambiado.

—Tengo dinero, amigos, buenos criados y una casa que me gusta mucho — resumía el asunto—. Aunque esté condenada a pasar el tiempo sentada junto a la chimenea, no estoy condenada a ser una carga para mi inocente familia. Todavía puedo hablar y leer, y voy a prepararme para ser una oyente profesional. Eso estará bien. No solo podré leer sola, sino también dejar que me lean. Un joven fuerte y con una voz bonita traerá revistas y libros todos los días; los mejores los leeré en voz alta. Vendrá a verme gente encantadora y se asombrará al ver lo bien informada que estoy.

Coombe empezó a intimar con ella en los primeros tiempos de su reclusión. La había conocido en una época negra de su juventud, y la mujer entendía cosas sin que él se las confiara. No hablaba con él de esas cosas, pero, en silencio, le había dado algo que de algún modo lo acercó a su lado cuando parecía que la oscuridad se lo iba a tragar. En aquellos tiempos, la vida le dejaba poco tiempo libre para cultivar amistades íntimas pero, cuando empezó a sentarse junto al fuego a ver pasar el loco mundo, él se convirtió poco a poco en uno de los que «se dejaban caer» por su casa.

En una de las salas que había elegido para su uso cotidiano, cerca del fuego vivo de la brillante chimenea, había creado un rincón confortable, protegido de las corrientes de aire por una pantalla de chimenea de laca china antigua, una mesa a su lado y todo lo que necesitaba al alcance de la mano. En la mesa había una campanilla de plata y, cuando la tocaba, inmediatamente iban y venían, como por arte de magia, la señora de compañía, el lector, la doncella o el lacayo al que ella misma había instruido. Llevada una vida sencilla, pero en una soledad impregnada de una dignidad casi regia. La acompañante, la señorita Brent, una mujer inteligente y madura que había tenido una vida difícil, de privaciones, encontró allí comodidad y gusto desde el primer momento.

—No soy manirrota —le dijo un día a Coombe—, pero vivir en una casa de estas dimensiones, bien cuidada por criados excelentes que están satisfechos con su suerte, no es barato. Prácticamente, lo único que hago por el mundo es invitar a una taza de té a los amigos que vienen por la tarde a calentarse junto al fuego y organizar una cena cuando me encuentro suficientemente bien para sentarme a la cabecera de la

mesa. Como es natural, procuro que el té sea bueno y las cenas irreprochables. Por lo demás, me siento en mi sillón y ahorro dinero... ¿para qué?

Entre los amigos que iban a «calentarse junto al fuego», este hombre se había convertido en íntimo. Cuando tenían tiempo para indagar cada uno en el pensamiento del otro descubrían, curiosamente, afinidades y comprensión mutua, que eran como un tesoro. Hablaban de cosas apasionantes con franqueza. A él lo recibía cuando no quería ver a ninguna otra persona porque no se encontraba bien o estaba fatigada. Lejos de empeorarle el malestar o el cansancio, la ayudaba a olvidarlos.

—¿Para qué? —le dijo Coombe aquel día—. ¿Por qué no para sus nietos?

—Van a tener mucho dinero y solo son cuatro. Encontrarán un buen partido para casarse, como sus padres —respondió ella, y se calló un momento antes de añadir—: A menos que nuestra revolución mundial estalle antes... y ya no haya buenos partidos para casarse.

Entre las cosas de las que hablaban largo y tendido figuraba el tablero de ajedrez, es decir, el mapa de Europa, sobre el que Coombe había visto planear durante mucho tiempo distintas manos que probaban a mover las figuras de un escaque a otro. También ella, ya de joven, observaba el juego con un interés que, lejos de disminuir en la madurez, había aumentado, desde el comienzo de su enfermedad, con cada movimiento que hacían las manos planeadoras. Había conocido a los principales políticos y a sus partidos, a héroes y a estadistas. Había visto convertirse en emperador a un príncipe menor^[11] que, desde su tierna y jactanciosa juventud, aspiraba a gobernar el mundo, y cuya teatral obsesión había sido la risa de las naciones incautas, demasiado negligentes y confiadas en el avance de la civilización y demasiado indiferentes y autocomplacientes para darse cuenta de que era peligroso dejar de vigilar a un monomaniaco, aunque fuera el objeto de sus burlas. Había conocido Francia en todo el esplendor de su ostentoso imperio y había visto dispersarse su gloria imperial como si fuera niebla. Había observado a Rusia con curiosidad y temor. Se encontraba en San Petersburgo el día en que el soberano, que había concedido la libertad a millones de súbditos, recibió su recompensa en forma de bomba, que lo redujo a pedacitos. También había conocido a un rey al que apreciaba y que había muerto asesinado; había sido amiga de una emperatriz a la que un loco fanático había clavado un puñal en el corazón.

Había vivido una vida llena de acontecimientos variados, que daban motivos para pensar mucho a un cerebro fuerte y clarividente que sabe adelantarse a la experiencia y al conocimiento exacto de su tiempo. Había aprendido a hablar o a callar cuando correspondía y, por lo general, prefería el silencio. Pero nunca había dejado de contemplar el mundo con agudeza y de reflexionar sobre sus virtudes y sus caprichos, sus profundidades y sus superficialidades, con la ayuda de una cabeza clara y bien templada.

Junto al fuego se sentaba, y era una presencia atractiva, aunque los estragos de la enfermedad y los años habían reducido su antigua belleza a una huella de finura y

fuerza. El cincel del sufrimiento le había marcado arrugas en la «frente limpia»; la delicada nariz recta, que sobresalía en la cara apergaminada y seca, resultaba un poco aguileña, pero el rostro en sí conservaba la luz de una gran comprensión y la postura de la cabeza, la nobleza. No podía andar sin ayuda de un bastón, pero con las manos, antes exquisitas, tan rígidas que apenas le servían para algo, presidía su corte desde el trono de un poder sencillo y un gran encanto. Por la tarde, cuando recibía visitas que venían «a calentarse» junto a su chimenea, la conversación nunca era aburrida, sino maravillosa casi siempre. Algunos entraban en silencio, recién llegados de reuniones importantes en las que se hablaba a fondo, e incluso tal vez casi ardientemente, de cuestiones de peso para las naciones. A veces la conversación continuaba mientras tomaban un té perfecto cerca del sillón de la duquesa y, por mucho que se adentraran en la cuestión, ella siempre podía seguirla con brillantez. Con la ayuda de libros, manifiestos y revistas, y la del joven fuerte de voz bonita, que era el lector, seguía el hilo de cada paso que daba el mundo en su marcha.

Sin embargo, Coombe extraía el alimento mental y el sabor refinado de la visión moderna que le daba la duquesa de sus recuerdos de la marcha del mundo en el pasado. En su boca, la expresión «en estos tiempos» no era ni de menosprecio ni de añoranza. Ella, que ocupaba regiamente un salón alumbrado con velas, lo hacía por preferencia personal, sin negar méritos al brillo superior de la luz eléctrica. Cuando podía, los días de sol iba a pasear por Hyde Park en su calesa de altas ruedas, mas no por ello despreciaba con altivez la gasolina y la fuerza de los motores. Al final del siglo, cuando era joven, esperaba ver con curiosidad y emoción las nuevas maravillas que traería el siguiente.

—Si el pasado no nos hubiera dado tanto, es posible que no hubiéramos aprendido a esperar más —fue su conclusión cierta tarde, cuando Coombe fue a verla después de un viaje por el extranjero—. El descubrimiento más importante de los últimos cincuenta años ha sido que nadie puede dar por sentado que tiene la última palabra en ninguna cuestión. Enseguida llega otra persona —prácticamente cualquiera— más evolucionada. Antes de esos cincuenta años, todas las personas mayores hablaban sentando cátedra. Se decían unos a otros, y sobre todo a los jóvenes: «Eso no se ha hecho en mi época, no se hizo en la de mi abuelo. No se ha hecho jamás y jamás se podrá hacer».

—Hoy se dice: «Como nunca se ha hecho eso, seguro que no tardarán en hacerlo» —dijo Coombe.

—¡Ah! Nosotros, que empezamos a vivir en el reino y en el siglo más seguros y respetables de todos —le respondió—, hemos visto muchas cosas. Pero los de ahora verán más. El miriñaque, el sombrero hongo y la familia numerosa parecían garantizar un decoro tranquilo hasta el aburrimiento; pero ha habido batallas, asesinatos y muertes repentinas; se han hechos inventos y descubrimientos rayanos en lo sobrenatural; han aparecido dudas y fes nuevas y maravillosas. Cuando uno se para a contar con los dedos las cosas asombrosas que nos dio el siglo XIX, mira al futuro

conteniendo el aliento, con los ojos como platos. Yo, por ejemplo, tengo la sensación de haber visto una tranquila vaca lechera pasando despacio por un camino y, poco a poco, ¡convertirse en un tigre, en un genio de cien cabezas con todas las maravillas del mundo, en un dragón volador de mil ojos!

—Y llegaremos más allá y más deprisa —añadió Coombe.

—Eso es —dijo ella—. ¿Vamos demasiado deprisa?

—Lo suficiente, al menos, para olvidar cosas que deberíamos recordar.

Ese día Coombe parecía serio y preocupado, cosa que no era novedad para ella. Por lo general, volvía de sus viajes ligeramente apagado.

—¿Por ejemplo...? —inquirió ella.

—Por ejemplo, catástrofes históricas que se podían haber evitado con previsión y sabiduría. La Revolución francesa es el ejemplo por antonomasia y el que más cerca tenemos, por eso lo elijo. La Revolución francesa, su reino del terror, las orgías cruentas, el cataclismo de la agonía... podían haberse evitado, pero no fue así, por decirlo brevemente.

—¡Vaya! —exclamó involuntariamente—. ¡Está pensando en casos parecidos al de la Revolución francesa!

—¿Quién sabe hasta dónde puede llegar la locura y qué reino del terror pueda instaurar?

Se sentó y acercó el atlas. Siempre estaba en la mesa en la que había todo lo que la duquesa quería tener a mano. Era grueso, práctico, bonito de mirar, con sus tapas de piel verde oscuro. Coombe se lo acercó con familiaridad. Lo usaban a menudo como referencia.

—¿Otra vez el atlas? —dijo ella.

—Sí. No puedo pensar en otra cosa. Me he dado cuenta de muchas cosas.

Había estado un mes de viaje por el continente. Había ido a más de un país a investigar para un estudio que estaba haciendo sobre la dirección en que movía el viento unas briznas en particular. Hacía tiempo que pensaba mucho en la tendencia del movimiento en una parte concreta del tablero de ajedrez. Se trataba de la parte dominada por un gobernante cuya obsesión se tomaban a risa despreocupadamente algunas naciones. Conocía a ese hombre desde su arrogante y repulsiva juventud. Había seguido con curiosidad imparcial el desarrollo de esa arrogancia, tan fortalecida que rozaba lo grotesco. El resto del mundo tampoco lo había perdido de vista, pero, al parecer, sin tomárselo en serio, como quien sonríe de buena fe y deja que cada cual —incluso un emperador— disfrute del privilegio de sus propias excentricidades. Pero había una diferencia en la forma de observar de Coombe, y también en la de su amiga. Hacía tiempo que la parte del tablero de ese hombre había sido objeto de sus charlas privadas y el motivo de tener a mano el atlas verde. En sus frecuentes conversaciones recababan, a modo de pruebas, los movimientos que hacía, los métodos de gobierno que empleaba y lo que significaban esos métodos. Coombe había empezado a ver el conjunto como un proceso desde el principio: un trabajo de

toda la vida que servía de medio para un fin monstruoso.

Estaba convencido de una cuestión determinada a la que solía referirse como «la cosa». Y a eso se refirió ahora.

—He estado tres semanas observando el crecimiento de la cosa —dijo—. Resulta curioso estudiar el conjunto de una nación que dirige toda la fuerza de su comercio, de su educación, de su ciencia y de su religión hacia un solo fin. Inculcan a la población, desde la cuna, un solo pensamiento, que luego forma parte integral de su ser. Hasta el más inocente de los niños de ojos azules sabe sin sombra de duda que el mundo existe por una sola razón: ser conquistado y destruido por el país que lo vio nacer.

—Lo he oído y lo he visto —dijo ella—. Tuve que sonreír a mi pesar al oír sus simples conversaciones cotidianas.

—Se lo enseñan en las escuelas pequeñas y en las grandes, se predica en las iglesias pequeñas y en las imponentes —respondió Coombe—. A veces uno no puede dar crédito a lo que oye. Es todo tan ingenuo, franco y desvergonzado... Las declaraciones, los alardes, las amenazas de su piedad. Para ellos Dios no existe si no es un modesto secuaz de su emperador que solo está pendiente de sus proezas y las admira y las respeta. Al parecer, ellos son Su única ocupación, y se lo pagan concediéndole el favor de seguir confiando en Él.

—La falta de sentido del humor es un completo desastre —dijo la duquesa—. Puede que los pueblos de otras naciones sean necios, sin duda nosotros los somos, pero ese es el único pueblo que lo proclama ante el mundo con arranques de exaltación tan ingenuos y estridentes.

—Y hasta nosotros, usted y yo, que hemos pensado en esto más que los demás —dijo, incómodo—, hasta nosotros lo olvidamos y sonreímos un poco. Se sonríe demasiado.

La duquesa cogió una revista ilustrada y la abrió por una página en la que se veía un retrato muy recargado.

—¡Mire! —dijo ella—. Es porque él se lo ha puesto muy fácil, con sus retratos increíbles, sus grandes botas y espadas y esa proliferación de medallas colgando. ¿Qué se puede hacer, sino sonreír, cuando te lo encuentras mirándote desde un periódico en su actitud más guerrera, desafiando al universo, con su cómico mostacho de feroces puntas enceradas y erizadas? ¡No! ¿Quién puede creer que un hombre sea tan estúpido que no se dé cuenta de que parece que se haya disfrazado a propósito de terrorífico duende militar, como si insinuara que en cualquier momento saltará y dirá: «¡Bu!»?

—Ahí está el peligro. Tiene unas pretensiones tan grotescas que no se pueden tomar en serio. Y, aunque habría que vigilarlo como a los locos, se le da toda una vida para atacar a un mundo que ha dejado de creer en lo único que para él es real.

—¿Esa conclusión es nueva? —preguntó la anciana, con mayor atención en la mirada, aunque ya había oído ese comentario en otras ocasiones.

—¡Le digo que está creciendo! —replicó Coombe, con un leve golpe en la mesa—. ¿Se acuerda de Carlyle...?

—¿Otra vez la Revolución francesa?

—Sí. ¿No se acuerda de esto?: «¿Es que no avanzan los incendios, sube la fiebre, crecen las semillas y aumentan las mezclas químicas? Téngase en cuenta, además, que cada uno avanza, sube, crece o aumenta a una velocidad proporcional a la locura y la insalubridad de cada caso»^[12]. En una época tan poco agresiva como esta un gobernante concentra su vida y a su pueblo en la única ambición de ahogar el mundo en un océano de sangre, un océano en el que bañar su monomanía triunfalista... ¡Santo Dios! ¡Eso es la locura y la insalubridad más fértil!

—¡El mundo! —exclamó ella—. Sí... será el mundo.

—Mire —dijo, señalando con el dedo gran parte de Europa—. Aquí hay países que, como los Bandar-log^[13], se ocupan de sus cosas. Pelean, se roban unos a otros, fanfarronean o se divierten con alardes pasajeros de poder. Aquí hay un imperio enorme, la rebelión clandestina bulle desde hace siglos entre una población semisalvaje. ¡Oh, cuánta ebullición! Solo con crueldad han podido reprimirla. De vez en cuando se desborda y comete un asesinato en un sitio importante y uno se pregunta hasta cuándo podrá retener su autocrático esplendor. Aquí hay naciones pequeñas, feroces, impotentes, invadidas y ultrajadas, sometidas a un estado perpetuo de odio secreto pero a flor de piel. Aquí hay países inocentes, pequeños, indefensos por su posición y su tamaño. Aquí está Francia, rica, indiferente, supermoderna y cínica. Aquí, Inglaterra, acomodada en la impasibilidad, próspera y segura hasta el aburrimiento en su creencia en una civilización mundial que ya no discute armándose y derramando sangre. Y aquí, en una posición atrincherada en el centro de todo, a pocos cientos de kilómetros de la debilidad, la complicidad, la desastrosa falta de preparación, la incertidumbre y el temor, se encuentra este hombre que tiene un solo sueño, que cree que hasta el mismo Dios es su vasallo. Aquí está él.

—Sí, un solo sueño. No tiene ninguno más.

La duquesa también miraba el mapa. Parecía que meditaran sobre un juego extraño y terrible.

—Es monomanía. Empezó cuando era un niño. Ha creído que podría cumplir las aspiraciones de Napoleón concentrando toda la fuerza del pueblo en la preparación... y sin titubear por el derramamiento de sangre de los suyos, como si fuera agua sucia de las cloacas.

—Sí... la sangre... ¡la sangre! —se estremeció la duquesa—. La vertería sin que le temblara el pulso.

Coombe tocó un lugar del mapa y después, otro.

—¡Mire! —dijo otra vez, fieramente ahora—. A este imperio lo halaga y lo lía con astucia; a este lo irrita; a este lo engaña; con este discute; a estos tres los trata con total cordialidad; con estos hace juegos malabares... Y luego, cuando sus planes maduren y se emborrache de confianza en sí mismo, un solo insulto o un fallo

monstruoso en la fe y... ¡ahí tenemos la revolución!

La duquesa enderezó la espalda.

—¿Por qué dejó usted pasar la juventud? —le dijo—. Si hubiera empezado con tiempo podría haber conseguido que el país le hiciera caso. ¿Por qué la dejó pasar?

—Por la misma razón que todo el sufrimiento, el placer y la indiferencia egoístas dejan pasar la vida entera. Y no estoy seguro de que me hubieran hecho caso. Ahora hablo con toda libertad en algunos sitios. Me escuchan, pero no hacen nada. Había una señal: a él la juventud se le ha ido sin haberle dado una oportunidad y ahora es un hombre decepcionado, exacerbado y desesperado. Al principio creía que tenía que dar al mundo una ficción o una excusa. Su obsesión y su arrogancia han ido en aumento y considera que su ambición y su propia persona son motivos suficientes. No hacen falta excusas. *Deutschland uber alles*,^[14] con eso basta. —Apartó el mapa y se calmó. Siguió hablando casi en el tono de costumbre—. ¡Conquistar el mundo! —dijo—. Es el mayor necio. ¿Qué haría con sus continentes, si los ganara?

—Pues sí, ¿qué haría? —consideró su gracia—. Los continentes, los reinos siquiera, no son gatitos en un cesto ni perritos a los que se amaestra para que obedezcan.

—Se ha convencido de que no son mucho más; es parte de su monomanía.

Coombe sujetaba las gafas por la cinta de la que colgaban. Las dejó balancearse un poco más y después las cerró de golpe.

—Es el mayor necio —dijo—, pero nosotros, ¡ay, amiga mía!, y con «nosotros» me refiero al resto del mapa de Europa, somos más necios todavía. ¡Un perro rabioso anda suelto y... nosotros nos cruzamos de brazos con una sonrisa!

Esto sucedió antes de que en la casa con la fachada de color crema aparecieran los primeros geranios y lobelias en las jardineras de las ventanas de Pluma. Robin no había nacido.

XVIII



Robin vivió en las habitaciones añadidas en la parte trasera de la casa en la misma época que se forjaba «la cosa». El día que su madre la vio se dio cuenta de que no iba a parecerse, ni mucho menos, a una camarera de taberna. En ninguna época de su momento menos refulgente llegó a aproximarse siquiera a ese tipo de mujer. Dowie la cuidaba y mademoiselle Valle la educaba con ayuda de algunos maestros que le daban clases de alemán y de italiano.

—¿Por qué solamente alemán, italiano y francés? —dijo Pluma—. ¿Por qué no latín y griego también, si va a ser tan ilustrada?

—En esta época, lo que se necesita es idiomas modernos. Tendrían que enseñarlos en los internados —respondió Coombe—. No se trata de ilustración, sino de darle herramientas de trabajo. Las nacionalidades ya no están tan separadas como antes. Conocer la lengua de los amigos, así como la de los enemigos, es una medida de protección.

—¿De qué país hace falta defenderse, si todos los reyes y reinas se casan con las hijas o las primas de otros reyes y reinas o toman el té juntos todos los años, más o menos? Por ejemplo, fíjese en lo amigos que somos de Alemania, sin ir más lejos.

—Me fijo, sí —dijo Coombe—, me fijo mucho. Precisamente por eso he elegido alemán en vez de latín y griego. Julio César y Nerón ya no son motivo de alarma.

—Y ¿lo es el káiser, con sus diecisiete hijos y su respetable *frau*? —se rio Pluma—. Lo único que le preocupa es que se siga recordando a las mujeres que solo han nacido para cocinar, ir a la iglesia y tener hijos. No hay que admirar los trajes que lleven.

Sin embargo, menos de un mes después de esta escena, cuando lord Coombe estaba otra vez calentándose en la chimenea de su vieja amiga, le dio cierta información.

—Herr Wiese, el profesor de alemán, ha vuelto a su país a toda prisa —dijo.

La duquesa enarcó las cejas esperando explicaciones.

—Es sospechoso de espionaje —respondió—, y por una buena razón. Se han encontrado unos excelentes esbozos de fortificaciones en una caja que no se llevó, con las prisas. El país... Todos los países están sembrados de tipos como él. Estudiantes y empleados de almacenes y fábricas, amables y con gafas, se dedican a pesar y medir recursos; institutrices maduras de cara redonda toman nota de conversaciones y de cualquier otra cosa que pueda ser útil. Si los sorprendieran en tiempos de guerra haciendo lo que hacen ahora como simple ocupación cotidiana, los llevarían al paredón y los fusilarían. Por ahora, se les permite jugar entre nosotros y desaparecen a la menor insinuación de un colega.

—Son muchos los jóvenes alemanes que pasan aquí un año o dos en algún puesto de trabajo del mundo de los negocios —dijo la duquesa pensativamente—, desde hace unos diez años, más o menos. Se los ve en las calles y en las tiendas y se los reconoce por su aire teutón. Dicen que vienen a aprender el idioma y técnicas comerciales.

—Hace poco, una persona pomposa, propietaria de una tienda grande, me dijo que dos o tres empleados de su tienda eran alemanes —explicó Coombe—. Presumía de astuta por haberlos contratado. Dijo que trabajaban por un salario bajo y solo les interesaba averiguar cómo se hacían las cosas en Inglaterra. No era el comercio lo único que les interesaba, me dijo, porque iban a todas partes: a las fábricas, a los muelles y a los edificios públicos, y tomaban notas curiosas y dibujaban bocetos de lo que no entendían... para poder explicarlo después en Alemania. Con fatuidad insular, los consideraba una especie de aborígenes que se beneficiaban de la civilización inglesa. El asno alemán y el inglés son enternecedoramente parecidos. La única diferencia consiste en que la sublime satisfacción del inglés consigo mismo es en el alemán glorificación de sí mismo. El asno inglés sonríe con suficiencia y se felicita; el asno alemán fanfarronea, acosa y desafía.

—¿Piensa contratar a otro maestro alemán para la niña? —preguntó la duquesa con naturalidad.

—Me han hablado de una mujer discreta que ha pasado tres años con una familia y ha demostrado ser concienzuda y bien educada. Es posible que también desaparezca en algún momento, pero, entretanto, servirá.

De la misma forma que no había dado explicaciones a nadie sobre la historia de la casita de Mayfair, tampoco a ella le había contado nada. Sabía que la duquesa conocía su existencia, pero en ningún momento le había preguntado qué opinión le merecía ni qué se imaginaba que opinaba él. Fuera cual fuese su punto de vista, sabía que sería imparcial, claro y completamente justo. Ella no le había interrogado ni había hecho comentarios. Si uno sentía inclinación por seguir los movimientos de los famosos grupos de moda, en los que nunca faltaban representantes de mujeres del estilo de la señora Gareth-Lawless, podía verlos cuando acudían a funciones elegantes y leerlos en la prensa, que daba cumplida cuenta de todo en sus reportajes de sociedad. Atrás habían quedado los tiempos en los que el rigor de la opinión privaba a las mujeres bonitas de su clase de los placeres de un mundo en el que habían tirado los dados audazmente para ganar. El antiguo axioma «sé virtuoso y serás feliz» se parafraseaba irónicamente con harta frecuencia. «Satisfécete a ti mismo y serás mucho más feliz que si fueras virtuoso», se decía, con sentido práctico.

La felicidad de Pluma habría sido completa de no haber sido por un secreto que solo ella sabía y que nadie habría creído, aunque lo hubiera proclamado a los cuatro vientos. Y, al fin y al cabo, esa mosca en la sopa era simplemente una curiosa picadura que un sino fantástico había infligido en su vanidad, pero que no afectaba a sus placeres de ninguna manera. Había tanta gente que vivía en casas de cristal que la

costumbre de tirar piedras había pasado de moda y ya no se ejercitaba. También había algunos cuyas casas de cristal, hábilmente aderezadas para parecer invernaderos respetables, estimulaban en sus moradores la tolerancia con otras construcciones vítreas. Por este motivo, a veces se detenían a la puerta de la señora Gareth-Lawless carruajes muy señoriales y se dejaban en la bandeja tarjetas de visita, que después presentaba Jennings, con el nombre de conocidos muy deseables. También por este motivo Pluma hacía algún esfuerzo loable por cumplir el deseo de dar a su casa de cristal el aire de un invernadero. Sus fiestas eran menos ruidosas, aunque seguían siendo animadas. De vez en cuando celebraba una «tertulia de tarde» a la que invitaba a escritores y pintores y a personas que «hacían cosas». Tenía encanto suficiente para convencer a algún que otro músico de que «hiciera algo» o a algún poeta novel de que leyera o recitara. Solicitaba la presencia de gente moderna para oírlos y hablar con ellos y, de esta forma, lanzaba la caña delicadamente por todas partes y siempre pescaba algún pez de buen tamaño. Algunas temporadas el vago rumor sobre el señor de la casa de Coombe caía en el olvido y, cuando se referían a Pluma, decían: «Esa criatura tan hermosa, la señora Gareth-Lawless, que enviudó siendo una niña todavía, lo habría pasado muy mal si no hubiera tenido algún medio de subsistencia propio y los familiares de su marido no se hubieran ocupado de ella. Administra su pequeña renta admirablemente —añadían—. Tiene una casita muy pequeña, pero es uno de los sitios más alegres de Londres... siempre llena de gente estupenda y cosas divertidas».

Pero Robin, antes de cumplir catorce años, había descubierto que vivía en una casa de cristal y que podía romperse casualmente con cualquier piedra que tirasen, aunque no la tirasen con esa intención. Lo descubrió atando diversos cabos, pero el núcleo del que salían todos y que había dado lugar a ese descubrimiento era que la tragedia de la infancia, cuando le quitaron a Donal, se debía a que la madre de este no quería que se encariñara ni jugara con una niñita cuya madre abría la puerta de su casa a lord Coombe... Porque lord Coombe era tan malo que hasta los criados hablaban de sus secretos en voz baja. Al principio lo interpretó con mentalidad infantil, pero fue suficiente para aborrecer a ese hombre con todo su ser y empezar a dudar curiosamente de su madre. La madre de Donal, que era buena y guapa, no le dejaba ir a verla y procuraba que no conociera a lord Coombe. Si la señora del piso de abajo también era buena, ¿por qué se reía y hablaba con él y parecía que le gustara mucho? Había pasado muchas horas pensando en estas cosas, se despertaba incluso en plena noche y seguía pensando febrilmente sin llegar a comprender. Después, con el tiempo, empezó a recordar que nunca había jugado con ningún otro niño en los jardines de la plaza. Parecía que era porque Andrews no se lo permitía. Pero, si no era digna de jugar con Donal, tal vez lo supieran también las niñeras, institutrices y madres de los otros niños y no querían que los perjudicara con su amistad. No sabía cómo habría podido perjudicarlos ni... ¡ay!, cómo habría podido perjudicar a Donal. Pero seguro que, por algún motivo, era horrible ser la hija de una madre que conocía a gente mala... una cosa que se podía «pegar» a los otros niños como la escarlatina.

De esta semilla nacieron otros pensamientos. Tardó poco en dejar de ser una niña pequeña. Tenía un cerebritito que trabajaba sin descanso, recogía pistas, formulaba posibilidades y razonaba con singular atención, cosa que originó una madurez precoz. La niña repelente que con mucho orgullo le había dicho que no podía jugar más con ella «por lord Coombe» encendió la primera chispa de un hilo de pensamiento. Después, esporádicamente, hacía a Dowson y a mademoiselle Valle preguntas muy meditadas que las dejaban perplejas por lo generales que resultaban. Ambas mujeres se preocupaban por la caprichosa costumbre que había adoptado de quedarse absorta en sus pensamientos, con el ceño ligeramente fruncido. No sabían que estaba urdiendo en silencio una forma sutil de preguntar a la una por la otra y viceversa sin que ninguna pudiera pensar que lo hacía con malicia o picardía. Tenía la sensación de estar convirtiéndose en una persona astuta y engañosa, pero le daba bastante igual. Era inteligente y resuelta, aunque muy joven. Quería mucho a las dos mujeres, pero tenía que averiguar cosas por sí misma y no deseaba hacerles daño ni perturbarlas. Nunca sabrían lo que averiguara: descubriera lo que descubriera, no se lo contaría a nadie.

Pero los niños pequeños no son pequeños mucho tiempo, y una niña solo es pequeña unos pocos años, y entretanto oye y ve cosas constantemente. Después empieza a hacerse mayor y ha visto libros y periódicos, y ha oído cosas que dicen los criados. Si uno se cría en un convento sin más libros que los que seleccionan las monjas, lo más fácil es que se cree cierta distancia con los conocimientos, aunque, según dicen, ni en los internados de monjas se alcanza una disciplina perfecta.

Robin recibía buenos cuidados en su «palacio», pero la biblioteca no se la seleccionaban las monjas. Los libros estaban bien elegidos para la juventud moderna. Las teorías de mademoiselle Valle sobre la educación de las chicas no se basaban en la idea de que, hasta el matrimonio, había que llevarlas atadas con una cuerda, con los ojos vendados y los oídos taponados con cera.

—Sería como separar a un corderito indefenso del rebaño para que se abra paso él solo en una selva llena de animales salvajes y peligros de los que no sabe nada —decía, hablando de la cuestión con Dowson.

Sabía que lord Coombe estaba de acuerdo. También él elegía los libros, y tenía un gusto admirable. Su participación discreta en la atención a la infancia no excluía ejercitar el intelecto. Adquirir la afición por la lectura a una edad temprana ensancharía los horizontes de la niña. Las novelas, la historia, la poesía y la biografía abrían ventanas a una mente rápida y anhelante por naturaleza. A mademoiselle Robin le pareció una alumna aventajada y digna de afecto desde el primer momento.

Sin embargo, siempre tenía la sensación de que ocultaba algo en lo más hondo de su ser, algo de lo que no hablaba. Tal vez fuera un pensamiento que la turbaba, pero no se atrevía a aclararlo haciendo preguntas. Acabó llegando a la conclusión de que jamás le preguntaría nada.

Un día Pluma volvió al palacio con unas visitas. Eran dos niñas rubias y guapas

de trece y catorce años a cuya madre, que las había llevado de compras, le venía muy bien dejarlas una hora en algún sitio mientras ella iba a la modista. A Pluma le pareció muy bien que se quedaran con Robin y mademoiselle hasta que fuera a buscarlas su institutriz.

—Te presento a Eileen y Winifred Erwyn, Robin —dijo, y las hizo pasar—. Habla con ellas y enséñales tus libros y tus cosas, hasta que venga su institutriz a recogerlas. Dowson, dales pasteles y té.

La señora Erwin era una de las amigas más apreciadas de Pluma. La institutriz de sus hijas era una joven francesa muy diferente a mademoiselle Valle. Eileen y Winifred veían la vida desde las ventanas de su sala de estudio como si fuera un libro abierto. ¿Por qué no, si la institutriz y la doncella francesa de su madre charlaban con toda libertad y hablaban en voz alta incluso cuando creían que la habían bajado en consideración a la inocente juventud? Cuando las niñas se iban a la cama, preferían quedarse despiertas oyéndolas todo el tiempo posible. Tenían los ojos grandes y curiosos y solían reírse y hablar bajito entre ellas.

Hablaron mucho con Robin y se las daban de niñas mayores y modernas. Se consideraban maduras, en comparación con ella, porque todavía no había cumplido trece años. Conocían tan bien a tantos personajes y cargos que Robin pensó que todas las mañanas debían de aprenderse de memoria la columna del *Daily Telegraph* titulada «Londres día a día». Ella también la leía a veces, porque le divertía saber cómo eran las fiestas, las bodas y los compromisos. Pero no parecía fácil de aprender. Winifred y Eileen estaban encantadas de lucirse haciendo de instructoras. Se entretuvo un rato con ellas, pero enseguida empezó a hartarse de que se rieran cada dos por tres, cuando le decían un nombre nuevo o le contaban una anécdota. Era como si supieran muchas cosas graciosas que no querían contarle. Además eran curiosas y hacían comentarios y preguntas. Le parecían bastante repelentes.

—Ayer vimos a lord Coombe —dijo Winifred al fin, con la innecesaria risita consiguiente.

—Nos parece que lleva los trajes más maravillosos del mundo. ¿Te acuerdas del abrigo que llevaba, Winnie? —dijo Eileen—. ¡Sabe combinarlo todo tan bien...! Pero en realidad nunca sabes cómo lo hace exactamente —y se rio una vez más.

—Es el hombre que mejor viste de todo Londres —sentenció Winifred, dándose importancia—. Y me parece atractivo. Mademoiselle y Florine opinan lo mismo.

Robin no dijo nada. Se quedó muy quieta, con la expresión que Dowson llamaba para sí «cara de secreto». Winifred se fijó en ella y, como no la entendía, ni la expresión ni a Robin, le entró curiosidad.

—¿A ti no? —le dijo.

—No —respondió Robin—. Tiene cara de malo. Y además es muy viejo.

—Te parece viejo porque solo tienes doce años —terció Eileen—. Los niños pequeños creen que todos los mayores son viejos. A mí me pasaba eso. Pero ahora, la edad ya no es lo mismo que antes. Mademoiselle dice que cuando un hombre es

distinguido siempre es joven... y mejor que los chicos.

Winifred, que era insistente, volvió a la carga.

—En cuanto a la cara de malo, diría que sí, que lo es, pero de una manera interesante. Bueno, claro, la gente dice de todo sobre él. Cuando era joven se enamoró de una princesita muy bella... o ella de él, y su marido la mató, o se murió ella sola de pena, no estoy segura.

Mademoiselle Valle las había dejado solas un rato porque le parecía que no les pasaría nada mientras tomaban el té y los pasteles y que estarían más a gusto sin su presencia. No tardó mucho en volver, pero Eileen y Winifred, ávidas de cotilleo, «hicieron su trabajo» con toda rapidez y por lo general sabían cómo tratar un tema. Les gustaba dejar asombrada a Robin.

Eileen se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Dicen que una vez el capitán Thorpe estaba terriblemente celoso, pero que, curiosamente, ella no había cometido adulterio con lord Coombe.

Se le llenaba la boca al decir la palabra «adulterio», aunque la dijo en voz baja.

—¿Adulterio? —dijo Robin.

Las hermanas empezaron a cuchichear inmediatamente... a toda prisa, con voz aguda. Sabían que mademoiselle podía volver en cualquier momento.

—¡El gran caso de divorcio, ya sabes! El caso del divorcio Thorpe del que se habla en la prensa sin parar. Hemos convencido a la segunda doncella de que nos traiga el periódico cuando mademoiselle termina de leerlo. ¡Es muy emocionante! ¿No lo has leído? ¡Ah!

—No, no lo he leído —contestó Robin— y no sé nada de adulterios, pero, si se trata de algo horrible, seguro que sí lo cometió con él.

Y en ese instante volvió mademoiselle y Dowson entró con más pasteles. Poco después llegó también la institutriz a buscar a sus pupilas y las emprendedoras jovencitas se fueron.

—Estoy segura de que tiene celos de lord Coombe —susurró Eileen a Winifred, cuando llegaron a casa.

—Yo también —dijo Winifred, sabiamente—. No lo puede evitar, sabe cuánto adora a la señora Gareth-Lawless porque es preciosa. Le paga todos esos vestidos tan bonitos que lleva. Es una tontería que tenga celos... como una niña pequeña.

Robin leía la prensa a veces, aunque prefería los libros. No tenía prohibidos los periódicos. Últimamente había leído un libro cautivador y no había mirado la prensa. Se puso a buscar un periódico sin pérdida de tiempo, lo encontró y enseguida dio también con el caso del divorcio Thorpe. No fue difícil: las espectaculares pruebas del caso y otras revelaciones asombrosas ocupaban las páginas principales.

Dowson la vio enfrascada en las páginas, con la mirada ardiente, muy concentrada.

—¿Qué lee, cariño? —le preguntó.

La carita encendida la miró. Era una carita triste, obstinada, resentida, sin rastro

de la expresión infantil de costumbre, y Dowson se sobresaltó.

—Leo el caso del divorcio Thorpe, Dowie —respondió con total claridad.

Dowie se acercó.

—Eso es feo de leer, mi niña —dijo, vacilante—. No lo lea. Tendrían que prohibir hablar de esas cosas en los periódicos. Y usted es una niña pequeña, querida mía.

Robin dejó el codo firmemente apoyado en la mesa, y la barbilla, en la mano. No tenía la mirada de un pájaro.

—Voy a cumplir trece años —dijo—. Me estoy haciendo mayor. Una no se puede parar cuando empieza a crecer. Y quiere averiguar cosas. Quiero preguntarte una cosa, Dowie.

—¡Ay, mi niña...! —empezó a decir Dowie, temblando.

Tanto mademoiselle como ella había observado cómo iba haciéndose mayor inocentemente, y temían que llegara el momento en que esos ojos grandes que todo lo miraban vieran más de lo conveniente. ¿Tan pronto había llegado el momento?

Robin la agarró de pronto por las muñecas y las retuvo mientras la miraba sin pestañear. La pasión infantil de miedo y timidez que reflejaba le partió el corazón: era una niña muy pequeña y no sabía nada.

—Me estoy haciendo mayor. Hay una cosa que... ¡que tengo que saber! Hasta ahora no he sabido cómo preguntarla —Dowson veía claramente que ahora tampoco sabía cómo preguntar—. Han dicho que lord Coombe puede haber sido uno de los del adulterio del caso Thorpe...

—¡Qué niñas tan malas! —exclamó Dowie, casi sin aire—. ¡De niñas no tienen nada!

—¡Todo el mundo es horrible, menos mademoiselle y tú! —exclamó Robin, desgarrada. Apretó las muñecas a Dowie y al final estalló—: Si mi padre estuviera vivo... ¿podría abrir un proceso de divorcio...? Y ¿lord Coombe sería...?

Dowson se echó a llorar. A continuación, Robin también. Soltó las muñecas a la niñera y la abrazó por la cintura, agarrándose con lastimosa contricción.

—¡No, no! —gritó—. No tenía que habértelo preguntado. No tengo derecho a preguntártelo. Te he tratado mal. Pobre Dowie... ¡Mi querida Dowie! ¡Quiero darte un beso, Dowie! ¡Déjame... déjame!

Lloraba como una niña en el acogedor pecho de Dowie; la niñera la abrazaba y, con voz ronca, murmuró:

—¡Mi niña! ¡Mi niñita pequeña!

XIX



Mademoiselle Valle y Dowson se dieron cuenta, después de esto, de que el proceso de crecimiento se aceleraba. A partir de los trece años siempre parece increíblemente rápido, visto desde fuera. Pero a estas dos mujeres que lo veían desde fuera les parecía más rápido que de costumbre. Robin siempre se había tomado los estudios con interés y se le daban bien, pero, de repente, empezó a concentrarse con más ahínco, de una manera que a la institutriz le daba la impresión de que tanto esfuerzo respondía a un plan secreto. Se entregaba al estudio con renovado entusiasmo. Hasta el momento, se ensimismaba estudiando, pero ahora también lo hacía con determinación. Daba pasos de gigante y parecía aspirar a una profundidad y una perfección poco común entre las niñas... sobre todo en la edad del desarrollo, que solía ser tan obsesionante. Conociendo a las jovencitas como las conocía mademoiselle, veía en Robin un ansia que sabía que era optimista esperar en la mayoría de casos. Quería trabajar más horas; habría leído en exceso si no la hubieran vigilado y obligado a dejarlo suavemente.

No se distraía frecuentando a jóvenes de su edad. Al contrario, prefería expresamente evitar esas compañías. Una tarde, durante un largo paseo que dio con mademoiselle, dijo algo que a la institutriz le resultó muy revelador.

—No quiero salir con ellas —dijo Robin, hablando deprisa—. Creo que no me gustan las chicas. Puede que sea horrible... pero no quiero. No me gustan esas dos — y, unos minutos después, cuando dieron la vuelta, añadió pensativamente—: A lo mejor a las chicas que me gustarían a mí no les gustaría yo.

Desde la primera vez que conoció a lord Coombe, mademoiselle Valle supo que la comprendía y que no tenía nada que temer. Pusieron ambos mutuamente su inteligencia a prueba sin dar pasos en falso. Quedó entendido que, si ella deseaba comunicar o preguntar algo sobre la niña, tenía al señor Benby a su servicio en su despacho privado, y allí podría pedir cita también para ver a lord Coombe personalmente.

—No nos hemos dado explicaciones —dijo mademoiselle Valle a Dowson—. Él no me pregunta por qué recorro a él y yo no pregunto por qué tiene tanto interés en esta niña en particular. Se da por sentado que eso es asunto suyo y no mío. Me pagan bien por cuidarla y sabe que todo lo que digo y hago forma parte del proceso.

Después de la visita de las niñas Erwyn, tuvo una breve entrevista con lord Coombe, en la que le dio una idea clara de las dos repelentes jovencitas, de su avidez y curiosidad por temas un tanto exóticos, de su gusto por los disparates vulgares y las murmuraciones espurias.

—Sí, unas personitas repelentes y desafortunadas. Lo comprendo. No las había

visto hasta ahora y no las volverá a ver. Gracias, mademoiselle —le dijo.

Y no las volvió a ver, y tampoco a otras del mismo estilo y, como Pluma conocía a pocas de otro estilo, fue motivo suficiente para que Robin creciera sin compañeras de su edad.

—La verdad es que está muy sola —dijo mademoiselle.

—Siempre lo ha estado —contestó Dowson—. Pero a nosotras nos aprecia, bendita sea, y no es la misma soledad que antes de que viniéramos.

—No es desgraciada porque es muy vital y vigorosa —pensó mademoiselle en voz alta—. La adoramos y tiene interés por muchas cosas, solo que no conoce la amistad de la que disfrutaban muchos jóvenes. Es posible que no la eche de menos porque no la ha disfrutado nunca.

Lo cierto era que, si la falta de relaciones con otros jóvenes la afectaba de alguna manera sutil, ella no se daba cuenta. Aceptaba como condición natural la costumbre de estar sola, que le dejaba tiempo para soñar y pensar, con la misma sencillez que en la infancia había aceptado las limitaciones de los cuartos de los niños.

No era una niña cohibida, pero llegó un momento en que empezó a inquietarla bastante que la gente la mirase a menudo, cuando iba por la calle. A veces volvían la cabeza para mirarla o comentaban algo y después se paraban y se volvían a mirarla. Las primeras veces que le pasó se sonrojó tiernamente y no dijo nada a mademoiselle Valle, que solía ir de paseo con ella. Pero, después de que le pasara lo mismo varias veces, dijo, desasosegada:

—¿Voy bien arreglada, mademoiselle?

—Muy bien —respondió mademoiselle, un poco desasosegada también.

—Empezaba a creer que a lo mejor se me había desabrochado algo o que se me había torcido el sombrero —le dijo—. ¡Cómo me han mirado esas dos señoras! Y después, dos señores que iban en un cabriolé se han inclinado y se han dicho algo y ¡se han echado a reír, mademoiselle! —apurada—. Y ahora ¡esos tres jóvenes! —indignada—. Haga como que no los ve... pero ¡me parece una grosería!

Eran unos jóvenes alegres y desenfadados, y no estrictamente bien educados, que estaban pasando unas vacaciones juntos, y lo hacían sin mala intención, sin deseos de ofender. Sencillamente, miraban y comentaban las cosas al pasar, tocándose inconscientemente el bigote con un gesto rápido, que es un gesto automático de observación placentera en el macho humano.

«Si hubiera tenido amigas de su edad, hace tiempo que sabría lo que significan esas cosas», pensaba mademoiselle.

Su atinado punto de vista en estas circunstancias era que, al ser una cosa muy sencilla la que daba pie a esos comportamientos, podía aclararse con sencillez y buen gusto. No tenía mayor importancia, por lo tanto, ¿por qué tratarlo con gazmoñería y afectación?

—Lo hacen sin mala intención —le dijo, después de alejarse un poco—. Prácticamente son niños todavía, y no muy bien educados. La gente suele mirar a las

chicas bonitas. Me temo que yo también. Usted es muy bonita —con calma, como quien habla sin prejuicios.

Robin la miró y la cara, que era como una rosa Jacqueminot, se le puso como la grana. Estaba en la edad de los rubores. Había interés en su mirada, intriga y un poco, solo un poco, de asombro.

—¡Ah! —dijo brevemente; no como una exclamación, sino aceptándolo sin más.

Después miró al frente y siguió andando con su paso encantador, acompasado y alegre, que llamaba la atención por sí solo.

—Si yo fuera una institutriz modélica, como las que salían en los libros mucho antes de que naciera usted —continuó mademoiselle Valle— sería mi deber decirle que la belleza carece de importancia. Pero eso es una tontería. Tiene mucha importancia... Para algunas mujeres lo es todo. Esas mujeres tienen mala suerte. Hay que dar gracias al Cielo por el don de la belleza y sacarle el mejor partido, pero sin afanarse en exceso. Tanto Dowie como yo, que la queremos, agradecemos al buen Dios que sea usted tan bonita.

—A veces me parece que lo soy, cuando me miro en el espejo —dijo Robin con interés objetivo—. Me parecía que lo era. Pero, al mismo tiempo, pensaba que todo es cuestión de gusto y que a lo mejor me lo parecía porque era vanidosa.

—Usted no es vanidosa —respondió la institutriz.

—No quiero serlo —dijo Robin—. Quiero ser... una persona seria con... con carácter fuerte.

Una duda cariñosa matizó la sonrisa de mademoiselle. No se le había ocurrido pensar que esa niña encantadora pudiera imaginarse un «carácter fuerte». Aunque, al fin y al cabo, ¿qué era la fuerza? Era un ser cálido, cariñosísimo, adorable y tierno. Mademoiselle Valle había visto mucho mundo, mucha humanidad e inhumanidad, y a veces temía por la niña, y, en particular, cuando, casualmente, recordaba lo que Dowson le había contado de los trocitos aplastados de hojas secas.

—¿Una persona seria... —dijo— y fuerte?

—Porque tengo que ganarme el sustento —dijo Robin—. Tengo que ser fuerte para cuidarme sola. Voy a ser institutriz... o algo.

Y así supo mademoiselle, como en una iluminación reveladora, el motivo de tanta aplicación y ahínco con los estudios. Ese era su objetivo. Tenía intenciones de ganarse la vida por sí misma. Conmovida, esperó con interés a ver si le contaba sus motivos sinceramente. En voz alta, solo dijo:

—¿Institutriz?

—A lo mejor puedo hacer otra cosa, como ser secretaria o algo así. Las chicas y las mujeres han empezado a hacer muchas cosas nuevas —le explicó su pupila—. No quiero que me mantengan ni que me den dinero. Es decir, no quiero que... nadie... me compre la ropa y la comida... y todo lo demás. En los periódicos hay muchos anuncios. Puedo enseñar a niños, puedo traducir cartas comerciales. Podré empezar dentro de poco. Lo hacen muchas chicas antes de cumplir veinte años.

Había puesto algunas cartas sobre la mesa, pero no todas, pobrecita. No tocaba la verdadera motivación que la impulsaba. Pero mademoiselle Valle no era tonta y, además, su aguda percepción estaba impregnada de afecto. Por otra parte, conocía el caso del divorcio Thorpe gracias a Dowson y se le ocurrieron varias cosas.

—Señorita Gareth-Lawless... —empezó en tono razonable.

Pero Robin la interrumpió porque la miró de frente otra vez, ahora con una expresión claramente significativa.

—Dejará que me vaya —dijo—. Sabe muy bien que me dejará, mademoiselle, querida. Sabe que me dejará.

Lo dijo con una franqueza, sabiendo lo que decía y que lo que decía era inamovible, que era una revelación completa de cosas que mademoiselle ni siquiera se había atrevido a formularse mentalmente. La niña sabía y sentía multitud de cosas. Seguramente no entraría en detalles, pero las sabía; era algo extraordinario y conmovedor. Llevaba años aprendiendo. Ese era el secreto que siempre había guardado para sí.

—Si es eso lo que piensa hacer —dijo mademoiselle, en el mismo tono razonable de antes—, los próximos años tenemos que trabajar muy en serio.

—¿Cuánto cree que tardaré? —preguntó Robin.

Iba a cumplir dieciséis años, estaba abriéndose como un espléndido capullo; era una jovencita radiante, enternecedora, y uno solo se la podía imaginar en jardines floridos, acogida en salones llenos de encanto, abrazada, en sentido figurado, por todos los brazos maduros y amables que la rodearan. Así lo veía mademoiselle Valle, y tan vívidamente que tuvo que contener un suspiro.

—Cuando considere que está preparada, se lo diré —respondió—. Y haré cuanto esté en mi mano por ayudarla... antes de dejarla.

—¡Ay! —exclamó Robin puerilmente, sin darse cuenta—. ¡No había pensado en eso! ¡No podré vivir sin usted... ni Dowie!

—Ya sé que no lo había pensado —dijo mademoiselle con afecto—. Todavía no es más que una niña. Pero así son las cosas. Una institutriz o una secretaria... o una jovencita que trabaje en una oficina traduciendo cartas no puede llevar consigo a su institutriz ni a su doncella.

—¡Ay! —dijo Robin otra vez.

De pronto se le empañaron tanto los ojos que la persona que pasó en ese momento pensó que nunca había visto unos ojos tan bonitos. Todavía tenía tanto de niña que la impresión, al darse cuenta de ese detalle práctico, relegó momentáneamente la parte madura y resuelta de su ser al segundo plano, y no podía soportar el dolor y la alarma que le causaba. Era cierto que era muy joven todavía para afrontar sus planes.

Pero, después del largo paseo, cuando se encontró de nuevo en su dormitorio, tuvo la grata sensación de que se había quitado un peso de encima. Llevaba una temporada pensando en cómo decírselo a mademoiselle y a Dowie. No le gustaba ocultárselo como si no las quisiera, pero era difícil saber por dónde empezar sin que

pareciera que creyera que ya era mayor... porque sería una tontería. No tenía idea de contárselo hoy, pero le había salido con naturalidad, cuando mademoiselle le dijo que era muy bonita... Tan bonita que la gente se volvía a mirarla por la calle. Algo sabía de chicas y mujeres que eran así, pero ¡no se le había ocurrido pensar que ella...! Naturalmente, la miraban cuando era muy pequeña, pero había oído decir a Andrews que la miraban porque tenía una melena muy larga que parecía de rizos de seda.

Fue al tocador y se miró en el espejo, de cerca, para verse mejor. La cara que iba acercándose hacía el efecto de una flor tropical, por el color que tenía, tan vivo que parecía palpar, en vez de estar quieto. Los blandos labios eran cálidos y brillaban, y los ojos, oscuros, parecían rocío, como siempre. Las cejas eran una línea fina de terciopelo negro y las pestañas le daban una sombra suave y densa. Vio que le quedaban bien. Se cogió la barbilla redondeada entre las manos y se estudió con el deseo de asegurarse de la verdad sin prejuicio ni vanidad. El efecto general era brillante, y lo notó como lo notaban los demás. Con un dedo se tocó la piel, aterciopelada como la de un pétalo, y vio lo fina y larga que era la mano. Y era bonita, y el pelo también: caía con gracia alrededor de la frente y las orejas y por detrás del cuello. Miró la joven curva y el color, y la llama de la primera belleza de la vida con gran curiosidad, singularmente impersonal para su edad.

Le gustaba; empezó a sentir agradecimiento, como Dowson y mademoiselle. Sí; si a los demás les gustaba, era inútil fingir que no contaba.

«Si voy a ganarme la vida —pensó muy seriamente—, puede que me resulte favorable. Si me hago institutriz, me servirá, porque a los niños les gusta la gente bien parecida. Y, si me hago secretaria y trabajo en una oficina, seguro que a los hombres les gusta que una sea guapa, porque da alegría».

Se lo dijo a mademoiselle Valle, que reaccionó con amabilidad, aunque después se quedó pensativa. Unos días más tarde, mademoiselle fue a ver a lord Coombe en el confortable despacho de Benby; él también se quedó pensativo cuando le contó los incidentes del largo paseo en el que su pupila le había contado los planes que tenía para el futuro.

—Es una niña buena —dijo—. Me gustaría que no me aborreciera tanto. La comprendo, porque cree que soy un villano. No soy un auténtico villano —añadió con su fría sonrisa.

Pero se lo decía a sí mismo, no a mademoiselle.

Y así lo entendió ella, pero —curiosamente tal vez— habló como si le respondiera.

—Eso lo sé.

Lord Coombe volvió levemente la cabeza con un movimiento rápido e improvisado.

—¿Sí? —dijo.

—Milord, permítame decirle que, de otro modo, no vendría a pedirle consejo sobre una niña.

Lord Coombe hizo un pequeño gesto con la mano, como desentendiéndose.

—Tenía que haberlo sabido. Si lo hubiera pensado antes me habría dado cuenta. Lo sé.

Mademoiselle Valle hizo una inclinación de cabeza.

—El caso es —dijo— que cree realmente que la belleza puede ser una ventaja para una persona joven que solicita trabajo en una oficina de un hombre de negocios, porque la belleza lo animaría y le daría alegría cuando estuviera cansado o desanimado... Y eso me da mucho que pensar. Sí, milord, así me lo dijo, mirándome con ojos de paloma que arrulla a sus pichones. Me la imaginé mirando así, como un ángel, a cualquier granuja viejo que simplemente la vería como una prostituta nata.

La rígida cara de Coombe adquirió una expresión verdaderamente pensativa.

—¡Por Dios! —murmuró para sí—. ¡Por Dios! —repitió en voz baja, sin aire.

Fuera bueno o malo, no conocía un solo mundo, sino muchos.

—¡Tenemos que ocuparnos de ella! —dijo a continuación—. No es una niña insubordinada. No va a hacer nada todavía, ¿verdad?

—Le he dicho que todavía no está preparada —respondió mademoiselle Valle—. También le he prometido que, cuando lo esté, se lo diré... y que voy a ayudarla.

—¡Que Dios la ayude, si no lo hacemos nosotros! —dijo él—. En realidad, es ignorante como una ovejita... y siempre hay carniceros al acecho de ovejitas como ella. Les gustan más que las niñas que tienen tendencias perversas desde la cuna. Cualquier viejo malandrín la identificaría desde lejos.

Mademoiselle lo miró muy seriamente y advirtió su figura, alta, delgada y recta; su porte, la perfección de su traje, que siempre parecía recién puesto aunque no fuera nuevo.

—¿Se considera usted viejo, milord? —le preguntó.

—No soy un viejo decrepito... Los años no tienen por qué traer decrepitud forzosamente —respondió—, pero creo que envejecí antes de cumplir treinta años. Desde entonces, no he envejecido más, en lo que a la verdadera vejez se refiere.

Se miraron en silencio y Coombe sostuvo la mirada a la institutriz.

—No soy tan viejo ni tan joven como para enamorarme de la hijita de la señora Gareth-Lawless —dijo—. No hace falta que se lo diga. Pero sabrá que hay quien se divierte pensando que sí.

—Unos pocos necios superficiales y malpensados —reconoció ella sin titubear.

—Lo peor que uno podría hacer por sí mismo es negarlo o dar explicaciones —respondió con una sonrisa dura y bonita al mismo tiempo—. Que sigan creyéndolo, si lo prefieren.

XX



El decimosexto cumpleaños pasó como otras muchas cosas mucho más inquietantes e importantes para el mundo que el cumpleaños de una jovencita; pasó el decimoséptimo y también otros acontecimientos más complicados aún y más significativos, pero ni siquiera los dueños de las manos que se cernían sobre el tablero de ajedrez que era el mapa de Europa los seguían todos tan de cerca como habría sido necesario para tener alguna ventaja. Las adolescentes no suelen interesarse por la situación política y diplomática y a Robin no le gustaban mucho los periódicos. Trabajaba bien y con continuidad, bajo la dirección de mademoiselle, y la institutriz veía que la niña no perdía de vista sus planes de independencia. Lo sabía por las cosas que decía Robin de vez en cuando, y también por cierta unión telepática que había entre ellas. Aunque no era nada aficionada a leer la prensa, la muchacha tenía la costumbre de mirar atentamente los anuncios todos los días. Repasaba las columnas de los se ofrecían para trabajar y las de los que buscaban empleados.

—Miro todos los que empiezan con «Se necesita mujer joven» o «señorita» o «persona joven», y los que dicen: «Persona joven busca empleo» o «mujer joven» o «señorita». Quiero averiguar qué es lo que más se necesita.

Ya no le molestaban las miradas que la seguían ni los ojos que se abrían al pasar. Sabía que no se le había desabrochado nada ni se le había torcido nada, ni llevaba nada sucio o descuidado que pudiera llamar la atención. Aceptó que la miraran como una cosa cotidiana más. Le gustaba y se alegraba de ver las miradas cordiales y satisfechas. Algunas veces le molestaban algunos hombres colorados, maduros o mayores, porque miraban con mucho descaro, y se decía que seguro que no eran más que viejos chochos que tendrían que irse a casa con su familia y quedarse allí. Siempre la acompañaban mademoiselle o Dowie, pero como no era una *jeune fille* francesa, no era porque no se pudiera confiar en ella, si salía sola, sino porque disfrutaba de la cariñosa compañía de las dos.

Sin embargo, había un hombre que le desagradaba profundamente, porque algunas veces las jovencitas toman ojeriza a algún representante del otro sexo sin saber muy bien por qué.

Era uno de los que iban de vez en cuando a ver a su madre: un joven oficial prusiano bien parecido, de alcurnia y alto rango militar. Era rubio, marcial y de muy buena presencia; tenía el porte y los modales de la corte de Berlín, y el golpe que daba con los talones al juntarlos con elegancia, cuando saludaba automáticamente con una inclinación perfecta, era una de las cosas por las que Robin lo detestaba, aunque no sabía por qué.

—Es como si no fuera simplemente una inclinación como la que hacen los

caballeros —confió a mademoiselle Valle—, sino como si le hubieran enseñado a hacerla y a llamar la atención para que todo el mundo lo vea, como si nadie supiera hacerla bien. Es tan exagerada, a pesar de ser rígida, que resulta bastante vulgar.

—Es cuestión de gusto personal —dijo mademoiselle.

—Ya lo sé —reconoció Robin—, pero... —incómoda— pero eso no es lo que menos me gusta. Son los ojos. Supongo que son bonitos. Son azules y grandes... demasiado grandes. Tiene una forma de mirar rara, rápida... como si clavara los ojos en los de la otra persona y quisiera quedárselos y decir un secreto, todo en un segundo. Al final te sonrojas y quieres apartar la vista.

—Yo no —dijo mademoiselle astutamente... porque quería saber más sin tener que preguntar demasiado.

Robin se rio un poquito.

—Porque no lo ha visto hacerlo. Yo tampoco lo he visto tantas veces. Viene a ver a... mamá —nunca decía «madre»— cuando está en Londres. Hace ya dos o tres temporadas que viene. La primera vez que lo vi, salía yo con Dowie y él entraba. Como el vestíbulo es tan pequeño, casi chocamos, y entonces él retrocedió e hizo su inclinación, y me miró de una forma que me quedé como tonta, y me dio miedo. Claro que solo tenía quince años.

—Y ¿desde entonces? —inquirió mademoiselle.

—Cuando viene, parece que siempre me lo tengo que encontrar en alguna parte. Dos veces en los jardines de la plaza, cuando me acompañó fräulein Hirsch; se acercó y se puso a hablar con nosotras. Supongo que la conocerá. La trataba con toda educación, pero con condescendencia, como si él fuera muy importante y no quisiera que olvidáramos que ella no es más que una maestra alemana y yo, una niña pequeña cuya mamá es amiga suya. Pero no dejaba de mirarme, hasta que se me hizo detestable.

—No hay que detestar a las personas sin motivo. Detestas a lord Coombe.

—Los dos me dan escalofríos. Lord Coombe no me clava la mirada, pero su frialdad me da escalofríos. Es tan estirado... como si fuera el demonio.

—Eso son prejuicios infantiles y tonterías.

—A lo mejor el otro también es un demonio —dijo Robin—, pero los dos me dan escalofríos. Preferiría morir a que me tocara cualquiera de ellos. Por eso, cuando era pequeña, no quería dar la mano a lord Coombe.

—¿Crees que fräulein Hirsch conoce al barón? —preguntó de nuevo la institutriz.

—Estoy segura. Nos lo encontramos a menudo, cuando sale de paseo conmigo. Unas veces solo nos saluda al pasar, pero otras se para y nos dice algo, así, tan estirado y magnífico. Pero siempre me clava la mirada en los ojos, como si viera cosas de mí que ni siquiera yo sé. Ha pasado cerca de nosotras muchas veces, cuando vamos juntas, pero a lo mejor usted no se acuerda.

Sin embargo, daba la casualidad de que mademoiselle Valle se acordaba de haber visto el saludo de una altiva persona del sexo masculino, cuyo porte marcial era

suficiente para llamar la atención, porque evocaba con mucha intensidad el tintineo de espuelas, atavíos militares y pechos estirados cubiertos de medallas.

—Es el conde Von Hillern y preferiría que se quedara en Alemania —dijo Robin.

Fräulein Hirsch no era de las que habían vuelto a su país a toda prisa, sin avisar con antelación a quienes la habían contratado. Se había quedado en Londres dando sus clases lealmente. Era una joven feúcha, de nariz larga y con granos, rostro sin color y ojos y actitud de timidez. Robin estaba segura de que el rango militar y la alcurnia de su compatriota le inspiraban mucho respeto. Parecía más tímida que nunca cuando se dignaba detenerse y hablar con ella y con su pupila... Hasta el extremo de que su mirada se volvía furtiva. Robin suponía que admiraba a ese hombre, pero que era tan humilde que perdía la compostura en su presencia. Algunas veces se sobresaltaba y se ponía pálida y colorada, cuando lo veía acercarse, y eso hacía pensar a Robin si también ella sería tan tímida y se dejaría dominar tan fácilmente por sus superiores, si se hacía institutriz. Evidentemente, en ese caso, un hombre como el conde Von Hillern sería uno de sus superiores, y ella tendría que asumir una actitud acorde con la diferencia, aunque entonces parecería demasiado cautelosa. Había hecho muchas preguntas a fräulein sobre las institutrices.

Había preguntado a qué edad se podía solicitar un puesto de institutriz de niños pequeños o de chicas. Fräulein Hirsch había empezado a trabajar a los dieciocho años. Había llevado una vida seria, con mucha responsabilidad en casa, porque era de familia numerosa, y tal vez muy madura para su edad. Le contó que, en Inglaterra, las mujeres que querían trabajar miraban los anuncios e iban a casa de las personas que los publicaban en la prensa. A veces todo salía bien. Fräulein Hirsch era muy amable, siempre estaba dispuesta a contárselo todo. Robin no le dijo que tenía intención de buscar trabajo —de institutriz, seguramente—, pero la joven alemana tenía una mentalidad «hecha en Alemania» y se daba cuenta de muchas cosas que su pupila no sospechaba que supiera. Una de las cosas que mejor sabía era que su pupila era una niña. Ella no era ninguna niña, sino un ser muy amargado y desgraciado sin motivos para la esperanza. Vivía en un piso pequeño en una calle que daba a Abbey Road y, en el cajón de su tocador, guardaba una fotografía de un oficial prusiano de pelo rubio, muy corto, bonitos y prominentes ojos azules y párpados rasgados hacia abajo, que miraba con arrogancia. Era el típico hombre al que las mujeres alemanas jóvenes y delgadas o maduras y fuertes adoran en secreto como a un dios, y cuya relación con cualquier mujer solo puede ser la de un Zeus moderno que se agacha para ordenar que le sirvan. En la adolescencia se había acostumbrado a que la mirada femenina se elevara hacia él con adoración o lo admirase, emocionada y atraída por él. Cosas de la naturaleza, nada más, que sabiamente proporcionaba un dios masculino cuyo mundo había sido creado para proporcionar placer a los hombres, sobre todo a los del ejército prusiano, que tenían la idea fija de dominar el mundo y enseñarle a obedecer.

Para un hombre así, tan concienzudamente preparado en la comprensión del poder de su clase y de sus valores, una joven como fräulein Hirsch —servil y nada

agraciada— era un objeto sin importancia que se tenía en tan poca consideración como el suelo sobre el que se camina. El suelo era útil para unas cosas y esa clase de mujeres, para otras. Al menos podía obedecer órdenes de aquellos a los que el Cielo había puesto por encima de ellas y, si eran dóciles e inteligentes, podían ser recompensadas con alguna señal de aprobación.

En la cabeza de *fräulein* Hirsch no cabía el atrevimiento que habría sido necesario para reconocer la existencia de la fotografía escondida en el cajón. En realidad, la mujer vivía esclavizada por una pasión ardiente y secreta que, algunas veces, cuando estaba en la cama por la noche, arrancaba de su estrecho pecho gemidos inconsolables que ahogaba bajo las mantas.

En sentido figurado, habría lamido las botas de su dios conquistador si la hubiera mirado —solo mirarla— como si fuera un ser humano. Pero a él no se le podía ocurrir semejante cosa. No pensaba de ella ni lo que dolorosamente pensaba ella de sí misma: que no era joven, que no era guapa, que no era *geboren*, que no era mujer, siquiera. No pensaba nada de nada de ella, solo la consideraba una más de los nacidos para acatar las órdenes de sus superiores. Estaba en Inglaterra porque se lo habían ordenado, porque no llamaba la atención y era apta para llevar a cabo el trabajo que le habían encomendado. Era más inteligente de lo que parecía y podía hacer algunas cosas sin llamar la atención de nadie.

Von Hillern le daba instrucciones de vez en cuando; por eso necesitaba verla y hablar con ella en algunos sitios. Saber que tenía la remota posibilidad de verlo casualmente era para ella una razón de vivir. Le bastaba con que se le concediera estar un momento, de pie o sentada, tan cerca de él que, de haberse permitido la audaz locura, habría podido tocarle la manga; le bastaba con temblar ante su magnífica mirada, con oír su voz, con rozar, casi, su mano blanca y fuerte cuando ella le entregaba papeles, con ver que alguna vez se dignaba felicitarla por lo que había hecho, con demostrarle servilmente que seguía a sus órdenes.

No era una mujer agradable ni buena y, desde el día en que nació, había aceptado su lugar en el mundo con tanta rotundidad que jamás se habría permitido tener deseos más elevados. Si él levantara su orgullosa mano y le hiciera una seña, lo seguiría como un perro en las condiciones que él quisiera imponer. Pero no la levantaba ni la levantaría nunca, porque ella carecía de todo atractivo. Y lo sabía, y así ahogaba los gemidos en la cama, por la noche, o se quedaba despierta, pensando febrilmente en la próxima vez que pudiera presentarse la posibilidad de que la necesitara para algo y le ordenase ir a algún parque solitario, a una carretera secundaria o a un hotel barato, en el que podía quedarse a pasar la noche como una viajera londinense que estaba de paso.

Una noche —había alquilado una habitación barata para una semana en una calle poco importante, siguiendo sus órdenes— él llegó hacia las nueve, vestido como para disimular su grandeza y parecerse lo más posible a un inglés cualquiera.

Pero, cuando cerró la puerta y se quedó a solas con ella en la habitación, con las

punzadas de felicidad de una adoradora sumisa, lo vio recuperar automáticamente su magnífico porte. Se quitó el abrigo, que le sentaba mal, y se irguió en toda su estatura, dominando la pequeña habitación y a la encogida idólatra, que tenía el corazón estremecido. ¡Ay, quién pudiera echar a este ser indigno a sus pies, aunque solo fuera para que lo pisoteara, y morir después! Carecía por completo de sentido del humor, que la habría salvado de tan ridícula idiotez. Toda su vida había leído en versos o en canciones que los ideales del amor eran la humildad romántica y el sacrificio conmovedor por el ser adorado. Solo con esa servidumbre y ese sacrificio conquistaría la mujer el corazón del hombre... y solo si era bella y tenía los dones dignos de ser aceptados por su ídolo.

En realidad, era la arrogancia sin paliativos lo que reverenciaba y ante lo que se postraba sobre sus pobres y grandes rodillas para adorarlo. La educación que había recibido, la religión incluso, le habían enseñado que esa arrogancia era la señal de su nobleza y su alta y marcial cuna. Eran las creencias de las mujeres de su clase; las más románticas y sentimentales incluso disfrutaban con ese amaestramiento. Según la imagen mental de *fräulein Hirsch*, él era un Rochester^[15] alemán sublimado y mucho más deslumbrante, y ella, una Jane Eyre más digna, por ser más sumisa. *Ach Gott!*^[16] ¡La cabeza, tan erguida, con el pelo corto, las preciosísimas manos blancas, los ojos orgullosos que se dignaban mirarla! Con él allí, la humilde habitación parecía un palacio.

Le hizo algunas preguntas; le pidió las notas que había tomado; sin desperdiciar una palabra ni una mirada, le detalló órdenes nuevas.

Él estaba al lado de la mesa, por lo tanto, era necesario acercarse, incluso mucho, para ver con claridad el esbozo que había hecho a toda prisa, para romperlo en mil pedazos inmediatamente y quemarlo con una cerilla. La mujer tuvo que acercarse tanto a él que le rozó la pernera de los pantalones con el vestido. La proximidad, mezclada con un difuso olor de humo de puro y una insinuación de jabón y esencia masculina, la conmovía tanto que temblaba y se le humedecían los ojos. Tanto es así que, a pesar del terror y los esfuerzos por dominarse, una mísera lágrima rodó por la mejilla y allí la dejó, porque no se atrevía a enjugársela.

Él se dio cuenta de que temblaba e, irritado, la miró fría e inquisitivamente; vio la lágrima. Después dio media vuelta y siguió mirando las notas. Él no había ido allí para preguntar a una oveja como esa mujer si estaba llorando o simplemente estaba acatarrada. «*Ach!* —se lamentó miserablemente la pobre Hirsch en el fondo del alma—. ¡Ese control patricio de la expresión y esa indiferencia por todo lo pequeño y nimio!». Formaba parte de su aristocrática cuna, pero también del esplendor de su preparación militar.

Tenía por costumbre irse inmediatamente, después de la despedida protocolaria. Esta noche —ella no podía creerlo— parecía entretenerse por algún motivo. No se sentó ni le dijo a *fräulein Hirsch* que se sentara, pero no salió enseguida de la habitación. Encendió un puro maravilloso, después de dignarse hacer un leve gesto

con la mano con la que lo sujetaba, como pidiéndole permiso. ¡Ah, si se atreviera a ofrecerle una cerilla en ese mismo instante! Se puso al lado del fuego y le hizo unas preguntas aparentemente banales sobre la casa, los amigos y las costumbres de la persona que la había contratado.

La única relación que había entre ellos eran las preguntas que le hacía él y la información que le daba ella y, por lo tanto, no era cuestión de gusto. Él podía preguntar cualquier cosa y ella tenía que responder. Tal vez tuviera que averiguar alguna cosa concreta entre los invitados de la señora Gareth-Lawless. Pero tenía la cabeza despierta, gracias al entrenamiento recibido, y así supo ver que lo que le interesaba principalmente no era la señora Gareth-Lawless, sino un miembro de su familia, una familia muy pequeña formada únicamente por ella y su hija.

El verdadero interés de las preguntas era Robin. Y se había fijado en cómo la miraba al pasar o cuando hablaba con ellas. Recordó de repente, como una iluminación, la forma tan inteligente en que había averiguado, haciéndole preguntas, cuándo saldrían a pasear juntas y adónde irían. No había sido suficientemente rápida para detectarlo hasta este momento, pero ahora lo vio. ¡Niñas tan bonitas... sí! Pero no podía ser cierto. ¡Una niña inglesa de esa clase de familia... con una madre así! Un capricho pasajero, de los que divierten a los hombres de su clase y después lo olvidan... nada duradero. Por supuesto, no lo verían con buenos ojos en las altas esferas en las que se movía, en las que la obediencia era el primer mandamiento del Decálogo.

Pero no se fue. Incluso descendió ligeramente de su plano inaccesible. No le resultó difícil enterarse de detalles de la extraña soledad en la que vivía la niña. Fräulein Hirsch estaba preparada para explicarle que, a pesar de la moral relajada y la indulgencia entre clases que estaban de moda en Inglaterra, la niña estaba marginada de los círculos sociales sagrados. Tenía la imperiosa necesidad de dejarle muy claros algunos aspectos y así lo hizo. Deseaba ardientemente que comprendiera hasta las últimas consecuencias que, fuera cual fuese el arrebató que el tierno brote de belleza le hubiera inspirado, no podía considerarlo con ninguna intención seria. A ella nunca le había gustado la niña y ahora su débil bondad y humildad se transformaron de pronto en otra cosa: algo parecido al instinto de protección de una loba recién parida. Daba igual lo que le pasara a la niña —lo que pudiera sucederle o no sucederle—: para ella, Mathilde Hirsch, no había esperanza que ganar o perder con ello. Pero, si no lo disgustaba y aun así lo salvaba del desastre, tal vez se lo agradeciera y... tal vez lo contara... o se acordara de ello... Sin duda su noble madre se lo agradecería... si llegaba a saberlo algún día. Pero, por delante y por detrás, por encima y por debajo de todos estos razonamientos engañosos, se encontraba la quemadura asfixiante de los celos locos que solo puede sentir esa clase de mujer infortunada... y que no se atrevía a mostrar ni en su más pálida expresión.

—He descubierto que, por algún motivo, tiene intenciones de buscar empleo de institutriz —dijo.

—Aconséjale que vaya a Berlín. Hay casas buenas allí —respondió.

—Si se va, a su madre le dará completamente igual —replicó fräulein Hirsch.

—En ese caso, si un joven que conozca en la calle la corteja y deciden escaparse juntos, sus familiares no la perseguirán.

La boca chata de fräulein Hirsch adoptó una expresión maliciosa.

—Su madre está muy ocupada para ir detrás de ella, y no tiene a nadie más, como no sea lord Coombe, que, según dicen, la quiere para sí.

Von Hillern se encogió de hombros.

—¡A su edad! Y ¡después de la madre! ¡Qué típico de un inglés!

Entonces, fräulein Hirsch se acercó un paso más y lo miró fijamente a los ojos como no se había atrevido en su vida. Ahora se atrevió porque tenía algo muy interesante que contarle y que a él le gustaría mucho. En efecto, era típico de un inglés. Lord Coombe tenía fama de ser de los peores, pero era demasiado sutil e inteligente para ofender abiertamente a la gente. Lo cierto es que se decía que educaba a la niña y la tenía recluida con la colosal intención de casarse con ella cuando tuviera la edad oportuna. No tenía herederos de su sangre... y no podían faltarle la belleza y la inocencia. E inocencia y belleza tendría el salvaje.

—¡Bah! —exclamó Von Hillern—. Es a la juventud a la que no pueden faltarle esas cosas y... ¡las toma! Eso no son más que estúpidas habladurías londinenses. No, él no iría detrás de ella si se escapara. Es orgulloso y sabe que se reirían de él. Y no podría arrebatársela a un joven... amante.

¡Amante! ¡Qué emoción sintió su pobre y ardiente corazón en su pecho plano! ¡Cuánto conocimiento triunfante en sus palabras!

—No, no podría —respondió, sin dejar de mirarlo—. Nadie podría.

Él se rio brevemente, con seguridad, pero casi con indiferencia.

—Es decir, no irían a buscarla si desapareciera —dijo—. Es suficientemente bonita para Berlín.

Se quedó quieto un momento, como pensando en algo con agrado, mirando al suelo. Cuando levantó la cabeza, había en sus ojos azules un matiz de júbilo envenenado, aunque a Mathilde Hirsch no se lo pareció. Dijo en voz baja:

—Será emocionante el día en que volvamos a Londres, colosal... porque volveremos. Será como si el océano se hubiera concentrado en una sola ola inmensa que todo lo arrastra y todo lo colma. Habrá confusión y carreras precipitadas de soldados sin instrucción... y gritos... y gemidos...

—¡Y zepelines bombardeando —se permitió añadir ella, jadeando— y edificios derrumbados y calles y gente aplastada! Westminster y los palacios se tambalearán y hombres gordos correrán como locos delante de las bayonetas.

La interrumpió con algo parecido a una carcajada más envenenada que la mirada de antes. Estaba ligeramente emocionado.

—Y las mujeres correrán por todas partes, chillando, intentando esconderse en vano. Tomaremos cuantas mujeres bonitas, pequeñas y de nariz recta se nos antoje...

cuantas queramos.

—Sí —dijo ella, mordiéndose el labio. A ella no la tomaría nadie, lo sabía.

Se puso el abrigo, dispuesto a irse. En la puerta, antes de abrirla, le dijo, en el tono habitual de darle órdenes:

—Llévala a los jardines de Kensington mañana por la tarde. Sentaos en un banco cerca del Estanque Redondo a mirar a los niños con sus barquitos de vela. Yo no estaré allí, pero verás que se te acercará una mujer elegante, de luto, que hablará contigo. Finge que la reconoces, como si fuera una antigua amiga. Haz todo lo que te diga.

Después, él se fue y ella se quedó pensando en todas las cosas.

XXI



Volvió a verlo a la semana siguiente y no le quedó más remedio que admitir que no había podido llevar a su alumna a los jardines de Kensington la mañana señalada, pero que, como a la muchacha le agradaba el sitio y disfrutaba viendo jugar a los niños con sus barquitos en el Estanque Redondo, sería fácil llevarla allí. Él le mostró una fotografía de una mujer a la que encontraría sentada en un banco concreto del parque y la instó a mirarla todo el tiempo que necesitase hasta haberse grabado aquel rostro en la memoria. Era el rostro de una mujer de discreta elegancia y mirada dulce.

—Dirá llamarse lady Etynge —le explicó—. Tiene usted que recordar que le dio clases a su hija en París, hace mucho tiempo. Actúe con calma, sin prisas y sin cometer errores. Irá bien que ellas se encuentren unas cuantas veces, fortuitamente. —Luego, dijo—: Cuando lady Etynge la invite a su casa, usted la acompañará, por supuesto. Pero no se quedará. Lady Etynge le indicará lo que tiene que hacer.

De palabra, no se comprometió personalmente dando pistas sobre sus intenciones. Nada en él denotaba que albergase alguna en absoluto, si había que juzgar por su expresión. Concluyó para sí que lo sabía, que si pudiera encontrarse con la muchacha en las circunstancias propicias, como en casa de una persona conocida, lista y conocedora de sus sentimientos, no le cabría ni el menor asomo de duda del resultado de sus esfuerzos para agradarla. Sabía que era una criatura solitaria y romántica, que sin duda habría leído novelas sentimentales y se habría sentido atraída por los héroes de sus historias. Por descontado, estaba ya madura para los escarceos iniciales en el terreno del amor pasional. Los de él no habían sido escarceos, pensó con pena la pálida Hirsch. ¿Qué muchacha, qué mujer, sería capaz de resistirse a la seductora solicitud de sus ojos entornados, si de pronto le daba por dejar que un afecto los llenase? Al pensarlo, casi le rechinaron los dientes. Pues ¿no se figuraba ya ella cómo se le vería, inclinando la alta cabeza para susurrar a una mujer que temblaría de gozo bajo su intensa mirada? ¿No lo había visto ella ya en sus sueños imposibles, desesperados?

¿Qué más daba que a la muchacha le pasase eso que el mundo daba en llamar desastre? Fräulein Hirsch no lo habría tildado así. Cualquier mujer pagaría mil veces más por un desastre así. El capricho podía durarle a él apenas unos meses. Tal vez se la llevaría a Berlín —o a algún precioso rincón secreto de las montañas, donde iría a verla—. Qué delicia... ¡Qué delicia! Lloró tapándose la cara con las manos secas y calientes.

Pero no duraría mucho... y entonces volvería a pensar únicamente en la gran obra, en la augusta Máquina, de la cual él era un componente mecánico más, y se vería obligado a verla, a ella, Mathilde Hirsch, a hablar con ella, olvidando todo lo

demás. La única manera en que conseguía controlarse decentemente era repetirse una y mil veces que en la fabulosa vida de él era de lo más natural que ocurriesen estas cosas, cosas que después pasaban, y que, cuanto antes comenzasen, antes pasarían.

Hacia una mañana radiante el día que se llegó dando un paseo con su alumna hasta los jardines de Kensington y, con bastante naturalidad, se dirigieron al Estanque Redondo.

Robin iba feliz porque se oía el trino de los pájaros, porque los jardineros estaban llenando los parterres de azafranes de primavera y jacintos, porque flotaban en el aire leves aromas dulces y por tanto estaban en primavera. Cogió la rama de un lilo que parecía pelada y, poniéndose de puntillas, besó con cierta timidez las yemitas pardas que la punteaban.

—Cuando veo los primeros brotes abultándose en las ramitas, no lo puedo evitar. Lo mucho que trabajan para salir y volverse de color verde —dijo—. A una le encanta todo lo de esta época, ¡todo! Mire los niños en el estanque. Ese regordete del chaquetón marinero y los pantalones largos de piel marrón está que no cabe en sí de alegría. Acerquémonos a alabar su navío, fräulein.

Se acercaron y Robin alabó el barco hasta que su propietario se quedó sin resuello de puro embeleso. Cerca de ella, fräulein Hirsch miraba furtivamente todos los bancos de alrededor del estanque, sin dedicar ninguna mirada incautamente interesada a ninguno en concreto. Pero en ese momento dijo:

—Creo que aquella señora de allí es lady Etynge, en el tercer banco contando desde aquí. Te comenté que me había enterado de que estaba en Londres. Me gustaría saber si su hija seguirá en el convento de Tours.

Al volverse, Robin vio que una discreta señora vestida de luto riguroso reconocía a fräulein Hirsch dedicándole una inclinación de la cabeza y una sonrisa, gestos que parecieron indicar que se esperaba de ellas que fuesen a saludarla.

—Tenemos que acercarnos a hablar con ella —dijo fräulein Hirsch—. Estoy segura de que querrá que se la presente. Le gustan las jovencitas... por Helene.

Robin se dirigió a ella con donaire. La señora parecía muy educada y tenía atractivo. Hablaba con dulzura y dedicó palabras muy amables a fräulein Hirsch. Daba la impresión de que la conocía bien y que le tenía simpatía. Su hija, Helene, seguía en el convento de Tours pero en breve estaría de vuelta en casa. Se llevaría una alegría al saber que fräulein Hirsch se encontraba en Londres.

—He transformado toda la planta superior de mi gran casa en una preciosa *suite* para ella. Le chifla vivir muy arriba por encima del nivel de la calle —dijo lady Etynge con una sonrisa de indulgencia. A lo mejor era una persona «madre», pensó Robin.

Tanto su aspecto físico como su forma de hablar resultaban agradables y fue sumamente amable al mostrar interés por los barquitos y los esfuerzos de los chiquillos por hacerlos navegar.

—Con frecuencia me pasa que traigo aquí un libro y me olvido de leer, pues me

quedo absorta observándolos —comentó—. Hay que ver lo orgullosos y triunfales que se ponen cuando el barco logra cruzar el estanque.

Se marchó muy pronto y Robin se quedó mirándola con gran interés mientras se alejaba hasta que la perdió de vista.

Volvieron a encontrarse con ella unos días después y conversaron un poco más. No siempre estaba en la zona del Estanque cuando ellas iban y naturalmente no pasaban por allí cada vez que paseaban juntas, aunque a *fräulein* Hirsch le agradaba sentarse a ver a los niños.

Había ido a merendar con su antigua patrona, le contó un día a Robin, y la encontró algo nerviosa con los preparativos por la llegada de Helene, que se había educado desde pequeña en un convento francés y no era como las niñas inglesas. Su salud siempre había sido frágil y al parecer las monjas sabían cuidarla y serenar sus nervios con su callado modo de ser.

—Su madre está un tanto angustiada por cómo se tomará la mudanza a Londres. La chiquilla, claro, no tiene amigas jóvenes aquí y además está habituada a la tranquilidad de la vida conventual —explicó la *fräulein*—. Por eso le han arreglado las habitaciones de la planta alta de la casa. Desde allí no oírás casi ruido. Te confieso que yo misma estoy angustiada por ella. Lady Etynge anda cavilando cómo dar con una señorita como Dios manda que le haga compañía y viva con ella en la casa. Tiene que ser una señorita joven de buena familia, con una educación exquisita... y con luces y encanto personal. No alguien como yo, sino alguien a quien pueda tratar de igual a igual y como a una amiga. Casi una compañera de juegos.

—Sería un puesto agradable —comentó Robin pensativa.

—Sumamente agradable —replicó *fräulein* Hirsch—. Helene es una muchachita adorable y muy cariñosa. Y la riqueza de lady Etynge da de sobra para costear un salario generoso. Tiene a Helene en un pedestal. A la *suite* de habitaciones no le falta detalle. En Alemania no se consiente de este modo a las jovencitas. No se considera bueno para ellas.

Fue bastante natural, sintiendo como sentía interés por Helene, que en su siguiente encuentro Robin se sentase de buen grado en el banco verde al lado de la madre de la chica y la escuchase con mucho gusto hablar de su hija. Hablaba sin ambages ni vaguedades. Helene salió a colación cuando *fräulein* Hirsch preguntó por ella educadamente. Mientras escuchaba, Robin fue deduciendo que aquella muchachita era una criatura que recibía tierno amor y atenciones y era a su vez amable, inteligente y afectuosa. Por lo que oía decir, parecía una chica a la que a una le gustaría tener de amiga. Robin se preguntaba sin cesar... si ella «valdría». Tal vez, por diplomática consideración a los sentimientos de *fräulein* Hirsch, quien no «valdría» (puesto que no era ninguna jovencita con luces ni bonita), lady Etynge mencionó muy de pasada su idea de que tal vez buscaría una especie de compañera, una joven refinada, para su hija.

—Sería difícil encontrar lo que quiero publicando un anuncio —dijo.

—Sí. Afirmar que la joven tiene que ser lista, bonita y elegante, y atractiva, haría difícil que una damita modesta respondiese debidamente al anuncio —comentó *fräulein Hirsch* muy seria, y tanto *lady Etynge* como *Robin* sonrieron.

—¿Entre sus propias amistades —dijo *lady Etynge* dirigiéndose a *Robin*, con un anhelo un tanto patético— sabe de alguna que conozca a alguna que pudiese encajar? En ocasiones hay alguna primita pobre, ¿entiende?

—O jovencitas de espíritu independiente a las que les gustaría mantenerse por sí mismas —añadió la *fräulein*—. En estos tiempos modernos hay ese tipo de muchachas.

—Me temo que no sé de nadie —respondió *Robin*. Además la modestia le impedía decir que pensaba que sí conocía a alguien. Ella misma era una joven educada, de buen natural y buena familia, y hacía algún tiempo que se sabía bonita.

—Tal vez *fräulein Hirsch* la traiga a casa a merendar conmigo una de estas tardes en que salgan —dijo amablemente *lady Etynge* antes de despedirse—. Creo que le gustaría ver las habitaciones de *Helene*. A mí me agradecería oír lo que opina de ellas otra jovencita.

Robin estaba encantada. A lo mejor aquello era una puerta que se le abría. Lo habló con *mademoiselle Valle*, quien al verla con tantas esperanzas se conmovió.

—¿Cree que podría ir? —le preguntó—. ¿Usted cree que es remotamente posible que yo sea la persona que busca? ¿Soy lo bastante agradable... y estoy educada suficientemente bien y mis modales son de verdad buenos?

No sabía dónde vivía *lady Etynge* con exactitud, pero creía que era en una de aquellas grandes casas que había en cierto digno «sitio» que las dos conocían bien, una casa que hacía esquina, de eso estaba segura porque, por pura casualidad, un día había visto a *lady Etynge* entrando en una de esas casas como si fuese la suya. Desconocía el número, pero podrían preguntar a *fräulein*.

Se podía decir que *fräulein Hirsch* estaba más que dispuesta a hablar de los detalles relativos a su antigua patrona y su hija. Era evidente que le inspiraban gran admiración. Hablaba de ellas con cierta respetuosa reverencia. Describió el temperamento de *Helene* y su delicado estado nervioso, así como la perfección del trato que le dispensaban las monjas.

Describió la hermosura del interior de la casa, su lujo y su idoneidad, y los encantos de la *suite* de habitaciones preparadas para *Helene*. Ella creía que el número de la casa era el 97A. *Lady Etynge* era la patrona más amable que había tenido en su vida. Estaba segura de que la señorita *Gareth-Lawless* y *Helene* se caerían a las mil maravillas, si se conociesen, y tenía la sensación de que para sus adentros *lady Etynge* albergaba la esperanza de que se hiciesen amigas.

Su rostro delicado, sin facciones marcadas, era tan recatadamente amable que *mademoiselle Valle*, a quien su feminidad carente de atractivo le resultaba siempre patética, se emocionó un poco por el innegable placer que le producía haber sido el humilde medio que había procurado a *Robin* unas relaciones de tan ventajosa índole.

No se había acordado ningún día en especial para la visita y la merienda. Robin estaba entusiasmada, para sí, y cruzaba los dedos para que lady Etynge no se olvidase de recordarles que estaban invitadas.

Y no se le olvidó. Una tarde —hacía días que no la veían y lo cierto era que no esperaban encontrársela, porque habían salido a pasear más tarde de lo habitual— la vieron justo cuando la dama estaba levantándose de su banco para volver a casa.

—Estos pequeños encuentros nuestros adoptan casi un aire de citas prefijadas —comentó—. Me alegro mucho de verlas, pero precisamente me marchaba ya, lamento decir. Me pregunto si... —Se detuvo un instante y a continuación miró con simpatía a fräulein Hirsch—. Me pregunto si dentro de una hora más o menos querría usted traerme a la señorita Gareth-Lawless a merendar para que me cuente si le parece que a Helene le gustarán sus nuevas habitaciones. Dijo que le agradecería verlas —agregó, dirigiéndose a Robin con semblante radiante.

—Es muy amable. Me gustaría mucho —fue la respuesta de Robin.

Fräulein Hirsch actuó con correcto agradecimiento por la condescendencia mostrada. Su respuesta tuvo el tono absolutamente perfecto de quien ha de ejercer de discreta carabina. No hubo ni la menor insinuación inoportuna de la errónea idea de que fuese ella también una invitada, ni de ser otra cosa, a decir verdad, que un decoroso apéndice de su alumna. A Robin, fräulein nunca le había caído tan bien como mademoiselle o Dowie, y aun así no solo era una maestra eficiente sino también andariega y muy aficionada a las largas caminatas, para las cuales mademoiselle no era realmente lo bastante fuerte pero con las que disfrutaban enormemente las piernas jóvenes y delgadas de la muchacha.

Nunca cogían ni coches de punto ni autobuses, sino que a todas partes iban andando. En esta ocasión fueron a pie también y una hora después aproximadamente llegaron a una casa grande de Berford Place que hacía esquina. Les abrió la puerta un lacayo alto y de hechuras imponentes, que las acompañó a un salón mucho más lujoso que el que a veces atisbaba Robin en su propia casa al pasar por delante de la puerta abierta. Un juego de té bastante bonito las aguardaba en una mesita, pero lady Etynge no estaba.

—Qué casa tan bonita —comentó Robin—, pero ¿sabe?, no es el número 97A. Me fijé al entrar y es el 25.

—¿Ah, sí? Debí fijarme con más atención —contestó fräulein Hirsch—. No está bien cometer descuidos, ni siquiera en cuestiones pequeñas.

Casi inmediatamente entró lady Etynge y las saludó con una especie de discreto deleite. Llevó a Robin a sentarse en un sofá que había a su lado y, cogiéndola de la mano, le dio una palmadita suave que en realidad era una caricia.

—Al fin la tengo aquí —dijo—. He estado tan ocupada que temí no disponer de tiempo para enseñarle las habitaciones antes de que fuese demasiado tarde para hacer cambios, si le parecía que había algo que mejorar.

—Estoy segura de que no hay nada que pueda mejorarlas —respondió Robin,

más encandilada de lo normal e incluso un tanto azorada, porque aquello verdaderamente era una especie de aventura y se moría de ganas de preguntar si podría remotamente «valer». Y tenía muchísimo miedo de que se le pudiera escapar esta oportunidad increíblemente buena por el mero hecho de ser demasiado joven e inexperta para saber cómo plantear la cuestión. Aún no había pensado en preguntarle a mademoiselle Valle cómo había que hacerlo.

No se daba cuenta de que, mientras miraba a lady Etynge, emanaba de ella un sutil atractivo celestial, inconsciente, que la hacía encantadora. Lady Etynge la miró bastante fijamente un instante.

—Pero ¡qué preciosidad! Y ¡qué color tienen sus mejillas y sus labios! —comentó—. Es más bonita que Helene, querida, mucho más.

Se levantó y acercó un retrato de una mesita auxiliar para enseñárselo.

—A mí me parece preciosa —dijo—. ¿Será porque soy su madre?

—¡Oh, no! ¡No es porque sea usted su madre! —exclamó Robin—. Es que parece un ángel.

Y era bastante angelical, con su delicada carita mirando hacia arriba, con el velo de primera comunión como un marco difuso alrededor.

Dejó el retrato cerca y Robin lo miró repetidas veces mientras tomaban el té. Ser la compañera de una jovencita que tenía una cara semejante sería casi pedirle demasiado a la fortuna. Pero en el corazón de Robin había un anhelo real. De pronto se dio cuenta de que toda su vida había echado algo de menos, sin saberlo siquiera. Era la cercanía propia de una amistad con jóvenes como ella. Cómo deseaba poder tal vez gustarle a lady Etynge. Cuando terminaron de merendar, lady Etynge dijo amablemente a fräulein Hirsch:

—Sé que quería usted certificar una carta. Hay una estafeta a la vuelta de la esquina. ¿Quiere llegarse y hacer el trámite mientras yo llevo arriba a la señorita Gareth-Lawless? Ya ha visto usted las habitaciones. Solo se ausentará unos minutos.

Fräulein Hirsch volvió a reaccionar con respetuoso agradecimiento. Ciertamente la carta era importante. Adjuntaba una cantidad de dinero que enviaba todos los meses a sus padres. Este mes se había retrasado bastante, por lo que se complacería mucho en poder ocuparse del asunto antes del siguiente correo.

Así pues, salió del salón y bajó las escaleras, y Robin oyó que la puerta de la entrada se cerraba con un suave golpe sordo. Sin duda la había abierto y vuelto a cerrar ella misma sin aguardar al lacayo.

En las casas londinenses, incluso en las grandes, las habitaciones superiores solían dejarse para los criados, para los recién nacidos y para que los niños recibieran sus clases. Las escaleras señoriales van estrechándose a medida que ascienden y la persona que sube por ellas alcanza a ver dependencias en muchos casos desprovistas de ornamentación, sea cual sea su uso, y, si no desarregladas, sí de aspecto apagado y carentes de interés.

Sin embargo, en la casa de lady Etynge se veía a todas luces que se habían hecho

un montón de cosas. Las escaleras se habían modificado y ensanchado, las paredes se habían pintado con tonos frescos y delicados y uno apoyaba la mano en una barandilla de color crema y pisaba una moqueta mullida. Un buen arquitecto se había tomado interés en los escollos que se le habían presentado y el resultado era admirable. Debían de haber eliminado tabiques para hacer más grandes las estancias y darles mejor forma.

—¡No podría cambiarse nada sin echarlo a perder! —exclamó Robin en el centro de una salita donde todo era nuevo y de tonalidades exquisitas. Los cuadros mismos de la pared formaban parte de esa armonía.

Todo lo que una jovencita pudiera desear o adorar estaba allí. No había nada que hubiese quedado sin hacer, o dejado en el olvido. El mullido sofá estilo chésterfield, no excesivamente grande, colocado cerca del fuego, la escribanía, los libros, el piano de madera de satín con unas guirnaldas taraceadas; la lámpara junto a la que sentarse a leer.

—Qué contenta debe de estar de volver a vivir con una persona que la quiere tanto —dijo Robin.

Había allí un cesto acolchado en el que ronroneaban tres gatitos persas y Robin se arrodilló y acarició sus cuerpecitos algodonosos, y al doblar hacia ellos su fino cuello, dejó ver el bello nacimiento de sus cabellos morenos en la nuca. Quizá era eso lo que estaba mirando lady Etynge mientras la observaba desde atrás. La esbeltez y la flexibilidad de su cuerpo inclinado, propias de una pequeña ninfa, eran casi conmovedoramente adorables.

Había otras muchas estancias y cada cual, a su manera, más encantadora que la anterior. Una biblioteca de color azul Dresde y blanco, y con unas ventanas peculiarmente lindas, ponía la nota final de estilo acogedor. En todas las habitaciones las ventanas eran preciosas, con vidrios cuadrados más bien pequeños y marcos blancos.

Fue en esta última dependencia donde Robin se armó de valor. No debía dejar escapar la oportunidad. Lady Etynge era amabilísima. Se preguntó si no sería una torpeza decir algo ahora, o si no parecería una falta de formalidad.

Se puso muy recta, muy quieta, pero al empezar a hablar su voz no era precisamente firme.

—Lady Etynge —dijo—, ¿usted recuerda lo que dijo fräulein Hirsch de las jóvenes que desean ganarse el sustento? Yo... yo soy una de esas jóvenes. Ardo en deseos de ganarme la vida por mis propios medios. Creo que estoy bien educada. Me han permitido leer mucho y mis profesoras, mademoiselle Valle y fräulein Hirsch, dicen que hablo y escribo francés y alemán bien para ser inglesa. Si usted considerase que podría ser una buena compañera para la señorita Etynge... me alegraría muchísimo.

De qué manera tan curiosa la observó lady Etynge mientras decía esto. No denotaba desagrado, pero algo en su semblante hizo temer a Robin que tal vez a fin

de cuentas no fuese la joven con la fortuna suficiente de «valer» del todo.

No obstante, al ver sonreír a lady Etynge sus esperanzas crecieron un punto.

—¿Sabe?, eso me parece una ricura de su parte —respondió—. Me encanta, siendo como soy una madre que idealiza a su hija, que solo por oírme hablar de Helene haya sentido que le agrada tanto como para plantearse querer vivir con ella. Y confieso que soy lo bastante moderna para que su deseo de ganarse el sustento me complazca.

—Debo hacerlo —replicó Robin—. ¡Debo hacerlo! ¡No podría soportar no ganármelo! —Lo dijo un tanto súbitamente y las mejillas se tiñeron por un momento con un rubor nuevo.

—Cuando venga Helene tienen que conocerse. Si se caen bien, como estoy segura de que así será, y si la señora Gareth-Lawless no se opone... si simplemente queda en una cuestión de si es usted adecuada... Lo es, querida mía, es adecuada.

Rozó la mano de Robin con aquel gesto suave que era una caricia y la chiquilla se sintió exultante de gozo.

—¡Qué buena es conmigo! —Las palabras le brotaron involuntariamente—. Y ¡es una suerte tan inmensa! Gracias, gracias, lady Etynge.

El rubor de su alegría y de su alivio no había remitido cuando apareció en el umbral el lacayo, que había abierto la puerta. Era un joven apuesto, cuya mirada no era tan profesionalmente impasible como sus facciones. Un lacayo no tenía derecho a mirar de soslayo a una, como hacía la gente por la calle. Pero él sí la miró. Robin lo vio y le extrañó un momento, porque era una de esas miradas que a veces le suscitaban objeciones.

Por lo demás sus modales eran immaculados. Solo había venido a anunciar a su señora la llegada de una visita.

Cuando lady Etynge cogió la tarjeta de la bandeja, su semblante cambió. Incluso parecía levemente alterada.

—Oh, lo lamento —murmuró—, tengo que verla —añadió levantando los ojos hacia Robin—. Es una vieja amiga que simplemente está de paso por Londres. Qué desatino de mi parte haber olvidado que escribí diciendo que me haría una breve visita en cualquier momento.

—¡Por favor! —suplicó Robin, graciosamente—. Yo me puedo marchar de inmediato. Fräulein Hirsch ya habrá vuelto. Por favor...

—La dama me pidió expresamente que le dijera que solo dispone de unos minutos, ya que tiene que coger un tren —aventuró decorosamente el lacayo.

—Si ese es el caso —dijo lady Etynge, casi con alivio—, la dejaré aquí viendo cosas hasta que yo vuelva. Lo cierto es que quiero hablar un poco más sobre usted y Helene. No puedo dejar que se vaya. —Antes de cruzar la puerta, se volvió para mirarla—. Diviértase, querida —dijo, y dirigiéndose al hombre añadió a toda prisa—: William, ¿ha recordado que al pestillo le pasaba algo? Mire a ver si hace falta llamar a un cerrajero.

—Muy bien, milady.

Se marchó y Robin se quedó inmóvil cerca del sofá, embargada de felicidad y alivio. ¡Qué maravilla, por una simple y afortunada casualidad, haber ido a ver a los niños jugar con sus barquitos! Y ¡que fräulein Hirsch hubiese visto a lady Etynge! ¡Qué buena suerte y cuán agradecida estaba! El pensamiento que cruzaba por su cabeza era como una pequeña oración de gratitud. Qué raro sería intimar realmente con una chica como ella... o más bien como Helene. Solo de pensarlo, el corazón se le aceleraba. Qué maravilloso sería si de verdad a Helene le gustaba, y si a ella le gustaba Helene. Algo salió de ciertas profundidades de su ser en las que estaban ocultas cosas del pasado. Ese algo era un recuertito mortífero. ¡Donal! ¡Donal! Si le gustaba Helene y a Helene le gustaba ella sería una revelación tan nueva como Donal. ¡Cómo se acordaba!

Oyó al lacayo manipulando el pestillo de la puerta, con una especie de chasquido. Estaba obedeciendo órdenes y por eso tenía que examinarlo. Cuando lo miró involuntariamente, él, inclinado delante del picaporte, levantó la vista y la miró de reojo. Fue una mirada inexcusable viniendo de un miembro del servicio, dado que de hecho era como si estuviese tomándose la libertad de evaluarla, de observar con atención su fisonomía para su propia diversión. A ella le irritaron tanto aquellos modales tan ajenos a lo profesional que dio media vuelta y se metió en la biblioteca azul Dresde y blanca para sentarse con un libro en las manos.

Sintió un gran alivio cuando, apenas unos minutos después, el hombre se marchó, después de haber hecho evidentemente lo que había podido.

El libro que había elegido era una novela nueva y empezaba de una forma tan agradable que atrapaba la atención, lo cual la obligó a seguir leyendo. A decir verdad, la lectura la atrapó más tiempo de lo que fue consciente. Solía pasarle que se quedaba totalmente absorta con un libro cuando la enganchaba; se olvidaba de dónde estaba y olvidaba el paso del tiempo. Este era un libro nuevo escrito por un hombre fuerte con ese don que dota de vida a personas, lugares, cosas. Y aquellas cuya peripecia había tomado posesión de su alma en esta historia palpitaban con una verdad rebotante de vida.

No podía dejar de leer porque desde la primera página vio que se trataba de criaturas humanas reales, de carne y hueso. La miraban a la cara, se reían, oía sus voces, le interesaba hasta la cosa más trivial que les sucediese... A cualquiera de ellas. Si alguna cogía una flor, ella veía cómo la sostenía entre los dedos y el aroma de la flor impregnaba el aire.

Arrastrada de tal modo a una suerte de inconsciencia respecto a todo cuanto la rodeaba, fue inevitable que, cuando de pronto se dio cuenta de que no veía bien la página, apartase los ojos de esta y mirase a su alrededor. Al hacerlo, se sobresaltó en su cómoda silla mirando con asombro y cierto sentimiento de alarma. La sala se había oscurecido tanto que debía de estar haciéndose tarde. Qué descuidada y qué tonta había sido. ¿Dónde estaba fräulein Hirsch?

«No soy más que una muchacha desconocida y lady Etynge se habrá olvidado fácilmente de mí —se le ocurrió pensar—. Es posible que su amiga se haya quedado y que hayan tenido tantas cosas de las que hablar que, por supuesto, se habrán olvidado de mí. Pero fräulein Hirsch... ¡cómo ha podido olvidarse ella!».

Entonces, al recordar la servil humildad propia de la mentalidad de fräulein, se preguntó si no sería posible que a la mujer le hubiese dado demasiada vergüenza hacer otra cosa que sentarse a esperar —en el vestíbulo, tal vez—, temerosa de que el lacayo tuviese que molestar a lady Etynge para preguntarle dónde estaba su alumna. Qué pena de mujer, tan tonta y sumisa.

«Tengo que salir de aquí sin molestar a nadie —pensó—. Me escabulliré por las escaleras, tiraré de la mano de fräulein Hirsch para levantarla de su silla y saldremos sin hacer ruido. Puedo escribir una bonita nota para lady Etynge, mañana, explicándole lo sucedido. Espero que no se inquiete por haberse olvidado de mí. Tengo que dejarle claro que no ha tenido la menor importancia. Le explicaré lo del libro».

Dejó el libro en el estante de donde lo había cogido y cruzó el delicioso saloncito. Los gatitos, que habían salido de su cesto, jugaban en el hogar. Uno de ellos dio un salto etéreo y suave y quiso engancharse a su vestido con sus garras diminutas, y viendo que no podía apresarla con eficacia, continuó dando volteretas una y otra vez.

No había oído al lacayo cerrar la puerta cuando se marchó, pero comprendió que debía de haberlo hecho, ya que ahora estaba cerrada. Al girar el picaporte, le pareció que no funcionaba correctamente porque la puerta no se abrió como era de esperar. Volvió a girarlo y dio un pequeño tirón, pero continuó firmemente cerrada. Giró de nuevo pero en vano, y entonces probó a recorrer el pestillito. Tal vez el hombre había hecho algo mal cuando había estado examinándolo. Recordó haber oído varios chasquidos. Giró y giró el pomo. En la cerradura no había llave, por lo que no podía haber hecho ninguna faena con ella. Le entró terror al darse cuenta de lo vergonzoso de la situación.

—¡Cómo voy a salir sin molestar a nadie, si no puedo ni abrir la puerta! —dijo—. ¡Qué idiota le voy a parecer a lady Etynge! No le va a gustar nada. Una jovencita que es capaz de olvidarse de dónde está... y ¡que después no puede ni abrir una puerta y se ve obligada a aporrearla hasta que llegue alguien!

De pronto recordó que había visto una puerta en el dormitorio desde la que parecía que se salía al pasillo. Corrió a la habitación tan aprisa que los tres gatitos echaron a corretear detrás de ella.

Vio que no se equivocaba. Había una puerta. Fue hasta ella y giró el picaporte, sin poder respirar de los nervios y del alivio. Pero el picaporte de esa puerta tampoco se abría. Como tampoco se abría el pestillo. Y no había ninguna llave.

—¡Oh! —exclamó, conteniendo la respiración—. ¡Oh!

Entonces recordó el timbre eléctrico que había al lado de la chimenea de la salita. Aquí también había uno. No, llamaría por el que había en la salita. Regresó y pulsó el

botón. No se oyó ni el espectro de un sonido, y generalmente uno podía oír algo así. Volvió a tocar el timbre y aguardó. La sala estaba quedándose a oscuras. Oh, ¿cómo había podido fräulein Hirsch...? ¿Cómo había podido?

Esperó y esperó. Pasaron quince minutos según su relojito de pulsera... Veinte minutos... Y, mientras pasaban, volvió a llamar. Tocó el timbre de la biblioteca y el timbre de la alcoba, incluso llamó al del cuarto de baño, por si no funcionara alguno. Poco a poco fue dejando de sentirse avergonzada y de hacerse reproches y empezó a sentir miedo, aunque sin saber muy bien de qué. Fue hacia una de las ventanas para volver a mirar su reloj de pulsera a la luz mortecina, y vio que llevaba una hora tocando los timbres. Levantó mecánicamente una mano y se apoyó en el marco blanco de uno de los pequeños vidrios decorativos. Al tocarlo, se dio cuenta vagamente de que era tan sólido que, más que de madera, parecía hecho de hierro. Apartó la mano a toda velocidad, experimentando una oleada de miedo inexplicable. Sí, era miedo. Y ¿por qué tenía miedo así tan de repente? Volvió a la puerta para intentar abrirla de nuevo... tan infructuosamente como antes. Entonces empezó a notar un poco de frío y mal cuerpo. Regresó al chéster e, impotente, se sentó en él.

—Es como si... ¡me hubiesen encerrado con llave! —se dijo, susurrando perpleja con un lamento—. ¡Por qué han echado la llave en las puertas!

XXII



No había conocido ninguno de los espantosos horrores de la vida que eran posibles en ese inframundo que tan pocas probabilidades tenía de rozar, en ninguna de sus formas, su propia existencia.

«¿Por qué habría alguien de llenar una cabecita virgen con imágenes feas, ensuciarla con manchas oscuras y borrones que solo podrían producir desdicha y, tal vez, elucubraciones malsanas? —había argüido mademoiselle Valle—. A una no le parece sensato instruir a una chiquilla sobre el mundo criminal. No le permitiría leer el *Newgate Calendar* como primera elección.^[17] Las personas que la quieren la protegerán y lo que haya de descubrir lo descubriré. Así es la vida».

Por este motivo descubrir en un primer momento que no abría ninguna de las puertas no la había llenado de espanto inmediatamente. Por mucho que su cerebro no fuese una masa inactiva, sus primeros razonamientos fueron meramente los de una jovencita que tenía aún la mentalidad de una niña protegida. La había abrumado darse cuenta de lo incómodo de su situación al temer que no le quedaría más remedio que molestar y, casi inevitablemente, avergonzar e irritar a lady Etynge. Desde luego, por parte del indecoroso lacayo algún desatino había habido, quizá ya desde el instante en que le había dirigido aquella lasciva mirada de soslayo cuando tendría que haber estado fijándose debidamente en lo que trataba de hacer. Que la alcoba estuviese cerrada con llave podía obedecer a un sinfín de motivos ordinarios.

Empezó a barruntar que la situación era anormal después de haber tocado los timbres y de haber esperado en vano una respuesta. Había criados cuyo cometido consistía en acudir inmediatamente si alguien tocaba un timbre. Si no funcionaba ninguno, ¿cómo era posible que no funcionasen cuando Helene regresaba unos días después y se suponía que su apartamento tenía que estar terminado? Con gatitos y todo, ¡con gatitos y todo!

«Es como si me hubiesen encerrado con llave —había susurrado en medio del silencio del salón—. ¿Por qué han echado la llave en las puertas?».

Entonces dijo, y el corazón empezó a palparle a toda velocidad:

—Lo han hecho a propósito. ¡No tienen intención de dejarme salir... por alguna horrible razón!

Quizá ni siquiera su pánico creciente resultase tan espantoso como un recuerdo repentino y fugaz de lady Etynge, un recuerdo que en ese instante la hundió. ¡Lady Etynge! ¡Lady Etynge! Vio su dulce rostro y su mirada casi afectuosa. Oyó su voz cuando había hablado de Helene; sintió la leve palmadita que era una caricia.

—¡No! ¡No! —exclamó, boqueando porque prácticamente le faltaba el resuello—. ¡No! ¡No! ¡Ella no ha podido hacerlo! ¡Nadie podría hacer esto! ¡Esto es de lo

más... perverso!

Pero incluso mientras exclamaba estas cosas su sensación de derrumbe era total, por lo que se arrojó sobre el brazo del sofá y se puso a llorar; lloró con la vehemencia que solo había conocido aquel día lejano en que se había metido a gatas entre unos arbustos y se había postrado en la tierra. Era el mismo tipo de vehemencia: la congoja conmocionada y el corazón desgarrado de una criatura que ha depositado su confianza en otro y alberga gozosas esperanzas, y sufre una traición imperdonable. Qué amables habían sido el rostro y la mirada. Y ¡tan cordial la voz! Oh, ni siquiera la muchacha más perversa del mundo habría podido dudar de su sinceridad. Por desgracia, o por fortuna, no sabía nada de los procesos mentales de las muchachas perversas del mundo, y por eso estaba allí tendida, destrozada, sollozando... Sollozando, no en esos momentos por saberse atrapada, sino porque su corazón había confiado, feliz, en el dulce semblante de lady Etynge.

Cuando se enderezó de nuevo, su cara, al levantarla, le habría parecido a un observador la cara de otra joven, por así decir. Estaba surcada de lágrimas, descajada, pero no eran estas cosas la causa de su cambio. Sus ojos dulces de pájaro estaban diferentes, de pronto asombrosamente más viejos que cuando había creído en Helene.

Aunque carecía por completo de experiencias que pudiesen revelarles automáticamente el cariz monstruoso de su peligro, todo lo que hasta entonces había leído e inferido vagamente sobre malhechores y maleantes se le vino encima como una ola de horror.

Se levantó para ir a la ventana y trató de abrirla, pero no estaba diseñada para abrirse. Las hojas de vidrio decorativas eran pequeñas y de considerable grosor. Por lo visto, aquella sensación inicial que le había producido sobresalto, la impresión de que el marco blanco parecía de metal pintado, tenía fundamento real. Una persona fuerte habría podido doblarlo con ayuda de un martillo, pero no romperlo. Examinó las ventanas de las otras estancias y vio que su estructura era idéntica.

—Están hechas así —se dijo, impávida— para que nadie pueda salir por ellas.

Se puso delante de la que daba a la calle y contempló el «lugar», la avenida ancha y señorial que se extendía a los pies. Había mucha altura hasta la calle, por lo que, incluso si la ventana hubiese podido abrirse, nadie habría oído su voz. Las farolas estaban encendidas y se veía a poca gente, paseando sin prisa por delante de la fachada.

—En la gran casa que está casi frente por frente van a celebrar una fiesta. Han extendido una alfombra roja. Están empezando a llegar carruajes. Y aquí en el piso superior hay una muchacha encerrada... y ¡no lo saben!

Lo dijo en voz alta y la voz le sonó como si no fuese la suya. Era una voz horrible y, al oírla, el pánico se apoderó de ella.

Nadie lo sabía. ¡Nadie! Su madre ignoraba dónde estaba y no se preocupaba por saberlo, pero Dowie y mademoiselle lo sabían en todo momento. Estarían aterradas.

A fräulein Hirsch le habrían dicho, quizá, que su alumna había cogido un coche de punto para volver a casa y habría vuelto a su alojamiento creyendo que estaba bien.

Entonces, solo entonces, y tan repentinamente que le produjo cierta conmoción, recordó que había sido fräulein Hirsch quien la había presentado a lady Etynge. ¡La propia fräulein Hirsch! Era ella quien había dicho que la dama la había contratado hacía tiempo para dar clases a Helene. ¡Helene! Era ella quien había contado anécdotas del convento de Tours y las monjas, tan sabias y amables. Robin se llevó la mano a la frente con un ademán de pánico. Fräulein Hirsch había aducido un pretexto para dejarla a solas con lady Etynge... para que esta pudiese llevarla a la parte superior de la vivienda sin nadie cerca... para encerrarla. ¡Fräulein Hirsch lo había sabido! Y entonces volvieron a su recuerdo los furtivos ojos cuyas miradas de soslayo, taimadas y embelesadas en el conde Von Hillern, habían sido siempre, de alguna manera —aun cuando había tratado de no sentirse así—, miradas que le habían inspirado repugnancia. Sí, repugnancia.

Fue en ese punto cuando, al hilo de fräulein Hirsch, le vino a la cabeza el conde Von Hillern. Y una vez allí, fue como si lo tuviese muy cerca, cerquísima, mirándola desde detrás de sus gruesos párpados caídos con una mirada furtiva y penetrante. Siempre que se lo habían encontrado había sido mientras fräulein Hirsch y ella daban un paseo —casi como si hubiese estado planeado.

Solo había dos personas en el mundo que, teniendo en cuenta que ella misma los odiaba profundamente, podrían tomarle aversión y decidir castigarla de alguna manera. Una era el conde Von Hillern. La otra era lord Coombe. Sabía que este último era un hombre malo y depravado y que hacía esas cosas que la gente solo insinuaba indirectamente sin hablar de ellas a las claras. Una sensación de repugnancia instintiva en la intensidad de su antipatía por Von Hollern le hizo pensar que debía de pertenecer al mismo orden de hombres.

—Si alguno de los dos entrase ahora en esta sala y cerrase la puerta, me sería imposible salir.

Se oyó a sí misma expresar esta reflexión con la espantosa voz de esa niña desconocida, como se había oído hablar de la fiesta de la casa de enfrente. Se llevó una mano, tersa y delgada, a su terso, delgado cuello.

—Me sería imposible salir —repitió.

Fue corriendo a la puerta y comenzó a golpear sus paneles. A estas alturas era consciente de que sería inútil, y aun así aporreó la puerta con las manos hasta magullárselas; entonces, cogió un libro y continuó golpeando con él. Calculó que llevaría media hora dando golpes en la puerta cuando se percató de que había alguien al otro lado, en el pasillo, y quienquiera que fuese dijo con una voz que reconoció como la del lacayo de las miradas lascivas:

—Puede callarse de una vez, señorita. No puede echarla abajo a mamporros y nadie se va a molestar en averiguar qué pasa. —Dicho esto, sus pisadas se alejaron y bajaron por la escalera. Ella cerró las manos doloridas con fuerza, en una reacción

involuntaria, y comenzaron de nuevo los temblores, pero se quedó de pie en el centro de la habitación con el cuerpo rígido y la cabeza echada hacia atrás en un gesto de ira.

—Si hay en el mundo personas así de horribles y... monstruosas... que me maten si quieren. ¡Prefiero que me maten a vivir! ¡Tendrían que matarme! —dijo como desafiando con frenesí todo lo que hay de depravado y vil sobre la faz de la tierra.

Su pensamiento, como empujada por su situación de peligro, empezó a hurgar en desconocidos rincones de la memoria y a desenterrar horrores que había olvidado, noticias de crímenes publicadas en la prensa, viejos melodramas y romances de misterio, en los que la persona desaparecía y era encontrada mucho después, sepultada debajo del suelo o en un sótano. Se decía que las casas de Berford Place, que eran viejas, tenían inmensos sótanos.

«Tal vez hayan desaparecido otras muchachas y estén ahora enterradas en los sótanos», pensó. Y la horrible voz añadió en alto:

—Porque ellos tendrían que matarme.

Uno de los gatitos persas que estaban hechos un ovillo en el cesto se despertó al oírlo y estiró una patita con gesto somnoliento y maulló.

Coombe House era una de las mansiones más antiguas. Tenía un aire de construcción militar, señorial, y una entrada elegante. Su patio se cerraba en el frente con un muro de piedra que amortiguaba el ruido del tráfico de Londres. Una hilera de arbustos rodeaba todo el patio, lo bastante fuertes para desafiar la lluvia de hollín que se cernía silenciosamente sobre ellos noche y día.

Las calles se habían iluminado ya esa tarde cuando mademoiselle Valle se presentó ante la inmensa puerta de la casa y preguntó por lord Coombe. Su semblante, así como cierta intensidad en sus ademanes, hizo que el serio mayordomo, que no vestía librea, se acercase a ver qué quería en lugar de dejar que la atendiesen los lacayos.

—El señor está ocupado con... una persona de negocios... y no se le puede molestar —dijo—. Además, va a salir.

—A mí me atenderá —repuso mademoiselle Valle—. Si le entrega esta tarjeta, me atenderá.

Pese a que la mujer vestía con sencillez, su forma de expresarse la excluía por completo de la clase de personas que solo iban a importunar. La mirada que clavó en el rostro del hombre revelaba una seguridad absoluta. Él cogió la tarjeta, pero vaciló.

—Si no me atiende —añadió ella—, se llevará un buen disgusto.

—¿Quiere pasar, señora, y tomar asiento un instante? —aventuró el hombre—. Iré a preguntar.

El magnífico vestíbulo era uno de los más celebrados de Londres. De él arrancaba una escalera majestuosa cuyos tramos ascendían hasta descansillos en cuyas paredes colgaban tapices conocidos mundialmente. Mademoiselle Valle se sentó a esperar en

una silla dorada que semejaba un trono.

Pero no esperó mucho. El hombre de semblante serio que no llevaba librea regresó casi de inmediato. Llevó a mademoiselle a una dependencia de la casa que parecía una especie de estudio o gabinete reservado a asuntos de negocios. Lord Coombe, con solemne atuendo de noche, estaba impecable como nunca a ojos de mademoiselle Valle. Alto, delgado y elegantemente erguido, aguardaba en el centro del estudio. Era evidente que estaba a punto de salir y el capote liviano forrado de satén que se había echado ya sobre los hombros dejaba ver, como si fuese una capa alada, un clavel delicadamente fresco de color crema en la solapa.

Un caballero de apariencia respetable y aspecto de pertenecer a la clase media, con una cara formal, de facciones redondeadas y chatas, había estado hablando con él y se hizo a un lado, sin decir nada, cuando entró mademoiselle. No pareció que tuviese la intención de marcharse.

Coombe dio unos pasos para recibir a su visitante:

—Usted se ha asustado mucho por algo, ¿me equivoco? —dijo.

—Robin salió esta tarde con fräulein Hirsch —respondió ella con premura—. Fueron a los jardines de Kensington. No han regresado... y son las nueve de la noche. Siempre están en casa a las seis.

—¿Quiere sentarse? —ofreció él. El hombre del rostro formal escuchaba con interés y ella se dio cuenta y, por alguna razón, supo que estaba bien que escuchase.

—No creo que haya tiempo para sentarse —respondió, aún más apremiada que antes—. No es solo que no haya vuelto. Fräulein Hirsch le ha presentado a una antigua patrona suya, una tal lady Etynge. Robin estaba encandilada con ella. Tiene una hija en Francia.

—Marguerite, que vive en París con su tía —aportó súbitamente, desde la zona del gabinete en la que se había quedado apartado, la voz del hombre de facciones romas.

—Helene, que vive en un convento de Tours —le corrigió mademoiselle, dirigiendo su rostro pálido primero hacia él y a continuación hacia Coombe—. Lady Etynge dijo querer contratar a alguna jovencita agradable para que hiciese compañía a su hija, que está a punto de regresar a casa. Robin pensó que tal vez tendría la buena suerte de agradarla. Una de estas tardes tenía que ir a merendar a casa de lady Etynge para que la señora le mostrase las habitaciones que tiene preparadas para Helene. Le pareció que la madre era encantadora.

—¿Dijo la dirección? —preguntó Coombe al punto.

—La casa estaba en Berford Place... una casa grande que hace esquina. Un día, casualmente, acertó a ver a lady Etynge entrando en ella. Si no, no lo habríamos sabido. No reparó en el número. Fräulein Hirsch pensaba que era el 97A. Tengo el *Blue Book*, lord Coombe, y he mirado en el *Peerage*... ¡y en el *Directory*! ¡La tal lady Etynge no existe y no hay ningún 97A en Berford Place! Por eso es por lo que he venido.

El hombre que había permanecido aparte dio de nuevo un paso al frente. Fue como si respondiese a una señal, si bien en ese momento lord Coombe pasó por delante de la chimenea para tocar el timbre.

—Scotland Yard conoce esa información, señora —dijo el hombre—. Llevamos dos semanas vigilando esa casa, y así son los datos que buscamos.

—El cupé de doble tiro —fue la orden transmitida por Coombe al criado que acudió a la llamada. Dicho esto, volvió con mademoiselle—. El señor Barkstow es detective —explicó—. Entre las cosas que ha hecho por mí, durante un tiempo ha vigilado discretamente a Robin. Es una chiquilla tan adorable y deseosa de hacer amistades que eso la hace vulnerable. Hay canallas que detectan cuándo una niña carece de la habitual protección de la familia. Barkstow ha venido a informarme de que se la había visto en los jardines de Kensington con una mujer de la que Scotland Yard tiene motivos para sospechar.

—¡Una mujer perversa! —sentenció Barkstow sin piedad—. Si es la que pensamos, es un ser perverso, venenoso, taimado, con una cara de la que ninguna jovencita podría recelar.

El semblante petrificado de Coombe estaba tiñéndose lentamente de una lividez tan innegable, una lividez cuyas primera señales vio mademoiselle, que le cogió de la manga con mano temblorosa.

—¡No es más que una criaturita! —exclamó—. Ni ella misma sabe lo cría que es. ¡Me imagino sus ojos aterrorizados! Se volvería loca.

—¡Santo Dios! —dijo él en voz tan baja que apenas se oyó.

Casi la arrastró fuera del despacho. Pero, cuando pasaron por el vestíbulo, lo único que vieron los criados era que le había ofrecido el brazo a la dama... y dos de los lacayos más mozos cruzaron una mirada que únicamente hacía referencia al corte inimitable de su capote de gala.

Cuando subieron al carruaje, Barkstow entró con ellos y mademoiselle Valle apoyó los codos en las rodillas y se cogió la cara con las manos. Estaba intentando expulsar de su visión mental un recuerdo de los ojos de Robin.

—Si... si fräulein Hirsch es... una patraña —dijo de pronto, sin pensar—. El conde Von Hillern está implicado. De repente lo he visto claro. ¿Cómo es que no lo vi antes?

La fiesta de la mansión, delante de la cual habían extendido la alfombra roja en la acera, se hallaba en su momento álgido cuando el cupé entró por la avenida. El carruaje no se detuvo en la esquina, sino al final de la fila de coches que esperaban.

Coombe salió y miró a un lado y otro de la calle.

—Hay que actuar con discreción. Hay que evitar escándalos —dijo—. El agente de policía que está de ronda es un tipo gigante. Vaya a avisarle, Barkstow. —Y Barkstow asintió y se marchó.

Coombe retrocedió a pie por la avenida y a continuación avanzó por la acera contraria hasta hallarse a pocos metros de la casa de la esquina. Llegado a esa altura,

de pronto apretó el paso al ver que se acercaba otra persona que caminaba como con la clara intención de entrar en la casa. Era un hombre, no tan alto como él pero de complexión más recia y con los hombros algo encogidos. Cuando el hombre apoyó un pie en el primer escalón, Coombe lo tocó en el brazo y dijo unas palabras en alemán.

El hombre se sobresaltó, enojado, y de pronto se quedó muy quieto y erguido.

—Será mejor que demos un paseíto juntos por la calle —dijo lord Coombe con perfecta cortesía.

Si el hombre hubiese podido derribarlo de un empujón y golpearle la cabeza contra la acera con la empuñadura de una espada, o si hubiese podido asestarle más de un tajo con ella, alguna de las dos cosas o ambas habrían sucedido. Pero ninguna era posible. Tampoco era posible imprecicar a voces en una calle elegante de Londres. Las imprecaciones debían retenerse entre los dientes, mientras se echaban espumarajos por la boca. El conde Von Hillern sabía esto mejor que la mayoría de los hombres. Delante tenía a uno de esos cerdos ingleses con los que ya se las vería Alemania a su manera, más adelante.

Se alejaron andando los dos juntos, como si fuesen dos conocidos que estuvieran dando un paseo sin más.

—Nada enfurecería tanto a su... señor... como un escándalo bochornoso —insinuó con absoluta parsimonia la aristocrática voz de lord Coombe—. El alto honor de un oficial alemán... la conducta caballerosa de quien viste el uniforme imperial... esas cosas, ya me entiende. Todas esas cosas.

Von Hillern pronunció en voz baja, entre dientes, un puñado de palabras alemanas bastante malsonantes. Ay, si no se hubiese visto atrapado... ¡Ay, si hubiese estado en alguna calleja solitaria!

—El hombre que camina delante de nosotros es un detective de Scotland Yard. Y los pasos especialmente fuertes y más bien marciales que se oyen a nuestra espalda pertenecen a un agente de la policía mucho más corpulento que cualquiera de los dos. Se está celebrando un baile en la gran casa de la alfombra roja extendida sobre la acera. Conozco a las personas que lo ofrecen. Hay un buen puñado de cocheros y lacayos por aquí. La mayoría probablemente me reconocería.

Al conde Von Hillern no le quedó más remedio se enjugarse literalmente unos hilillos de espuma de los labios, después farfullar otro ramillete de opiniones infames y diversas en su lengua materna.

—Se marcha usted de vuelta a Berlín —dijo Coombe con frialdad—. Si los ingleses no fuésemos tan tontos, usted no estaría aquí. Por descontado, no va usted a entrar en esa casa.

Von Hillern prorrumpió en una risotada burlona.

—Usted sí va a entrar —dijo—. Es un viejo libertino sin fuerzas, pero usted está loco por ella a su manera senil.

—Debería respetar mi edad y mi decrepitud —replicó Coombe—. Un poco de

conmiseración a mis canas añadiría atractivo a su juventud. ¿Damos la vuelta aquí o regresará a su hotel por otro camino? —Le dio la sensación de que al hombre podía estallarle una vena si se veía a obligado a seguir conteniéndose.

Al llegar a la esquina Von Hillern se volvió para enfrentarse a él.

—Llegará un día... —dijo, atragantándose casi.

—*Der Tag?*^[18] Naturalmente. —El tono de voz de Coombe era de una frialdad calculada para sacar completamente de sus casillas a ese hombre en concreto en ese instante concreto de insufrible frustración. Y ¡no poder ponerse como una hidra! ¡No poder!

—¡Cerdo inglés con chochera! Quién le tendría envidia, temblequeando sobre esas patitas escuchimizadas, se compre lo que se pueda comprar con su dinero. Pues yo le escupo a usted, ¡le escupo!

—No lo haga —replicó Coombe—. Farfulla de tal manera que realmente ya está salpicando saliva.

Von Hillern dio media vuelta y se marchó por la esquina.

Una vez a solas, Coombe se quedó inmóvil unos instantes.

«Llegué justo a tiempo —dijo para sí, mientras sentía el cuerpo como revuelto—. Por una extraordinaria chiripa, llegué justo a tiempo. Antaño la gente habría dicho algo sobre la “Providencia”». Y volvió atrás sin más dilación.

XXIII



La salita no estaba totalmente a oscuras, pero después de tentar las paredes con cuidado Robin no había encontrado interruptores ni rastro tampoco de velas ni cerillas por ninguna parte. El cielo nocturno, claro y tachonado de estrellas, le brindaba un espacio iluminado que contemplar, una lámina sin sombras. Se acercó a la ventana y se sentó en el suelo, se acurrucó pegada a la pared, se estrechó las manos con fuerza alrededor de las rodillas y levantó la cara. Todo esto lo hizo en un esfuerzo por frenar la sensación creciente de locura que la amenazaba. Quizá si fuese capaz de fijar la mirada en la bóveda sembrada de estrellas, podría evitar caer presa del delirio. Aunque tal vez fuese mejor volverse loca, pensó unos segundos después.

Después de una primera aceptación plena del horror que le había acaecido, había pasado por varias fases en las que se había figurado imágenes aterradoras, dejándola con los nervios de punta. Le vino de nuevo a la cabeza la vieja historia del hombre que está a punto de ahogarse y por cuyo cerebro pasan a gran velocidad todas las imágenes de su vida. No sabía dónde, cuándo ni cómo había oído o leído los horrendos incidentes que ahora la atosigaban y se le quedaban grabados, mirándola con ojos muertos o idos y rostros espantosos. Puede que fuesen pesadillas de la niñez, o que se hubiese apoderado de ella una especie de delirio. Trató de impedir la avalancha de imágenes repitiendo una y otra vez las oraciones que le había enseñado Dowie de pequeña. Entonces pensó, con un sollozo que se le atravesó en la garganta, que tal vez esas plegarias solo fuesen oraciones para una niñita arrodillada delante de una cama blanca, fuera de peligro, y no servían para una muchacha encerrada con llave en el último piso de una casa, en una habitación de la cual nadie tenía conocimiento. Y no fue hasta que se imaginó a mademoiselle Valle y a Dowie buscándola —enfrentadas con impotencia a la inmensidad de Londres—, no fue sino entonces cuando rompió realmente a llorar. Luego ya no pareció posible derramar una lágrima más. Las imágenes pasaban desfilando demasiado cerca de ella. La vehemencia oculta —la que había estallado cuando metida entre los arbustos arañaba la tierra, con una cólera que la había sacudido en cuerpo y alma, con la tortura mirándola a los ojos, y que la había empujado a retar a Andrews a gritos— saltaba ahora dentro de ella. Se transformó en una joven Furia para quien una lucha desatada con una muerte monstruosa no era nada. Se dijo que para ser una chica era fuerte, que con las uñas era capaz de desgarrar, podía clavar los dientes en una carne, sabía chillar, sabía pelear como una joven loca, y que de este modo los obligaría a que la matasen. Esta fue una de las imágenes que se alzaban ante ella una vez y otra vez, una escena horrible, tremenda, que se empecinaba en volver.

No había probado bocado desde la taza de té de la tarde y empezó a sentir la

necesidad de comer algo. ¡Si se desmayaba...! Al decirlo, levantó la cara con desesperación y vio la inmensa oscuridad azul salpicada de millones de estrellas, curvándose por encima de ella... como se curvaba por encima de la horrible casa y por encima del resto del mundo. Qué alta, qué inmensa, qué silencio insondable, cómo daba la sensación de que no pudiese haber nada más, de que no pudiera ser real ninguna otra cosa. Con movimientos torpes, se puso de rodillas y juntando las manos fuertemente, con ahínco, pronunció una plegaria, no un rezo infantil sino más bien la súplica a gritos de una Furia joven.

—Puede que una chica no sea nada —clamó—. ¡Una chica encerrada! Pero puede que sí sea algo. ¡Puedo también ser algo real! Sálvame... ¡Sálvame! Pero, si no me salvas, deja que me maten.

Después se quedó callada unos minutos, arrodillada. Entonces, se derrumbó y se tendió en el suelo con la cara apoyada en un brazo.

Nadie puede explicar cómo, aun siendo joven y estando rendida, pudo sobrevenirle en tal trance una paz tal que se durmiera. Pero lo cierto es que en medio de su tormento se durmió.

Pero no fue por mucho tiempo. Despertó con un sobresalto y se puso en pie de un brinco, temblando. Seguían llegando carruajes de invitados a la mansión de enfrente. No podía ser muy tarde, aun cuando ella tuviera la sensación de llevar allí años, o al menos lo bastante para concluir que aquel lugar era el horrible centro del mundo entero y que todos los recuerdos limpios y honrados eran un sueño. Tuvo el impulso de ponerse a dar vueltas de un lado a otro de la habitación.

Sin embargo, en ese preciso instante oyó un ruido que la hizo detenerse en seco. Había estado segura de que al final oiría algo —llevaba esperándolo todo ese tiempo—. Había tenido la certeza de que así sería, por supuesto que sí. Pero ni siquiera había intentado imaginar si lo oiría pronto o tarde. Sería el ruido del pomo al girar en la puerta cerrada con llave. Se había oído. ¡Era eso! ¡Primero el chasquido del pestillo y a continuación el chirrido del pomo al girar!

Volvió a la ventana y apoyó la espalda en ella, de manera que quedó su silueta recortada sobre el fondo de luz mortecina. ¿La persona entraría a oscuras o llevaría una luz? Algo empezó a darle vueltas en la cabeza como un remolino. ¿Qué eran esos golpes sordos que le parecía oír y sentir a la vez? Eran los terribles latidos de su corazón.

La puerta se abrió, no con sigilo, sino de un modo bastante normal. La persona que entró tampoco se movía con sigilo. Entró como quien llega elegantemente vestido a una velada. Qué alto y erguido era su cuerpo, su silueta de diabólica elegancia recortándose sobre el fondo de luz del pasillo. Le pareció ver una flor blanca en la solapa, al retirarse un poco hacia atrás el capote. El lacayo de las miradas lascivas le había abierto la puerta.

—Encienda las luces. —La orden la daba una voz que ella conocía. El taimado lacayo obedeció y tocó un punto alto de la pared.

Casi había estado segura, vagamente y con sensación de náusea, de que se trataría o del conde Von Hillern o de lord Coombe... Y ¡no era el conde Von Hillern! Ese rostro frío y perverso —la mirada irónica que le producía escalofríos— y la absurda perfección del atuendo de caballero entrado en años —hasta la flor sin tacha— le provocaron un estremecimiento de repulsa. Si hubiera entrado Satanás, ese habría sido su aspecto y con la misma repugnancia habría estremecido a quien lo viese.

—Imaginé... que sería usted —le dijo en alto con una voz extraña.

—Robin —respondió él.

Había empezado a acercarse a ella y, al levantar la muchacha hacia él las manitas fieramente crispadas, se detuvo y retrocedió.

—¿Por qué lo imaginó? —preguntó.

—Porque es de esos hombres que harían cosas que solo los demonios harían. Lo odio, lo odio, lo odio desde que era pequeña. Venga a matarme si quiere. Avise al lacayo para que le eche una mano, si quiere. No puedo escapar. ¡Máteme, máteme, máteme!

Estaba ida y parecía haberse vuelto loca.

Él vaciló unos segundos y entonces señaló educadamente el sofá.

—Siéntese, por favor —sugirió. No fue más que una sugerencia cortés—. Yo me quedaré aquí. No tengo ninguna intención de acercarme a usted, discúlpeme por decirlo así.

Pero ella no se apartaba de la ventana.

—Es natural que esté alterada —dijo—. Esto es detestable. Es demasiado joven para entender lo peor del asunto.

—¡Usted es lo peor del asunto! —exclamó ella—. Usted.

—No. —Al captar la serenidad de la voz de él, se preguntó si de verdad sería humano—. Lo peor habría sido Von Hillern. Lo detuve en la puerta de la casa y supe alejarlo de aquí. Ahora, escuche, mi niña buena. Ódieme con toda la rabia que quiera. Es lo de menos. Se encuentra en casa de una mujer cuyo nombre es sinónimo de vergüenza, infamia y delito.

—Y ¿qué hace usted en ella —gritó otra vez—, en un lugar donde se tiende trampas a las jóvenes y se las encierra bajo llave en el piso de arriba... para matarlas?

—He venido para sacarla de aquí. Deseo hacerlo con discreción. Sería bastante horroroso que la gente descubriese que ha pasado unas cuantas horas aquí encerrada. Si no me hubiese colado cuando estaban esperando a Von Hillern, y si los criados no estuviesen acostumbrados a ver entrar discretamente a caballeros bien vestidos, no habría podido subir sin montar una gresca y sin tener que llamar a la policía, cosas ambas que deseaba evitar. Además, la mujer de abajo me conoce y comprendió que no mentía cuando le dije que la casa estaba rodeada y que a ella estaban a punto de «echarle el guante». Es una mujer muy experimentada y supo al instante que más le valía no decir nada.

A pesar de la mirada fría y de la sonrisa malévolamente que ella aborrecía, a pesar de su

meticuloso atuendo casi peripuesto y de la nota festiva de la blanca flor, que odió junto con todo lo demás, quizá no estuviese mintiéndole. Quizá había querido salvarla, por la amistad con su madre... y, siendo el hombre que era, había sabido sacar provecho de sus experiencias anteriores.

Empezó a apartarse poco a poco de la ventana y, de pronto, notó que le temblaban las piernas. Cuando llegó a la altura del chésterfield, se derrumbó y rompió a llorar. Una especie de histeria se apoderó de ella, temblaba de pies a cabeza y se sujetaba sin mucha fuerza a la tapicería del sofá, medio arañándola con los dedos. Daba verdadera lástima verla. Puede que él no mintiese, pero seguía teniéndole miedo.

—He dejado dicho a los hombres que esperan en la calle que entrasen por la fuerza si no la sacaba antes de media hora. No deseo que entren. No tenemos tiempo que perder. Lo que le pasa es bastante natural, pero debe intentar levantarse. —Estaba a su lado, de pie, y dijo estas palabras viendo su delgado cuerpo contorsionado en el suelo y en su adorable cabeza humillada.

Sacó una petaca del bolsillo del capote —una joya de orfebrería—. Vertió un poco de vino en el vasito y se agachó para ofrecérselo.

—Bébaselo y trate de levantarse —dijo. Sabía que era preferible no ayudarla a ponerse en pie, no tocarla en modo alguno. Viendo en qué estado la habían dejado esas últimas horas, supo que era mejor así. En los ojos de ella había pánico cuando levantó la cabeza y volvió a extender la mano.

—¡No! ¡No! —gritó—. ¡No pienso beber nada! —Él comprendió de inmediato y arrojó el vino a la chimenea.

—Entiendo —dijo—. Podría pensar que es alguna droga. Tiene razón. Podría ser. Tendría que haberlo pensado. —Se guardó la petaca en el bolsillo—. Escúcheme otra vez. Tiene que hacerlo. Dentro de nada acabará el tiempo y debemos evitar que esos muchachos entren por la fuerza en la casa y armen un alboroto que atraería a una multitud. Debemos marcharnos inmediatamente. Mademoiselle Valle está esperándola en mi carruaje, cerca de la casa. No le dará miedo beber el vino que le ofrezca ella.

—¡Mademoiselle! —balbució.

—Sí. En mi carruaje, que está a menos de cincuenta metros de la casa. ¿Puede tenerse en pie? —Ella se levantó del suelo y se puso de pie, pero seguía temblando de arriba abajo—. ¿Puede bajar las escaleras? Si no, ¿me permite que la lleve? Soy bastante fuerte, a pesar de mi edad.

—Puedo andar —susurró ella.

—¿Quiere cogerse de mi brazo?

Ella lo miró un instante con una mirada terrible, desorbitada.

—Sí, me cogeré de su brazo.

Él se lo ofreció con un ademán meticuloso, rígido. No la miró siquiera. Salió con ella de las habitaciones y la llevó del brazo por los tres tramos de escaleras. Al pasar por delante de la puerta abierta del salón, la adorable mujer que se hacía llamar lady

Etynge, erguida cerca del umbral, los vio pasar con unos ojos que ya no tenían nada de amables.

—Tengo que decirle una cosa, señora —dijo él—. Cuando deje a esta joven dama en manos de su institutriz, regresaré y se la diré.

—¿Su institutriz es *fräulein* Hirsch? —preguntó la mujer como quien no quiere la cosa.

—No. Ella sin duda está de camino a Berlín... y Hillern la seguirá.

Ya solo quedaba el tramo de escaleras que bajaba hasta el vestíbulo. Robin apenas podía ver por dónde pisaba. Pero lord Coombe la llevaba firmemente cogida y, unos segundos después, el lacayo taimado, palideciendo, abrió la gran puerta, cruzaron la acera hasta el carruaje, la ayudaron a montarse y, casi inconsciente, se derrumbó en el regazo de mademoiselle Valle, momento en el que un fuerte brazo la agarró y la zarandeó.

—*Ma chérie* —oyó—. ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado, alabado sea Dios! ¡Y lord Coombe! ¡Lord Coombe!

Coombe había regresado a la casa. Con él iban cuatro hombres, dos de paisano y dos corpulentos policías de uniforme. Ellos se quedaron abajo, pero Coombe subió por la escalera con la ágil ligereza de un hombre de treinta años.

Se detuvo sin más en el umbral del salón. Esto fue lo que dijo, con una mirada atroz en la faz totalmente blanca.

—Que haya vuelto para hablar con usted es... superfluo... y resultado de la pura furia. Me lo permito como una mera e infame indulgencia. Se saben más cosas contra usted que esto, cosas que han llegado más lejos y que han acabado peor. No es joven y se enfrenta a años de vida de presidio. Le afeitarán la cabeza, acabará con las manos ajadas y renegridas y las uñas rotas de deshilar estopa de cáñamo.^[19] Degradándose sin remedio, irá marchitándose hasta la muerte. En la negrura nocturna de su celda tendrá tiempo para recordar, para ver caras, para oír gritos. Las mujeres de su calaña deberían aprender lo que es el infierno en la tierra. Usted lo aprenderá.

Cuando hubo terminado, la mujer, con la espalda apoyada contra la pared, hasta donde había llegado tambaleándose, estaba encorvada hacia delante, mientras abría y cerraba la boca, con impotencia, pero sin poder emitir ni un sonido.

Él sacó de un bolsillo un pañuelo exquisitamente limpio y se tocó con él la frente porque la tenía húmeda. Seguía mirando de un modo atroz, pero de pronto su voz cambió de tono, más sereno.

—Me he permitido sentirme como si estuviera fuera de mí —dijo—. Ha sido una experiencia enriquecedora, benéfica para el tipo de alma que tengo.

Bajó la escaleras y regresó a pie, ya que el carruaje se lo habían llevado Robin y mademoiselle para volver a su trozo de casa.

XXIV



Von Hillern dejó de hacer visitas a la señora Gareth-Lawless. Su retorno a Berlín fue inmediato y fräulein Hirsch dejó también de ir a la casa para impartir lecciones de alemán. Tiempo después Coombe se enteró por el hombre del rostro formal de facciones redondeadas que la mujer había cruzado el canal en una travesía nocturna, no muchas horas después de que Von Hillern se hubiese marchado de Berford Place. La pura verdad era que fräulein Hirsch había estado rondando miserablemente por las calles adyacentes, retenida dentro del barrio por una especie de torturante morbosidad, una mezcla de cólera frustrada e impotente y de un odio jubiloso contra el joven ser al que había traicionado. Calle arriba, calle abajo, había estado dando vueltas sin parar mientras se retorció los delgados dedos y saboreaba la sal de las lágrimas que le rodaban por las mejillas y le empapaban los labios, lágrimas de tormento y furia.

La crueldad de la muerte estuvo presente en lo que, por un simple capricho del azar, sucedió a continuación. Al doblar una esquina mientras se decía por centésima vez que debía irse a casa, se topó de bruces con un personaje espléndido que a su vez avanzaba impetuosamente. Se tambaleó al ver la ira salvaje de ese rostro blanco que reconoció sofocando un grito. Solo con mirarlo bastaba para entender. ¡Había sufrido una desastrosa humillación!

En cuanto a él, la intervención directa de ese Cielo que velaba especialmente por su persona le había mandado a una mujer a la que castigar, lo cual, hasta el momento, era al menos una cosa que sucedía con arreglo a lo debido. Sabía muy bien cómo podría castigarla tan solo con su desprecio y su displicencia, como podría castigar a un spaniel tendido a sus pies. No tenía ni que dignarse decirle lo que había pasado, y no se lo dijo. Simplemente retrocedió y se quedó mirándola con tieso porte de magnificencia.

—Es por una estupidez suya —dijo con desdén, con voz viperina—. Las mujeres siempre son estúpidas. No saben morderse la lengua ni pensar con claridad. Vuelva a Berlín inmediatamente. No es usted de esas personas cuya conducta pueda recomendar; nadie confiará en usted en el futuro.

Se fue antes de que ella pudiera decir palabra, si es que se hubiese atrevido. Mientras un sollozo atragantado le impedía respirar, lo vio alejarse a zancadas, despiadado, soberbio, moviendo el cuerpo y pisando el suelo como un dios marcial, para ella un alma abyecta. Sabía ciertamente a sal el torrente de lágrimas. Tal vez no volviese a verlo nunca más, ni siquiera de lejos. Quedaría desacreditada y apartada por su torpeza. Había obedecido al pie de la letra sus instrucciones y con todas sus fuerzas había tratado de hacerlo bien, y había lamido el polvo que pisaba, pero en el

futuro él no le dirigiría una sola mirada ni por lo más remoto le daría noticia de sus excelsas órdenes. De tal modo se tambaleaba al andar, presa de tal desdicha, que un amable policía le dijo al pasar:

—Téngase, joven. Debería volver a su casa y acostarse.

Coombe comunicó a la señora Gareth-Lawless que unas complicaciones relacionadas con la familia habían reclamado la presencia de *fräulein* Hirsch en Alemania. Fácil de comprender fue que órdenes augustas reclamaban al conde Von Hillern. Unas personas tan espléndidas nunca iluminan la sociedad con su brillo durante mucho tiempo.

Que Pluma estuviera de visita en una casa de campo mientras su hija vivía aquella tragedia fue algo que lord Coombe consideró una coincidencia afortunada.

—No alarmaremos a la señora Gareth-Lawless contándole lo ocurrido —dijo a mademoiselle Valle—. Lo que más deseamos es que nadie sospeche que este suceso espantoso ha tenido lugar. A alguien olvidadizo o descuidado podría escapársele algo, inintencionadamente, que...

Lo que quería decir, y lo que mademoiselle Valle sabía que quería decir —y también lo que él sabía que ella sabía que él quería decir— era que una mujer que era tonta y cruel, que carecía de empatía o de percepción, no tendría la delicadeza de darse cuenta de que había que proteger a la muchacha, y de hecho podría tomarse como una especie de broma de pésimo gusto la historia de la sacrosanta alumna de mademoiselle Valle abandonando sin más su abrazo protector para caer en una *galère*^[20] a la que difícilmente habría podido verse arrastrada ni la más revoltosa y aventurera de las pupilas. Semejante opinión habría sido bastante factible en Pluma... probable, incluso, por la actitud ligeramente maliciosa de su inteligencia poco seria.

—Estaba fuera. Solo lo sabemos usted y yo y Dowie —respondió mademoiselle.

—Pues sigamos siendo los únicos —replicó Coombe—. Robin no dirá nada.

Eso lo sabían los dos. Llevaba varios días con fiebre, enferma, y Dowie había evitado que se levantara de la cama aduciendo que había cogido frío. A las dos mujeres les había parecido imposible hablar con ella. Ella había pasado el tiempo tumbada, mirando al frente en silencio, con la mirada fija, como muerta, sin decir prácticamente nada. De tanto en tanto le entraban temblores y una vez un ataque de llanto desconsolado y desesperado que pareció incapaz de controlar.

—Todo es diferente —les dijo a Dowie y a mademoiselle, cada una sentada a un lado de la cama. Unas veces alguna de ellas le hacía apoyar la cabeza en el amable hombro, otras le sostenían la mano y le daban palmaditas—. Voy a tener miedo de todo el mundo lo que me queda de vida. La gente con rostro dulce y voz amable me dará escalofríos. ¡Oh, parecía tan amable...! ¡Tan amable!

Fue el cálido hombro de Dowie donde escondió la cabeza esa vez, y a la niñera se le atragantaron unos sollozos que no se atrevió a dejar escapar. Lo único que pudo hacer fue estrecharla con fuerza y besar la «melena despeinada de sedosos rizos»... ¡los pobres rizos alborotados de quien había dejado de ser una niña pequeña!

—¡Ay, mi corderito! —logró decir—. ¡Pobre corderito de Dowie!

—Ha sido saber que unos ojos amables... amables, sí... —Jadeando, se interrumpió—. ¡Ha sido saberlo! ¡Antes no lo sabía! No sabía nada. Ahora todo ha terminado. ¡El mundo entero me da miedo!

—No todo, *chérie* —susurró mademoiselle.

Se sentó con la espalda recta apoyada en las almohadas. El espejo de un tocador reflejó su imagen: su tez lozana, mojada por las lágrimas y enmarcada en la maravillosa melena que formaba una sombra a su alrededor. Clavó una dura mirada en el reflejo, con semblante inquisitivo.

—Supongo —su voz era puro patetismo, de tan impotente— que es porque aquello que me contó una vez sobre ser bonita es cierto. Una joven así —dijo señalando con un dedo el espejo— no necesita pensar que pueda ganarse el sustento. Yo lo aborrezco —añadió con fiero resentimiento contra una acerba injusticia—. ¡Es como estar maldita!

Al oír esto, Dowie se derrumbó abiertamente y sus lágrimas rodaron a toda velocidad.

—¡No, no! ¡No debe decir eso ni pensarlo, queridita mía! —lloró—. Podría marchitarse. ¡Es joven como una flor de jardín! Y alguien, en algún lugar, Dios lo bendiga, se enorgullecerá de que así sea... y también usted se alegrará. En algún lugar está, en algún lugar.

—¡Que ninguno me mire! —exclamó Robin—. También a ellos los aborrezco. Lo odio todo, y a todos, menos a ustedes dos... Solo ustedes dos.

Esta vez fue mademoiselle la que la rodeó con los brazos cuando rompió a llorar de nuevo. Mademoiselle comprendía muy bien que en esta hora le pareciera que todo su mundo hubiese quedado arrasado para siempre. Cuando hubo pasado lo peor del llanto y se hubo sosegado, y solo quedaba la respiración entrecortada y profunda que hinchaba su pecho con lentos y periódicos estremecimientos infantiles, cogió la mano de mademoiselle Valle y la miró con una sonrisa leve e irónica.

—¡Fue usted demasiado buena al decirme que era una tontita cuando le hablé de conseguir empleo en una oficina! —dijo—. Ahora sé que no me habría permitido hacer las cosas que tan segura estaba de poder hacer. Eran solo mi ignorancia y mi engreimiento. Yo no puedo responder anuncios. Cualquier mala persona puede poner en un anuncio lo que quiera. Si esa mujer hubiese publicado un anuncio, habría hablado de Helene. Y no había ninguna Helene. —En ese momento se le entrecortó de nuevo la respiración, con un estremecimiento. Cuando hubo pasado, dijo, lamentándose penosamente como una niña pequeña—: Yo... yo podía ver a Helene. A muy pocas personas he conocido lo bastante bien para amarlas. Y menos a un niña. Me imaginé que empezábamos a querernos. No puedo soportar pensarlo... que jamás haya existido. Deja una especie de vacío.

Una vez que estuvo suficientemente recuperada para ponerse en pie de nuevo, mademoiselle Valle le dijo que quería que le manifestase su agradecimiento a lord

Coombe.

—Lo haré si lo desea —respondió.

—¿No le parece que es apropiado que le dé las gracias? ¿No es algo que usted misma desea hacer? —preguntó mademoiselle. Robin bajó la vista a la alfombra unos segundos.

—Sé que es lo apropiado —admitió finalmente—. Pero no deseo hacerlo.

—¿No? —preguntó mademoiselle Valle.

Robin levantó la vista de la alfombra y la clavó en ella.

—Es porque... Por cosas —dijo—. Forma parte del horror que quiero olvidar. Puede que ni siquiera usted sepa de qué modo me ha afectado. A lo mejor estoy convirtiéndome en una joven malintencionada. No paran de abatirse sobre mí pensamientos malos, como enormes cuervos negros. Lord Coombe me salvó, pero yo pienso cosas espantosas de él. Oí decir a Andrews que era malo cuando era demasiado pequeña para entender lo que eso quería decir. Ahora lo sé, recuerdo que él sabía porque eligió saber. Por voluntad propia. Él conocía a esa mujer y ella a él. ¿Cómo es que la conocía? —Dio un paso adelante que la acercó un poco más a mademoiselle—. Nunca se lo he dicho pero se lo diré ahora —confesó—. Cuando se abrió la puerta y lo vi, contra el fondo de luz, yo... no pensé que hubiese venido para salvarme.

—*Mon Dieu!* —exclamó en voz baja mademoiselle, con un leve espanto.

—Sabe que soy bonita. Es un viejo pero lo sabe. Una vez *fräulein* Hirsch hizo que se me revolvieran las tripas al decirme, con su estilo sumiso, ladino y artero, que le gustaban las niñas bonitas y que la gente decía que quería una esposa joven y que me había echado el ojo. Yo contesté de muy malos modos porque me dio muchísima rabia. ¿Cómo es que conocía tan bien a esa mujer? ¡Ya ve usted lo mala que me he vuelto!

—Conoce a prácticamente toda Europa. Ha visto tanto los rincones oscuros como los sitios rutilantes. A lo mejor ha salvado a más jovencitas de ella. Ha conseguido que la castiguen, y ha podido hacerlo porque llevaba un tiempo siguiéndole la pista. No es usted mala, solo injusta. La conmoción que ha sufrido ha sido demasiado grande para que pueda razonar con cordura aún.

—Creo que siempre me dará escalofríos —dijo Robin—, pero diré lo que usted considere que debo decir.

En cierta ocasión en que Pluma se había vuelto a marchar de visita a la campiña, mademoiselle entró en el salón de la ventana redonda en la que tenían plantas y Coombe entró detrás. Robin levantó la vista de su libro, un poco sobresaltada, y se puso de pie.

—He dicho a lord Coombe que desea... que deseo que le dé las gracias —le informó mademoiselle Valle.

—Por mi parte he venido a decirles que cualquier manifestación de gratitud es completamente innecesaria —dijo Coombe.

—Debo estarle agradecida. Y lo estoy. —Robin fue palideciendo lentamente mientras decía esto. Era la primera vez que lo veía desde que la había ayudado a bajar las escaleras de aquel sitio infernal.

—No hay nada a lo que me opondría yo más que a que se me vea como un benefactor —replicó Coombe en tono perentorio, pero con una falta total de afecto—. Es un papel que no va conmigo. Siendo un hombre sumamente malo —lo dijo como quien habla sin asomo de prejuicio—, acumulo una grandísima experiencia. Sé cosas, casualmente. La mujer que se hacía llamar lady Etynge es de una clase que... que no me cuenta a mí entre sus clientes. Yo había puesto sobre su pista a determinadas autoridades: así es como descubrí su paradero cuando mademoiselle Valle me contó que había ido a tomar el té con ella. Pura casualidad, como ve. No me dé las gracias a mí, se lo ruego, sino a mademoiselle Valle.

—¿Por qué le importaba? —dijo Robin titubeando, vagamente repelida como le pasaba siempre.

—Porque da la casualidad de que vive en... en esta casa —respondió él. ¡Oh, la fría inhumanidad de sus ojos grises!

—Pensaba que tal vez esa fuese la razón —dijo ella, y le dio la sensación de que él le producía una pizca más de escalofríos—. Le suplico que me perdone —agregó, y recordando de pronto—: Tome asiento, por favor.

—Gracias —dijo él al sentarse—. Lo haré porque tengo algo más que decirles.

Robin y mademoiselle se sentaron a su vez y prestaron atención.

—Hay muchos aspectos horribles de la existencia que no se consideran parte necesaria de la educación de una jovencita —empezó.

—Tendrían que serlo —intervino Robin, con una voz tan severa como joven.

La mirada que él le dirigió fue prolongada y penetrante.

—Yo no soy instructor de la juventud. No me compete a mí tomar esa decisión. Ni siquiera siento que sea mi deber entrar ahora en detalles.

—No es preciso —le interrumpió la voz joven y acerba—. Lo sé todo del mundo. Saber me ha vuelto mala.

—Mademoiselle tratará ese punto con usted. Lo que desgraciadamente se ha visto obligada a aprender es que no es seguro para una joven, ni siquiera una que no sea bonita, actuar de manera independiente, sin contar con personas de mayor edad, a menos que haya aprendido a guardarse de... los demonios. —Las palabras salían de su boca bruscamente, con un dejo repentino de ferocidad, impropio en él, que casi sobresaltaba—. Se ha llevado un buen susto —dijo a continuación— y ha descubierto que hay demonios, pero no tiene suficiente experiencia para guardarse de ellos.

—Me he asustado tanto que seré una cobarde. Una cobarde toda mi vida. Me darán miedo todas las caras que vea y, cuanto más de fiar parezcan, más miedo les tendré. ¡Odio a todo el mundo!

Sus ojos casi maravillosos, o eso le parecían a lord Coombe, ardían con una mezcla de angustia e indignación infantiles. Se desató un torrente de lágrimas que

rodó por sus mejillas, y él se levantó y, después de dirigirse con pasos lentos hasta la ventana llena de flores, se detuvo de espaldas a ella unos minutos. Ella no sabía ni le importaba saber si era porque su reacción histérica le causaba tedio o hastío, o si era porque tenía la delicadeza de percibir que no quería que la mirara. La juventud desdichada no conoce otra ley que la suya.

Pero todo pasó al cabo de esos pocos minutos, y él se dio la vuelta y regresó a su silla.

—Quiere con toda su alma desempeñar algún trabajo que asegure por entero su independencia, ¿no es cierto? ¿Aceptar un puesto que le dé sustento sin ayuda de terceros? Todavía no está preparada para salir y coger el primer puesto que se le ofrezca. Se ha llevado, como dice, un susto demasiado truculento y sabe que ir por ahí sin la guía de otra persona entraña peligros. Mademoiselle Valle —volviendo la cabeza—, ¿quiere tal vez contarle lo que sabe de la duquesa de Darte?

Al oír esto, mademoiselle Valle la cogió de la mano y comenzó una pormenorizada explicación.

—Es un personaje extraordinario y fuera de toda duda. Fue una dama de la corte. Es una mujer de avanzada edad e inválida y le gustan las criaturas bonitas y jóvenes. Desea contratar a una joven culta y despierta para hacerle compañía. La señora que la acompañaba desde hacía muchos años falleció recientemente. Si usted ocupase su lugar, viviría con ella en su residencia de la ciudad y la acompañaría al campo al terminar la temporada. Su salario sería liberal; no podría haber un puesto más protegido y digno. He ido a ver a milady y he hablado con ella en persona, y permitirá que la lleve a verla, si desea ir.

—No permita que el hecho de que me conozca desde hace años le cree prejuicios contra la proposición —intervino Coombe—. Más bien podría tomarlo como una suerte de garantía de mi conducta en el asunto. Ella conoce lo peor de mí y aun así me permite seguir siendo amigo suyo. De joven fue una mujer brillante y llena de encanto, y hoy lo es aún más porque es... ¡única! Si yo fuese una joven y pudiese ganarme el sustento a su servicio, creería que la fortuna era muy buena conmigo.

Los ojos de Robin pasaron de uno al otro, de Coombe a mademoiselle Valle, y de mademoiselle Valle a Coombe, con gesto lastimero.

—Miren, miren en lo que me he convertido —dijo—. Hace unas semanas habría tenido la certeza de que Dios estaba ayudándome, cuidándome. Y ahora... todavía sigo asustada. Tengo la sensación de que va a ver que... que ya no soy ni joven ni despierta sino que el mal me corroe. Tengo miedo de ella... Tengo miedo de usted —a Coombe— y de mí misma.

Coombe se levantó, obviamente dispuesto a marcharse.

—Pero no tiene miedo de mademoiselle Valle —le dijo—. Ella hará llegar las necesarias referencias a la duquesa. Esperaré a que ella la ayude a decidirse.

Robin se levantó también. Dudó de si tenderle la mano. Tal vez Coombe vio su leve amago. Por su parte no hizo ademán alguno.

—Recuerdo que de niña no quería estrechar la mano de nadie —dijo con una sonrisa impersonal, cortés, y se despidió con una reverencia de una meticulosidad tan tranquila que a ella le resultó imposible decir nada más.



Unos días antes de esto la duquesa de Darte había salido una mañana en coche a hacer unas compras y estando en su gran landó había echado mucho de menos a la señorita Brent, quien siempre la acompañaba cuando hacía las necesarias visitas a los comercios. No le gustaba ir de compras, mientras que la señorita Brent lo disfrutaba en su fuero interno, y eso la convertía en una acompañante animada. Para la discreta mujer ya mayor, cuya vida, antes de ponerse al servicio de esta gran dama, había transcurrido en una lucha contra la pobreza, el mero hecho de entrar en una tienda y ver dar un brinco a los entusiastas vendedores para acudir raudos a saludarla con una reverencia y dispensarle amables atenciones constituía al final de su vida casi un acontecimiento emocionante. La duquesa compraba espléndidamente pero con discreción. Como siempre sabía lo que quería, se limitaba a pedir que le sacasen el artículo y, después de examinarlo en silencio, encargaba que se lo envasasen. Había en su decisión una dignidad que impresionaba. Nunca ponía pegas ni dudaba. El personal de los comercios grandes la conocía y estaba encantado de atenderla, al tiempo que doblaba la cerviz ante ella, en sentido figurado. La señorita Brent había sido una mujer feliz y satisfecha en vida. Había muerto en paz, a raíz de una corta enfermedad que en un primer momento no había parecido alarmante, en una de las casas de campo de su patrona a la que amablemente había sido enviada para unas vacaciones. Le habían prodigado detalles y atenciones y tan solo unos instantes antes de quedarse dormida por última vez había estado conversando agradablemente de su señora.

—Es una grandísima dama, señorita Hallam —había dicho a su enfermera—. Es la última de su especie, pienso muchas veces. Es como si las muy grandes damas hubiesen desaparecido, no sé si me explico. Han desaparecido.

La duquesa, de hecho, hallándose unos días después junto a su féretro, contemplando su rostro sereno y satisfecho, había dicho de Brent algo no muy diferente de lo que la propia Brent había dicho de ella.

—Fue una buena amiga, querida Brent —murmuró—. La voy a echar siempre de menos. Me temo que ha sido usted la última de su especie.

Estuvo pensando en ella toda la mañana mientras recorría las calles, despacio en su coche, hacia Bond Street y Piccadilly. Cuando se apeó del carruaje para entrar en una tienda atrajeron su atención unas fotografías de bellezas que había en un escaparate y se detuvo a contemplarlas. Muchas de ellas eran bellezas a las que conocía, pero entre ellas se contaban algunos de los hallazgos más recientes de la sociedad. Las fotografías concretas que le llamaron la atención eran dos que saltaba a la vista que se habían puesto adrede una junto a otra por una razón interesante. La

razón era que las dos mujeres, obviamente de épocas distintas, con una diferencia de una veintena de años a juzgar por el corte de sus vestidos, se parecían tanto de cara y aspecto que sugerían asombrosamente que se trataba de la misma persona. Ambas tenían un exquisito aire de ninfa, la tez clara y unos ojos grandes y ambas tenían ese tipo de cabellos finos y livianos que llegan a semejar un halo. La duquesa las miró arrobada. Contuvo levemente la respiración. Aquello la transportó lejísimos en un abrir y cerrar de ojos. Olvidado quedó su propósito de entrar en la tienda de al lado y entró en la que se exponían las fotografías.

—Quisiera ver esas dos fotografías tan parecidas —le dijo al hombre de detrás del mostrador.

Él la conocía, como la conocía casi todo el mundo, y le llevó los retratos al instante.

—Muchas personas se interesan por ellas, milady —dijo—. Fue su increíble parecido lo que me hizo ponerlas una al lado de la otra.

—Sí —respondió ella—. Resulta casi increíble. —Apartó la vista del retrato de la joven belleza vestida a la moda de veinte años antes.

—¿Esta es... era? —se corrigió, y aguardó. El hombre respondió en voz algo más baja. Evidentemente, tenía sus motivos para considerar discreto bajar la voz.

—Sí, era. Murió hace veinte años. La joven princesa Alixe de X —dijo—. Fue una triste historia, sin duda la señora la recuerda. Se habló mucho de ella.

—Sí —replicó y, sin añadir nada más, contempló el retrato más moderno. En él aparecía el mismo tipo de mujer etérea, casi levitando, pero en este caso la modelo llevaba unas diáfanas tiras de tul con lentejuelas bordadas que parecían a punto de alzar el vuelo y dejar los esbeltos hombros y brazos de la joven despojados absolutamente de algo con que cubrirlos—. ¿Esta es...? —preguntó.

—Una tal señora Gareth-Lawless. Viuda y con una hija, aunque parezca una adolescente. Es mayor que la princesa en la fotografía, pero ha conservado su belleza como las damas saben conservarla hoy en día. Es una maravilla contemplarlas una al lado de la otra. Pero solo unos pocos vieron a su alteza en carne y hueso la temporada que vino con el príncipe de visita a Windsor en tiempos de la reina Victoria. ¿La señora...? —fue a preguntar, pero se contuvo, con la sensación de que tal vez estaba excediéndose de los límites de Bond Street.

—Sí. Yo la vi —respondió la duquesa—. Si están en venta, me llevaré las dos.

—Estoy vendiendo muchas. La gente las compra porque el parecido las convierte en una especie de rareza. La señora Gareth-Lawless es una dama muy moderna y le hace bastante gracia la cosa.

La duquesa se llevó consigo a casa las dos fotografías y allí las contempló mucho tiempo después, sentada en su sillón de orejas.

Encima de su mesa las tenía cuando Coombe fue a tomar el té con ella por la tarde.

Cuando las vio, se quedó inmóvil y en silencio observó detenidamente las dos

caras varios segundos.

—¿Había visto alguna vez un parecido tan fabuloso? —dijo finalmente.

—Jamás —respondió ella—. Ni tampoco semejante disparidad. Eso es lo más fabuloso, la disparidad entre una y otra. Es el mismo cuerpo, habitado por almas de dos esferas diferentes.

Las palabras que dijo él a continuación las pronunció muy despacio.

—Estaba seguro de que lo detectaría —comentó.

—Me quedé sin aliento un segundo cuando las vi juntas en el escaparate... y un momento después volví a quedarme sin respiración al ver... eso de lo que hablo... el abismo inmenso que las separa. Es la mirada. Ella —dijo tocando el marco de plata de la fotografía de la joven princesa— era una santa, un ángel. No hubo nunca ser humano dotado de una pureza tan transparente como la suya.

La rígida máscara del rostro de Coombe expresó algo que prefirió apartar él mismo al darse cuenta, y se dirigió a la repisa de la chimenea para apoyarse en ella. Aquel sentimiento fue lo que hizo que su voz sonase ronca y grave cuando le respondió algo que ella no se esperaba. De hecho, lo inesperado de su réplica causó en la duquesa el mismo efecto de un golpe.

—Y fue la posesión de un auténtico animal, loco por su desenfrenada lujuria y por su afición a la bebida, presa de unas furias anormales. Ella era una santa niña y temblaba de terror ante él. Él la mató.

—Yo también lo creo —dijo ella con voz vacilante después de un silencio que duró lo que dura un suspiro—. Mucha gente lo creyó así a pesar del gran esfuerzo que se hizo para silenciar las historias. Pero eran demasiadas historias y tan inenarrables que hasta en las altas esferas produjeron furibunda indignación. Después de aquello dejó de ser recibido aquí en la corte. Y su propio emperador se mostró incapaz de perdonar lo que hizo. La opinión pública pesaba demasiado.

—Aquellas historias eran ciertas —respondió la ronca, grave voz—. Yo mismo, por mandato real, estaba como invitado en el *Schloss*^[21] de los Alpes de Baviera cuando se supo que le pegaba repetidas veces con un látigo para perros. Iba a dar a luz. Una noche estaba yo dando vueltas por el parque, torturándome, cuando oí unos gritos agudos que me empujaron a buscarla como loco. No sé lo que habría hecho si la hubiese encontrado, pero traté de meterme por la fuerza en el ala del castillo de la que provenían los gritos. Fui recibido y detenido prácticamente con una violencia manifiesta. Los gritos cesaron. Ella moriría una semana después. Pero ni el embustero más empedernido sería capaz de ocultar determinadas cosas. Hasta los sirvientes reales pueden tener sangre humana en las venas. Se supo que había señales horribles en su cuerpecillo inerte.

—Nos enteramos. Nos enteramos —susurró la duquesa.

—La mató él. Pero ella habría muerto de horror aunque él no le hubiese asestado un golpe. Empezó a morir desde el momento en que se le impuso aquel matrimonio. Lo vi cuando vino con él a Windsor.

—Formaba usted parte de su acompañamiento —observó la duquesa después de un breve silencio—. Fue entonces cuando nos conocimos.

—Sí. —Ella había dicho la última frase en tono grave y la respuesta de él fue igualmente grave, pero su voz seguía sonando ronca—. Era usted bondad y sabiduría sublimes. Un hombre no olvida cuando una mujer lo salva de precipitarse a la sima de la locura gracias a la simple cualidad de su silencio. Estando en mis cabales, a duras penas osaba yo mencionar su nombre. Si hubiese enloquecido, habría delirado como los locos. Por esa razón tenía miedo.

—Lo sabía. Hablar era el peligro más grande —le respondió la duquesa—. Ella era una princesa de una casa real, pobre angelito, y su marido un hombre cuya vileza y cuya violencia eran conocidas en toda Europa. ¿Cómo tuvieron la osadía de entregársela?

—Por motivos que solo ellos sabrán y porque ella era demasiado humildemente inocente y obediente para rebelarse.

La duquesa no hizo preguntas. La sublime bondad a la que él había hecho referencia manifestaba su perfección en el hecho de que en aquellos días del pasado lejano ella no hubiera cuestionado ni comentado nada. Le había apoyado en secreto con su alma fuerte y en sus horas insoportables había estado seguro de que, cuando acudiese a ella en busca de refugio, no diría ni una palabra, ni siquiera a él, comprendiendo su necesidad al máximo.

Ahora, sin embargo, aun sin formular pregunta alguna, sus ojos esperaban una respuesta, por así decir. Y era porque veía que por alguna razón desconocida un tupido velo se había corrido y había dejado al descubierto el pasado que él había decidido ocultar incluso para sí mismo más que para los demás, de alguna manera.

—Hablar es siempre lo más peligroso —dijo—. Solo el silencio acumulado de los años sepultará cosas que son insoportables. Es preciso acallar hasta el pensamiento. He vivido toda una vida desde que... —sus palabras empezaron a sucederse muy lentamente y, oyéndole la duquesa, tuvo la sensación de que estuviese abriendo una tumba y extrayendo de sus entrañas cosas enterradas hace mucho tiempo—, desde la noche en que me la encontré a solas en un bosque de los jardines del *Schloss* y... perdí el dominio de mí mismo, lo perdí totalmente.

Las manos marchitas de la duquesa se agarraron una a otra con fuerza, en un gesto que parecía una expresión de ferviente exclamación.

—Esa noche existió. Y yo era joven, joven, no era entonces un *vieillard* de hierro. [22] Cuando se es joven, las angustias que vive uno son el Diluvio que acaba por siempre jamás con el mundo. Me había hundido y me había levantado y durante meses pasé las horas a merced de una creciente tortura. Me había visto forzado a sujetarme a mí mismo con cinchas de hierro. Cuando me encontré, sin previo aviso, con ella frente a frente, sola en el silencio nocturno del bosque, las ataduras se rompieron. Se había atrevido a escapar sigilosamente en secreto para esconderse, a sí misma y a su desolado espanto, en el silencio y la oscuridad. Lo supe sin que me lo

dijese. Lo supe y en aquel entonces me llevaron los demonios. No era más que un niño. Me arrojé al suelo, bajando la cara, y lloré mientras me abrazaba a sus jóvenes pies.

Los dos se quedaron callados unos instantes antes de que él prosiguiese.

—Ella no tenía miedo —dijo, con un gesto que asomó a sus labios y que fue como una curiosa sonrisa de tierna compasión al recordar el episodio—. Después, cuando me levanté y temblando me puse a su lado, incluso me cogió de la mano. Una sola vez la besó humildemente como una niña pequeña, mientras le caían las lágrimas. Nunca hubo un ser tan inocentemente conmovedor. Daba gracias por recibir amor, del tipo que fuera, lo cual movía a compasión, y se le encogía el corazón de ver mi sufrimiento.

Guardó silencio de nuevo y bajó la vista a la alfombra, pensativo. Entonces levantó la cara y la miró directamente.

—No necesito explicarle. Usted lo sabrá. Tenía veinticinco años. Tenía el corazón desbocado, la sangre me bombeaba con fuerza por las venas. Hasta el último átomo de generosa, natural hombría de mi ser estaba loco de ira ante el daño animal perpetrado contra un ser tan delicado. Y ella...

—Era una joven novicia recién salida de un convento y profundamente piadosa —agregó la duquesa en voz baja.

—Usted lo entiende —replicó él—. Se arrodilló y rezó tanto por su alma como por la mía. Dio gracias a Dios por lo amable que había sido yo y por perdonarla y marcharme, y por solo recordarla en mis oraciones. Estaba convencida de que era posible. No lo era, pero besé el jaretón de su vestido blanco y la dejé allí, sola, una santa niña en su santuario de espesura. Eso iba pensando, como en un delirio, mientras me alejaba dando tumbos. La noche siguiente fue la noche en que oí sus gritos. Y entonces murió.

La duquesa sabía qué otra cosa había muerto: la gran aventura de juventud y la alegría de vivir que había en él, el espíritu brillante que había sido el joven y cuya eliminación total lo había dejado como ella lo había visto a su regreso a Londres aquellos días que ahora parecían un recuerdo de una vida pasada, de un mundo que también había pasado. Se había presentado ante ella un día, al caer la tarde, y ella por un momento había tenido miedo de mirarle, conmocionada hasta lo más profundo de su ser por la sensación de tener delante un cuerpo que había roto el vínculo que lo unía con la vida y había recorrido la tierra, las calles bulliciosas, los espacios corrientes en los que la gente se reunía, como algo muerto. Incluso cuando se movía, miraba con ojos muertos. Y habían pasado los años y pese a que habían sido amigos él nunca había hablado hasta entonces.

—Algo así ha de quedar sepultado en una tumba tapada con una losa pesada y sellada. Estoy rompiendo el sello de una sepultura —dijo. Entonces, después de un silencio, añadió—: Por supuesto, tengo una razón. —Ella inclinó la cabeza porque lo sabía—. Hay algo que deseo que comprenda. No todas las mujeres serían capaces de

hacerlo.

—Lo comprenderé.

—Porque sé que lo comprenderá, no es necesario que entre en detalles concretos. No le parecerá que lo que digo es algo fuera de lo normal.

Había habido muchas pausas a lo largo de su relato. Una o dos veces se había detenido en mitad de una frase como para calmar su respiración o para tomar distancia de un pasado que de pronto se había convertido en un presente demasiado tortuoso para afrontarlo con firmeza moderna. Nuevamente cogió aire de este modo, por así decir.

—Los años pasan, la agonía de ser joven pasa. Lentamente se va uno convirtiendo en otro hombre —continuó—. Soy otro hombre. No se me podría definir como una criatura sentimental. He cultivado intereses, muchos. Pero la tumba sellada sigue bajo mis pies. No permitirse reconocer su existencia conscientemente es asunto de uno mismo. Pero... a veces al diablo del azar le da por hacer sus trucos. Y conmigo ha jugado a algo así.

Miró las dos fotografías que también la duquesa estaba contemplando con gravedad. El que cogió fue el retrato de Pluma y lo miró con una extraña mirada inquisitiva.

—Cuando la vi —dijo—, sonriéndome con gesto exquisito al pie de un árbol verde en un jardín soleado... la tumba se abrió y me vi en el filo, con veinticinco años otra vez.

—No puede de ningún modo expresarlo con palabras —dijo la duquesa—. No es necesario. Lo sé. —Y es que él en ese momento se había quedado casi totalmente pálido. Incluso para ella, que tan bien lo conocía, fue algo singular ver que dejaba el retrato rápidamente encima de la mesa y se llevaba el pañuelo a la frente.

Comprendió que se disponía a contarle la razón por la cual había arrancado el sello de la tumba. Se sentó delante de la mesa y empezó a hablar. No empleó muchas frases pero, al dejar claras sus razones, además le dejó claro a ella una serie de hechos que la mayoría de la gente habría tomado irónicamente por fabulaciones. Pero por la cabeza de la duquesa no cruzó ni una sombra de duda, porque en su larga vida siempre había conservado un profundo interés por las múltiples variaciones del ser humano. Estaba extraordinariamente interesada cuando él terminó de contar la historia de Robin.

—No sé exactamente por qué «me importa», utilizando las palabras que dijo su madre —explicó Coombe—, pero resulta que estoy decidido a interponerme entre esa niña y lo que de otro modo sería inevitable. No es que guarde el menor parecido con... con nadie... que pudiese despertar mis recuerdos. No es eso. Ella y su madre son seres totalmente diferentes. Y su rechazo hacia mí es cosa imposible de vencer. Está convencida de que soy el peor de los hombres. Cuando entré en la habitación en la que la había encerrado la mujer, creyó que estaba allí como uno de los deplorables clientes de ese ser. Entenderá usted que mi posición es difícil a la hora de explicársela

a una chiquilla, y a la mayoría de las personas adultas, a decir verdad. Ese empeño suyo irracional e infantil de querer ganarse el sustento por sí misma se deriva de que aborrece hallarse en la situación de tener que aceptar mi ayuda. La entiendo perfectamente.

—Mademoiselle Valle es una mujer inteligente —dijo la duquesa como reflexionando sobre el asunto—. Mándemela y hablaremos. Entonces podrá traerme a la niña.

XXVI



De este modo, unos días después la duquesa vio a solas a mademoiselle Valle, una mañana, y habló con ella larga y discretamente. Se entendieron a la perfección. Antes de que la entrevista tocase a su fin, la duquesa sentía ya un profundo interés por la aventura en la que estaba a punto de embarcarse.

—Cuanto antes se encuentre en un ambiente nuevo, mejor —fue una de las cosas que había dicho la francesa—. La perspectiva de un arreglo tan perfecto y tan seguro me llena de hondísima gratitud. Tengo que regresar sin falta a casa de mis padres, en Bélgica. Son viejos y de salud delicada y me necesitan mucho. Llevo meses triste y angustiada porque tenía la sensación de que sería una barrabasada abandonar a esta pobre niña. He estado dividida en dos. Ahora puedo irme tranquila, gracias a Dios misericordioso.

—Tráigamela mañana si es posible —dijo la duquesa cuando se despidieron—. Preveo que quizá tenga que salvar algún escollo, por ser vieja amiga de lord Coombe, pero espero poder superarlo.

—Es una chiquilla... Es una absoluta preciosidad... Tiene un almita apasionada de la que ella misma nada sabe. —Mademoiselle Valle dijo esto con tono reflexivo y angustiado a la vez—. He sentido miedo. Si fuese su madre... —Sus ojos buscaron los de la señora mayor.

—Pero es que no tiene madre —respondió la duquesa. Su mirada, por su parte, era seria. Algo sabía de niñas, de seres jóvenes, de la precipitación y el tumulto de la vida joven que tenían dentro y de la válvula de escape que requería. Una niñita que era una preciosidad y que tenía un alma apasionada no era moco de pavo para una duquesa anciana y reumática, pero—: Tráigamela —dijo.

Así pues, llevaron a Robin a la gran mansión del primer período victoriano de una plaza que había adquirido con retraso su aire señorial. Y la idea principal que le rondaba era que, si bien los buenos modales exigían que dadas las circunstancias acudiese a ver a la duquesa viuda de Darte y esta la viese a ella, si descubría que era como lord Coombe, no sería capaz de soportar la perspectiva de un futuro a su servicio por muy deseable que este servicio pudiese parecer de puertas afuera. Esta cualidad de deseable se la había dejado clara mademoiselle Valle. Sería la acompañante de un personaje de gran y maduro encanto y elegancia que deseaba no una simple compañía sino algo más, entre otras cosas el afecto y la inteligencia despierta de un ser alegre en la flor de la juventud. Haría para su patrona las cosas que podría hacer una pariente joven. Dispondría de sus propias dependencias y de libertad de tiempo y de movimientos, lo que —mademoiselle Valle estaba segura, por su dilatada experiencia— no era lo que acostumbraba establecerse para las damas de

compañía a sueldo. Pero ella de sueldos no sabía nada y una conversación preliminar con Coombe la había advertido de no permitirse la menor sospecha de que aquel «ganarse el sustento» se hubiese visto mejorado demasiado ostensiblemente.

—La suya es una vida fuera de lo común. Ella misma es una persona fuera de lo común, porque es una persona sumamente digna y bella. Casi podría decirse que ocupará el lugar de una joven dama de honor —fue la explicación que con tanta elegancia formuló mademoiselle.

Cuando, después de que las hiciesen pasar al salón en que la duquesa aguardaba en su hermoso y apacible rincón al lado de la chimenea, Robin avanzó hacia el sillón de respaldo alto, la anciana señora fue consciente principalmente de los ojos que parecían todo iris brillante. Había en ellos un atractivo y un temor fuera de lo normal. Eran tan negros sus dos pares de curvas pestañas que parecían los ojos enormes como los de una criatura de corta edad.

—Mademoiselle Valle me ha hablado de su deseo de aceptar un puesto de dama de compañía —dijo la duquesa una vez que hubieron tomado asiento.

—Es mi gran deseo —respondió Robin— mantenerme por mis propios medios y mademoiselle piensa que podría ocupar el puesto si no se me considerase demasiado joven.

—No es demasiado joven... para mí. Quiero a alguien joven con quien entablar amistad. ¿Soy yo demasiado vieja para usted? —Su sonrisa había sido célebre cincuenta años antes y no había cambiado. Las sonrisas no cambian. No se parecía a lord Coombe ni por lo más remoto. No era de este mundo, pensó Robin.

—Si puedo desempeñar lo suficientemente bien las tareas que precisa usted —respondió la muchacha ruborizándose con ese tono rojo intenso de las rosas Jacqueminot—, le estaría agradecida si me permitiese intentarlo. Mademoiselle le explicará que carezco de experiencia, pero que me esfuerzo cuando intento algo.

—Mademoiselle ha contestado a todas mis preguntas sobre sus cualificaciones de un modo tan convincente que solo tengo que formularle muy pocas más.

Las cuestiones que le planteó no eran del orden que se había esperado Robin. Llevada por ella, entablaron una conversación en la que también animó a participar a mademoiselle Valle. Fue una conversación sobre opiniones personales acerca de obras literarias, viejos jardines y casas antiguas, personas, cuadros, e incluso política, más de pasada.

Casi por casualidad, como quien dice, Robin acabó leyendo para ella en voz alta un poema italiano. Dejó de sentir temor y se tranquilizó. Se olvidó de lord Coombe. La duquesa, escuchándola y observándola, empezó a ver que su delicada investigación le resultaba agradable y tuvo motivos para prever cosas gratamente estimulantes. No se estaba haciendo cargo de una obligación por pura benevolencia que pudiese acabar siendo pesada y engorrosa. De hecho, en ese sentido bien podía fiarse de lord Coombe. No en vano había sido él quien prácticamente había educado a la niña, por muy poco consciente que ella fuese de tan singular hecho. Fue él quien

había tirado de ella para sacarla de esa suerte de perrera en que se había convertido su dormitorio en el último piso de la casa y quien, por muy chocante que pudiera parecer, le había buscado a una respetable mujer para cuidarla y a una persona inteligente para ser su institutriz y acompañante como si fuera un hogareño viudo de clase media con una hijita para la que tuviese que hacer de madre. Ella en todo esto había querido ver más que lo que habían visto otras personas, pero también captaba la ironía del asunto. ¡Coombe!, con el renombrado corte de su capote, con su porte perfecto y sus tonalidades sutilísimas apenas adivinadas... ¡Coombe!

No evitó nombrarlo durante la entrevista, pero se refirió a él solo de forma casual. Y, aunque el salario que le ofrecía era excelente, tampoco era desorbitado. Robin no tuvo la sensación de dejar de pertenecer, al ser aceptada, al tipo de joven que se gana el sustento dignamente, pese a que, en su ignorancia, hasta los ingresos más modestos representaban una fortuna.

Antes de despedirse había obtenido el puesto tan agradablemente definido por mademoiselle Valle como semejante al de una joven dama de honor. «Pero en realidad soy una acompañante y haré todo, absolutamente todo lo que esté en mi mano para que quiera, mercedamente, tenerme mucho tiempo a su servicio», pensó con seriedad. Sentía que tenía que desear que no quisieran despedirla. Si lord Coombe era amigo de su patrona era porque esta no sabía lo que sabían otras personas. Y su casa no era la casa de él... y se terminaría esa cosa horrenda que ella había aborrecido íntimamente. Ella se mantendría sola de una manera tan decente y honrada como mademoiselle y Dowie se habían mantenido toda la vida.

Como quien recuerda algo por casualidad, la duquesa dijo después de que se levantaran para despedirse:

—Me dice mademoiselle Valle que tiene usted una niñera de edad avanzada a la que aprecia mucho. Al parecer, pertenece a una clase de sirvientas casi extinguida.

—La quiero mucho —respondió Robin, con voz entrecortada, ya que ese recordatorio inesperado volvió a infligirle una punzada de dolor. La expresión de su mirada titubeó también—. Ella me quiere a mí. No sé cómo... —pero ahí se interrumpió.

—Las mujeres así son muy valiosas para quienes entienden lo que significan. Yo personalmente estoy siempre buscando personas así. Mi querida señorita Brent lo era, solo que de otro tipo.

—Pero la mayoría de la gente no lo sabe —dijo Robin—. Les parece algo pasado de moda... y ¡es tan hermoso! Dowie es un ángel.

—Quisiera tener a su Dowie como asistente mía y de mi ama de llaves. —Uno de los mayores poderes de su célebre sonrisa era su poder de convicción—. Necesito alguien competente que se ocupe de la ropa blanca y las mantelerías. Si podemos tener a un ángel seríamos afortunadas.

Uno o dos días después le dijo a Coombe mientras le contaba cómo había transcurrido la visita:

—La cara de esa criatura es un primor. Si hubiese podido ver sus ojos cuando se lo dije... No es solo la belleza de tamaño, forma y color lo que llama la atención. Es algo más. Esa joven es una llamita de sentimientos.

Ese «algo más» residía en el tono de su voz cuando contestaba.

—¡Dowie estará bajo el mismo techo que yo! ¡A veces hasta puede que la vea y hable con ella! ¡Oh, cuán agradecida me siento! —Incluso podría verla y hablar con ella siempre que lo deseara, comprendió claramente, y cuando se subió al coche de caballos para marcharse, cogió la mano de mademoiselle y se aferró a ella, con las pestañas húmedas—: Es como si la Bondad estuviese velando por mí —dijo—. Antes yo creía tanto en eso... hasta que me entró miedo de todo el mundo. Y lo de Dowie es el colmo. No sabía cómo iba a poder soportar estar sin ella. Y, desde que murieron su marido y su hija, no tiene a nadie más que a mí. Yo no habría tenido a nadie más que a ella si usted hubiese regresado a Bélgica, mademoiselle. Y ahora estará a salvo en la misma casa que yo. A lo mejor la duquesa se queda con ella hasta que se muera. Yo espero que se quede conmigo hasta que me muera yo. Seré tan buena y leal como Dowie y a lo mejor la duquesa vive hasta que yo sea muy viejecita... y haya dejado de ser bonita. Y haré economías como usted ha hecho, mademoiselle, y ahorraré todo mi salario... y tal vez pueda acabar mis días en una casita en el campo.

Mademoiselle era consciente de que todo aquello tocaba su fibra sensible. El brillo palpitante de su joven belleza no había sido nunca tan conmovedor como entonces y, ¡ay, la certeza sublime de su ingenua idea de que la Vida era lo que quedaba entre ese instante y el día en que fuese «muy viejecita y haya dejado de ser bonita» y, habiendo hecho economías, pudiese morir en una casita en el campo! Creía en lo que imaginaba igual que había creído que volvería a ver a Donal en el parque.

En Pluma la revelación de que su hija había elegido alistarse en las filas de las jovencitas misteriosamente determinadas a responsabilizarse de sí mismas produjo una curiosa combinación de efectos. Lord Coombe le dio la noticia con una simple afirmación impersonal que parecía no requerir explicaciones. Mientras la oía los ojos de Pluma se abrieron un poquito más y se le dibujó lentamente una sonrisa. Después, prorrumpió en una risa, una risa bastante aguda de soprano.

—¿En serio? —repuso—. ¿De verdad va a hacer eso? ¡Aceptar un puesto! ¡Quiere ser independiente y «vivir su vida»! Menudo chiste... ¡siendo hija mía, nada menos! —O de verdad le hacía gracia o eso pretendía dar a entender—. Y ¿qué opina usted? —preguntó cuando dejó de reírse. En sus ojos había curiosidad.

—A mí me gusta —respondió él.

—Por supuesto. Tendría que haberme acordado de que usted la puso en contacto con cierta duquesa victoriana de las de antes. Una dama sin tacha, la duquesa viuda de Darte. Ni la madre más concienzudamente prudente pondría pegas. Es casi como entrar en el reino de los cielos... en un sentido aburrido. —De nuevo se echó a reír como si de repente se le representaran escenas graciosas—. Y ¿qué opina la duquesa? —dijo una vez que nuevamente dejó de reír—. ¿Cómo se resigna ella a la idea de una

acompañante a cuya madre no abriría las puertas de su casa?

—No es necesario que entremos en ese aspecto de la cuestión. Hace unos años decidió que no le importaba nada que las duquesas de las de antes la incluyeran o no en sus listas de visitas. Las de ahora tengo entendido que sí la incluyen... Unas bastante guapas y divertidas.

—Pero por esa misma razón me interesa esa y las que son como ella. Puede que me aburran, pero me interesan. Quiero que vengan a mi casa y sean corteses conmigo con su estilo pomposo. Quiero que me inviten a sus horribles cenas y quiero verlas en la mesa con sus horrendas joyas de familia «hablando de la triste desaparición de los reyes». Es una cita de Shakespeare, ¿sabe? La oí anoche en el teatro.

—¿Por qué querría hacer eso? —preguntó Coombe.

—Cuando le pregunto por qué da muestras de interés morboso por Robin, usted me dice que no lo sabe. Yo no lo sé... pero quiero hacer eso.

Se ruborizó de pronto, incluso dejó que asomaran sus pequeños dientes. Durante un instante extraordinario, pareció una gatita.

—Robin lo aborrecerá —exclamó, retorciendo su puño delicado en la palma de su otra mano—. No tiene ni dieciocho años, es una belleza y la ha contratado una vieja duquesa perfectamente decente. ¡No le faltará de nada! La viuda la casará con alguien importante. Usted colaborará —se volvió hacia él en un arrebato—. ¡Es capaz de casarse usted mismo con ella! —Siguió un silencio, breve pero sepulcral. Que se rompió cuando él dijo:

—Ella no puede casarse conmigo.

Siguió otro silencio breve pero profundo, y fue él de nuevo quien lo rompió, súbitamente frío y razonable en su forma de hablar y sus gestos.

—Es mejor no manifestar sentimientos de esta índole. Seamos sinceros. Pocas cosas desea con mayor fuerza que no tener a su hija en esta casa. Cuando era una niña me contó que detestaba la perspectiva de ocuparse de ella. Ahora se la está quitando de encima de un modo más fácil de explicar y más envidiable.

—Es cierto... Es cierto —musitó Pluma. Empezó a ver ventajas y su cara de gatita se desvaneció, o al menos se transformó en la de una gatita que va acariciando la perspectiva de un cuenco de nata. Pero ningún estado de ánimo le duraba mucho—. Aquí no volverá para quedarse —dijo—. La duquesa no la dejará. Yo puedo aprovechar sus habitaciones y muy contenta que estaré de tenerlas a mi disposición. Al menos, alguna ventaja tiene el figurar como una suerte de dama de las camelias.

XXVII



La noche anterior a su partida, mientras Robin reflexionaba a la tenue luz de una lámpara como reflexionan casi siempre las jovencitas la víspera de un cambio, porque para la juventud cualquier cambio parece representar un final de etapa y a la vez una apertura de otros caminos, se abrió la puerta de su habitación y una silueta de ninfa con un vestido verde claro apareció justamente en el lugar en que la luz de la lámpara de lectura parecía condensar su haz en un esfuerzo por revelar de la manera más pura su efecto delicadamente sorprendente. Era su madre, con un vestido cuya tonalidad primaveral la convertía en una suerte de esbelta dríade. Estaba tan guapa y se la veía tan juvenil que Robin se levantó y se acercó a ella conteniendo la respiración.

—Es tu vieja madre, que viene a darte su bendición —dijo Pluma.

—No sabía si asomarme a tu alcoba mañana por la mañana —respondió Robin.

Pluma tomó asiento alegremente. No era lo bastante inteligente para comprender realmente el estado de ánimo que la había impelido a subir a ver a su hija. Tan solo había cedido a una secreta sensación de resentimiento contra algo que la molestaba. No obstante, sabía por qué se había puesto el vestido de color verde hoja de primavera que la hacía parecer una niña. No iba a dejar que Robin tuviese la sensación de que la visitaba su abuela. Hasta ahí había llegado.

—Nosotras dos no nos conocemos mucho, ¿no crees? —dijo.

—Sí —respondió Robin. Era incapaz de apartar la vista de su hermosura. Su madre le evocaba recuerdos de la «señora del piso de abajo» y de la pequeña desconsolada que habitaba en el penoso cuarto de los niños.

—Las madres de hoy no intiman con sus hijas como en los tiempos en que era una especie de moda virtuosa vigilar la cantidad de arroz con leche que tomaban o sermonearlas para que estudiaran. Tú y yo no nos hemos visto mucho.

—No —dijo Robin.

La risa de Pluma sonó otra vez con esa nota más bien aguda que Coombe había percibido.

—¿No tienes mucho que decir, verdad? —comentó—. Y me miras como si estuvieras intentando explicarme. Diría que sabes que tienes unos ojos enormes y que son de un color bonito, pero igualmente puedo sugerirte que a los hombres no les agrada que los miren fijamente como si estuviesen sondeando sus profundidades. Baja los párpados.

Los párpados de Robin bajaron a su pesar porque lo que acababa de oír la sobresaltó, pero de inmediato volvió a sobresaltarse por un matiz que detectó en la voz de su madre, un matiz de irritación añadida.

—No adoptes la costumbre de bajarlos con demasiada frecuencia —le dijo—, o

parecerá que lo haces para lucir las pestañas. La gente se ríe siempre de las jovencitas que recurren a esa clase de trucos. Alison Carr vive de lado solo porque tiene un perfil bonito.

Coombe habría reconocido la cara de gatita si hubiese estado observándola cuando se reclinó en la silla y miró a su hija con ojos escrutadores. El hecho es que la miró de hito en hito, pues era una astuta censora de los encantos de otras mujeres.

—Ponte de pie —dijo.

Robin se levantó porque no era del todo capaz de negarse, pero se ruborizó porque de pronto se sintió avergonzada.

—No eres bajita pero tampoco eres alta —sentenció su madre—. Eso juega en tu contra. Hoy la moda es que las mujeres sean inmensamente altas. Culpa de las ilustraciones de Du Maurier para *Punch* y de la mema de su Trilby.^[23] La ropa la hacen para mujeres gigantes. A mí me trae al paio, pero una jovencita es invisible para el mundo si mide mucho menos de un metro ochenta. Puedes sentarte.

Sin duda, rara vez se había visto conversación más singular entre una madre y una hija. Mientras contemplaba a la muchacha, el resentimiento de Pluma iba en aumento a cada segundo que pasaba. De hecho notó que empezaban a crispársele los nervios.

—Como dice la gente piadosa, estás a punto de «salir al mundo» —prosiguió—. En los libros morales las madres siempre dan consejos y advertencias a sus hijas cuando estas las dejan. Puedo hacerte algunas advertencias. Crees que porque te ha empleado una duquesa viuda todo será coser y cantar. Pues estás equivocada. Piensas que porque tienes dieciocho años y eres guapa, los hombres caerán rendidos a tus pies.

—Preferiría mil veces ser un adefesio —exclamó de pronto Robin, encolerizada—. ¡Odio a los hombres!

La guapa tonta que era la responsable de su existencia se volvió más tonta a medida que su irritación aumentaba.

—Eso es lo que fingen siempre las jovencitas, pero hasta la tontita de más corta edad sabe que no es cierto. Quienes cuentan son los hombres. A mí me hace reír cuando pienso en ellos... y en ti. No sabes nada de ellos y ellos lo saben todo de ti. Un hombre listo puede hacer lo que le venga en gana con una niña tonta.

—¿Es que todos son malos? —exclamó furiosa Robin.

—Ninguno de ellos es malo. Solo son hombres. Y esta es mi advertencia. No imagines que cuando te cortejen lo estén haciendo como si fueses la nieta de la vieja duquesa. No serás más que su acompañante a sueldo y eso es otro cantar.

—No pienso hablar con ninguno... —empezó a decir Robin.

—Estarás obligada a hacer lo que la duquesa te diga —se rio Pluma, mientras se daba cuenta del evidente poder que tenía para apagar el brillo de las cosas por las que había intuido que su hija estaría indebidamente deslumbrada y entusiasmada. Era, más bien, como una colegiala malévola que se divierte estropeándole a una compañera sus envidiadas vacaciones—. Te perseguirán hombres viejos y tú tendrás

que ser amable con ellos, te guste o no. —Una extraña luz iluminó sus ojos—. A lord Coombe le gustan las niñas recién salidas del aula. Pero, si empieza a hacerte la corte, no te permitas sentirte demasiado halagada.

Robin saltó.

—¡Crees que no aborrezco a lord Coombe! —gritó, dejándose llevar por la desesperante crueldad de la escena—. ¿No tengo acaso motivos...? —Pero ahí recordó y se interrumpió.

Pluma no se horrorizó ni se alarmó, sin embargo. Tantos años afrontando la vida sin tapujos le habían dado una superficie en la que todo rebotaba. En general hasta le hacía gracia y le convenía que Robin adoptase ese tono.

—¡Oh! Supongo que quieres decir que me admira y que me paga las facturas. ¿Dónde estarías tú si no lo hubiese hecho? Ha sido una especie de benefactor.

—¡Yo no sé nada, solo que incluso de niña no podía soportar el contacto de su mano! —exclamó Robin. Pluma recordó entonces varias cosas que casi había olvidado y le hizo todavía más gracia.

—Estoy segura de que en todos estos años no has olvidado que el muchachito del que tan indecentemente te enamoraste se lo llevó su madre porque lord Coombe era admirador de esa señora y porque era un pecador de tal categoría que incluso una criatura en mantillas quedaba contaminada por él. Donal Muir es un hombre joven hoy en día. Me gustaría saber qué haría su madre ahora si él se presentase en casa de tu patrona, porque eso es lo que es, tu patrona, y empezase a cortejarte. —Soltó una carcajada—. ¡Te meterás en toda suerte de líos, pero este sería el mejor de todos!

Robin no pudo hacer otra cosa que mirarla en silencio. El fuego de su arrebato se había apagado. Sin previo aviso, una ola se levantó desde su pasado y la arrolló allí y en ese instante. Venía con la congoja irrefrenable de aquella mañana en que una niña había esperado bajo un sol de primavera y su mundo se había venido abajo sin que quedara nada más de él. Volvieron la angustia, la sensación de tener el corazón destrozado, la desolación y la impotencia más absolutas, como si otra vez estuviese en medio de todo eso, como si nunca hubiese quedado atrás. Volvía a suceder. No podía soportarlo.

—¿Tú me odias... como odio yo a lord Coombe? —gritó—. ¿Deseas que me pasen desgracias? ¡Oh, madre, por qué! —Nunca había dicho la palabra «madre». En este momento la naturaleza la dijo por ella. El lastimero encanto de su juventud y el torrente de lágrimas de aquel joven ser fueron de una dulzura casi insoportable. Por alguna sutil razón, eso contribuyó a aumentar lo que tanto molestaba a Pluma de ella y que tanto ansiaba atormentar y zaherir.

—¡Eres una gatita retorcida! —exclamó poniéndose de pie de un brinco, y arrió su cara a la de ella—. ¡Crees que soy un vejestorio y que estoy celosa de ti! Como eres bonita y eres una cría, piensas que las mujeres mayores de treinta años ya no cuentan. Pues ya lo averiguarás. La señora Muir sí contará, y tiene cuarenta años si no tiene ninguno. Su hijo es tan guapo que la gente pierde el sentido. Y él a ella la

adora, y ella es su esclava. ¡Ojalá te metieras en algún lío del que no puedas salir! Si es así, no acudas a mí.

La gran belleza de la mirada de Robin y su rubor empapado por las lágrimas eran demasiado. Pluma estaba casi pegada a ella. Y el arrebató de colegiala malvada pudo con ella.

—No me pongas ojitos —chilló, y de hecho propinó a la sonrosada mejilla que más cerca tenía un sonoro cachete—. ¡Toma! —exclamó como histérica, y dio media vuelta y salió corriendo del cuarto, llorando también.

Robin se había despedido esa misma tarde de mademoiselle Valle en la estación de Charing Cross, pero la noche anterior habían hablado hasta altas horas. Es cierto que mademoiselle también le había dicho eso de «estás a punto de salir al mundo», pero no con el estado de ánimo de la señora Gareth-Lawless. Puede que una se haya hecho cargo de una jovencita y que durante años haya sido su compañera día tras día, pero los mismos años transcurridos a su lado hacen que resulte cada vez más difícil decirle ciertas cosas. Y, a fin de cuentas, por qué tiene una que decir cosas difíciles con frases precisas, a no ser que no tenga la menor educación y sienta curiosidad. Es cierto que a veces había sentido angustia, pero no curiosidad. Por tanto, incluso en esa noche de su despedida no fue ella quien habló.

Al cabo de unos minutos en que ambas se habían quedado contemplando el fuego en silencio, Robin rompió la quietud que parecía envolverlas a las dos.

—Tengo que aprender a recordar siempre que soy una especie de criada. Tengo que tener mucho cuidado. Para mí será más fácil que para otras chicas darme cuenta de que no estoy en mi propia casa. Hace un buen puñado de semanas que no dejo que Dowie me vista. He aprendido a hacerlo todo yo sola bastante bien.

—Pero Dowie estará con usted en la casa y la duquesa es muy buena.

—Cada noche he comenzado mis oraciones dando gracias a Dios por dejarme a Dowie —dijo la joven—. Las he comenzado y las he terminado con las mismas palabras. —Miró a su alrededor y dijo casi involuntariamente—: Me iré lejos de aquí. No me vestiré con nada que no me haya pagado yo misma ni comeré nada ni dormiré en ninguna cama que no me haya pagado yo misma.

—Estas habitaciones son muy bonitas. Hemos estado muy a gusto aquí —dijo mademoiselle. De pronto tuvo la sensación de que, si aguardaba unos instantes, tendría conocimiento certero de cosas que hasta entonces solo había supuesto—. ¿No le da ni siquiera un poquito de pena?

—No —respondió Robin—. No.

Se levantó y se quedó delante de la chimenea encendida, con las manos a la espalda. Mademoiselle tuvo la sensación de que entrelazaba los dedos, y se sintió especialmente conmovida al darse cuenta de que parecía una esbelta *jeune fille* recitando una lección. La lección empezó de esta guisa:

—No sé cuándo supe por primera vez que era diferente de los demás niños —dijo con voz dulce y cálida, si es que la voz puede expresar calor—. Quizá un niño que no

tiene nada, nada, se ve obligado a empezar a pensar antes de saber lo que son los pensamientos. Si los niños juegan y reciben amor y se divierten, no tienen tiempo para nada más que para crecer y ser felices. Usted no llegó a ver los cuartitos horribles del piso de arriba...

—Dowie me habló de ellos —respondió mademoiselle.

—Otro niño a lo mejor se habría olvidado de ellos. Yo nunca me olvidaré. Yo... era tan pequeña, y los cuartos estaban llenos de algo horrible. Soledad. La primera vez que Andrews me pellizcó me asusté y de repente empecé a llorar con fuerza. Solía quedarme mirando por la ventana y, no sé cuándo me di cuenta por primera vez, pero podía ver a los niños que salían con sus niñeras. Y siempre iban dos o tres juntos y se reían y hablaban y daban saltitos. También las niñeras se reían y hablaban. Andrews nunca. Cuando me llevaba al parque las otras niñeras se sentaban juntas a charlar y sus niños jugaban con otros niños. Un día una niña empezó a hablar conmigo y su niñera le dijo que se alejara. Andrews se enfadó mucho y me dio un tirón del brazo y me dijo que si alguna vez volvía a dirigirle la palabra a otro niño, me pellizcaría.

—¡Menudo demonio! —exclamó mademoiselle.

—Yo pensaba y pensaba, pero nunca lograba entender. ¿Cómo iba a poder?

—¡Una criaturita! —exclamó mademoiselle Valle, y se levantó para abrazarla y besarla—. *Chère petite ange!*^[24] —murmuró. Cuando volvió a sentarse tenía las mejillas húmedas. Las de Robin lo estaban también, pero rápidamente se tocó con el pañuelo para secarlas. Fue como si solo hubiese titubeado unos segundos en el recitado de la lección.

—¿Dowie alguna vez le habló de Donal? —preguntó, dubitativa.

—Algo. ¿Era el pequeño con el que jugaba?

—Sí. Fue el primer ser humano —dijo muy despacio como si tratara de dar con las palabras precisas para expresar lo que quería decir—, el primer ser humano que conocí en mi vida. ¿Ve, mademoiselle? Él... él lo sabía todo. Siempre había sido feliz y pertenecía a personas y cosas. Yo nunca pertencí a nada ni a nadie. Si hubiese sido como él, nunca me habría parecido tan maravilloso. Caí presa de una especie de delirio de alegría. Si un ser que ha sido sordomudo y ciego hubiese despertado de pronto, al ver un día de verano en un mundo lleno de flores y sol... le habrían parecido lo que él me pareció a mí.

—¿Lo ha recordado a lo largo de todos estos años así? —dijo mademoiselle.

—Era la primera vez que me sentía viva. Imposible olvidarlo. Solo jugamos como juegan los niños pero... era un verdadero delirio de alegría. No podía soportar irme a dormir por las noches y olvidarlo ni por un instante. Sí, lo recuerdo así. Hay un sueño que tengo de vez en cuando y es más real que... más real que esto —con un gesto amplio indicó todo lo que tenía a su alrededor—. Estoy siempre en un jardín de verdad jugando con un Donal de verdad. Y sus ojos... sus ojos... —Se detuvo para pensar—. Tienen una mirada que es como... es exactamente como aquella primera

mañana.

El cambio que transformó su semblante un momento después podría decirse que borró por completo todo rastro de aquel recuerdo de infancia.

—Su madre se lo llevó. Así fue como empecé a darme cuenta —explicó—. Oí a Andrews hablando con su hermana y, con mis ojos de niña pequeña, supuse que lord Coombe lo había hecho partir. Odié a lord Coombe durante años hasta que descubrí que no había sido él y que había otra razón. Después, me llevó tiempo armar las piezas del rompecabezas. Pero finalmente averigüé cuál había sido la razón. Entonces empecé a trazar planes. Estas no son mis habitaciones —dijo mirando a su alrededor otra vez—, esta no es mi ropa —y tiró un poco de su vestido—. Mademoiselle, yo no soy un «carácter fuerte», como quería ser, pero no me da ninguna pena, ninguna. — Se arrodilló y rodeó con sus brazos la cintura de su vieja amiga, al tiempo que levantaba la cara—. Soy como una hoja soplada por el viento. No sé qué hará de mí. ¿Adónde van las hojas? Nadie lo sabe en realidad.

Apoyó entonces la cara en la rodilla de mademoiselle y lloró con suave amargura.

Cuando le dijo adiós en la estación de Charing Cross y se quedó mirando el tren hasta prácticamente perderlo de vista, regresó a esas habitaciones por las que no sentía pena alguna. Y, antes de irse a dormir esa noche, fue Pluma a darle sus maternales consejos y advertencias de despedida.

XXVIII



Que una anteriormente apenas imaginada hija de la señora Gareth-Lawless entrara a formar parte del servicio doméstico de la duquesa viuda de Darte suscitó tan solo una pasajera oleada de interés en un círculo que no era el de la señora Gareth-Lawless y que, en general pero casualmente, reconocía su curiosa existencia como una moderna anomalía. Además, la actitud de la propia duquesa estuvo serenamente libre de la necesidad de comentar el hecho.

—No tengo ninguna sobrina o nieta bonita y joven cuya familia pueda prestármela para que venga a vivir conmigo. Aprecio mucho a los seres bonitos y jóvenes y me siento profundamente feliz por la hermosa oportunidad que se ha cruzado en mi camino —dijo. Durante su conversación con Coombe sobre la situación, ella había analizado el asunto con su fina sagacidad habitual—. Hace cuarenta años esto no habría ocurrido. La chiquilla se habría sentido incómoda y se habría podido evitar que su traslado acarrease otros elementos externos. La piedad filial de la masa habría exigido tener en cuenta a la madre. Hoy se sabe que madres hay de muchos tipos, con lo que la señora Gareth-Lawless puede entretenerse con las de su especie, que deben de ser de lo más divertidas. En su día se habría responsabilizado de ella a la pobre Robin y a mí seguramente también. Mi postura habría parecido que ponía en cuestión graves asuntos morales. Pero hemos conseguido cultivar la sana costumbre de diferenciar a las personas de sus familiares. De no ser así, nos veríamos metidos en un buen embrollo.

—Por supuesto, sabrá usted que Henry falleció repentinamente de una especie de ataque, en Ostende. —Coombe lo dijo a modo de respuesta. Naturalmente, ella había tenido conocimiento del hecho al mismo tiempo que el resto del mundo, pero a él no lo había visto desde entonces.

—Nunca creí, por su constitución, que durara tanto —respondió—. Más fortuna tiene usted con su joven Donal Muir. ¿Los ha visto a él y a su madre?

—Hice un viaje especial a Braemarnie y tuve una curiosa entrevista con la señora Muir. Y cuando digo «curiosa» no pretendo dar a entender que no fuese de todo punto honesta. Fue curiosa porque me di cuenta de que ella, en su fuero interno, ve con horror y espanto que su hijo sea el futuro señor de la casa de Coombe. Es un tema con el que no se le ocurre bromear, como tuve yo la osadía de hacer. Es una defensa fácil esta de tomarme las cosas continuamente a broma, pero como defensa sirve y se ha hecho uno al hábito.

—Ella jamás ha bromeado, Helen Muir —dijo su amiga—. De hecho estoy segura de que ella misma a veces es consciente de que ha sido demasiado seria. Fue una bella criatura enamorada locamente de su marido. Cuando un marido así le es

arreatado a una mujer como ella y queda un hijo, a menudo sucede que el torrente de su amor se condensa en una sola corriente y eso casi resulta asfixiante. Tiene la suficiente cabeza para no haber mimado al chico y haberlo vuelto afeminado... Pero ¿qué ha hecho, en cambio?

—Él es un joven espléndido, todo un nativo de las Tierras Altas. Sería demasiado guapo si no fuese tan fuerte y activo como un joven venado. Lo único que ha hecho ella ha sido llenarlo hasta tal punto del poder y del sentido de su encanto personal como madre que el muchacho no ha visto suficiente mundo ni ha aprendido a interesarse por otra cosa. Para él ella es la única mujer sobre la faz de la tierra y vivir con ella en Braemarnie es lo único que le pide a la vida.

—Su dificultad será que ella no estará dispuesta a confiarle a su hijo para que lo instruya usted.

—No es tanta mi vanidad personal como tal vez aparente —respondió Coombe—. Cuando hablé con ella dejé modestamente a un lado todo egoísmo y traté de explicarle que me ocuparía de velar por que su hijo no sufriese daño en mi compañía. Mi posible heredero y yo debemos vernos de tanto en tanto y él ha de tener una comprensión profunda de lo que serán sus responsabilidades. Al siguiente marqués de Coombe se le va a exigir más de lo que se me ha exigido a mí. Y no es simplemente que vayan a esperar que lo haga o a contar con que lo vaya a hacer, es que se lo van a exigir. Y quienes se lo exigirán serán las aplastantes fuerzas del Destino, no meramente sus arrendatarios, o sus electores o la ciudadanía en general.

—¿Tiene alguna idea de qué es lo que se le exigirá? —preguntó ella con gran interés.

—Ninguna. Como tampoco la tiene nadie que comparta mi opinión. Nadie tendrá la menor idea hasta que llegue el reajuste. Pero, antes del reajuste, habrá derramamiento de sangre... la sangre de muchachos magníficos como Donal Muir, tal vez su propia sangre, ¡Dios mío!

—Y puede que no quede entonces ningún señor de la casa de Coombe —apuntó la duquesa.

—Muchas casas quedarán sin cabeza, casas grandes y pequeñas. Y hoy, si se previese de forma más generalizada el peligro que nos acecha, sería menos peligroso de lo que es.

—¡Muchachos como él! —exclamó la vieja duquesa con amargura—. Muchachos en la flor de la vida, de la fuerza y del gozo de vivir. Es espantoso.

—En el apogeo de su joven virilidad, promesa de una siguiente generación... ¡los fuertes padres jóvenes de millones de seres que ya no nacerán jamás! ¡Es abominable! Y así será no solo en Inglaterra, sino por todo el mundo encharcado de sangre.

De este modo conversaban sobre la negra tragedia para la que estaban convencidos de que se estaba ya preparando en secreto el escenario del mundo, y aunque aquí y allá había otros que sentían también que el telón iba a alzarse de un

modo tan funesto como inevitable, el resto del mundo asistía con despreocupada indiferencia a la relevancia de los ensayos públicos de sus actores e incluso a los sonoros martillazos de los carpinteros y tramoyistas. En estos días Coombe y la duquesa trataban el asunto con más frecuencia e incluso con el tono de voz de quienes aguardan la llegada de algo que se acerca cada día más.

Cada vez que el señor de la casa de Coombe hacía una de sus visitas de «fin de semana» a las zonas a la que un inglés solo puede llegar cruzando el canal, regresaba con nuevos datos sobre la dirección concreta en la que el viento viraba, haciendo volar esas briznas, que tanto tiempo llevaba observando con atento interés.

—Por encima del ruido habitual de la vida humana cotidiana, en esa tierra se oye el fragor de las armas y el interminable retumbar de los pasos de los soldados al marchar —dijo después de una de esas visitas—. Dos generaciones de hombres criados, nacidos y entrenados para vivir como partes de una inmensa máquina mortífera han dado como fruto una construcción monstruosa. Todos son parte de ella y la ambición mayor de cada una de las partes consiste en responder a la voz de mando, como responde una marioneta mecánica al toque de una cuerda. Para cada unidad de esos millones de unidades, el amor a su propio país solo significa odio a todos los demás y la idea de que a ningún otro debería permitírsele la existencia. Su sagrado credo es que la inmensidad de Alemania es tal que no puede haber sitio en la tierra para otra que no sea ella. La sangre y el hierro limpiarán el mundo de los pueblos inferiores. Para las masas esa es la voluntad de su Dios. Su Dios es un suplente de su káiser.

—¿No lo estará diciendo como muestra del recurso a tomarse las cosas a broma?

—Así lo quisiera Dios. Esa pobre cosa inhumana gigantesca que el káiser ha construido no sabe que de niño él no jugaba a guerras y batallas como hacen los demás niños, sino como una criatura obsesionada. A lo largo de toda su morbosa vida, ha jugado a los soldados con su pueblo como si fuesen su juguete... y mientras tanto ha acrecentado su sed y su hambre.

Encima de la mesa había una Biblia y la duquesa la cogió.

—Hay aquí un versículo... —dijo—. Lo encontraré. —Pasó las páginas y dio con él—. ¡Escuche! «Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que Yahvé es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro». Es un poder que no se circunscribe a Alemania ni a Inglaterra ni a Francia ni al mapa de Europa. Es la ley del Universo, y ni Guillermo II puede doblegarla a su todopoderosa voluntad. «No hay otro».

—«No hay otro» —repitió Coombe lentamente—. Si existiese un ser humano con poder para inculcar en su cerebro delirante ese mensaje como una verdad irrefutable, estoy seguro de que moriría loco de atar. Para él no hay Primera Causa que no esté «hecha en Alemania». Y es una de sus bazas teatrales más valiosas. Forma parte de su parafernalia, como el estrépito de su espada o el oropel de sus órdenes. La agita delante de su pueblo para atraer la atención de los simples y de los honrados, como

quien agita un sonajero delante de un niño. Algunos hay, no obstante, que no se sienten atraídos tan alegremente por consignas de sangre y hierro.

—Pero serán llamados a derramar sangre y a verter la suya propia. Habrá criaturas como Donal Muir, muchachos de mejillas sonrosadas y blancos cuerpos a los que romper en pedazos. —Se estremeció al decirlo—. ¡Tengo miedo! —exclamó—. ¡Tengo miedo!

—Y yo —replicó Coombe—. De lo que se nos avecina. Pero ¡qué tonto he sido!

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que otros hombres despierten y digan eso mismo?

—La estulticia de cada hombre es su propio baldón. —Se irguió, rígido, como haría un hombre ante un pelotón de fusilamiento—. Yo tenía una vida y podía vivirla o echarla a perder. Horriblemente herido desde mis comienzos, la eché a un lado como si se me hubiese terminado. Dije: «No hay ni Dios ni demonio, ni vicio ni virtud, ni amor ni odio. Haré y dejaré sin hacer lo que yo decida». Tenía poder, inteligencia y dinero. Un hombre que hubiera podido ver las cosas con claridad y tuviese conocimientos y cultura se habría aferrado firmemente al lugar en el que nació y habría hablado con una voz que habría podido ser escuchada. Habría luchado contra la estulticia, la ceguera y la lasitud. Personalmente, escogí adrede burlarme de la idea de levantar una mano para servir a cualquier otra cosa que no fuese el tonto sin corazón que era yo. La vida pasa en un abrir y cerrar de ojos. No vuelve. —Terminó con una risa corta y acre—. Esto es el Miedo —añadió—. El miedo limpia la cabeza de un hombre de basura y cosas superfluas. Y es porque siento miedo por lo que me acuso a mí mismo. Y no por mí ni por usted, sino por el mundo entero, que, antes de que llegue el final, parecerá descomponerse en pedazos.

—¿Ha visto señales aciagas últimamente? —preguntó la duquesa bajando la voz e inclinándose hacia delante.

—He hecho algunas visitas en mi querida Viena. Hay algo en el ambiente, en la arrogancia del porte de los hombres que hacen sonar los sables al andar por las calles con paso firme, amplio. Hay en sus ojos una ilusión exultante. Se dicen cosas que encierran bravuconas amenazas apenas disimuladas. Siempre han sido dados a ese tipo de cosas, pero ahora llaman la atención porque parecen desatadas, o apenas refrenadas. El ruido de fondo del fragor de las armas y del retumbar de los pasos marciales está presente de un modo más extenso e ilimitado. No puede uno sustraerse a él. Las grandes fábricas de munición funcionan día y noche. En las calles, en las casas particulares, en los comercios, se oyen y reconocen las señales. Hay señales que podrían no ser evidentes para quien no se haya dedicado años a observar con interés. Pero yo llevo observando demasiado tiempo para ver solo la superficie de las cosas. La nación está esperando algo... Esperando.

—Cuál será el pretexto, cuál... —caviló la duquesa.

—Servirá cualquiera... O ninguno. Solo que Alemania debe obtener lo que quiere y es lo bastante fuerte para tomarlo, después de cuarenta años construyendo su máquina.

—Y los demás no hemos construido ninguna. Casi nos merecemos lo que se nos viene encima. —El semblante de la anciana era de una seriedad sombría.

—En tres pueblos en los que coincide que soy el señor de la heredad, he organizado con mis propios medios la instrucción militar de los jóvenes. En principio es una forma de diversión y un capricho excéntrico por mi parte, y un cambio respecto al sempiterno críquet. He otorgado medallas y he dado algún que otro discurso en torno a la idea de que el arrojo inglés es una posesión tan envidiable que debiera desarrollarse hasta su máxima expresión. El día que osé añadir que todo varón inglés debía tener a punto sus músculos y estar preparado por si acaso Inglaterra los necesitase de repente, vi que los muchachos sonreían alegremente ante la idea de una Inglaterra metida en una situación tan grave y antiinglesa. Su convicción inocente y vana de que el país está siempre listo para cualquier contingencia conmovió mi corazón de piedra. Y a quienes hay que echar la culpa de esto es a hombres como yo, no digo solo hombres de mi clase sino de mi especie. Los que han optado por alejarse de todo lo que no sea vivir la vida como mejor plazca a sus gustos o como mejor sirva a sus ambiciones personales.

—¿Se nos va a enseñar la lección de que un hombre no puede discutir sin implicar a sus congéneres? ¿Nos vamos a ver forzados a aprenderla? —dijo ella.

—Eso es, forzados. Si no es por la fuerza, nada podrá inmutarnos. La raza es una criatura que no ha evolucionado. Dentro de varios siglos habrá desarrollado otro sentido. Este puede ser el siglo que presencie el primer paso de gigante... porque la fuerza de un cataclismo empuja hacia delante.

Volvió la mirada hacia la puerta que se abría. Entró Robin con unas cartas en la mano. Coombe se percató vagamente del aspecto que tenía, que no era al que estaba acostumbrado. Antes la niña de la señora Gareth-Lawless —holgaba decir— era un ejemplo del sùmmum de la simplicidad inestimable y a la moda. Cuanto más refinado y sencillo era su atuendo, más inestimable resultaba. Lo inusitado ahora era que su modesto vestido de color pardo, de tela de mezcla, con sus franjas de color blanco en cuello y puños, carecía de ese matiz de inestimable, pese a ser de buena factura. De hecho, sugería a la claras que estaba pensado para servir, más que para adornar. Llevaba el pelo recogido y sus movimientos eran muy silenciosos. Coombe se fijó en que lo saludaba con delicadeza y respeto.

—He terminado las cartas —dijo la joven a la duquesa—. Espero que estén como usted desea. A veces temo que...

—No tema nada —dijo amablemente la duquesa—. Redacta unas cartitas muy correctas y elegantes. Siempre están como deseo. ¿Ha salido hoy?

—Aún no. —Robin titubeó un poco—. ¿Tengo su permiso para preguntar a la señora James si le parecería conveniente dejar que Dowie salga conmigo una hora?

—Sí —con la misma amabilidad de antes—. Dos horas, si quiere. Esta tarde no saldré con el coche.

—Gracias —respondió Robin y salió del salón igual de silenciosamente que había

entrado.

Cuando la puerta se cerró, la duquesa sonreía a lord Coombe.

—La entiendo —dijo ella—. Ese bonito aire de servidumbre la sostiene y reconforta. Podría aprovechar a Dowie como doncella personal suya y no hacer prácticamente nada, pero siempre presenta sus respetos y solicita meticulosamente mi permiso para dirigirse a la señora James, el ama de llaves, cuando quiere pedirle un favor. Su mayor deseo es cerciorarse de que se gana el sustento como hacen otras jóvenes cuando se les paga por su trabajo. A mí me gustaría mucho mimarla y consentirla, pero eso a ella la haría infeliz. Me invento tareas para ella que son bastante innecesarias. Esta criaturita callada lleva años anhelando y rezando por esta oportunidad de sostenerse por sí misma, con honradez, y casi no logra creerse que se le haya concedido. No hay que estropeárselo. La mando a hacer recados que podría hacer mi doncella. Le he dejado un gabinetito en el que se respira un ambiente serio, de trabajo. Está lleno de archivos y papeles y se sienta en su escritorio a copiar cosas que le encargo, e incluso echa un vistazo a las cuentas. Es lista a la hora de buscar referencias. Una o dos veces la he dejado quedarse hasta tarde buscándome detalles y fechas que después me pueden ser útiles. Estaba radiante de alegría.

—Desde luego, es usted la mujer más encantadora de este mundo —dijo Coombe—. Desde luego que sí.

XXIX



En el serio gabinetito que la duquesa le había dejado, Robin creó las condiciones para un estado que dio en llamar felicidad. Ella obtenía la sustancia espiritual de ese estado del placer que le producía contemplar los manuales de consulta prietamente colocados en sus estanterías, los archivadores de correspondencia y de documentos más imponentes, las variedades de papel para cartas y de sobres de diferentes tamaños y materiales que le habían sido proporcionados para su uso en caso de necesidad.

—Puede que no utilice con frecuencia los más importantes, pero ha de estar preparada para cualquier contingencia —había explicado la duquesa, allanándole así el camino con esa insinuación de responsabilidades.

La joven ignoraba el grado de aprecio en que la tenía su patrona, pero sabía que su amabilidad tenía una especial elegancia y comprensión. Una sutil verdad que tampoco detectaba era que la remota llama de su propio ser se hallaba fieramente dispuesta a saltar de inmediato ante cualquier sospecha de que sus deberes no merecieran el pago que se le hacía a cambio de ellos y de que por alguna razón atribuible a lord Coombe ella estuviese ocupando un puesto que fuese una sinecura. Se encargaba personalmente de tener ordenada su seria oficinita, y quitaba el polvo de los manuales y casi los lustraba, organizaba y volvía a organizar los archivadores con un sistema tan preciso que era capaz de encontrar cualquier documento alargando la mano hacia él «a oscuras»... como se jacta quien se tiene por modelo del orden perfecto. Era la puntualidad personificada y estaba siempre preparada para presentarse en cualquier momento al lado de la duquesa como si un prestidigitador la transportara al instante antes de que el delicadamente melodioso timbrecito privado conectado con su gabinete hubiese dejado de vibrar. Su corrección al dejar a la conveniencia de la señora James, el ama de llaves, hasta su más simple comunicación con Dowie le llegaba al corazón a la respetable mujer.

—Es una joven dama —señaló la señora James a Dowie—. Lo cual las honra a usted y a su institutriz, señora Dowson. Las jóvenes damas son algo casi pasado de moda.

—Mademoiselle Valle había pasado sus tiempos de institutriz entre lo más selecto. Por mi parte, los sitios en los que estuve fueron siempre de gente de buena familia. Jamás hubo nada ni por lo más remoto que pudiese echar a perder sus buenos modales. Y nació con buen corazón —fue la gentil réplica de Dowie.

—¿Nada ni por lo más remoto...? —La señora James corrigió educadamente lo que se dio cuenta de que era una suerte de expresión inconsciente.

—Nada —respondió Dowie, y volvió a concentrarse en coser el dobladillo de

unas sábanas.

Robin escribía cartas y copiaba documentos diversos para la duquesa, salía de compras con ella o hacía encargos cuando se los pedía. Recibió autorización para establecer correspondencia con la maestra y con la esposa del vicario de Dart Norham, así como para adquirir trofeos para premiar a los colegiales que destacasen en decoro y buenas calificaciones, además de mantillas y ropa blanca para la Bolsa de Maternidad y otras obras de caridad. Comprar los trofeos y la ropita de bebé le gustaba mucho porque, aunque inconscientemente, su joven alma se deleitaba con los seres jóvenes y con hacer realidad los deseos de los más pequeños. Las miradas se volvían hacia ella todavía con mayor frecuencia y más significativamente que nunca, trataban de sostener la suya, o la miraban con ilusión cuando pasaba por la calle o cuando iba con la duquesa en la alta calesa. Fue acostumbrándose, poco a poco dejó de sentir miedo y empezó a tomárselo siempre —aunque a veces había excepciones— como algo amistoso.

Así lo tomaba porque cuando, como le ocurría con frecuencia, veía pasar jóvenes como ella, andando en parejas, riendo y charlando y volviéndose para mirarse a los ojos, su ser le decía que era algo entrañable, humano e inevitable. Esas parejas siempre se volvían para mirarse a los ojos y entonces sonreían o se reían o se ruborizaban un poco. Del mismo modo que no había sabido cuándo se había dado cuenta por primera vez, mirando la calle desde la ventana de su cuarto infantil, de que los niños casi siempre iban de dos en dos o de tres en tres y se reían, brincaban y charlaban, tampoco supo cuándo empezó a fijarse en esas alegres parejas y en cierto toque de exultación que emanaba de ellas, y a tener la sensación de que era una cosa encantadora, una cosa natural bastante simple y común. Que se fijase y a veces se emocionase era tan natural como el placer que le producían las flores recién brotadas o la emoción nueva de los pájaros de la primavera... pero tampoco sabía nada de esto.

El cerebro que ha trabajado a lo largo de muchos años en conjunción con el alma a la que ha sido asignado ha desarrollado un conocimiento profundo de las leyes universales. El cerebro de la anciana duquesa había trabajado de este modo, siempre al compás de su guía, sin imaginar nunca la posibilidad de trabajar a solas, y sin caer nunca tampoco en el abismo de esa estupidez humana convencida de que todo lo que uno ve y a lo que se otorga un nombre concreto es lo único que existe, o que los nombres aceptados por el mundo describen de forma justa y clara cualidades, anhelos, estados de ánimo, tal como son. Esto había desarrollado en ella su amplitud de miras y una sabiduría cabal y bondadosa para todo lo tierno.

Cuando recorría las calles en su carruaje, con Robin sentada a su lado, veía esos ojos que las seguían, veía la mirada amable y dulce de la joven al ver pasar por su lado esas otras criaturas jóvenes, resplandecientes y animadas por la alegría de vivir, y se sentía conmovida y hasta alterada.

Un día, al volver de uno de esos paseos matutinos, mandó llamar a Dowie.

—Ha cuidado de la señorita Robin desde pequeña, ¿no es así? —dijo.

—No había cumplido ni seis años cuando empecé a ocuparme de ella, señora.

—Usted no es de las mujeres que solo dan de comer y bañan a una cría y la llevan bien vestida. Ha sido una especie de madre para ella.

—Eso he intentado, señora. La he querido y cuidado y ella me ha querido a mí, estoy convencida.

—Por eso quiero hablar de ella con usted, Dowie. Si fuese la mujer que simplemente entra y sale de la vida de una niña, no podría. Es... una joven preciosa, Dowie.

—De la cabecita a los finos piececillos, señora. Nadie lo sabe mejor que yo.

La célebre sonrisa de la duquesa afloró a sus labios.

—Una joven preciosa debe ver y conocer a otros seres jóvenes y hermosos y hacer amistad con ellos. Esta es una de las razones por las que se los ha puesto en este mundo. Desde que vive conmigo no ha hablado con nadie menor de cuarenta años. ¿Alguna vez ha tenido amigos de su edad?

—Nunca, señora. A dos, que eran dos arpías, las dejaron a merendar con ella, pero le contaron escándalos de divorcios y similares. Ella no quiso volver a verlas nunca más. —Las facciones de Dowie adoptaron una inexpresividad perfectamente correcta y añadió—: La incitaron a preguntarme a mí cosas que me vi incapaz de contestar. Y ella se llevó un gran disgusto porque de pronto comprendió por qué. No, señora, nunca ha conocido a personas de su edad.

—Entonces... vive en la ignorancia de una niña pequeña —reflexionó de viva voz la duquesa.

—Ella cree que no, pobre corderito, pero así es —respondió Dowie. Sus ojos se cruzaron con los de la duquesa y se quedaron mirándose unos instantes. Dowie procuró mostrarse firme sin comprometerse y la duquesa, al observar la intención, supo que tenía vía libre para hablar.

—Lord Coombe me confió que había pasado una situación horrible de peligro que le había dejado una huella imborrable —dijo en voz baja—. Me lo contó porque consideraba que explicaría ciertas reservas y ciertos miedos suyos.

—A veces se despierta en mitad de una pesadilla —dijo Dowie—. Y se viene sigilosamente a mi cuarto, temblando, y yo la meto en mi cama y la abrazo con fuerza hasta que se le pasa el pánico. Dice que lo peor es que no deja de pensar que puede que otras chiquillas pueden haber sido atrapadas como ella... y que no salieron de allí.

La duquesa estaba muy pensativa. Comprendía las complicaciones que generaría semejante espanto en la imaginación de una muchacha.

—Si se relacionase con otras jovencitas y no hablase de paparruchas con ellas y participase de cosas que les gustasen a todas, se olvidaría de todo eso —dijo.

—¡Ay! —exclamó Dowie—. Justo eso.

La pregunta que insinuaban los ojos de la duquesa cuando levantó la vista

esperaba respuesta y ella se la dio con el debido respeto.

—Lo que pasó fue la gota que colmó el vaso de lo que había ido descubriendo gradualmente a medida que dejaba la niñez y se convertía en una muchachita. Que las jóvenes a las que le gustaría conocer podrían no querer conocerla a ella, como le dijo una vez lisa y llanamente a mademoiselle. Y yo debo tomarme la libertad de hablar también lisa y llanamente, señora, o de nada serviría que hablase. Está convencida en lo más profundo de que es una especie de marginada.

—Debo convencerla de que no lo es... —empezó la duquesa, pero lo cierto es que se interrumpió y guardó silencio unos instantes, durante los cuales Dowie la observó con su mirada callada y cortés.

—¿Decía la señora amablemente...? —dijo la excelente mujer.

—Sí. Que invitaría a jóvenes a que la conocieran, las ayudaría a conocerse mejor y a hacerse amigas. —E, incluso mientras lo decía, fue consciente de hallarse ligeramente bajo la influencia de la sabia mirada de Dowie.

—Solo la señora conoce a esas personas jóvenes a las que ella querría conocer. — Fue una afirmación sencilla y simple.

—La gente no es tan remilgada como en otros tiempos. —El tono de voz de la duquesa estaba pensado para responder a la insinuación latente de las palabras de Dowie y a su aire de afirmación sin comentarios.

—Algunas personas no pero otras sí —respondió Dowie—. Hay dos mundos en Londres hoy en día, señora. Uno es el de la señora duquesa y el otro es el de la señora Gareth-Lawless. He oído decir que hay otros entre medias, pero yo solo conozco esos dos.

La duquesa caviló de nuevo.

—Usted piensa que lo que le dijo la señorita Robin a mademoiselle Valle podría ser cierto... en el mío. Y tal vez no ande usted desencaminada del todo, si bien tampoco está en lo cierto del todo.

—Hasta que fui a cuidar de la señorita Robin, solo había estado en casas donde gente como la señora Gareth-Lawless no tenía nada que hacer. Lo que recuerdo es una... una rigidez... que a veces se aplicaba aunque pareciese un poco dura. Entre los criados, los más viejos decían que era por culpa de las nuevas familias y de sus mañas rápidas y perversas. Una de mis damitas conoció una vez a otra damita aproximadamente de su misma edad, solo tenía quince años, en un rastrillo benéfico, se hicieron amigas y se tomaron mucho cariño. La madre de la damita era una señora de la que habían corrido muchos rumores que la relacionaban con una persona de elevada extracción, la más elevada, señora, y todo el mundo lo sabía. La niña era una criatura adorable y con unos modales exquisitos. Decían que su madre quería lanzarla al mundo en el que ella misma no era capaz de entrar. La relación entre las niñas fue interrumpida, señora... La cortaron por lo sano. Y mi pobrecita damita quedó destrozada y tengo entendido que fue mucho peor para la otra.

—Lo pensaré bien —dijo la duquesa—. Es necesario meditarlo. Quería hablar

con usted porque he visto que ella tiene algunas ideas preconcebidas sobre lo que es adecuado a su posición de acompañante a sueldo y podría ser que no estuviese preparada. Quisiera que se ocupase usted de que tenga un vestido bonito o así, que pudiera ponerse si le hiciera falta.

—Tiene dos, señora —Dowie sonrió con cariño al decirlo—. Uno de noche y otro para alguna ocasión especial de tarde, por si la señora la necesitaba para que la acompañara por algún motivo. Son tan sencillos como ella quiso, pero, cuando se pone uno, no puede evitar darle un estilo especial.

—Sí, ella le aportaría todo lo que necesitase —dijo la anciana—. Gracias, Dowie. Puede irse.

Con su esbozo de reverencia respetuosa, Dowie se dirigió a la puerta. A medida que iba acercándose a ella, fue disminuyendo el paso y antes de llegar se había detenido, con un semblante especial, una mirada repentinamente heroica. Se dio la vuelta y retrocedió varios pasos de espaldas, hasta que se detuvo de nuevo. Esta inesperada acción hizo que la duquesa se volviese a mirarla. Entonces reconoció esa mirada heroica y aguardó una explicación, consciente de una leve y nueva sensación que se formaba en su interior.

—Señora —comenzó Dowie, al tiempo que rogaba a Dios que le diese valor si estaba obrando bien o que la frenase si estaba cometiendo un error—. Cuando la señora estaba pensando en los padres de otras damas y caballeros jóvenes, ¿se le ocurrió plantearse si estaría usted misma dispuesta a...? —Contuvo la respiración, pero terminó su exposición de un modo bastante claro, respetuoso, razonable—. Lady Kathryn... Lord Halwyn... —Lady Kathryn era la nieta pequeña de la duquesa y lord Halwyn, su guapísimo nieto que estaba en el ejército.

La duquesa comprendió qué significaba aquella mirada heroica, y el respeto que sintió por Dowie fue grande. Su intención no había sido insinuar que incluyese a George y Kathryn en su juego, sino que solo le planteaba, con pura justa razón, que se preguntase cuál sería su decisión particular.

—Verdaderamente se siente usted como si fuese su madre —dijo—. Y es una mujer práctica y con las ideas claras. Se trata solo de que si yo misma estoy dispuesta a dar semejante paso tengo derecho a pedírselo a otras personas. Lady Lothwell es la madre con la que debo hablar primero. Sus hijos son míos aunque yo sea solo su abuela.

Lady Lothwell era su hija y, aunque no se la consideraba ni del primer período de la era victoriana ni del período intermedio, Dowie fue preguntándose qué pasaría, mientras volvía a las acogedoras dependencias en las que ahora vivía.

XXX



Lo que pasó no fue nada complicado. No era concebible que una mujer que ha pasado la infancia con la mujer más lista de su época saliera de sus años de formación convertida en un ser obstinado o no razonable. Lady Lothwell escuchó toda la historia de Robin que su madre decidió contarle y sencillamente sintió un interés cordial por ella. Conocía muchos más detalles y chismes sobre la señora Gareth-Lawless que la propia duquesa. Había oído hablar de la criatura a la que se había apartado de la vista de todo el mundo, y había sentido cierto desagrado al oír cierta vaga historia sobre el anormal interés de lord Coombe por la niña y la fea insinuación de que tenía algún propósito. Era demasiado desagradablemente morboso para ser cierto de un hombre al que su madre había tratado desde hacía muchos años.

—Por supuesto no estarás pensando en nada a lo grande ni formal, ¿verdad? —dijo después de dudarlo un poco aunque con una sonrisa.

—No. Mi idea no es presentar en sociedad a una joven. Solo quiero ayudarla a conocer a un puñadito de personas de su edad que tengan buen talante y sean educadas. No es la clásica señorita de compañía de una señora mayor, y si no fuese tan estricta consigo misma y conmigo, confieso que me comportaría con ella muy del modo en que trataría a Kathryn si me la dejaras a vivir conmigo. Da gusto verla. Y, dado que se sabe que me he encaprichado con ella, uno de mis famosos excéntricos caprichos, y dado que a fin de cuentas su padre estaba bien relacionado, su puesto actual no será ningún obstáculo. No es la primera muchachita moderna que ha decidido valerse por sí misma.

—Pero ¿no es demasiado guapa?

—Mucho. Pero no alardea.

—Pero... que dé gusto verla y sea demasiado guapa... ¡Mi queridísima mamá! —Lady Lothwell volvió a reírse—. A Kathryn no puede hacerle ningún daño, pero reconozco que, si en estos momentos George no estuviese perdidamente enamorado de un ser adorable que por lo menos es quince años mayor que él, me lo pensaría dos veces. La señora Stacy lo pondrá firme (ya sabes, la señora de Alan Stacy, la que tiene ese pelo increíble que se tiñe con polvos de alheña, y esos ojos lánguidos). No hay joven de veintidós años capaz de resistirse a ella. A sus adoradores los llaman el «parvulario».

—Una cenita, un bailecito... y George y Kathryn pueden ser el comienzo de un interesante experimento. Sería un bonito detalle de tu parte si te dejases caer por allí en algún momento de la velada.

—¿Esperas tal vez encontrarle marido? —Lady Lothwell hizo la pregunta con un ápice de inquietud—. Eres tan asombrosa, mamá querida, que sé que lo harás, si estás

convencida. Es como si fueses capaz de hacer que pasen las cosas que deseas de verdad, que las produzca el universo.

—Es una muchacha cuyo sitio en el universo está en el hogar de un joven cuyo propio sitio en el universo se halla en el corazón, en el alma y en la vida del tipo de muchacha que es ella. Tienen que cumplir los designios de Dios enamorándose apasionadamente. Tienen que casarse y tener un montón de niños tan guapos y arrobadoramente dichosos como ellos mismos. Contribuiría a la evolución de la raza.

—¡Ay, mamá, qué encantadora eres siempre! Para ser una mujer realmente brillante, eres la soñadora más adorable de este mundo.

—Los sueños son las únicas cosas verdaderas. Lo demás no son más que figuraciones.

—¡Eres un ángel! —exclamó su hija riéndose con un punto de adoración, al ir a darle un beso—. Haré cualquier cosa que me pidas. Siempre lo he hecho, ¿verdad que sí? Tu forma de conseguir que otra persona vea lo que tú estás viendo es mágica.

Quedó acordado antes de que se despidieran que Kathryn y George estarían presentes en la cenita y el baile, y que seguramente un puñado de otros jóvenes agradables asistirían también, y que lady Lothwell y tal vez su marido se pasarían por la velada.

—Que seas casi una dama del primer período victoriano, mamá, es lo que hace que te resulte fácil organizar cosas. Vas a iniciar a la joven señorita Lawless. Fue bastante atinado de su parte quitarse el «Gareth». En estos años ya no se habla tanto de que las diferentes clases «se queden en su sitio». Eso de «clases altas» y «clases bajas» parece una vulgaridad.

—Nosotros podemos «quedarnos en nuestro sitio» —dijo la duquesa—. Podemos aferrarnos a él tan firmemente como queramos. Pero, querida, lo que se está moviendo son justamente los sitios. No es muy diferente de un corrimiento de tierras.

La tarde siguiente Robin fue a la habitación de Dowie y estuvo viéndola coser un rato en silencio antes de decir nada. Se la veía angustiada, pálida incluso.

—La señora va a dar una fiesta para unos jóvenes, Dowie —dijo—. Su deseo es que yo esté presente. Y no... no sé qué hacer.

—Lo que tiene que hacer, querida, es ponerse su mejor vestido de noche y bajar a disfrutar como los demás jóvenes. La señora quiere que conozca a personas de su edad —fue la respuesta de Dowie.

—Pero es que yo no soy como las demás. Solo soy una muchacha que se gana la vida como señorita de compañía. ¿Cómo sé si...?

—La señora lo sabe —replicó Dowie—. Y lo que ella le pida es su deber hacerlo, y hacerlo bien.

Robin se puso más pálida aún.

—¿Dowie, te das cuenta de que nunca en mi vida he asistido a una fiesta, ni tan siquiera a un fiesta infantil? No voy a saber cómo comportarme.

—Usted sabe conversar educadamente y sentarse y levantarse de la silla y

moverse por un salón como una damita. Baila como un hada. No le van a pedir que haga nada más.

—La duquesa no me dejaría bajar si no supiese que esas personas serán... amables —reflexionó Robin lentamente, en voz alta.

—Vendrán lady Kathryn y lord Halwyn. Son sus nietos —dijo Dowie.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Robin.

Sus mejillas empezaron a recobrar el color.

—No es lo que comúnmente les pasa a las jóvenes que trabajan —dijo.

—La duquesa también es alguien fuera de lo común —dijo Dowie—. No hay nadie como ella en sabiduría y amabilidad.

Habiendo tomado conciencia de la verdad de este hecho que tanta confianza inspiraba, Robin se sintió apoyada. Conocía la amplitud de miras y la lucidez de la visión experimentada que aquella mujer en particular había desarrollado a lo largo de sus muchos años de vida. Si había decidido hacer esto, era porque había visto el camino claramente y no estaba ofreciendo un regalo que una fatalidad pudiese echar a perder o arrebatarlo una vez que ella ya tenía la mano tendida para recibirlo. Una curiosa sensación de calor comenzó a penetrar lentamente en el corazón de Robin y a llenar todo su ser a medida que aumentaba. Era cierto que le habían enseñado a bailar, a moverse y a hablar educadamente. Le habían enseñado infinidad de cosas que daba la sensación de que le habían sido cuidadosamente inoculadas en su mente y en su cuerpo sin ningún motivo especial. No había sido consciente de que lord Coombe y mademoiselle Valle habían dirigido y discutido sobre su instrucción como si se tratara de una joven perteneciente a la realeza cuya preparación tuviera que ser intachable. Si la duquesa viuda de Darte hubiese querido presentarla en la corte una espléndida mañana, Robin habría sabido cuánto tenía que medir la cola del vestido que habría de ponerse, dónde, a quién y hasta qué distancia tenía que hacer reverencias, cómo besar la regia mano, y cómo llevar la cola al retirarse de su presencia. Cuando le habían enseñado todo esto, le había preguntado a mademoiselle Valle si esas cosas formaban parte de la educación de cualquier niña y mademoiselle había respondido:

—Es mejor saber de todo, hasta lecciones de protocolo que pueden resultar útiles o no. Todo esto forma parte de la formación y evita que una persona se sienta fuera de lugar.

Cuando se cruzaba con parejas de jóvenes en la calle, sentía un interés añadido precisamente gracias a la formación recibida. Podía imaginárselos bailando en salones de cuento de hadas, cuyas luces y colores su imaginación se veía obligada a inventar a partir de su propio material; sabía cómo irían vestidas las jóvenes si acudían a un salón y muchas veces se preguntaba si se sentirían cohibidas cuando el paje extendiese tras ellas las preciosas colas de pavo real de sus vestidos y las dejase ya manejarse solas a partir de ese instante. Era puramente natural que se preguntase por ello una y mil veces, y que en ocasiones, inconscientemente, anhelase sentirse

ella misma parte de la corriente de vida que pasaba con ímpetu mientras la contemplaba desde la orilla del río.

Ese calor que envolvía su corazón hizo que palpitase un poco más rápido. Cuando estuvo en su dormitorio, abrió la puerta de su armario ropero. El vestido estaba colgado en su rincón, modosamente, y envuelto en una sábana limpia para protegerlo de la húmeda neblina londinense. Era solo blanco y muy sencillo, tal como ella había querido, pero mademoiselle la había llevado a una joven francesa que sabía exactamente qué hacer en cada caso y, dado que la muchacha tenía la silueta fina y suave de una ninfa de los bosques y los ojos de un joven antílope, había sabido crear una pieza que expresaba su ser del mismo modo que un pétalo expresa el ser de su rosa. Robin cerró la puerta con llave, sacó el vestido y encontró las medias de seda y los zapatitos que iban a juego. Se lo puso todo delante de su largo espejo y, después de darse los últimos retoques, retrocedió unos pasos para verse, girando y cambiado el peso de una pierna a otra como habría hecho un pajarillo. Y, liviana, dio varias vueltas.

—Sí. Lo soy... —dijo—. Lo soy... y mucho.

Acto seguido empezó a reírse de sí misma.

—Pero ¡qué tonta! ¡Qué tonta! —exclamaba—. Casi todo el mundo lo es, en mayor o menor medida. A ver si me acuerdo de los pasos nuevos —porque le habían enseñado los pasos nuevos, los nuevos paseítos y balanceos y pausas y giros y vueltas repentinos. Y su nuevo vestido era igual de corto que los vestidos de otras chicas a la moda, pero en su caso revelaba un contorno y una silueta de evocadora delicadeza.

Así pues, delante de su espejo bailó sola, y mientras bailaba se le abría ligeramente la boca y el busto le subía y bajaba encantadoramente y los ojos le brillaban como los de cualquier chiquilla, o como se habrían iluminado los de una alegre ninfa que bailara cerca de un estanque en su bosque al ver su hermoso reflejo.

Algo empezaba a despertar, como había despertado cuando Donal había besado a una niña a los pies de los árboles de Londres tiznados de hollín.

XXXI



Toda la víspera de la fiesta fue secretamente emocionante para Robin. Sabía que le parecía mucho más importante de lo que realmente era. Si hubiese tenido seis años, habría sentido probablemente ese mismo tipo de emoción indefinida y se habría hecho las mismas preguntas temblorosas. Se escondía detrás de las cortinas de la ventana de su habitación para poder ver a los hombres montando el toldo de color rojo carmesí y blanco desde la puerta hasta el peldaño para los carruajes. El rollo de alfombra roja que sacaron de su furgón tenía algo mágico. El timbre de la puerta que indicaba que llegaban más cosas, el trajín mayor de lo habitual de los criados, los hombres de la floristería que entraban en los salones con flores y grandes plantas tropicales para reorganizar el jardín de invierno y rellenar rincones que no siempre estaban decorados... todas y cada una de estas cosas le aceleraba el pulso. Si en su momento hubiese conocido el mundo corriente y alegre de los niños, a estas alturas de su vida no habría experimentado semejante embeleso. Pero su único conocimiento de la existencia de fiestas infantiles había sido una vez que se había organizado un baile para jóvenes en una casa al otro lado de la calle, y, loca casi de emoción, se había puesto en cuclillas en la ventana del cuarto de los niños para ver llegar los carruajes de los que salían niños con trajecitos suaves y esponjosos de color rosa, blanco, azul, y que iban de la mano de alguien por la tira de alfombra roja hasta la casa o corriendo ellos solos. Había oído fragmentos de música y, fascinada, se había estremecido de emoción... pero, ay, a cuántos mundos de distancia estaba esa fiesta.

Recorriendo la casa se llegó hasta los salones que no solían abrirse. Tenían los techos muy altos y eran majestuosos, y a ella le parecieron enormes. Había espléndidas arañas con cristales colgantes y en los laterales lámparas que parecían hechas para un millar de velas de cera. Había un rincón precioso para los músicos rodeado de un enramado. No faltaba detalle, estaba todo preparado para la diversión, y era hermoso que todo fuera espacioso y maravilloso. Se dio cuenta de que todo llevaba mucho tiempo esperando para hacer felices a jóvenes llenos de ganas de disfrutar. Cuando los jóvenes Lothwell eran niños, habían organizado bailes y jolgorios con otros niños en esos salones gigantescos y habían correteado por los suelos pulidos en las fiestas navideñas y en los cumpleaños. Qué maravilloso debió ser. Sin embargo, ni siquiera ellos se daban cuenta de lo maravilloso que era.

Mientras Dowie la vestía, el reflejo del espejo le devolvía una Robin intensificada con unos labios curvilíneos que casi temblaban al sonreír. La suave seda de sus cabellos parecía la noche y las finas vueltas del collar que adornaban la nuca de su esbeltísimo cuello blanco atraían la vista y la retenían sin remedio.

—Está como nunca, querida —dijo Dowie cuando le abrochó el collar—. Como

nunca de bonita. —La propia Dowie estaba nerviosa, pero no habría sabido explicar por qué. Tal vez porque le hubiese encantado que mademoiselle pudiera estar con ella.

Cuando hubo terminado de arreglarla, Robin le dio un beso.

—Voy a bajar la escalera corriendo —dijo—. Si la bajo despacio, me dará tiempo a sentirme rara y cohibida y podría dar la impresión de estar entrando con sigilo en el salón. No debo entrar con sigilo. Debo entrar como si llevase toda la vida yendo a fiestas.

Bajó corriendo como si fuera un pájaro blanco volando, pero se vio obligada a parar delante del salón para apaciguar un arrebatado de respiración acelerada. Aun así, cuando entró se movió como es debido y sostuvo la cabeza alta con un aire delicadamente valeroso. La duquesa, quien a su vez estaba también como nunca, en su estilo de elegante silueta de marfil envejecido, le dedicó una satisfecha sonrisa de bienvenida, casi afectuosa.

—Pero ¡qué vestidito tan perfecto! —exclamó—. Está preciosa.

—¿Le parece correcto? —preguntó Robin—. Lo escogió mademoiselle.

—Correcto me parece. «Terroríficamente correcto», como diría George. George se sentará a su lado en la cena. Es mi nieto, lord Halwyn, como sabe, y estoy segura de que en el curso de la velada le oiré decir con frecuencia que las cosas son «terroríficamente» esto o lo otro. Kathryn dirá que las cosas son «divi» o «exqui». Se lo digo porque puede que no sepa que lo que quiere decir es «exquisito» y «divino». No se asuste si no acaba de entender la forma de hablar de mis niños. Son unos seres encantadores y hermosos y arrastrados por el frenesí de su trocito de siglo. Yo no dejo que me asuste que su mundo me parezca un planeta completamente nuevo.

Robin se acercó un poco más a ella. Sentía algo que había sentido años antes cuando le había dicho a Dowie: «Quiero darte un beso, Dowie». Sus ojos eran dos lagos colmados de infantil ternura, pues comprendía perfectamente bien el tacto infinito y amoroso que la animaba a entrar en su propio mundo con aquel comentario simpático de «Yo no dejo que me asuste».

—Es usted tan tan buena conmigo —dijo—. Y yo le estoy tan tan agradecida.

Los elegantísimos jóvenes que muy pronto empezaron a llenar el rutilante salón, a solas o por parejas de hermano y hermana, le inspiraron una inocente alegría. Tenían una magnífica apostura y se los veía muy a gusto en compañía de unos y otros y en su entorno, además de perfectamente vestidos y acicalados. Los vestidos ceñidos y de tejidos finísimos, con las faldas cortas, acentuaban la juventud y la feminidad de las jovencitas, y les daban además un aspecto de hadas niñas. Kathryn, con un vestido exquisito de tiras de gasa con bordados de plata, parecía tener catorce años en vez de casi veinte, a lo que contribuía el hoyuelo de su mejilla y su naricilla respingona. Una joven con un vestido de tul escarlata era como una chiquitina sacada de un cuarto infantil, lista para ponerse a bailar alrededor de un árbol de Navidad. Todos parecían muy jóvenes y hacían pensar en ágiles danzas, quizá porque ya se bailaban por todas

partes y porque el mundo entero, a la última o no, se hallaba bajo el influjo de una pasión por girar, brincar e inventar posturas nuevas y pasos fantásticos. Los chicos tenían el cuerpo esbelto y erguido y sus movimientos eran livianos. Sus trajes se acomodaban a la perfección a su agilidad. Robin pensó que parecían todos haberse pasado la vida entera disfrutando de un montón de delicioso ejercicio físico y actividades placenteras.

Eran de esa corriente brillante que siempre parecía pasar por su lado a toda velocidad en pos de las irresistibles cosas que formaban parte de la existencia, pero que no tenían nada que ver con el tipo de juventud que ella vivía. Ahora esa corriente se había detenido como si por un instante tuviera alguna conexión con ella. El destello fugaz que estaba acostumbrada a ver iluminar las miradas cuando se cruzaba con la gente por la calle, lo veía ahora una y otra vez a medida que iban llegando los invitados. Kathryn estaba bastante ilusionada, a juzgar por sus ojos y sus pestañas, y George pululaba a su alrededor. Muchos pulularon a su alrededor. En la mesa de la cena jóvenes cabezas perfectamente peinadas buscaban el ángulo idóneo para ver a los invitados de delante y de alrededor, o por debajo de la decoración floral, y los ojos jóvenes y atentos lucían un brillo emocionado. Cuando terminó la cena y comenzó el baile, la duquesa sonrió con picardía al ver el movimiento gravitatorio masculino en dirección a un punto concreto. Se trataba del lugar en el que estaba Robin, con un corrillo a su alrededor cada vez más nutrido.

George fue el primero en bailar con ella. Era alto, delgado y flexible y su magnífica espalda tenía el perfil cuadrangular del porte militar. Además, tenía la cara cuadrada, bella, y unos cálidos ojos azules, y se sabía todos los pasos nuevos y las vueltas y los inesperados giros. Robin era como una varilla de mimbre y no había bajada, movimiento rápido o repentino balanceo o cambio que no estuviese lista para ejecutar. El ritmo de la animada música, los movimientos rápidos, el revuelo de finas telas cuando las esbeltas hermanas ninfas pasaban volando por su lado, hacían que el corazón le latiese rápido, con una dicha juvenil encantadora. Y antes de haber dado dos vueltas al salón una risa corta, incontrolable, brotó de su garganta como una onda acuática.

—¡Esto es celestial! —exclamó y levantó los ojos para mirar los de Halwyn—. ¡Celestial!

No eran unos ojos que no corriesen peligro al levantarse de ese modo para mirar los de un hombre muy joven. A George le produjeron una impresión repentina y gozosa. Había oído hablar de la joven que era una especie de refinada señorita de compañía de su abuela. La propia duquesa le había hablado un poco de ella y él había llegado a la fiesta con la intención de comportarse muy amablemente para que la criatura lo pasase bien. Además, ya había conocido en otras casas en las que no había hijas a alguna señorita de compañía inteligente y de buena cuna a la que se permitía toda clase de privilegios por sus pequeñas responsabilidades tediosas y por saber aportar un poco de alegría y gracia a la vida de personas mayores y solas. A veces se

trataba de alguna jovencita sutilmente atractiva, dada a compadecerse y a disfrutar de la compasión, aficionada a los rincones tranquilos de invernaderos o bibliotecas, y en algunos casos capaz de científicos coqueteos que requerían científico manejo. Un hombre no podía dormirse en los laureles con una joven así. Esta de ahora, que volaba por el salón como una hoja llevada por el viento y se reía mirándolo a la cara con sus enormes ojos, le produjo un efecto nuevo y pertenecía a un tipo nuevo.

—Es usted quien es celestial —respondió con su risa de niño—. Es como una pluma, como una rama de sauce.

—También usted es ligero —rio ella su vez—, pero además es como el acero.

Últimamente la señora de Alan Stacy, la dama que tenía esa magnífica cabellera teñida con alheña, le había dedicado menos tiempo, pues estaba ocupada en la instrucción inicial de un nuevo integrante del «parvulario». Este tipo de cosas pasan, por supuesto, y aunque para sus adentros George se había puesto furioso bastante ingenuamente, las circunstancias le otorgaban libertad para «pulular», y pulular era para él un buen divertimento.

—Continuemos así por siempre jamás —dijo, recorriendo la mitad del salón con ella y haciéndola girar y girar como si ciertamente fuese una hoja al viento—. Por siempre jamás.

—Ojalá. Pero la música terminará —replicó ella.

—La música no debería terminar nunca, nunca —respondió él.

Pero la música tocó a su fin y cuando comenzó de nuevo, casi de inmediato otro joven alto y flexible la requirió como un rayo y se la llevó de sus manos, y de las suyas pasó a las de otro y de este a su vez a otro. No le concedieron más que un descanso de unos instantes y, subida en la cresta de la ola del placer juvenil, no necesitaba más. En todo momento su mirada se cruzaba con la de otros ojos también jóvenes, que se clavaban en los suyos con un brillo alegre o la llenaban de entusiasmo al mirarla con especial regocijo por cada cosa que hacía, decía o inspiraba en ellos. ¿Cómo sin palabras la informaron de que en esa emocionante velada era un ser sin tacha, de que la belleza de sus ojos asombraba a quien los mirara, de que bailar con ella era una experiencia emocionante, de que de alguna manera era una persona nueva, distinta y maravillosa? De aquellos esbeltos jóvenes de lustrosos cabellos y espalda perfectamente recta, ninguno le dijo con exactitud ninguna de estas cosas, pero en cierto modo le eran transmitidas y le demostraban, para su incredulidad, que, si eran ciertas, ya no le inspiraban ni miedo ni locura, pues tan solo hacían que a la gente le gustase bailar y quisiese bailar con ella. Bailar, sentirse bien con las personas y gustarles parecían actos tan celestialmente naturales y buenos como lo eran el aire, el cielo y el respirar con libertad y alegría. Era cierto que tenía en todo momento un sutil gesto de felicidad inmensa, de elevación del ánimo, un gesto del que ella misma no era consciente pero que resultaba singularmente estimulante para el varón que la contemplaba. Lo único que significaba, a decir verdad, era que mientras daba vueltas y se mecía y se agachaba, riéndose, de vez en cuando se decía: «Así es como se

sienten otras chicas. Son felices de esta manera. Yo estoy riéndome y hablando con otras personas igual que hacen otras chicas. Soy Robin Gareth-Lawless, pero estoy disfrutando de una fiesta como esta, una fiesta para jóvenes».

Lady Lothwell, sentada cerca de su madre, contemplaba el curso de los acontecimientos con una curiosa sonrisa de interés.

—Bueno, mamá querida —dijo finalmente mientras pasaban por delante de ella todos esos seres hermosos y jóvenes dando vueltas y vueltas en una vorágine inspirada por una moderna Terpsícore—, ella es un verdadero éxito. No sé bien si era lo que pretendías o no.

La duquesa no le explicó qué era lo que pretendía. Estaba contemplando también la escena, muy pensativa. A decir verdad, lady Lothwell no contaba con que su madre fuese a darle una explicación. Rara vez se la daba. Pero rara vez se equivocaba en sus decisiones.

Kathryn, que había ido acercándose con su traje de tiras de fina gasa blanca y plateada, estaba en esos momentos delante de ellas con un gesto un tanto preocupado en su carita de nariz respingona.

—Esa chica tiene algo especial, abuela —dijo—. Todas las muchachas lo ven pero nadie sabe lo que es. Se ha sentado unos minutitos, y mirad a George, a Hal Brunton, al capitán Willys. Todos se ríen, por supuesto, y fingen bromear, pero les gustaría comerse los unos a los otros. A lo mejor son sus pestañas. Mira por debajo de ellas como si fuesen una cortina.

La curiosa sonrisa de lady Lothwell se transformó en una curiosa risa.

—Sí. Por esa forma de mirar parece que se siente extáticamente dichosa y, aun así, casi cohibida pero atractiva a la vez. El efecto es irresistible para los hombres, por supuesto.

—Ninguno intenta resistirse —respondió la joven lady Kathryn, con cierto tono de reproche.

—No creo que ella misma sea consciente —dijo lady Lothwell bastante pensativa.

—No lo es en absoluto. Eso es lo peor de todo —comentó la duquesa.

—Entonces ves que hay algo peor —repuso la nieta.

La duquesa miró a Kathryn, pero por fortuna la inquietud y el desconcierto que le arrugaban la frente a la jovencita habían desaparecido en ese instante para fundirse en una sonrisa cuando un joven muy apuesto se le acercó con una hermosa sonrisa a su vez y se la llevó a bailar el tango o el fox trot o el galope del antílope o lo que quiera que casualmente sonase en ese momento.

—Que de verdad fuese consciente sería «lo peor» para otras personas, para nosotras probablemente. Si mirase por debajo de las pestañas con suficiente intención, atraería lo que quisiese, se lo llevaría y se lo quedaría. Pero, como no es consciente, dadas las circunstancias esa forma de mirar no le pondrá las cosas así de fáciles.

—La circunstancia de ser la hija de la señora Gareth-Lawless no es una circunstancia agradable —dijo lady Lothwell—: A algunos jóvenes aventureros podría darles ideas cuando dispongan de un momento para comprender lo que significa todo eso. ¿Sabes que yo misma siento pena de ella? No me sorprendería nada que fuese una criaturita encantadora. Se la ve tierna y abrazable. A lo mejor es como la heroína de una novela sentimental que leí el otro día. El jefe de sus esclavos decía de ella: «Penetra en el corazón de un hombre por sus ojos y allí dentro se queda, transformándolo en un lugar cálido que nunca más volverá a ser frío». Bastante bonito, pensé.

A la duquesa también le pareció bastante bonito.

—«Que nunca más volverá a ser frío» —repitió—. Qué cosa tan celestial para dos criaturas... si... —se detuvo y miró a Robin, quien al otro lado del salón estaba intentando dirimir un lamentable conflicto de baile para el cual había más de un pretendiente. Arrugaba encantadoramente el ceño mientras miraba su tarjeta de baile y a su alrededor varios rostros varoniles la miraban ilusionados y hasta cierto punto tensos, disimulando su angustia por saber cuál de ellos saldría victorioso.

—¡Oh! —rio lady Lothwell—. Como dice Kitty, «tiene algo especial». Y no son solo las pestañas. Has dejado suelto un germen entre nosotros, mi dulce mamá, y no hay nada que hacer con un germen cuando se lo deja suelto. Citando de nuevo a Kitty, «¡Mira a George!».

La música que salía del enramado detrás del que se ocultaban los músicos pareció ganar en ímpetu y fiereza a medida que transcurrían las horas. Y, a medida que aumentaba el calor en los salones, más intenso era el perfume de las flores. De vez en cuando Robin se detenía un momento a escuchar los deliciosos acordes desconocidos, o a inspirar el perfume que de vez en cuando le llegaba de lo que parecía una mezcla de reseda y lirio, y flor de manzano cuando le da el sol. Pensó que debía de haber una flor que era como las tres en una sola. La rápida corriente la llevaba con ella al pasar, uno de los pétalos felices que arrastraba flotando en su superficie. ¿Podía en algún momento arrojarla fuera y dejarla de nuevo en la orilla? Mientras los violines seguían sonando y el millar de velas de cera brillaba reflejado en los colores, tenues o intensos, que se mezclaban formando una suerte de neblina maravillosa, no parecía posible que algo tan encantador y real pudiese terminar nunca. Esta noche todas las otras cosas de su vida parecían menos reales.

En el jardín de invierno había una fuente de mármol traída hacía muchos años del jardín de un palacio de Roma. No era muy grande pero sí muy bonita y la habían colocado entre palmeras y helechos tropicales: entre sus hojas y frondas el agua salpicaba alegremente, manteniéndolas en todo momento frescas y húmedas. Se respiraba allí un aroma bastante embriagador, a invernadero, a musgo húmedo y tibio y a flores concentradas y era el típico rincón hacia el cual un joven notaría que sería necesario gravitar con su pareja.

George llevó a Robin hasta allí y ella, naturalmente, se sentó en el borde de la pila

de mármol, y con igual naturalidad se quitó un guante y metió la mano en el agua, dando unas palmaditas en su superficie porque su frescor era una delicia. George al principio se quedó quieto, cerca de ella, mirando su cabeza inclinada. Era imposible no contemplar también su oreja, pequeña, delicada, y el suave blanco de terciopelo de la preciosa nuquita de su cuello de cisne. Él los miró con embeleso y aprecio. Carecía de la sutileza suficiente para darse cuenta de que una respuesta que había dado ella a un comentario casual suyo durante la cena había producido en él un efecto remoto.

—Una de las criaturas más encantadoras que he visto en mi vida es una tal señora Gareth-Lawless —le había dicho—. ¿Es familia de usted?

—Soy su hija —había respondido Robin y él, ligeramente sobresaltado, se las había ingeniado para desviar la conversación hacia generalidades amablemente exentas de complicación, mientras en su fuero interno se preguntaba hasta qué punto su abuela tenía conocimiento de ese dato, si es que lo conocía.

Una o dos veces en el curso de la velada había cruzado por la cabeza un recuerdo involuntario de Pluma. Esta era la niña que, según decían, habían reservado para el viejo Coombe. Menuda idea morbosa, si era cierta. ¿Cómo podía ser que la duquesa la hubiese acogido y por qué, y qué tramaba Coombe realmente? ¿Tendría la intención de buscar esposa joven, como algunos viejos? A veces a los viejales les daba por ahí. Le estaría bien merecido si un jovenzuelo le bajaba los humos. No era un chico dado a temeridades, pero había tratado mucho a la señora de Alan Stacy y a sus amistades y eso lo había vuelto despreocupado. Además, Robin le había atraído, más de lo que él mismo era consciente.

—¿Sigue siendo celestial? —le preguntó. (Qué ahusados eran sus dedos y qué suave y estrechable le pareció su mano, que agitaba el agua como la mano de una niña pequeña).

—Más celestial a cada minuto que pasa —respondió ella. Él se rio espontáneamente.

—Lo celestial es cómo lo está disfrutando usted. No he visto nunca a una joven iluminar un salón entero ella sola. Desprende chispas al bailar.

—Lo dice como si fuera un cohete —replicó Robin, riéndose a su vez—. Es porque nunca en mi vida había ido a un baile.

—¡Nunca! Sin contar las fiestas infantiles, ¿verdad?

—Nunca fui a ninguna fiesta infantil. Esta es la primera, primera, primera.

—Vaya, pues no entiendo cómo es posible, pero me alegro porque ha sido algo increíble para mí verla en su primera, primera, primera.

Se sentó en el borde de la fuente, cerca de ella.

—No lo olvidaré —dijo.

—Yo no lo olvidaré en lo que me queda de vida —respondió Robin, y levantó sus vulnerables ojos otra vez y sonrió mirando los de él, lo cual los hizo aún más vulnerables.

Tal vez fuese porque era un muchacho jovencísimo, tal vez porque era inmoral,

tal vez porque nunca había sujetado con fuerza las riendas de sus emociones desbocadas, incluso un momento inmediatamente después él mismo pensó que lo había hecho porque era un idiota... pero de pronto notó que se dejaba llevar y besó el cálido terciopelo de la esbelta nuca. Dos veces la besó.

No se había concedido el tiempo necesario para pensar en las consecuencias, pero lo que ocurrió fue humillante y ridículo. Con un gesto furibundo de la mano ahuecada dentro del agua acabó salpicándole en la cara, los ojos y la boca, al mismo tiempo que Robin se apartaba de él; luego lo taladró con la mirada, furiosa y afligida... pues no solo furia vio él.

—¡Pero...! ¡Pero...! —exclamaba, y a punto había estado de abalanzarse hacia la fuente otra vez si él no la hubiese sujetado del brazo.

También George estaba furioso, consigo mismo y con ella.

—Pero ¡qué... tontería! —dijo él casi sin aliento—. ¿Para qué ha hecho eso, por mucho que yo haya sido un estúpido? No ha sido nada. Usted es tan guapa...

—¡Lo ha estropeado todo! —bramó ella, enfurecida—. ¡Todo, todo!

—No he estropeado nada. Solo he sido un idiota... y es culpa suya por ser tan bonita.

—¡Ha estropeado todas las cosas de este mundo! Ahora... —añadió con un horrible gemido de desconsuelo—, ahora solo me queda volver atrás, ¡atrás!

A George se le ocurrió la extravagante idea de que hablaba como si fuese Cenicienta y como si él hubiese hecho que el reloj diese las doce. Había en su voz un dolor tan absoluto que involuntariamente se acercó más a ella.

—Le pido que no hable de ese modo —dijo realmente sin aliento—. Le ruego que me perdone. ¡Me humillaré! No... ¡Oh! Kathryn, acércate.

Esto último lo dijo porque, en ese complicado momento, de los bancales de flores del invernadero apareció de repente su hermana Kathryn, entre las grandes palmeras. Inmediatamente se detuvo en seco y se quedó mirándolos, pasando de uno a otro alternativamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz baja.

—¡Oh! Ven y habla con ella —le pidió George—. Me da la sensación de que se pondrá a gritar de un momento a otro y a llamar a todo el mundo. He hecho una locura y a ella, por lo que se ve, no la habían besado nunca. Dile... dile que a ti misma ya te han besado.

Del rostro de Kathryn surgió una extraña mirada. Una delicada veta de la sabiduría de su abuela formaba parte de su manera de ver este mundo emocionante en veloz y constante transformación. Nunca había sido ni una retrógrada ni una sosa y era muy perspicaz, por mucho que fuese vestida como un ser de ligera gasa blanca y plateada.

—No seas descarado —replicó a George, acercándose ya hacia Robin, en cuyo brazo apoyó una mano—. Solo lo dice porque es un tonto. Será mejor que lo deje marchar —dijo. Miró a George, que estaba secándose la manga con un pañuelo, y

rompió a reír—: ¿Te ha tirado a la fuente? —le preguntó alegremente.

—La fuente me la ha tirado ella a mí —gruñó George—. Voy a tener que marcharme corriendo a casa a cambiarme.

—Yo lo haría —replicó Kathryn todavía divertida—. Podrás disculparte mejor cuando estés seco.

Él se metió entre las palmeras como una culebra y las dos jóvenes se quedaron mirándose la una a la otra. El furor de Robin había amainado y sus facciones habían adoptado una especie de severidad. Kathryn no sabía que ella estaba mirándola igual que habría podido mirar la duquesa a otra joven en los tiempos tan diferentes de su juventud.

—Le voy a decir una cosa, ahora que se ha ido —dijo—. Sí que me han besado, y también a otras chicas que conozco. En realidad, los chicos como George no cuentan, pero por supuesto que ha sido una falta de educación. Pero ¿quién se comporta educadamente? Todo sucede a gran velocidad y casi no hay tiempo para la buena educación. A veces, si un hombre más mayor se propasa con una, es asqueroso. Pero tirarlo a la fuente ha sido una buena idea —y volvió a reírse.

—No lo he tirado a la fuente.

—Ojalá lo hubiese hecho —dijo con divertida malicia. Sin embargo, acto seguido, un esbozo de ceño preocupado asomó a su frente—. Es que, fíjese —añadió en tono de protesta—, es usted aterradoramente bella.

—Pues preferiría ser una leprosa —replicó Robin.

Pero Kathryn, por supuesto, no lo entendió.

—¡Qué disparate! —exclamó—. ¡Qué desperdicio! Sabe que eso no es verdad. Vuelva al salón del baile. He venido porque mi madre buscaba a George.

Dio media vuelta para llevarla al salón entre las flores de los bancales y, al empezar a andar, añadió:

—Por cierto, han asesinado a no sé quién importante en uno de los países balcánicos. Cada dos por tres asesinan a alguien. Le han cogido gusto. Lord Coombe acaba de llegar y se lo está contando a la abuela. Puedo ver que están los dos bastante alterados, a su manera callada y discreta.

Al acercarse a la entrada al salón de baile, se detuvo un instante con una nueva forma de sonrisa pícara.

—Todas las chicas del salón están hechas un manojo de nervios en este preciso instante —dijo—. Y todos los hombres presentes se sienten resquebrajar un tanto. El chico más guapo de toda Inglaterra está bailando con Sara Studleigh. Se ha presentado por casualidad a visitar a la duquesa y ella le ha pedido que se quede. Es una especie de milagro de apostura y atractivo.

Robin no dijo nada. Simplemente no le había interesado la tragedia de los Balcanes y obviamente no le importaba nada el milagro.

—¿No me pregunta de quién se trata? —dijo Kathryn.

—No lo quiero saber.

—¡Oh, vamos! No debe ponerse tan de mal humor. En cuanto lo vea se interesará. A mí me ha pasado. A todo el mundo. Se llama Donal Muir. Es el heredero de lord Coombe. Un día será el señor de la casa de Coombe. Aquí viene —dijo bastante nerviosa—. ¡Mire!

Fue uno de los trucos del Azar, o del Destino, o de lo que se quiera. En ese preciso instante el baile lo acercó hasta poca distancia de ellas y los pasos lentos que estaba ejecutando en esos momentos, hacia el frente, lo retuvieron: eran de esos curiosos pasos furtivos, casi estáticos, del tango argentino. Iba elegantemente vestido, como los otros jóvenes, su cabeza rubia engominada sobre la alta columna heroica de su cuello; tenía los hombros anchos, pero no demasiado, esbelto de cintura, pero no demasiado, largo y fuerte de pierna, pero ligero, ágil y firme. Tenía una frente clara y despejada y una boca de labios curvilíneos que al reír dejaban ver unos dientes blancos. A Robin le dio la sensación de que le faltaba la típica falda de los escoceses y su plaid característico, y una pluma de águila prendida, enhiesta, en una boina de jefe de clan, calada en los rubios cabellos que serían rizados si hubieran podido crecer lo suficiente. En ese momento se encontraba a escasos dos metros de ella y de pronto, casi como si lo hubiesen llamado, dejó de mirar a Sara Studleigh, que era la chiquilla de escarlata y del árbol de Navidad. Tenía unos ojos azules como el agua clara de una laguna de montaña cuando el sol brilla en ella y todavía sonreían como sonreía su boca. Sonreían mirándola a ella, mirándola a los ojos.

XXXII



A lo largo de los miles y miles de años desde que se hicieron todos los mundos, cabe pensar al menos que en todos ellos, del cual nuestro propio átomo es uno más, ha regido una Fuerza ilimitable, inconquistable e inexplicable y que, sea cual sea su mundo y sea cual sea el signo que la representa o el nombre que se le haya dado, la Fuerza, la Cosa ha sido la misma. En nuestro propio átomo del universo recibe el nombre genérico de Amor y su existencia es de tal índole que no es necesario que los más osados la desafíen, ni que los más profundos traten de explicarla con claridad, ni que los más brillantemente sofisticados debatan sobre ella. Sus formas de belleza, trivialidad, magnificencia, imbecilidad, preciosidad, estupidez, santidad, pureza y bestialidad ni restan ni suman un ápice a su inalterable poder. Del mismo modo que la tierra gira sobre su eje y revela la noche y el día, la primavera, el verano y el invierno, también esta Fuerza en incesante funcionamiento tiene un poder revelador. Hombres que eran como dioses han sido elevados y derrocados por ella, los necios la han convertido en su juguete, los brutos la han mancillado, los santos venerado, los poetas cantado y los ocurrentes ridiculizado. Del mismo modo que la electricidad puede ser una fuerza mortífera o una que ilumina y suministra energía, así es también este Gran Impulsor, y los siglos han demostrado su inmensidad aunque nosotros —con pose de sabios mundanos o actitud comedidamente sardónica— insinuemos con ironía que es mucho menor, lo cual es una necedad. Por fortuna, no es imperativo tratar de discernir aquí si un mundo que se hubiese formado sin necesidad de la presencia y asistencia de este factor psicológico habría sido un mundo mejor o un mundo peor. Lo que es existe. Ninguno de nosotros lo creó. Cada cual tratará con el Impulsor como cabalmente o desde la sinrazón escoja tratar. Además, cargará con las consecuencias, y es posible que otros carguen con ellas también.

De esta fuerza el señor de la casa de Coombe y su vieja amiga sabían mucho y habían hablado innumerables veces. Los dos se habían habituado a reconocer sus señales, sutiles o burdas, y a observar su evolución. La habían visto en los ojos de criaturas lo bastante jóvenes para llamarlas niños y niñas, la habían oído en la carcajada musical y en la risilla tonta, la habían visto manifestarse en la tragedia y en la comedia y la habían visto acabar en una unión o en una nada que se deshacía como un jirón de niebla. Pero sabían que era algo omnipresente y que nadie pasaba por la vida sin ser tocado por ella en mayor o menor grado.

Años antes de esta velada el Poder, la Cosa, había atraído con todas sus fuerzas a dos niños mientras jugaban en un parque, sin que ellos lo supieran, porque entre la infinidad de átomos habían sido creados para ser uno. Embelesados e inconscientes, jugaron juntos y sus almas y sus cuerpos fueron acercándose cada vez más en el curso

de las horas.

Así pues, se puede decir, sin ponernos proféticos, que cuando un joven inusitadamente guapo y bien vestido y perfectamente arreglado se volvió involuntariamente en el salón de baile concreto de Londres en el que la hija de la señora Gareth-Lawless observaba a los que bailaban, y miró inintencionadamente a los ojos de una joven que por un momento se hallaba cerca de las grandes puertas del salón, la inexplicable e inconquistable Fuerza volvió a conectar sus dos corrientes.

Los ojos de Donal Muir solo se abrieron un poquito más durante un segundo apenas. Sin saber por qué, de pronto había mirado a su alrededor y también sin saber por qué se fijó en algo que lo sobresaltó un poquito. A decir verdad, no era posible que alguien se quedase mirando fijamente a una joven solo porque por casualidad las miradas de ambos se hubiesen cruzado un segundo mientras pasaba bailando por su lado. Ciertamente era de una belleza asombrosa y tenía algo especial... Sí, tenía algo que atraía la mirada y... No sabía él qué cosa era. Pero realmente le había transmitido una especie de descarga eléctrica. Se rio de sí mismo un poco y entonces una fugaz sombra de desconcierto se reflejó en su despejada frente.

—Has visto a la señorita Lawless —dijo Sara Studleigh, su elegante pareja de baile en esos momentos. Fue culpable de algo que habría podido tildarse de risilla ligera, pero lo hizo con buena intención—. Lo sé, has visto a la señorita Lawless, la guapa joven que está al lado de la puerta.

—Hay tantas jóvenes guapas por todas partes. Es imposible levantar la mirada sin ver a una —respondió Donal—. ¡Cuantísimas hay! —La sensación de haber recibido una ligera descarga eléctrica le hacía sentir a uno que debía volver a mirar para encontrar lo que la había provocado, estaba pensando él.

—Es la de las pestañas.

—Yo tengo pestañas, y tú —respondió mirando desde arriba las pestañas de ella con una expresión muy atractiva. Tenía de hecho unas muy bonitas.

—Pero las nuestras no miden cinco centímetros de largo y no forman un gran borde aterciopelado alrededor de nuestros ojos cuando miramos a alguien.

—Mírame y deja que lo compruebe —dijo Donal—. Cuando te pedí que bailases conmigo pensé...

Cómo sabía adular, se dijo Sara Studleigh. Pero lo que realmente pensaba Donal era: «A lo mejor sí que son las pestañas». Unas pestañas muy visibles eran algo más bien fascinante.

—Me di cuenta de que te fijabas en ella —dijo Sara Studleigh— porque esta noche he estado casualmente al lado de dos o tres personas en el momento en que la veían por primera vez.

—Y ¿qué les pasa? —preguntó Donal Muir.

—Que se olvidan de dónde están —rio ella— y se quedan mudos unos segundos.

—Pues yo no querría olvidarme de dónde estoy. Y tampoco podría —respondió Donal. («Pero así ha sido —pensó—. Por un momento me he olvidado de dónde me

encontraba»).

No se debe bailar con una joven y a la vez hablar de otra con ella. Sensatamente, Donal llevó la conversación por otros derroteros. El rítmico vaivén de la música obraba su eterno milagro de mover rítmicamente también las almas y los latidos jóvenes con su compás; las flores entibiadas desprendían un aroma más perceptible, mientras que las risas y voces amables, el balanceo de los colores y los ojos llenos de brillo se concentraban en un crisol de magia. Los latidos de este joven apuesto no hacían sino palpitar con los demás, haciéndose uno con el latir del universo. Tan pronto como empezó el siguiente baile, lady Lothwell, a instancias de la duquesa, se ocupó muy amablemente de buscarle otra pareja, en esta ocasión su propia hija, lady Kathryn.

Ya mientras bailaba el tango con Sara Studleigh se había fijado en la joven de las pestañas, que daba vueltas en brazos de otro joven, y cuando empezó su baile con Kathryn la vio fugazmente en la otra punta del salón. Casi inmediatamente Kathryn habló de ella.

—No sé cuándo conseguirás un baile con la señorita Lawless —dijo—. Se ve obligada a resolver operaciones matemáticas con su carné.

—Tengo un setter que te clava los ojos y aguarda como una estatua hasta que lo miras y entonces sale pitando hacia ti y no te queda más remedio que acariciarlo —respondió él—. Tal vez si me acerco y me quedo a su lado mirándola fijamente, reparará en mí.

«¡Reparar en él, el muy castigador! —pensó Kathryn—. Se abalanzará sobre él, por mucho que diga que preferiría ser una leprosa. Cualquiera chica lo haría. ¡Es tan guapo! También él tiene algo especial».

Robin no se abalanzó sobre él. No tenía tiempo para eso porque un baile sucedía a otro a toda velocidad y algunos incluso estaban divididos en dos o tres piezas. Pero de pronto la emoción de las voces de los violines que salían de detrás del enramado, la fragancia, los majestuosos espacios y el millar de velas parecían haberse elevado a otro plano, aunque ella pensase que era imposible que ascendieran ya más. Todo su ser era una conciencia atenta y sutil. Era consciente en todo momento. Él había regresado después de tantos años, desde los días de aquel pasado lejano. Nadie había ni soñado el extraño, casi anormal, secreto que siempre había guardado, tanto de pequeña como ya de mayor cuando habría preferido morir antes que confesar que en su soledad había habido una cosa que había recordado, algo a lo que se había aferrado: un recuerdo del que en realidad se había valido para sentirse acompañada, que le inspiraba para pintar cuadros, o contarse historias en la oscuridad, incluso para inventar conversaciones que ni por un solo momento había pensado que pudieran entablarse algún día. Pero para ella todo eso había sido real, el único consuelo que casi podía considerar afectuoso, más próximo a ella, ay, extrañamente más próximo que la bondadosa Dowie y su querida mademoiselle. Se había preguntado si ellas dos lo habrían censurado, de haberlo sabido; si mademoiselle se habría disgustado si se

hubiese dado cuenta de que a veces, mientras paseaban, con ellas iba un muchacho risueño que seguía creciendo, moviendo al andar su falda escocesa y su plaid, y que tenía una voz y unos ojos que te sacaban el corazón del pecho de puro gozo. Al principio solo había sido un niño pequeño, como ella, pero a medida que ella crecía, él crecía también, solo que siempre era más alto, más espléndido, maravillosamente masculino y sin parangón. Aun así, jamás se atrevió a creer o a esperar que pudiese cobrar forma ante sus ojos, convertirse en un ser de carne y hueso. Solo había sido la sombra que ella había amado y que no podrían arrebatarse porque era su secreto y nunca nadie lo sabría.

La música seguía meciéndose y cantando con unas notas que casi hacían daño. Y ¡él se hallaba bajo el mismo techo que ella! ¡Donal! ¡Donal! Él no lo había sabido ni lo sabía. La había mirado a los ojos sonriendo sin saber... pero había regresado. En forma de un joven como todos los demás, solo que más guapo. ¡Qué risa, qué hombros maravillosos, qué forma maravillosa de bailar, qué largo y fuerte y ágil y fluido, enfundado en la fina tela de su ropa! Aunque su pensamiento no formuló con palabras todas estas cosas, sus ojos contemplaron todo el encanto del joven de la cabeza a los pies y le dijeron que tan solo era más que nunca como había sido aquellos milagrosos días del pasado remoto.

«Tal vez no se dé cuenta nunca —pensó, mientras seguía bailando y tratando de hablar y reflexionar a la vez—. Yo era tan pequeña que ni se acordará de mí. Solo lo recuerdo porque no tenía nada más. ¡Ay, si no se diera cuenta!». No podía acercarse a él para decírselo. Y, aunque una joven pudiese hacer tal cosa, tal vez él no recordaría un incidente infantil tan remoto, una cosa tan tan pequeña. Solo para ella había sido inmenso, y por debajo del puente de él había pasado gran cantidad de agua transportando un gran número de flotillas. Ella solo se había detenido a mirar un riachuelo estrecho que no llevaba barco alguno. Era muy difícil controlar la mirada para no buscarlo, ni siquiera fugacísimamente. Se podía seguir con toda facilidad su alta cabeza rubia, con la pequeña onda marcada, si una se atrevía a fijarse. Él bailó con una joven de cabellos de color caoba, cruzó el salón dando vueltas con otra de cabellos castaños, se detuvo un instante a enseñar un paso nuevo a una tercera, más alta, que llevaba un moño negro. Desde la otra punta del salón bailó un tango que lo llevó hasta a ella y Robin notó que el corazón le palpitaba a toda velocidad. Pasó por su lado, muy cerca, y sus ojos se volvieron para mirarla, y a partir de ese momento un curioso temblorcillo en su interior no quiso sosegarse ya. ¡Ay, si la hubiese mirado un poco más! ¡Ojalá su compañero de baile la llevase a pasar por delante de él! Y qué mal hacía en permitirse tanta emoción cuando no era posible esperar de él que recordase algo tan nimio, un bebé apenas que jugaba con él en un jardín. «¡Ay, si me mirase! —pensaba con un vuelco del corazón—. ¡Si me mirase!».

¿Cuándo se dio cuenta por primera vez, después de lo que pareció una eterna espera sin ser capaz de dominar esa sensación de temblor interior, de que estaba empezando a mirarla, de que de alguna manera se había percatado de su presencia y

esta atraía su mirada aun sin manifestar que la reconociese de ningún modo especial? Bailando a lo largo del salón sus ojos se cruzaron por primera vez con los de ella, y de nuevo cuando volvió a pasar con otra compañera. Después también, durante un descanso entre baile y baile, y lo cierto es que expresaron gran alegría, aunque en cierta medida siempre parecía estar alegre. Cuando habían jugado de pequeños en un jardín, se había mostrado alegre. Sí, sus ojos se volvieron y la encontraron. Le pareció que hacía algún comentario sobre ella a alguien que tenía a su lado. Por supuesto, Robin apartó la mirada y trató de no mirarle de nuevo demasiado pronto. Pero, cuando, a pesar de su intención e incluso determinación, algo la obligó a mirar con disimulo siguiendo algún movimiento en el salón, allí estaban de nuevo sus ojos. Cada vez que eso pasaba, se asustaba. Pero él no. Ella empezó a ver, con un pulso diferente, que ya no la miraba por casualidad sino porque quería verla, y deseaba que ella lo viese a él, como si hubiese empezado a llamarla con el reclamo del alegre Donal. Así era, pese a que su forma de comportarse fuese intachablemente correcta.

También el incidente que los juntó fue intachablemente correcto, cuando después de uno de esos interminables lapsos de tiempo apareció lady Lothwell y se lo presentó como si la breve ceremonia fuese una de las más corrientes de la existencia. La elegancia convencional de la reverencia que hizo él tampoco dijo nada que no hubiese dicho la de George a los que la vieron, pero, cuando la rodeó con su brazo y empezaron a mecerse juntos en el baile, Robin se preguntó aterrada si sería capaz de notar los latidos de su corazón a través de la mano. Si pudiese sería horrible, pero no se pararía. Estar tan cerca, intentar creerlo, tratar de obligarse a sí misma a recordar que podría no significar nada para él y que solo era ella la que temblaba... ¡por nada! Pero no podía evitarlo. Esta era una de esas cosas inconexas que se le cruzaban por la imaginación. No era tímida, pero se veía incapaz de hablar. Curiosamente, también él estuvo bastante callado un rato. Bailaron durante ese tiempo sin decirse una palabra y no se fijaron en que la gente empezaba a observarlos porque formaban una preciosa pareja a la que daba gusto mirar. Y lo cierto y verdad era que ninguno de los dos tenía ni la más remota idea de lo que pensaba el otro.

—Qué... vals tan hermoso —dijo él al fin. Lo dijo en voz baja, intensa, como si se tratase de una especie de confidencia sentimental. En realidad no había sido su intención hablar en ese tono pero, cuando se dio cuenta de cómo había sonado, no le importó lo más mínimo. ¿Qué diantres le pasaba?

—Sí —respondió Robin. (Solo «Sí»).

No sabía cuándo la había mirado por primera vez —estaba diciéndose él—. Por supuesto, no podría asegurarlo con rotundidad en esos momentos pero... ¡qué cosa más extraordinaria si...! Era como un cisne. Era como algún ser alado, raudo, llevado por el brazo de un hombre. Podía uno continuar así hasta el fin de los tiempos. Dieron una vuelta entera al gran salón de baile, y una segunda, y al iniciar la tercera él soltó una breve risa y volvió a hablar.

—Voy a hacerle una pregunta. ¿Puedo?

—Sí.

—¿Se llama usted Robin?

—Sí. —Apenas pudo susurrar la respuesta.

—Eso pensé —dijo él con el mismo tono de voz con que había hecho el comentario sobre la música—. Eso esperaba... cuando empecé a sospecharlo. Esperaba que lo fuese.

—Lo es... Lo es.

—¿Nosotros...? —No había sido su intención que su brazo la estrechase un ápice más contra su cuerpo pero, a pesar de sí mismo, lo hizo porque al fin y al cabo no era más que un niño—. ¿Nosotros no jugamos juntos en un jardín?

—Sí... Sí —susurró Robin—. Jugamos. —No estaba segura pero le pareció oír algo como si él hubiese contenido un instante la respiración. Pero después siguieron unos pasos más y otro breve intervalo de silencio.

—Lo sabía —dijo a continuación, en voz muy baja—. Sabía que habíamos jugado juntos en un jardín.

—No se dio cuenta la primera vez que me miró esta noche —revelando inocentemente que incluso su primera mirada no había sido para ella algo casual.

Pero la respuesta de él también reveló algo.

—Estaba al lado de la puerta, entrando en ese momento en el salón. No sé por qué me sobresalté al verla. Después no he dejado de buscarla entre la multitud.

—No le he visto buscarme —respondió Robin en voz baja, revelando aún más cosas por su absoluta falta de experiencia.

—No, porque no me miraba... Estaba demasiado comprometida. ¿Le gusta este baile?

—Todos me gustan.

—¿Baila siempre así? ¿Siempre hace sentir a su pareja como si llevase la vida entera bailando con usted?

—Eso es porque... porque jugamos juntos en el jardín —dijo Robin, y entonces se horrorizó de sí misma. Porque al fin y al cabo... Al fin y al cabo solo eran dos jóvenes convencionales que se conocían en un baile, que no sabían nada el uno del otro ni por lo más remoto. Realmente era la primera vez que estaban juntos. El encuentro de dos niños pequeños no podía contar. Pero los latidos acelerados y el extraño eufórico temblor interior no cesaban.

Él, por su parte, se sentía también de un modo que no era normal, y por lo general era una persona muy normal. Era anormal estar tan entusiasmado: en cierta medida se sintió como en otro plano, porque había reconocido y estaba bailando con una joven a la que no veía desde que ella tenía cinco o seis años. No era normal que se sintiese dominado por un deseo de quedarse a su lado, abrumado por un irrefrenable deseo de hablar con ella, de hacerle preguntas. Sobre qué... Sobre ella, sobre ellos dos, sobre los años transcurridos... Sobre el jardín.

—Empezó a volver a mi memoria poco a poco después de haberla mirado bien

dos veces. Pasó por delante de mí varias veces sin saberlo. —¡Oh, claro que ella lo había sabido!—. Tenía bailes reservados con otras personas. Pero acudí a lady Lothwell. Es muy buena.

Retrocedió velozmente el tiempo, los años, y todo había comenzado de nuevo, aquella dicha maravillosa... igual que había vuelto rápidamente la angustia la noche en que su madre había ido a hablar con ella. E igual que él había llevado esa dicha a su pequeño mundo deprimente, también ahora la llevó. Ese poder tenía. Estaba tan feliz que parecía estar solo esperando a escuchar lo que dijese él, como si con eso bastara. Hay fases que son así, fases infrecuentes, y su sino era que estuviese ella atravesando semejante fase ahora.

Era ciertamente verdad que había pasado mucha más agua por debajo de su puente que por debajo del de ella, pero ahora... El recuerdo reprodujo para él con una precisión parecida a la del dolor real un tormento infantil que creía haber olvidado. Y fue como si lo hubiese sufrido apenas el día anterior, y como si la imperiosa necesidad de hablar y explicarse fuese tan intensa como lo había sido el primer día.

«Es muy pequeña y no lo entenderá —le había dicho a su madre—. Realmente, es muy pequeña... A lo mejor se echa a llorar».

¡Qué monstruoso le había parecido! ¿Habría llorado, la pobrecita? Bajó la mirada a sus pestañas. En otro tiempo sus mejillas tenían ese mismo color y esa misma textura. Ese recuerdo le vino también ahora. La abrazó con más fuerza, por un impulso infernalmente poderoso, casi automático.

«¡No tiene a nadie más que a mí a quien recordar!», oyó decir desesperadamente a su propia voz de niño. Santo Dios, era como si hubiese ocurrido el día anterior.

Tragó saliva como para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—No ha descansado apenas —dijo en voz alta—. Hay un invernadero con bancos y rinconeras de mármol y una fuente con agua. ¿Me permite que la lleve allí cuando dejemos de bailar? Quiero pedirle disculpas.

Las pestañas se levantaron y formaron alrededor de sus ojos esa gran sombra aterciopelada de la que había hablado Sara Studleigh. Un órgano valvular fuerte y sano, dentro del pecho de él, se elevó también curiosamente al mismo tiempo.

—¿Pedirme disculpas?

¿Estaba dirigiéndose a ella casi como si todavía fuese una niña de cuatro o cinco años? A la inocencia de esos años se disponía ahora a dar una explicación, cuando él ya no se sentía como si todavía fuese un niño de ocho.

—Deseo decirte por qué nunca volví al jardín. Incumplí una promesa, ¿no es cierto?

La música no había cesado pero ellos habían dejado de bailar.

—¿Vienes? —dijo, y ella fue con él como una niña pequeña, igual que le había seguido cuando realmente lo era. Hacer lo que él le pedía era algo que resultaba natural.

El invernadero parecía ahora un paraíso interior. El aire tibio, impregnado de

aromas tropicales, la superposición de plantas en flor, los rítmicos acordes amortiguados de la música, el chapoteo del chorro de la fuente en el agua y las hojas. También allí estaba todo ahora en un plano más elevado. Oían las gotas del agua al salpicar y a veces las notaban desde el banco de mármol al que la llevó, en una esquina. Una gota de cristal cayó en la mano de ella al sentarse. El azul de los ojos de él se nubló vagamente y habló como si no estuviese seguro de sí mismo.

—Me despertaron en mitad de la noche, por lo que me pareció ver —dijo, como si realmente todo hubiese sucedido apenas el día anterior—. Mi madre se vio obligada a volver inesperadamente a Escocia. Yo solo era un crío pero aquello casi me destrozó. Los padres o los tutores no comprenden hasta qué punto algo así puede ser una tragedia gigantesca. Yo le había prometido... nos habíamos prometido... ¿no es cierto?

—Sí —dijo Robin. Observaba su rostro con una mirada franca, inmóvil. ¡Qué ojos! ¡Qué ojos! Aguardaba sus palabras con la misma expresión profundamente conmovedora de otro tiempo.

—A los niños, en especial a los varones, no enseñan que no debemos llorar cuando nos hacemos daño. En el tren, durante el viaje de aquel día, creí que mi corazón iba a estallar dentro de mi pequeño pecho. Me di la vuelta y estuve mirando por la ventanilla, por miedo a que mi madre me viese la cara. Siempre la he querido mucho. Pues ¿sabes que creo que en esos instantes la odié? Nunca había conocido el odio hasta ese momento. ¡Santo Dios! ¡Qué trago para un crío! Mi madre era un ángel pero no sabía nada.

—No —dijo Robin con un extraño hilo de voz, sin desplazar la mirada—. Ella no sabía nada.

Él se había sentado en una especie de escabel de mármol, cerca de ella, y se sujetaba una rodilla con las manos fuertemente entrelazadas, en una especie de tensión emocional. Su postura lo obligaba a mirarla desde abajo.

—Era por ti por quien había enloquecido así —continuó—. ¿Entiendes?, eras tú. Yo lo habría podido soportar. El caso era que me tenía por un grandullón. Creía que era muchos muchos años mayor que tú e inmensamente más grande. —Su leve risa se teñía de lástima por la pequeñez de aquel diminuto grandullón—. Me parecías tan pequeña y tan bonita... y tan sola.

—Tan sola como un pajarillo recién nacido que se ha caído del nido.

—Me habías contado que no tenías «nada». Me dijiste que nunca nadie te había dado un beso. A mí me habían querido toda mi vida. Tenías una forma de mirarme, tan encantadora, como si yo pudiese darte todo... Tal vez lo que me hizo quererte fuese el engreimiento de un chaval arrogante... o tal vez no.

—Tú lo eras todo —dijo Robin, y la mera sencillez con que lo dijo trajo aquel lejano jardín tan cerca otra vez que él olió el perfume del brezo calentado por el sol y oyó el lejano órgano y todo aceleró su respiración.

—Era porque no dejaba de ver tus ojos y de oír tu risa: por eso pensaba que iba a

estallarme el corazón. Sabía que irías a esperarme... y que gradualmente tu carita empezaría a cambiar de expresión. Sabía que creerías que iba a aparecer. «Es pequeña», era lo que me decía sin cesar, una y otra vez. «Y llorará, desconsolada, y creerá que ha sido culpa mía. Nunca lo sabrá». Sentía... —dudó un segundo—. Sentía una especie de vergüenza irracional. Como si hubiese traicionado a un ser muy pequeño, como si te hubiese traicionado a ti, que estabas tan convencida de que iría, aun cuando fuese demasiado pequeño para entender lo que era traicionar.

En esos momentos ella estaba mirándolo como en aquellos días, «como si él pudiese darle todo». De qué otro modo podía mirarlo mientras él la calmaba tan maravillosamente, cerrando suavemente todas las viejas heridas, tocándola de una forma natural, inconsciente, porque realmente él había sido lo único que había brillado sobre su ser infantil y le había dado calor. No había pose alguna en su forma de hablar, no se trataba de ningún joven sentimental o con ganas de coquetear, con una actitud estereotipada. Era de verdad, y le dijo todo esto porque debía hacerlo para su propio alivio.

—¿Lloraste? —dijo—. ¿O mi engreimiento de pequeño grandullón quiso ver más de lo que hubo? Supongo que debo esperar que así fuese.

Robin apoyó la mano suavemente a la altura de su corazón.

—No —respondió—. No era más que una niña muy pequeña, pero creo que aquello mató algo... aquí dentro.

Él cogió aire con fuerza, sonoramente.

—¡Oh! —dijo, y durante unos segundos no pudo hacer nada más que mirarla—. Pero ¿revivió después? —preguntó al cabo.

—No lo sé. No sé qué fue. A lo mejor era algo que solo podía vivir dentro de una criatura muy pequeña. Pero lo mató.

—¡Lo sé! —exclamó él sin poder contenerse—. ¡Fue como retorcerle el pescuezo a un canario mientras cantaba al sol!

Hasta ellos llegó entonces un puñado de notas más fuertes de la música de un baile nuevo, y él se levantó.

—Gracias por concederme la oportunidad de explicarme —dijo—. Esta era mi disculpa. Has sido generosa al escucharme.

—Tenía ganas de hacerlo —dijo Robin—. Me alegro de no haber vivido una vida larga y haber envejecido y muerto sin que me lo contases. Cuando te vi esta noche casi dije en voz alta: «¡Ha vuelto!».

—Me alegro de haber venido. Es curioso cómo podemos revivir algo del pasado. Entre nosotros se han interpuesto todos estos años. Para mí ha sido la vida entera de un joven: tutores, Eton, Oxford, personas y un montón de viajes y diversiones. Pero, en cuanto te vi en la puerta, algo debió de empezar a tirar de mí para trasladarme a aquel episodio. Te confieso que nunca me ha gustado recrearme en aquel recuerdo. No era algo bueno porque tenía el poder de llevarme de nuevo, de una forma diabólica, a aquel chaval con el corazón a punto de estallar en el vagón de tren... y al

sentimiento de traición. Es malsano permitirse lamentar una y otra vez algo que no se puede deshacer. Así pues, fuiste desvaneciéndote en mi recuerdo. Pero, cuando pasé a tu lado bailando, de alguna manera supe que había encontrado algo. Me inquietó. No podía apartar de ti mi mirada decentemente. Y de pronto lo supe. No te sé decir cuál fue el efecto. Allí estabas de nuevo... y yo me sentía igual de obligado a darte una explicación que si te hubiese encontrado en Braemarnie cuando llegué aquella noche. No era por una cuestión de convenciones. Habría sido lo mismo si hubieses creído que obviamente yo era un estúpido. Habrías podido creerlo, ¿sabes?

—No, no habría podido —replicó Robin—. Para mí no ha habido ni Eton ni Oxford ni diversiones. Esta es mi primera fiesta.

Se levantó como había hecho él y por un segundo se miraron a los ojos, cada uno con una joven sonrisa que fue aflorando tímidamente a sus labios y de la cual ninguno de los dos era consciente. Ella fue la primera en despertar y regresar al presente. Él vio palpitar el leve pulso de su corazón en su cuello y ella levantó una mano con delicadeza.

—Este baile era de lord Halwyn y lo hemos pasado aquí sentados. Tenemos que volver al salón.

—Sí... Supongo que sí... —respondió él con lenta reticencia. Pero a duras penas fue capaz de desprender la mirada de los ojos de ella. Aun así, obedeció y volvieron.

En el esplendoroso salón del baile la música subía de volumen, bajaba y volvía a henchirse hasta el éxtasis, mientras él ceñía con su brazo el cuerpo liviano, joven, blanco de Robin y juntos se mecieron, giraron y avanzaron veloces como seres del aire, mientras la anciana duquesa y lord Coombe contemplaban la escena casi sin ver y con murmullos hablaban de Sarajevo.



FRANCES HODGSON BURNETT (Mánchester, Inglaterra, Reino Unido, 24 de noviembre de 1849 - Nueva York, Estados Unidos, 29 de octubre de 1924) fue una escritora estadounidense de origen británico.

Su familia era de condición modesta, pero al morir su padre en 1853, su familia fue asolada por la pobreza y tuvo que vivir en los suburbios de Manchester. Burnett pronto descubrió su amor por inventar historias y escribirlas para escapar de la realidad desagradable, pero fue después de que a ofrecimiento de un familiar, se trasladó a Tennessee, Estados Unidos en 1865, cuando en realidad publicó algunos de sus cuentos en revistas estadounidenses para mantener a su familia. Se hizo famosa mucho después de su matrimonio con el Dr. Swann M. Burnett en 1873 debido al tremendo éxito de su primera novela, *Little Lord Fauntleroy* que fue publicado en 1886.

Se divorció en 1898. Sin embargo, mientras llevaba su nombre de casada había llegado a ser una popular escritora de libros para jóvenes. Por ello, profesionalmente continuó firmando con el apellido de su primer marido.

Dentro de su producción de más de 40 obras destacan sobre todo: «*El pequeño lord Fauntleroy*», «*El jardín secreto*» y «*La pequeña princesa*». También escribió algunos libros para adultos: *A fair barbarian* y *Through one administration* y su autobiografía que tituló *Whom I know best of all*.

Los libros de Frances Hodgson Burnett se caracterizan por un estilo elegante, fácil y sentimental. A juicio de un crítico, la autora posee «buenas facultades de observación

que hacen interesante, incluso desde el punto de vista psicológico y social, la lectura de sus obras».

Notas

[1] Petirrojo. [*Esta nota, como las siguientes, es de las traductoras*]. <<

[2] Editores de libros de genealogía, en especial de la nobleza británica. <<

[3] Se refiere al poema *The Waltz*, compuesto por Byron en 1813. <<

[4] Con el término «disidente» se alude aquí a los grupos religiosos que se apartaban de la Iglesia anglicana, como los baptistas, los metodistas, los presbiterianos, etc. <<

[5] Localidad costera situada en el sureste de la isla de Wight. <<

[6] Célebre teatro de Londres. <<

[7] *Robin*, en inglés. <<

[8] Antonio en *Julio César*, William Shakespeare, III, i. <<

[9] País imaginario en el que se desarrollan tres libros de Anthony Hope y muchos otros de estilo novelesco y romántico. <<

[10] Ancho paseo entre Hyde Park Corner y Serpentine Road, muy de moda entre las clases londinenses altas en los siglos XVIII y XIX. <<

[11] Se refiere, aquí y en las páginas siguientes, sin nombrarlo nunca, al emperador Guillermo II de Alemania (1859-1941). <<

[12] Thomas Carlyle, *The French Revolution, a History*, vol. 1 (1837). <<

[13] El pueblo de los monos de *El libro de la selva* (1894), de Rudyard Kipling. <<

[14] «Alemania por encima de todo», verso del himno nacional alemán. <<

[15] El señor Rochester, personaje de *Jane Eyre* (1847), de Charlotte Brontë. <<

[16] ¡Ay, Dios! <<

[17] Gaceta publicada por primera vez a mediados del siglo XVIII con el subtítulo «Sanguinolento registro de malhechores». En sus inicios era el boletín mensual de ajusticiamientos publicado por el alcaide de la cárcel de Newgate, Londres. <<

[18] ¿El día? <<

[19] Tarea habitual de los presos en la época. <<

[20] Infierno. <<

[21] Castillo. <<

[22] Viejo. <<

[23] *Trilby* (1894), novela de George Du Maurier. <<

[24] Querido angelito. <<